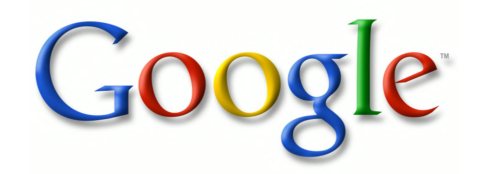
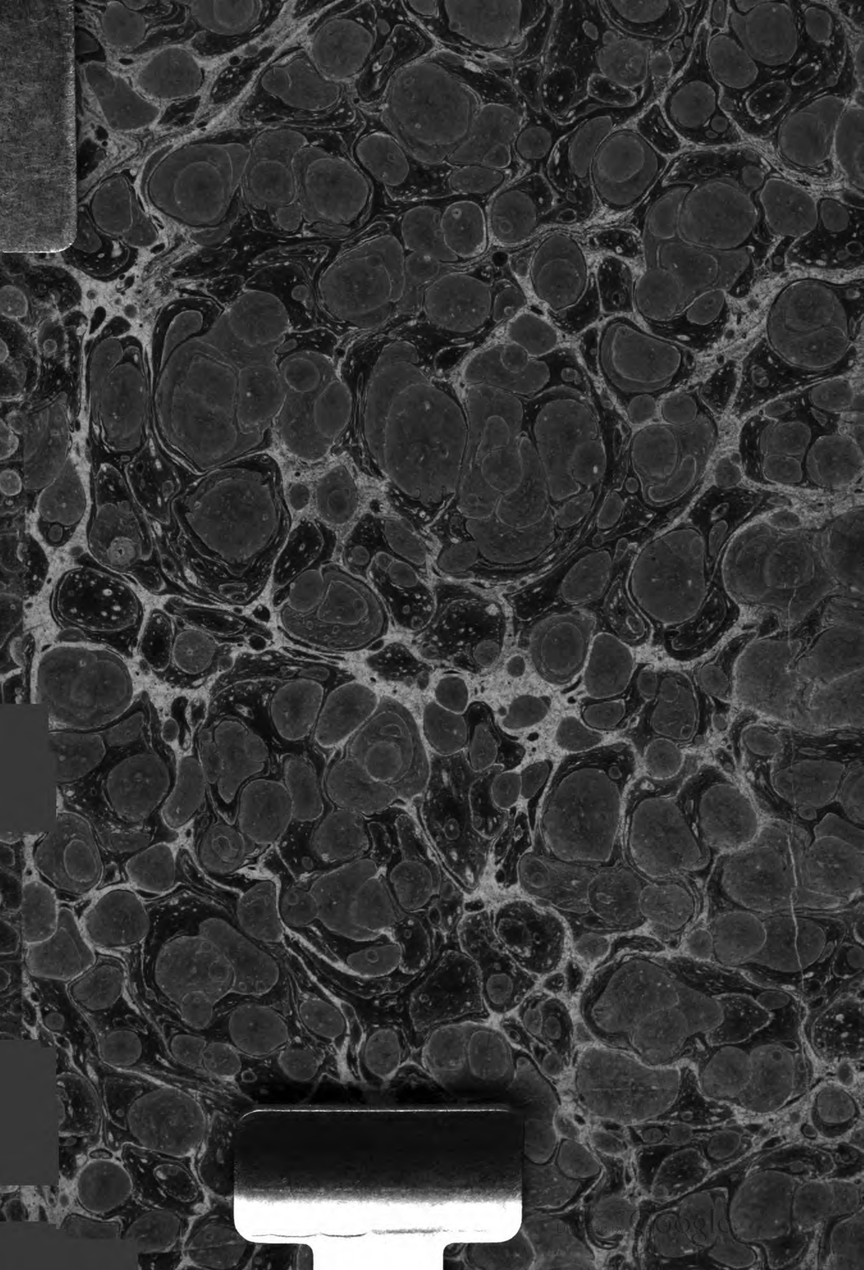
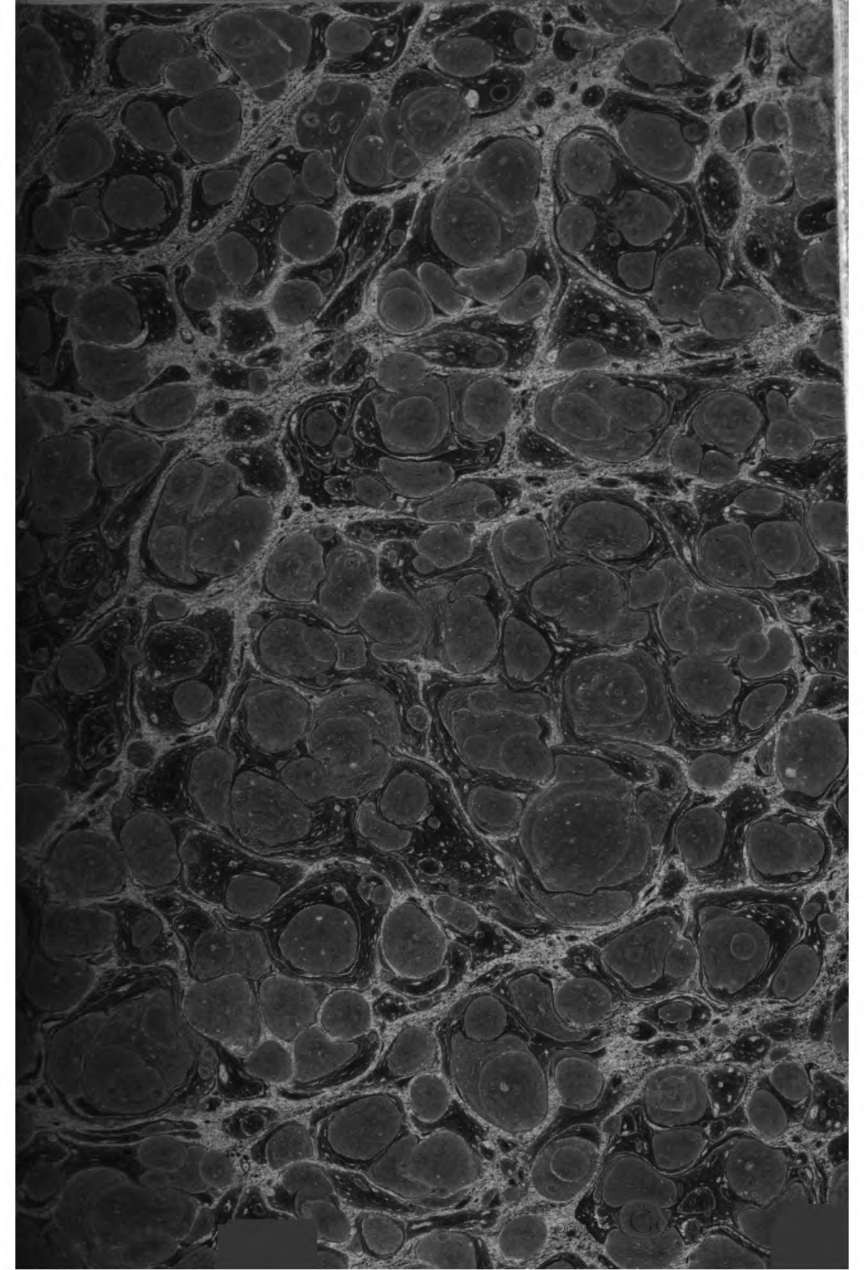








BIBLIOTECA RELIGIOSA.

POR

UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.

TOMO 2.°

HISTORIA
DE LA IGLESIA

DESDE SU FUNDACION

HASTA EL PONTIFICADO DE N. SS. P.

GREGORIO XVI:

CONTIENE LA EXPOSICION SUCESIVA Y CIRCUNSTANCIADA DE TODOS LOS ACONTECIMIENTOS IMPORTANTES Y LAS REFLEXIONES Y ACLARACIONES NECESARIAS PARA FACILITAR SU GENERAL INTELIGENCIA,

ESCRITA EN FRANCES

POR MR. RECEVEUR,

PRESBITERO Y CATEDRATICO EN LA SORBONA.

TOMO I.

MADRID: 1842.
Imprenta de D. José Felix Palacios.

PRÓLOGO.

Pudiera parecer por lo menos inútil la publicacion de una historia de la iglesia, cuando tantas la han precedido: pero tanto nos animó la acogida, y aun las excitaciones que se nos hicieron al primer anuncio de nuestra tarea, que nos atrevemos á creer que á pesar del positivo mérito de aquellas no todas corresponden á los deseos y necesidades del mayor número de lectores. La de Fleury, á todos títulos estimable, acaso no presenta bastante órden y progresion en la narracion de los hechos: principia á describir un periodo, le interrumpe, vuelve á continuar y vuelve á dejarle para trasladar otros sucesos; de manera que pierde el lector el hilo á cada momento, y no puede enlazarle sino á fuerza de continuado trabajo y enmedio de la confusion que este método causa, sin conseguir otra cosa que la relacion de las épocas: por otra parte incluye en varios puntos opiniones que la severa crítica no puede aprobar usando de justa imparcialidad; y tambien arredra por su grande extension, no obstante que concluye en tiempos distantes del presente.

Menos dilatada la obra de Berault-Bercastel tampoco encadena mas ventajosamente los hechos, y tiene ademas el grave defecto de emplear con profusion la fraseología declamatoria y multitud de palabras en vez de relaciones útiles é instruc-

tivas. Con facilidad se advierten en ella la confusion y obscuridad que da al verdadero carácter de los hechos esa enfática verbosidad, y cuanto ha contribuido á que por falta de crítica y estudio se hayan deslizado muchos defectos, especialmente en los primeros siglos de aquella historia. No dejaremos de señalar algunos para confirmar el parecer que acabamos de anticipar; pero omitiremos desde ahora nuevas observaciones para no molestar á nuestros lectores con la monótona repeticion de ellos.

Mucho tiempo hace que mereció el olvido general, á que está reducida, la historia de Choisy, que verdaderamente carece de mérito, como no se equivoque con él su estilo peculiar, á veces reprensible, y muy pocas conveniente á la dignidad que exige semejante clase de obras. Por otra parte el autor recorre superficialmente las materias, omite infinidad de hechos importantes, ó se limita á indicarlos sin descender á pormenores. Para ser breve, como intenta parecerlo, no deja de espaciarse en muchas ocasiones en materias políticas ó sobre asuntos profanos, que no tienen relacion con los de que se trata. Finalmente, su obra menos tiene de historia de la iglesia, que de compendio superficial y anecdótico de la universal.

Los *Siglos cristianos* de Ducreux tienen mas nobleza y dignidad tanto en el fondo como en su método, y traen una serie de reflexiones, algunas bastante interesantes, sobre el estado de la iglesia en diferentes épocas; pero se conoce que el autor

no se propuso principalmente escribir la historia, ni en compendio siquiera, de la iglesia. Mas intentó entresacar sucesos principales, que sirviesen de texto ó de pruebas para sus reflexiones; y aun se hallan algunas ideas de mas atrevimiento y presuncion que exactitud, dando lugar á varias críticas no destituidas de fundamento.

Se han publicado dos compendios de la historia por Fleury, uno del señor Racine, y otro por Morenas. Han tenido ambos muy poca aceptacion, y caducaron aunque por razones diferentes. El primero dividido por artículos, segun la diversidad de las materias, no ofrece un cuerpo de historia seguido, y ademas está muy incompleto, y con frecuencia escrito bajo la inspiracion preocupada de la secta á que su autor pertenecia. Los últimos volúmenes sobre todo no son mas que un panegírico de varios entusiastas obscuros del partido jansenista. El compendio de Morenas, mas ventajosamente concebido, carece en su totalidad de método y de interés. Al punto se advierte en él una taracea de piezas al azar recogidas, pero sin union conveniente. Su lectura es muy molesta, porque adolece su estilo de una sequedad insoportable, y es contínuo el abuso de cortar lás materias, entrelazando indigestos episodios.

El obispo de Vence Godeau compuso una historia de la iglesia desde el principio del mundo hasta el siglo IX. Generalmente se aprecia por la nobleza é interés de su estilo, por la eleccion y distribucion de los hechos; y algunos críticos la prefieren

bajo todos aspectos á la de Fleury, de la que se distingue tambien por su notoria imparcialidad. Con todo, ademas de que se halla muy distante de una feliz conclusion, supuesto que no pasa tampoco del siglo IX, contiene muchas voces anticuadas, expresiones y frases desusadas, que debilitan el mérito de su estilo. No nos detendremos en tratar de otras, que apenas merecen el nombre de concisos compendios y sin interés, ni tampoco de las propias para los eruditos, ya sea por su forma, ó por su extension, ó por el idioma en que estan escritas; porque será bastante lo dicho, para que se entienda el motivo que nos ha determinado á emprender esta nueva historia de la iglesia, y para ofrecer tambien el plan que nos propusimos seguir. Tratamos pues de reunir todos los sucesos importantes de la historia de la iglesia en una obra menos extensa que la de Fleury, menos difusa y mas exacta que la de Berault-Bercastel, mas metódica y menos superficial que otros compendios: el establecimiento y los progresos del cristianismo, los resultados de su influencia en las ideas y costumbres de la sociedad, el completo y detenido cuadro del gobierno y estado de la iglesia en los diferentes siglos, las vidas de sus mas ilustres pontífices, las obras de sus doctores, los combates de los mártires, las virtudes y milagros de los santos mas ó menos conocidos, la historia de las órdenes religiosas, la disciplina eclesiástica, las decisiones de los concilios, el origen y transformacion de las herejías, y finalmente la sucesion

de todos los acontecimientos interesantes en todas estas materias. Cuidaremos, á pesar de los estrechos límites que nos hemos propuesto, de presentar siempre esta inmensa variedad de hechos con todos los pormenores necesarios, para que se comprenda el encadenamiento y verdadero carácter que los enlaza.

La razon por qué fastidia y aprovecha poco la lectura de los compendios, es porque unos se limitan á un frio relato de hechos incoherentes, sin extenderse ni á las causas, ni á las consecuencias, ni á la mayor parte de las circunstancias que pueden caracterizarlos, y porque los otros aunque ofrecen un cuadro seguido y mas ó menos perceptible en su totalidad, descuidan lo accesorio y los pormenores indispensables para fijar bien la verdad. Hemos procurado apartarnos de estos dos defectos; es decir, presentar de pronto y hacer resaltar el cuadro general en sus justas proporciones y las conexiones de los sucesos en particular, á fin de que los lectores puedan conocerlos minuciosamente y clasificarlos en su lugar respectivo. Juzgamos que el modo de presentarlos en su mejor aspecto y con sus respectivas relaciones es omitir las palabras supérfluas, las reflexiones inútiles, los hechos comunes y sin trascendencia.

Bien se advertirá que es casi imposible en la historia mas extensa, y mucho mas en los límites de la nuestra, referir todos los hechos sin faltar ninguno, ademas de que no reportaria ventaja semejante prodigalidad, y aun seria perjudicial, en cuanto

habia de causar confusion en lo principal, é interrumpir la serie de los sucesos mas importantes. Asi lo mas prudente es hacer una oportuna eleccion de aquellos que arrojan una efectiva utilidad para la instruccion ó para la edificacion de los lectores; porque son los dos objetos á que debe dedicarse una historia eclesiástica. La sólida instruccion no consiste en saberlo todo, y la misma limitacion del entendimiento humano nos obliga á ignorar una porcion de cosas para saber bien las que mas nos importa aprender: por eso tratamos de omitir hechos aislados y de corto interés, limitándonos á los que pueden patentizar el estado general de la iglesia ó las vidas y caracteres de los personajes que la han servido ó ilustrado con sus luces, su celo y sus virtudes.

Ademas de los hechos que constituyen, por decirlo asi, la vida exterior de la sociedad cristiana, debe la historia de la iglesia exponer con igual cuidado todo lo que sirviere para conocer el espíritu y señalar la accion de la Providencia que la dirige. Debe tambien dedicarse á manifestar lo que concierne al dogma, á la moral y á la disciplina; y aun se puede asegurar que los demas hechos no ofrecen importancia, sino por la relacion que tienen con aquellos tres objetos principales. Nosotros nos dirigiremos por este principio para la eleccion de materias, que han de tener cabida en esta obra. Callaremos ó se tocará brevemente todo lo que no haga resaltar por cualquier aspecto alguno de estos tres objetos.

Como el dogma es necesariamente invariable, cuidaremos de hacer patentes las pruebas que establecen su perpetuidad, y demostrar la uniformidad constante de la doctrina católica en todos los siglos. Mas puede parecer que algunas veces se obscurece por medio de las disputas sobre cuestiones accesorias, ó ya empleando algunas expresiones que la sutileza de los herejes desnaturaliza de su verdadero sentido; por eso la iglesia se ha visto obligada á establecer el uso de ciertas voces particulares, y algunas veces nuevas para predicar de un modo mas enérgico su antigua creencia, y en cuanto ha estado de su parte precaver tales sutilezas. Expondremos el fin y utilidad de las controversias que han precisado á emplear estos nuevos términos: daremos á entender alguna parte de las discusiones teológicas, que han tenido lugar en las escuelas sobre el modo de explicar ciertos dogmas definidos; y con esta ocasion distinguiremos cuidadosamente los puntos decididos como tocantes á la fé de las demas cuestiones que se abandonan á la discusion; pero limitándonos en esta parte á las circunstancias esenciales.

Igualmente la moral es invariable en sus principios, aunque puedan suscitarse y se susciten en efecto algunas disensiones sobre las consecuencias lejanas ó sobre su aplicacion en casos obscuros. Por eso se advierte que la iglesia trabaja constantemente para mantener la inmutabilidad de las reglas del Evangelio, ya contra las doctrinas licenciosas ó heréticas, ya contra la relajacion y los vicios de los

cristianos: se la ve, aun en los siglos mas corrompidos, recordar sin cesar á los fieles la observancia de las divinas reglas, emplear su autoridad previniendo ó reprimiendo los desórdenes, pronunciar contra los culpados penas espirituales, y patentizar finalmente en sus prácticas, en sus instituciones y en las vidas de una multitud de santos pastores y otros fieles de todos estados el carácter de santidad que le es esencial. La historia eclesiástica es instructiva y mas interesante por esa suma de ejemplares de virtud de que ofrece á los fieles una muestra, donde pueden contemplar los admirables efectos de la moral del Evangelio, y tenerla siempre presente, como que resalta en las palabras y en la accion, enseñándoles sus deberes y obligaciones que son el título del cristiano: allí se ve que con los auxilios de la gracia pueden muy bien llenarlas, y conciben el deseo de imitar los modelos que es preciso admirar.

En cuanto á la disciplina abraza dos partes muy distintas: la una inmutable y constante porque su derivacion es divina: la otra puede cambiar segun los tiempos y lugares, porque la iglesia la estableció, y su oportunidad depende á veces de las circunstancias que se diversifican mucho. Pero en los puntos de disciplina establecidos por la iglesia hay muchos que no se pueden alterar, porque se refieren á razones generales y permanentes. Nada omitiremos para ofrecer una instruccion la mas completa posible sobre todos estos objetos. Manifestaremos los monumentos que comprueban la

perpetuidad de las instituciones, de las prácticas y ceremonias que traen su origen desde Jesucristo, desde los primeros dias del cristianismo. Respecto de los puntos de disciplina que han sufrido variaciones, señalaremos la época, su duracion y modificaciones; tomando los datos en las actas de los concilios ó relaciones de los diferentes hechos, que deban entrar en el cuerpo de esta obra; ó finalmente por medio de discursos que pondremos al fin de algunos volúmenes, para ligar la doctrina que seguirá tocante á la liturgia, la instruccion de los fieles, el gobierno de la iglesia y otras materias conducentes.

Tales son los diferentes asuntos que ha de incluir esta historia eclesiástica. En cuanto á la forma que intentamos darle, y que consiste al mismo tiempo en la distribucion y en el estilo, poco tenemos que decir, porque no es propio del autor prevenir el juicio de sus lectores. Hemos procurado constantemente disponer los hechos en aquel órden que nos ha parecido mas á propósito para que resalte el conjunto de ellos, para lo cual hemos dividido nuestro plan de modo que marchase á la par el órden de las materias con el cronológico. En cuanto al estilo nuestra única mira ha sido la claridad, sencillez y naturalidad, evitando lo mismo la trivialidad y el énfasis. Porque una locucion mas elevada, florida ó brillante, si bien cautiva la imaginacion causando mas deleite ó interés, no corresponde á la dignidad, que á nuestro parecer exige el carácter de una historia de la iglesia, in-

compatible con el lujo de adornos afectados; y acaso sucederia que al querer atraer á los lectores con la exageracion y viveza del colorido, sacrificase el historiador al brillo y los adornos la exactitud de los hechos ó de las ideas, que tanto importa presentar en una historia de esta clase con la mas rigorosa precision. Por lo demas esperamos que no se estrañarán algunas repeticiones de frases y modismos que se parezcan mutuamente, porque en una obra que encierra tan gran número de hechos parecidos mas ó menos en el fondo y en los accidentes, es imposible que usando un estilo uniforme no aparezca la diccion muy semejante como lo son aquellos.

El volumen que publicamos contiene la historia de los tres primeros siglos. Se notarán en él muchas cosas que no se hallan en Berault, ni aun en Fleury, y á pesar de esto nos han parecido necesarias para dar una idea pura y exacta de las circunstancias en que el cristianismo se estableció, de los obstáculos que halló, y de las luchas que ha sostenido. Como de aquellos tiempos quedaron menos monumentos que de los siglos siguientes; hemos creido conveniente no omitir casi ninguno, á fin de esparcir la mayor claridad sobre el estado de la iglesia en aquella época tan interesante. Hemos manifestado por medio de una extensa analisis el objeto de las obras publicadas por los autores cristianos, y mas que todo la totalidad y puntos mas distinguido de sus apologías. Hemos designado en sus escritos los principales testimonios que justifican la perpetuidad de la tradicion de los dogmas católicos,

que intentan desmentir los hereges de los tiempos modernos. Hemos procurado que se comprendan en lo posible el carácter y los errores de las antiguas sectas, desentrañando inmediatamente el punto capital de su doctrina, para que se conozca que todas las demas proceden y son una repetida continuacion de ellas. No hemos omitido las preocupaciones de los paganos contra el cristianismo, ni las calumnias de que ha sido objeto por parte de los filósofos. Algunos creerán que nos hemos extendido demasiado sobre estos puntos y principalmente en la analisis de varios escritos de los santos padres: en efecto confesamos que semejantes materias no son tan atractivas como una relacion seguida: pero nosotros creemos que la exposicion de los errores que se han levantado contra la doctrina de la iglesia, y de las obras compuestas para defenderla, debia constituir una parte esencial de su historia; y nos atrevemos á esperar que la utilidad é interés de estas tareas compensarán suficientemente la aridez que desde luego reconocemos en ellas para la mayoría de nuestros lectores. No hemos sido tan difusos en los tratados de autores eclesiásticos, cuando eran suficientes los relatos históricos para penetrar todo su alcance.

Aunque la iglesia en cierto sentido es tan antigua como el mundo, pues que la fé en el Mesias ha sido el fundamento de la religion en todos tiempos; nosotros principiamos la obra despues de la Ascension de Jesucristo, porque desde entonces solamente está constituida la iglesia en su forma

actual en virtud de los poderes que Jesucristo dió á sus apóstoles y á los sucesores de estos. La historia del antiguo testamento ofrece un objeto especial y muy distinto del que es propio de la historia eclesiástica; y en cuanto á la vida de Jesucristo la tenemos perfectamente descrita en el texto de los evangelios y en otras obras que conocen y pueden consultar los fieles cristianos (1).

Para la cronología hemos adoptado la era vulgar de la Encarnacion del Señor, y con arreglo á ella damos la serie de los hechos importantes, teniendo cuidado de anotar las veces en que no se halla perfectamente cierta.

Pocas veces indicamos los tratados de que hemos usado para la relacion de los hechos principales que referimos, porque era interrumpir la relacion con citas numerosísimas, que ocupándonos un tiempo precioso, seria para los lectores gravosísima rémora y enteramente inútil. Citas hemos hecho, pero las mas indispensables, para apoyar los puntos de dogma ó disciplina, ó para que no se dudasen importantes sucesos, ó para motivar nuestra opinion en asuntos controvertidos por los autores. Podemos finalmente asegurar que en cuanto á hechos generalmente admitidos los materiales se han sacado de las obras que todo el mundo reconoce como las mejores entre las de mayor criterio.

(1) Citamos principalmente las ediciones publicadas por el señor Mequignon-Junior de la *Historia de la vida de Jesucristo y de los actos de los apóstoles*, por el P. Ligni, 3 tomos, 2 volúmenes en 8.° y 4 en 12.°

ADVERTENCIA.

Ya estaba impreso este volúmen, cuando personas cuyas luces respetamos, manifestaron su pesar porque no habiamos citado con mas frecuencia los autores de que sacamos los materiales para la formacion de esta historia. Ya habiamos previsto que podia censurarse este defecto; pero escribiendo para una clase de lectores principalmente que jamás tendrian el intento, ni los medios de recurrir á las fuentes para comprobar los hechos; creimos podia omitirse esta ostentacion, que no prometia ventajas efectivas, y llevaba el inconveniente de aumentar mucho los tomos si las acotaciones eran completas, ó de engañar continuamente á los curiosos si no lo eran. Sin embargo deseosos de adoptar las observaciones recibidas y suplir en lo posible la falta de citas, vamos á indicar las principales obras de que nos hemos valido, señalando especialmente aquellas que consultamos para los mas importantes sucesos. Parécenos que sea suficiente este medio para los lectores predispuestos á contentarse con muchas citas mas ó menos completas, como hallarán en la mayor parte de las historias; y pa-

ra colocar en camino de apurar sus investigaciones á los que gusten entregarse á estudios mas profundos recurriendo á los diferentes originales.

Los autores que regularmente nos han servido de guias son: *antiguos*: Eusebio cuya historia eclesiástica llega hasta el fin de las persecuciones de la iglesia, y contiene una exposicion suficiente de los sucesos mas notables, con mayores pormenores respecto de la iglesia de Oriente; San Ireneo, S. Epifanio, S. Filastro, S. Agustin y Teodoreto, que escribieron contra las heregías de los primeros siglos; S. Gerónimo y Focio, que nos han transmitido numerosos documentos sobre las vidas y obras de los antiguos padres de la iglesia, el primero en su tratado de escritores eclesiásticos, y el segundo en su Biblioteca. *Autores modernos:* Baronio, con la crítica del padre Pagi; Tillemont, cuyas memorias sobre los seis primeros siglos, ademas de una inmensa erudicion, ofrecen el conjunto de materiales, que no es fácil superar; el padre Natal Alejandro, que escribió en latin una historia eclesiástica, en que hallamos la sumaria exposicion de los hechos, indicando las fuentes, y un gran número de sabias disertaciones sobre los asuntos mas importantes; Fleury, cuya obra en gran parte se compone de la traduccion de los textos originales; últimamente el padre Cellier, que ha reunido una multitud de documentos sobre las vidas y escritos de los SS. Padres, actas de los mártires y concilios en su historia general de autores eclesiásticos.

Para mas fijar las indicaciones mas precisas, pasaremos revista á las principales materias contenidas en el presente tomo. El libro primero no encierra mas que la historia de los apóstoles, de su predicacion, de sus escritos y de sus primeros discípulos. Casi enteramente se ha compuesto del libro de las actas ó epístolas de S. Pablo: solo hemos añadido algunas circunstancias que se acreditan con testimonios auténticos ó en la fé de las antiguas tradiciones, y las refieren Eusebio, S. Gerónimo, Rufino y otros; hallándose copiadas en muchas obras modernas, particularmente en Tillemont y Alejandro.

La relacion de la conquista de Jerusalen por Tito y descripcion de las calamidades, sediciones y otros sucesos que habian precedido á esta catástrofe, se han sacado del historiador Josefo, que las cuenta menudamente en el libro último de sus antigüedades y en la historia especial de esta guerra. La rebelion de los judios en tiempo de Trajano, y la que atrajo la destruccion entera de su nacion, reinando Adriano, se describen por Dion y Sparciano en la vida de aquellos emperadores, y por Eusebio en el libro cuarto de su historia.

Como existen íntimas relaciones entre la historia eclesiástica y la profana; juzgamos conveniente ingerir la sucesion de los emperadores, fechas de su advenimiento y muerte é indicacion de los mas notables sucesos de su reinado. Todo esto se ha sacado de Suetonio, Tácito y Dion; respecto á los primeros hasta Adriano, y para los demas de

Herodiano y de los seis autores que contribuyeron á la publicacion de la obra *Historia augusta*; á saber, Sparciano, Capitolino, Lampridio, Vulcacio, Trebelio Pollion y Vopisco, que la escribieron desde Adriano hasta Diocleciano. Tambien se halla un compendio de las vidas de los emperadores en Aurelio Víctor, Eutropio y Zósimo, cuyas obras, no muy extensas, contienen los hechos principales y sirven para llenar el hueco de nueve años, que se advierte entre los reinados de Filipo, Decio, Galo y Valeriano en la citada *Historia augusta.* Para los reinados de Diocleciano y otros emperadores paganos hasta Maximino se hallan datos suficientes en la historia de Eusebio y en el libro de Lactancio: *De la muerte de los perseguidores.*

Eusebio cuidó bastante de referir la sucesion de los papas; pero con muy pocas pruebas sobre las circunstancias de sus pontificados y sin grande exactitud respecto de la duracion de ellos. Nosotros pues hemos adoptado sobre este último punto la cronología que los modernos siguen, con especialidad la de los autores de la obra titulada: *Arte de verificar las fechas;* y en lo demas hemos tenido que limitarnos al corto número de hechos que se hallan en Eusebio, S. Ireneo, en los Martirologios ó en otros cuantos autores que ha recopilado eruditamente Tillemont.

Tácito y Suetonio, paganos, pintan bien las crueldades que desplegó Neron contra los cristianos. Los pormenores de esta y las siguientes persecuciones se han extractado de Eusebio ó de las actas

de los mártires ó de diferentes Martirologios, y aun se conoce en el texto de nuestra obra el origen de que los hemos adquirido, porque al efecto hacemos bastantes indicaciones.

Parte de nuestro primer volúmen se llena con la analisis extensa que hacemos de las obras eclesiásticas; y esta parte carece de citas, porque sirven de tales las indicaciones de ellas y su exámen. Las particularidades de las vidas de los santos padres de la Iglesia ó sus obras, cuando no las traian Eusebio, tratándose de los griegos, ó S. Gerónimo ó Focio, se hallan en nuestro texto con la posible claridad por los medios y autores que nos hemos proporcionado. Las cartas de S. Cipriano contienen muchas noticias de su vida, y uno de sus discípulos publicó la historia. Tenemos tambien una vida de S. Gregorio Taumaturgo, escrita por S. Gregorio Niseno, que completa lo que tomamos de Eusebio.

Este último refiere con varia extension los principales errores de los antiguos hereges; y arriba dejamos señalados los demas autores de que nos hemos valido en este punto. Pero fácilmente se concibe que en el artículo de heregías no hemos podido presentar un cúmulo de citas completo, ó sea las respectivas á cada una, porque semejante trabajo no puede caber en disertaciones especiales ó en obras de erudicion voluminosas, pues frecuentemente hay que cotejar cierto número de pasajes, cuya reunion manifiesta lo que cada uno presenta con obscuridad; y á veces ni aun

asi bastaria citarlos ó copiarlos todos ellos; antes es preferible explicar y justificar con otras citas el sentido de varias palabras, que en tiempos distantes varian la significacion por el uso ó desuso, por la introduccion en las escuelas y por el modo de presentarlas con la debida claridad. Esta observacion, que se aplica á otros muchos objetos, sirva para que se entienda por qué razon hemos sido sobrios en citaciones.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO I.

Desde la Ascension de Jesucristo hasta la muerte de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo.

Cuarenta dias despues de su resurreccion, habiendo cumplido Jesucristo su ministerio, y teniendo que ir á tomar posesion de su gloria, quiso presentarse por última vez á sus apóstoles, y hacerlos testigos de su ascension, para consolarlos y afirmarlos á la vista de este nuevo prodigio. Condujolos al monte de las Olivas, y despues de renovar sus instrucciones y promesas, los bendijo, y á su presencia se levantó hácia el cielo: á poco rato una nube se interpuso y le perdieron de vista. Llenos de gozo y admiracion volvieron los apóstoles á Jerusalen, segun dejó dispuesto el Salvador, y encerráronse en el cenáculo para esperar con todo recogimiento al Espíritu Santo, por cuya venida oraban sin cesar. Entre todos se hallaban casi ciento y veinte personas, y á su cabeza la santísima Virgen, las santas mujeres que acompañaban al Señor, los parientes de los apóstoles y los discípulos. S. Pedro, creado cabeza de la iglesia, y empezando desde aquel momento á ejercer

las funciones, propuso que se completase el número de los apóstoles, escogiendo en lugar de Judas á uno de los discipulos que desde el principio hubiese seguido á Jesucristo. Se presentaron dos como mas dignos, José Barsabas, á quien llamaban el Justo, y Matias. Despues de hacer oracion á Dios que conoce el corazon del hombre, pidiendo que manifestase á cuál era de su agrado escoger, se procedió á la eleccion echando suertes, y le tocó á Matias, que pasó á ocupar el sitio vacante en el apostolado. De esta manera estaba completo el número de doce, á saber, Pedro, jefe ó cabeza de los demas, Juan y Santiago, hijos del Zebedeo, Andrés, hermano de Pedro, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, llamado tambien Levi, Santiago, hijo de Alfeo y llamado el menor, Simon el de Cana ó Zelotes (zeloso), Judas ó Tadeo, hermano de Jacobo el menor, y Matias.

Diez dias perseveraron en sus plegarias, y llegada la fiesta de Pentecostes, hácia las nueve de la mañana oyóse un ruido grande y semejante al que causa un viento impetuoso, que hizo temblar toda la casa en que estaban reunidos, y vieron aparecerse como unas lenguas de fuego que se iban repartiendo hasta caer sobre la cabeza de cada uno de los congregados. Inmediatamente quedaron llenos del Espíritu Santo, y empezaron á conversar en diferentes lenguas, publicando las maravillas de Dios, segun se hallaban inspirados. Habia entonces en Jerusalen judios que venian de todos los paises, porque desde la cautividad de Babilonia muchos se habian establecido en el Oriente, y otros se habian repartido en los diferentes estados que dominaban los reyes sucesores de Alejandro el grande en Grecia. Habia pues habitantes de Persia, de Arabia, de Egipto, de la Libia, de varias provincias del Asia menor y de la Asia superior, de Grecia y aun de Roma: unos eran judios de nacimiento, otros conversos á la re-

ligion judáica, y los llamaban por esta razon prosélitos. Unos hacia poco tiempo que se establecieran en Jerusalen, persuadidos de que el Mesias iba á venir, porque se habia cumplido el tiempo señalado en sus profecías; y una gran parte de ellos con ocasion de las fiestas que eran de las tres principales en su culto y aniversario del dia en que se recibió la ley en el monte Sinaí. Pues toda esta reunion aturdida del ruido que oyeron, quedó admirada, y como reconocian por galileos á los apóstoles, oyéndoles ahora hablar en la lengua de aquellos preguntaban con asombro la causa de esta maravilla.

Acercándose Pedro á los espectadores, y levantando la voz, manifestó que este prodigio obrado por el Espíritu Santo no era mas que el cumplimiento de lo que predijo en sus dias el profeta Joel: y despues refiriendo los multiplicados milagros de Jesucristo, obrados con la mayor publicidad, la muerte á que sus enemigos le condenaron, declaró que el Salvador habia resucitado: que él y los demas apóstoles eran testigos de su resurreccion; y que antes de subir al cielo les ofreció enviar al Espíritu Santo, cuya venida habia causado estas maravillas. Probó tambien que todo se hallaba anunciado claramente en las profecías de David, y concluyó anunciando solemnemente que Jesus era el Cristo y el Mesias prometido. A muchos conmovió este discurso, y S. Pedro, acabando de instruirlos, les exhortó á que hiciesen penitencia y recibieran el bautismo en nombre de Jesucristo para alcanzar el perdon de sus pecados y el don del Espiritu Santo. Por entonces se convirtieron cerca de tres mil, fueron bautizados, y se juntaron con los discípulos. Dieron desde el principio un ejemplo de aquella union incomparable y de la perfecta caridad que se admiró por tanto tiempo en la iglesia de Jerusalen, porque juntaron todos sus bienes

vendiendo sus posesiones para que se distribuyese aquel fondo comun segun las necesidades individuales de cada uno. Asi era que todo el mundo los bendecia, y su número crecia diariamente á vista de los milagros que hacian los apóstoles.

Poco despues de Pentecostes, iban al templo Pedro y Juan hácia las tres horas para asistir al sacricio y á la oracion: como que entonces todos los cristianos se acomodaban á todas las prácticas que mandaba la ley, para alentar la debilidad de los judios y honrar la sinagoga hasta su entera destruccion, que debia verificarse muy pronto con la ruina del templo. Cerca de la puerta llamada *Bella*, habia un pobre de cuarenta años de edad, y de tal modo impedido que nunca pudo andar. Llevabanle á este sitio todos los dias para pedir limosna á los concurrentes, y todos le conocian. Viendo este infeliz á S. Pedro cuando iba á entrar con S. Juan en el templo, les pidió algun socorro: respondióle S. Pedro: «No tengo oro, ni plata; pero te daré lo que puedo: en nombre de Jesucristo Nazareno levántate y anda;» y cogiéndole de una mano le ayudó á levantarse: el pobre conociéndose sano echó á andar y se metió en el templo, brincando de alegria y dando á Dios las gracias. Ibase detrás de los apóstoles, y el pueblo admirado de que pudiese andar, vino y los rodeó en la galería oriental del templo, que se llamaba la de Salomon. Viendo S. Pedro á esta multitud admirada, habló y predicó que no por su propia virtud, sino en nombre y por el poder de Jesucristo resucitado se habia obrado aquel milagro, manifestó el crímen que los judios habian cometido, dando muerte al hijo de Dios, autor de la vida; y despues declarando que Moises y todos los profetas habian anunciado estos dias para una alianza nueva, los exhortó á que se convirtiesen y aprovecháran los medios de salvacion que Dios

ofrecia á todas las naciones por su propio hijo. Este sermon convirtió á cinco mil personas.

Entre tanto que los apóstoles hablaban al pueblo, el capitan del templo ó jefe de los levitas, encargado de la guarda del templo de dia y de noche, se presentó acompañado de varios sacrificadores, cuya mayor parte eran saduceos, y no podian tolerar que se tratase de la resurreccion de los muertos, y menos de la de Jesucristo. Prendieron á los dos apóstoles y los dejaron en la cárcel hasta el siguiente dia, porque ya era tarde y no se podia ver la causa de noche. Por la mañana muy temprano se reunió el Sanhedrin (gran consejo) y mandó que compareciesen. Componiase esta asamblea de setenta y un miembros, en que se contaban primeramente los príncipes de los sacerdotes, ó sean los jefes de las veinte y cuatro familias sacerdotales, despues los doctores de la ley, escogidos entre los levitas y ancianos de cada tribu. S. Lucas señala como uno de los principales á Anás ó Anano, que presidia y conservaba este título porque habia sido muchos años sumo sacerdote; su yerno Caifás, que lo era actualmente hacia siete años, aun cuando fuese saduceo; Juan, hijo de Anás, y Alejandro apellidado Lisimaco, el judio mas rico y hermano del célebre Filon. Puestos los apóstoles en medio del consejo se les preguntó que en nombre de quién y con qué facultad se habian determinado á curar al pobre impedido. S. Pedro respondió con entereza: «Pues que se nos pide razon del bien que hacemos dando movimiento á un hombre paralítico; os declaramos y á todo el pueblo de Israel que fue á nombre de Jesucristo Nazareno, á quien habeis crucificado, y Dios resucitó de entre los muertos: por él ha sido curado y se encuentra de pie y sano á vuestra vista.» Cuando observaron la firmeza de Pedro y de Juan, hombres del pueblo y nada instruidos, y no pudiendo por otro lado contradecir el mi-

lagro, se contentaron con prohibirles, amenazándoles severamente, enseñar á nombre de Jesucristo, ni hablar jamas de él al pueblo bajo ninguna forma. San Pedro y S. Juan les replicaron: «Juzgad vosotros mismos si es justo obedecer vuestros mandatos, mejor que los de Dios, porque es imposible que nosotros dejemos de decir lo que hemos visto y oido.» Sin embargo el consejo los mandó retirar, redoblando sus amenazas, y no atreviéndose á castigarlos, porque temió al pueblo que daba gloria á Dios por aquella milagrosa curacion. Juntaronse los apóstoles con los fieles, y dándoles parte de lo sucedido, se pusieron todos en oracion para pedir á Dios fuerzas y continuar predicando con firmeza la doctrina de Jesucristo, y obrar prodigios que corroborasen su palabra. Acabada esta plegaria, se conmovió toda la casa en que se hallaban reunidos, dando á entender que Dios la habia acogido favorablemente; y recibieron todos el santo Espíritu, y predicaron á Jesucristo con nuevo fervor. Esta reunion de fieles no tenia mas que un solo corazon y un alma, y su santa vida admiraba al resto del pueblo. Concurrian á porfia á la instruccion que recibian de los apóstoles, y á las oraciones que se hacian en el templo, donde escogieron la galeria de Salomon, separados de los demas, y estos los honraban sin atreverse á juntarse con ellos. Tambien celebraban otras reuniones particulares en casa de algunos fieles para partir el pan, es decir, la celebracion de la Eucaristia, que no podia hacerse en el templo. Comian juntos á veces, y no miraban como propios sus bienes, sino como comunes á todos: asi no habia pobres entre ellos, porque los que tenian tierras ó casas las vendian y traian su importe á los apóstoles para que le distribuyesen segun la necesidad de cada uno. La escritura distingue entre estos vendedores de tierras á un levita, originario de Chipre, llamado José, que recibió el sobrenom-

bre de Bernabé, y poco tiempo despues fue elevado á la dignidad de apóstol.

Otro discípulo, llamado Ananías, despues de vender una heredad suya, retuvo una parte del precio, de acuerdo con su mujer Safira, y llevó lo demas á los apóstoles. No solo cometia un culpable engaño, porque envolvia esta accion una mentira; sino que era injusticia, porque afectando el desprendimiento entero de sus bienes, y teniendo derecho á la comun participacion, como si nada le hubiese quedado, parecia que implícitamente contraia la obligacion de privarse del todo de su hacienda. No es extraño por tanto que Dios los castigase para dar un saludable ejemplo y mantener la pureza de la naciente iglesia. S. Pedro le dijo: «Ananías, ¿por qué te has vendido á las tentaciones de mentir al Espíritu Santo? dueño eras de conservar tu herencia, ó de guardar su importe si lo tenias por conveniente. A Dios has mentido y no á los hombres.» Ananias anonadado con esta enérgica reconvencion murió en el acto. A las tres horas se presentó su mujer, y S. Pedro le preguntó el precio en que habian vendido su heredad, y como tambien mintiese, dijole el apóstol: «¿Cómo os habeis concertado ambos para tentar al Espíritu Santo? Mira, esos hombres acaban de enterrar á tu marido, y vienen por tí para hacer lo mismo contigo:» y en el mismo instante cayó muerta en el suelo. Este suceso causó un grande terror entre los fieles y en el resto del pueblo, porque veian brillar en él la potestad de Jesucristo, que favorecia la voz de sus apóstoles.

Creen muchos que existia anteriormente entre los judios una secta particular, que hacia profesion de la vida comun. Llamaronse esenios; nombre cuya etimología es dificil explicar, aunque se cree generalmente que le tomaron para ostentar que eran mas santos que los otros. Huian de las grandes poblaciones,

por lo regular se dedicaban á la labranza, despreciaban las riquezas, no tenian criados ni esclavos para su servicio, comian juntos, y ponian en comun depósito el importe de sus grangerías. Los mas perfectos guardaban continencia, y serian en número unos cuatro ó cinco mil: otros se casaban, sin dejar de tener una vida austera, no comian mas que un alimento frugal, se entregaban á la oracion y contemplacion muchas veces al dia, obedecian á los superiores, y se aplicaban á reprimir todos sus deseos. En esta secta, para ser admitidos, hacian un noviciado de tres años, y los que cometian faltas eran despedidos, y por lo comun morian miserables; porque no se creian dignos de recibir las limosnas que se les daban. Se les tuvo por supersticiosos: pensaban que descubrian lo venidero, y que sabian las propiedades de las plantas por medio de ciertas palabras de la sagrada escritura, acompañadas de particulares ceremonias: observaban el sábado y todas las prácticas legales con una minuciosa exactitud; pero rehusaban la asistencia al templo para los sacrificios por no inficionarse con el contacto de personas menos perfectas. Acusabanlos tambien de creer en la fatalidad, negando la libertad de los actos humanos. Ultimamente los tuvieron por idólatras, porque para orar se volvian hácia el sol saliente, como que le dirigian sus palabras; pero esta sola circunstancia no es suficiente para autorizar aquella sospecha.

Estos sectarios no eran conocidos mas que en Palestina; pero en el Egipto habia una rama suya que se llamaban terapeutas, que tanto significa servidor de Dios como médico: ya porque profesaban una gran piedad, ya porque se ocupaban en la curacion de las almas, purificándolas. En nada se diferenciaban de aquellos, sino en que se entregaban mas especialmente á la vida contemplativa. Filon que los elogia, les

atribuye virtudes tan perfectas, que han creido muchos autores antiguos y modernos que fueron los primeros solitarios cristianos, entre los segundos el sabio Montfaucon en su obra titulada: *De la vida contemplativa.* Posible es con efecto que algunos discípulos se hubiesen retirado á las soledades de Egipto, despues de la dispersion ocasionada por la muerte de S. Estevan; pero como es probable que Filon escribiese antes del nacimiento del cristianismo los libros en que habla de los esenios y de los terapeutas, no puede dudarse que fueron estas sectas anteriores á la predicacion del Evangelio. Mas el testimonio de Eusebio, que cuenta á los terapeutas entre los cristianos, y otras razones que se hallan en las obras de algunos críticos, deben confirmarnos en la creencia de que los judios por su género de vida eran los mas dispuestos para recibir el cristianismo, y que en efecto la mayor parte le abrazaron desde su aparicion.

Habiéndose extendido la fama de los milagros que hacian los apóstoles, por Jerusalen y otras ciudades, traian de todas partes enfermos, que se ponian por las calles por donde pasaba S. Pedro, para que su sombra cayese sobre ellos, y esto era bastante para curarlos. Tantos prodigios aumentaron considerablemente el número de los discípulos. Caifás, sumo sacerdote, y los de su faccion, que eran saduceos, mandaron prender á los apóstoles, y los pusieron en la cárcel: pero un angel los libertó. Al dia siguiente se presentaron en el templo y predicaron. El Sanhedrin estaba reunido para juzgarlos, y los ministros que los iban á conducir, no hallándolos en la cárcel, aunque estaban bien cerradas las puertas y rodeadas de guardias, no sabian que resolver, cuando vinieron á denunciarles que estaban predicando en el templo. Con mucha maña los fueron á buscar de órden del consejo, deseosos de

no irritar al pueblo; y cuando se presentaron dijo el sumo sacerdote: «¿No tenemos mandado que no prediqueis á nombre del que invocais? y sin embargo no cesais de hacerlo en toda Jerusalen.» S. Pedro y los demas apóstoles respondieron que antes debian obedecer á Dios que á los hombres, y principiaron á sostener que Jesucristo era el salvador; y que las maravillas del Espíritu Santo, que habia descendido sobre ellos, confirmaban su testimonio de que habian presenciado su milagrosa resurreccion. Llenos de furor aquellos jueces, deliberaban sobre su muerte; pero un venerable doctor llamado Gamaliel, de la secta de los fariseos, contuvo esta animosidad con un consejo muy acertado. «No os mezcleis, les dijo, en lo que respeta á esa gente: porque si su empresa viene de los hombres, por sí misma caerá; y si al contrario viene de Dios no podreis impedirlo, y os exponiais á combatir con el Ser Supremo.» Adoptó el consejo este parecer, y despidió á los apóstoles despues de mandarlos azotar, prohibiéndoles de nuevo predicar en nombre de Jesucristo.

No pudieron estas persecuciones entibiar el celo de los apóstoles, ni los progresos del Evangelio: un gran número de sacrificadores se convirtieron, atraidos de los discursos y el ejemplo de Gamaliel: entre los muchos fieles nuevos se hallaban varios helenistas, es decir, judios que nacieron entre los griegos, y por eso hablaban su idioma. Se quejaban de que en las distribuciones diarias se descuidaba el socorro de sus viudas: juntáronse los apóstoles y dijeron á los discípulos: «No es justo que nosotros dejemos la predicacion para ocuparnos en la distribucion comun: escojed entre vosotros siete hombres de una prudencia y honradez notorias, y les confiaremos esa comision, y nosotros podremos dedicarnos enteramente á la oracion y á predicar.» La asamblea nombró á Estevan, Filipo, Procoro, Nicanor, Timon,

Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquía; y los presentó á los apóstoles, que oraron y les impusieron las manos: tal fue el principio de la órden del diaconado, cuya institucion habian recibido los apóstoles del mismo Jusucristo. Con este ejemplo se establecieron posteriormente diáconos en número de siete en Roma y en otras ciudades. Su ocupacion consistia en presidir á la distribucion de las limosnas, y servir en la mesa del altar para la administracion de la santa Eucaristía, por lo que decia S. Ignacio en su carta á los trallenses que eran *ministros no de las comidas ordinarias, sino de los misterios de Jesucristo*; y en la apología segunda de S. Justino se ve que llevaban la Eucaristia á los que no podian asistir el domingo á las reuniones de los fieles.

S. Estevan fue nombrado el primero entre los siete, y lo era en efecto así por su clase como por su mérito. Habiendo recibido con la órden un aumento de gracias y fuerzas hacia un gran número de prodigios entre el pueblo, y predicaba libremente á Jesucristo. Algunos judios que pertenecian á la Sinagoga en clase de libertos, los cireneos y los alejandrinos y otros forasteros disputaban con él, y no pudiendo resistir al espíritu de sabiduría que hablaba por su boca, buscaron testigos falsos para que le acusaran de haber blasfemado contra Dios y Moises, predicando que Jesucristo destruiria el templo y las ceremonias de la ley. Cogieronle, y presentado en el consejo, el sumo sacerdote mandó que diese cuenta de la doctrina que predicaba. San Estevan pronunció un largo discurso, en que explicó por la historia misma de los judios, desde el tiempo de Abraham, la conducta y los designios de Dios con respecto á su pueblo: recorriendo en seguida las ceremonias legales, probó que eran santas porque dimanaban de Dios, hizo ver tambien con el testimonio de los profetas que la religion no era inherente á un templo

fabricado por manos de hombres: añadió que en todo tiempo los judios habian perseguido á los enviados de Dios, y que al mismo Moises le habian desterrado: dijo que eran en esto semejantes á sus padres, supuesto que habian dado muerte al justo; y que no habian guardado la ley, cuya defensa tomaban. Irritóles grandemente este discurso: S. Estevan levantó la vista al cielo, añadió que desde alli veia al hijo del hombre á la diestra de Dios: al oir esto, todos se echaron encima, le arrastraron fuera de la ciudad, y se prepararon á matarle á pedradas, que era el suplicio destinado por la ley para los blasfemos; y aunque los romanos habian prohibido á los judios sentenciar á muerte, ellos lo hacian á veces, tolerándolo el gobierno en las causas de religion. Por la misma ley se mandaba que los testigos fuesen los primeros que arrojasen las piedras: para ello se despojaron de algunos vestidos, y los pusieron á los pies de un jóven de Cicilia llamado Saulo, que no tomaba parte en el suplicio, acaso por su corta edad, aunque era de los mas exaltados. Y este fue en adelante apóstol de las gentes, que debió su conversion á los ruegos del santo mártir por sus verdugos, porque puesto este de rodillas, exclamó con toda su fuerza: «Señor, no les tomeis cuenta de este pecado;» y al momento expiró. Fue primer *mártir* (voz griega que significa *testigo*), porque fue el primero que murió para dar testimonio de los milagros y la divinidad de Jesucristo. Segun la mas probable opinion fue su tránsito al fin del mismo año en que subió al cielo nuestro Salvador, y es el treinta y tres de la era vulgar.

Querian los príncipes de los sacerdotes que el cuerpo de S. Estevan quedase insepulto, porque era otra pena de los que eran legitimamente condenados. Pero los fieles tuvieron cuidado de enterrarle é hicieron sus

funerales llevando un luto universal. Cogieron de noche su cuerpo y le trasladaron á una tierra de Gamaliel, que estaba á ocho leguas de Jerusalen, y despues de haberle llorado muchos dias, segun las ceremonias ordinarias, le depositaron en un sepulcro nuevo donde se veian otras cuevas. Gamaliel que tributó este piadoso deber al santo mártir, es el mismo que tomó la defensa de los apóstoles en el consejo: tambien recogió en su casa de campo á Nicodemus, su pariente, que embalsamó á Jesucristo, y que por aquel tiempo fue desterrado y depuesto de su dignidad. Hizo que le enterrasen cerca del sepulcro de S. Estevan, y él mismo que murió á poco fue depositado en el mismo monumento con su hijo Abibas, que asi como el padre se habia bautizado. Estos sepulcros fueron descubiertos en el año 415; y llevadas las reliquias de S. Estevan á diferentes parajes, obraron cantidad de milagros como se verá en adelante.

La muerte de S. Estevan no calmó el furor de los judios; al contrario ocasionó una violenta persecucion y muy general, de tal manera que los fieles se dispersaron en Judea, en la Samaria y en sitios mas distantes. Sin embargo los apóstoles quedaron en Jerusalen, y creese que entonces fue cuando Santiago, hijo de Alfeo y pariente de Jesucristo, fue instituido primer obispo de Jerusalen para velar especialmente sobre los que no podian huir de la persecucion por enfermos, viejos ú otras causas. Muchos fieles fueron presos, despojados de todos sus bienes y aun condenados á muerte, contribuyendo Saulo con su voto á estos castigos. Era, como dejamos dicho, el mas fogoso perseguidor de ellos, y entraba en las sinagogas y en las casas para prender con violencia á hombres y mujeres y encerrarlos en los calabozos, en virtud de las facultades con que los pontífices le habian investido. Mucho duró esta perse-

cucion, y no se limitó á la ciudad ni aun á la Judea, pues Saulo iba hasta Damasco para perseguir á los cristianos. Probablemente no concluyó sino por órdenes del emperador Tiberio. Con efecto, segun las costumbres de los gobernadores romanos, Pilato envió las actas del proceso de Jesucristo haciendo relacion de las maravillosas circunstancias que habian precedido y acompañado la predicacion del Evangelio; y Tiberio, persuadido de la divinidad de Jesucristo, propuso al senado que le recibiese en el número de los dioses. Aunque el senado no adoptó la proposicion, no cambió de opinion el emperador, ni insistió en que se adoptase: pero amenazó con la muerte á los que acusasen á los discípulos del Salvador (1). Pero si los judios debian dar fin á sus violencias contra los fieles, ejercitaban su odio por las calumnias y procuraban hacerlos odiosos por todos medios. Buscaron unos hombres para que recorriesen todos los pueblos donde habia coreligionarios suyos, y publicasen que se habia descubierto una nueva secta impía y detestable, fundada por Jesus de Galilea, que no reconocia á Dios y predicaba la destruccion de todas las leyes (Diálogos de Justino, pág. 234). La impresion que estas calumnias causaron, no tardó en pro-

(1) Algunos críticos protestantes, mas atrevidos que sabios y juiciosos, han negado este hecho que Tertuliano refiere en su Apologético. Pero otros entre quienes se distingue Casaubon y Pearson, no tienen dificultad en admitirle. Tillemont, el célebre Huet, Natal Alejandro y otros católicos no hallan motivo de dudar. Con efecto, no podia Tertuliano alegar un hecho de esta naturaleza en una apología pública, sin estar muy bien enterado de su certeza. Ya S. Justino habia hecho mencion de las actas de Pilato en una de sus apologías. Probablemente uno y otro habian visto la relacion ó proceso de Pilato y la proposicion de Tiberio en los papeles, actas ó relaciones periódicas que se publicaban en Roma, de que se conservaron unos cuantos ejemplares y llegaron hasta su tiempo. Estas *actas* copiadas y repartidas profusamente contenian todos los sucesos importantes, como puede leerse en muchas cartas de Ciceron, y Julio Cesar habia mandado, segun Suetonio, que se publicasen los acuerdos diarios del senado y del mismo modo los del pueblo.

pagarse entre los paganos, y aun duraba pasados doscientos años.

A pesar de esto los fieles no solo se extendieron á Palestina, sino á Fenicia, á la isla de Chipre y hasta Antioquía y Damasco, y por todas partes predicaban el Evangelio con buen éxito. Felipe, el segundo de los diáconos, partió á Samaria; donde el pueblo testigo de los milagros que obraba, le escuchó con ansia, y convertida mucha parte de él recibieron el bautismo. Habia entonces en Samaria un mago llamado Simon, natural de Giton en la misma provincia. Con sus embustes habia logrado un gran crédito entre el pueblo que le seguia á todas partes, proclamándole la gran virtud ó el gran poder de Dios; porque los samaritanos creian la existencia de cierto número de potestades celestes que salian por emanacion del seno de Dios, y muchas veces se incorporaban para servir de instrumentos visibles de su voluntad. Admirado este hombre á vista de los milagros que presenciaba, creyó tambien en Jesucristo y se hizo bautizar. Cuando entendieron los apóstoles que los samaritanos habian abrazado el Evangelio, enviaron á S. Pedro y á S. Juan para que los confirmasen en la fé, y les impusiesen las manos para comunicarles el Espíritu Santo; porque como Felipe no era mas que diácono, no pudo hacer mas que bautizarlos. Viendo Simon que el Espíritu Santo descendia sobre los fieles, manifestándose de una manera sensible por el don de lenguas y los milagros, ofreció dinero á los apóstoles para obtener el mismo poder. Respondióle S. Pedro: «Perezca contigo tu dinero, supuesto que piensas comprar los dones de Dios.» Exhortóle despues á que hiciese penitencia: pero Simon no quiso convertirse, aunque de miedo habia solicitado que rogasen por él los apóstoles. Al contrario se endureció mas y volvió á entregarse á la magia con mas curiosidad para seducir á los pue-

blos y distinguirse: se declaró el mayor enemigo de los apóstoles, y haciéndose autor de una secta nueva, logró que le llamasen precursor y jefe de todos los herejes; porque su doctrina contenia el gérmen de todos los errores que afligieron á la iglesia en muchos siglos.

Sobre todo propagó la doctrina de los Eonas, especie de seres divinos que se engendraban los unos á los otros, y llegaron á mucha celebridad en la herejía de los valentinianos y de otros gnósticos: haciase Simon el primero de ellos, y ponia al Verbo en el quinto lugar, preludiando asi los errores del arrianismo. Aunque reconocia un Dios supremo, invisible y perfecto, tambien se atribuia el nombre de Dios, porque segun su doctrina la divinidad no obra sino por el ministerio de las virtudes y potestades emanadas de su seno, y era él la primera de estas emanaciones divinas ó la soberana potencia por la que Dios se manifestaba al mundo. El habia aparecido como Padre en Samaria, como Hijo entre los judios, y como Espíritu Santo en todas las otras naciones, admitiendo ademas todos los nombres que sus sectarios gùstaban añadir: traia consigo una mujer llamada Elena, que habia comprado en Tiro en una casa de prostitucion, y acerca de la cual contaba mil estravagancias: decia que ella era la primera concepcion de su espíritu y la madre de los ángeles ó de las potestades que habian criado el mundo: pero que no queriendo estos ángeles que se les considerase criados por ningun otro ser, habian tenido prisionera á su madre, y encerrádola sucesivamente en varios cuerpos, de modo que esta hermosa Elena, despues de haber sido mujer de Menelao, se convirtió en la actual en Tiro, y fue expuesta en una casa de prostitucion: que él habia bajado para arreglarlo todo y para libertarla á ella. Miraba á los ángeles autores del mundo como enemigos del Dios verdadero, y por esta razon no seguia la

ley de Moises que procedia de aquellos malos ángeles, que tambien habian inspirado á los profetas; de manera que ningun caso debia hacerse del antiguo testamento: tampoco reconocia á Jesus por Mesias; pero á sí mismo se llamaba Cristo, atribuyéndose y procurando imitar todo lo que habia hecho el Mesias realmente. No obstante que creia que los ángeles habian formado el mundo, no admitia la creacion propiamente tal: creia la materia eterna, la llamaba enemiga de Dios, y hacia que de ella emanasen las potestades que se oponian á su voluntad. De este modo explicaba el orígen del mal por los principios que despues ampliaron los maniqueos. Ultimamente mezclando con todo lo dicho ideas paganas, hizo que le erigiesen una estatua en figura de Júpiter y otra á su Elena en traje de Minerva; y en adelante los discípulos de este impostor adoraban tales figuras ofreciéndoles incienso y víctimas.

En cuanto á la moral, suponia Simon que todos los actos eran indiferentes por sí mismos; y que los ángeles, para retener á los hombres en la esclavitud, establecieron la diferencia entre aquellos prohibiendo los unos y mandando los otros: pero que los que creyesen en él se libertaban de semejantes leyes, y podian hacer lo que quisieran, porque se salvarian por su gracia sin necesidad de buenas obras. Asi los discípulos de este heresiarca vivian entregados á todo género de vicios, aplicándose á la magia y hechicerías: practicaban la idolatría, é imitaban á los paganos para escapar de las persecuciones. No es pues extraño que una moral tan cómoda haya reunido muchos sectarios. Con todo al fin del siglo tercero era ya corto su número, y aun entonces procuraban ocultarse á la sombra de los cristianos católicos.

Habiendo enseñado en Samaria y predicado en muchos pueblos de aquella parte, los apóstoles S. Pedro

y S. Juan volvieron á Jerusalen; pero Felipe, diácono, por ministerio de un ángel tuvo orden de marchar al mediodia por el camino que lleva á Gaza. Allí encontró á un etiope, eunuco y tesorero de la reina Candaces, el cual volvia de Jerusalen adonde fue á adorar á Dios, siendo acaso judío ó prosélito. Al acercarse á él Felipe, estaba leyendo un pasage de Isaias referente á la pasion de Jesucristo, y le preguntó Felipe si comprendia las palabras del profeta; y como el eunuco, confesando humildemente su ignorancia, le suplicase que tomara asiento á su lado para explicarselas; manifestó Felipe que todas se habian cumplido en la persona de Jesucristo, y le enseñó despues todos los misterios concernientes al Mesías. Tocado de la gracia el etiope, no pudo resistir á la evidencia de los hechos que comprobaban la verdad del Evangelio; y como descubriese agua desde aquel paraje, pidió á Felipe el bautismo declarando que creia en Jesucristo, y Felipe le bautizó. Apenas concluyó, arrebató un ángel al santo diácono y no volvió el eunuco á verle mas; pero continuó su viaje lleno de alegría, y predicó en Etiopía la fé que acababa de recibir. Los abisinios le miran como á su primer apóstol. Felipe fue transportado á la ciudad de Azof en la costa del Mediterráneo, y se dirigió á Cesarea, que á lo que se cree era la ordinaria habitacion de su familia, sin cesar de predicar por todo el camino: habia sido casado, y tenia cuatro hijas que se mantuvieron vírgenes y alcanzaron el don de profecía *(Act. Apost. c. XXI, vers. 9.)*. Desde este momento nada se sabe de cierto acerca de su vida. La iglesia latina honra su memoria en los dias 6 de junio de cada año. Tocante á los demas diáconos ordenados por los apóstoles se tiene igual obscuridad; solo que se les honra como predicadores y mártires, á escepcion de Nicolás que nos ocupará en adelante.

Saulo, respirando siempre amenazas y sangre, continuaba persiguiendo á los discípulos de Jesucristo. Era de la tribu de Benjamin, nacido en Tarsis, capital de la Cilicia, cuyos habitantes obtuvieron de Augusto el título y derechos de ciudadanos romanos en recompensa de su lealtad cuando las guerras con Bruto y Casio. Despues que estudió en esta ciudad las ciencias y literatura humanas que se enseñaban allí con brillante éxito, pasó á Jerusalen para instruirse en la ley y tradiciones de los judios bajo la direccion de Gamaliel; y como este doctor se adhirió á la secta de los fariseos, distinguióse por la austeridad de sus costumbres y por un ardiente y santo celo por su religion. Habiendo ejercido toda clase de violencias contra los discípulos de Jesucristo en Jerusalen, pidió al sumo sacerdote cartas para las sinagogas de Damasco, con el fin de traer presos los que pudiese coger profesando la ley de Jesus. Pertenecia esta ciudad á Aretas, rey de la Arabia petrea, pero judio y que reconocia la jurisdiccion del pontífice en los asuntos religiosos.

Como Saulo se acercaba á Damasco, repentinamente y hácia la hora del mediodia fue rodeado de una luz resplandeciente que bajó del cielo y le trastornó á él y á su comitiva. En este acto oyó una voz que le decia en lengua hebrea: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Respondió: «Y ¿quién sois vos, Señor?» Y la voz dijo: «Yo soy Jesus á quien tú persigues.» Preguntó Saulo temblando: «Señor, ¿qué quereis que haga?» «Levántate, le contestaron, y entra en la ciudad: allí te dirán lo que has de hacer: porque yo me he aparecido para que seas ministro y testigo de las cosas que has visto, y te libraré de ese pueblo y de los gentiles, cerca de los cuales te envio ahora para que abras sus ojos y los atraigas á la luz, á fin de que reciban el perdon de sus pecados por la fé que tengan en mí.» (*Act. Apost. c.* XXVI.)

Los judios que acompañaban á Saulo y que serian regularmente griegos, viendo aquellos resplandores y oyendo aquella voz, sin entender las palabras ni ver á nadie que las pronunciase, quedaron completamente atónitos; y como Saulo al levantarse quedó ciego, le llevaron de la mano á Damasco, y en ella estuvo tres dias sin recobrar la vista, ni comer ni beber. Ocupólos en oracion continua, y tuvo una vision en que se le apareció un hombre que ponia las manos en su cabeza para que recobrase la vista. Era este hombre un discípulo del Señor, llamado Ananias, fundador de aquella iglesia, que al propio tiempo recibió órden de Dios para que buscase á Saulo, le curase de la ceguera y bautizase. Al momento que le impuso las manos, recobró la vista Saulo, y recibido el bautismo, principió á predicar á Jesucristo en todas las sinagogas con grande admiracion de todos; como que sabian el odio que habia tenido á los cristianos, y la órden que traia para perseguirlos y encarcelarlos. Sucedió esta conversion, segun la comun y mas probable opinion, hácia el fin del año 34 ó principios del 35 de la era vulgar. La iglesia celebra esta fiesta á 25 de enero, aunque no se sepa el dia ni el lugar.

Algun tiempo permaneció Saulo en Damasco, y desde allí se trasladó á la Arabia, ó mas bien á los pueblos inmediatos á la ciudad, de donde no tardó en regresar ostentando en todas partes su celo, y confundiendo á los judios por la valentía de su palabra. Ya llevaba tres años en esta mision, cuando los judios no pudiéndole sufrir se juntaron y resolvieron darle muerte. De miedo que no se les escapará, ganaron al gobernador, que mandó poner guardias en las puertas de la ciudad, y ellos mismos velaban continuamente de dia y de noche. Saulo conoció el proyecto, y los discípulos para salvarle le bajaron en un cesto que descolgaron

por una ventana de su casa que caia encima de las murallas. Entonces vino á Jerusalen á ver á S. Pedro, cabeza de los apóstoles, y reconocer su dignidad: pero los discípulos á quienes queria reunirse, huian de él, no llegando á convencerse de que se habia convertido. Sin embargo Bernabé que habia estudiado con él bajo la direccion del doctor Gamaliel, le presentó á los apóstoles, es decir, á Pedro y Santiago el menor, únicos que vió en esta ocasion Saulo, y les refirió cuanto habia pasado. Saulo permaneció con S. Pedro unos quince dias, predicando enérgicamente á los judios helenos que nada podian replicarle; pero deseaban salir de él. Jesucristo se le apareció un dia en el templo donde estaba orando, y le mandó partir de Jerusalen porque alli no bastaria su testimonio. Condujéronle á Cesarea los fieles, y pasando á Tarsis por mar, fue á llevar el Evangelio á la Siria y la Cilicia.

Como estaba pacífica la iglesia en la Judea, Galilea y Samaria, S. Pedro emprendió su visita para confortar á los fieles; y hallándose en Lida, despues conocida con el nombre de Dióspolis, cerca del Mediterráneo, curó á un paralítico llamado Eneas, que ocho años antes se hallaba en cama: milagro que convirtió á los habitantes de aquel pueblo y á muchos de las inmediaciones. Por el propio tiempo una cristiana por nombre Thabita, muy limosnera, murió en Jope cerca de aquella poblacion. Sabiendo que S. Pedro estaba próximo, le pidieron se acercase á Jope, y en cuanto llegó le condujeron á la sala en que estaba expuesta. Habia en ella muchas viudas que rodeaban el cadáver y lloraban, enseñando al apóstol los vestidos que Thabita les habia dado, hechos de sus propias manos. Lastimado el apostol al oir sus lamentos, se puso en oracion, y volviéndose hácia la difunta dijo: «Thabita, levántate,» y al momento resucitó. Al instante se divulgó este milagro y

causó la conversion de infinidad de habitantes. Dedicándose á su instruccion S. Pedro, permaneció en Jope muchos dias en casa de un curtidor llamado Simon: todavia permanecia en esta villa, cuando le avisaron que deseaba verle un centurion llamado Cornelio, hombre ajustado que daba largas limosnas, y conociendo al Dios verdadero le adoraba y hacia que todos los de su casa le adorasen. Un dia que estaba en oracion el centurion, se le apareció un angel y le mandó que enviase á llamar á Jope á un tal Simon, conocido con el nombre de Pedro, que se alojaba en casa de otro Simon, de oficio curtidor. Llamando á dos criados suyos y á un soldado, todos tres temerosos de Dios, les encargó con urgencia esta comision, y se acercaron al siguiente dia á Jope. Pedro que habia subido á la azotea para orar, segun la costumbre de los judios, al mediodia mientras le disponian la comida, quedó elevado en un éxtasis, y una voz le mandó que comiese indiferentemente de toda clase de carnes sin distinguir las de animales impuros que la ley prohibia. Esta vision se repitió tres veces, y deseaba saber su verdadera inteligencia, cuando el espíritu divino le dijo: «Mira tres hombres que te buscan: no tengas reparo de ir con ellos porque soy yo quien te los envió.» Al mismo tiempo se presentaron los tres hombres á la puerta de la casa, y al siguiente dia marchó con ellos acompañado de otros vecinos de ella. Cornelio reunió todos sus parientes y amigos para recibir al apostol, y cuando supo que se acercaba, le salió al encuentro y se arrodilló ante el santo en cuanto le vió. S. Pedro le mandó levantar y entrando en la casa le dijo: «Ya sabeis que los judíos no se prestan á visitar en su casa á los extranjeros: pero Dios me ha revelado que á nadie debo rechazar como profano ó inmundo, y por eso no he tenido dificultad en venir: ahora me direis el objeto de vuestra llamada.» Cornelio refirió el sueño que habia

tenido, y S. Pedro principió á instruirle en la historia de la resurreccion de nuestro señor Jesucristo y en los demas misterios. Aun estaba hablando cuando el espíritu divino descendió sobre todos los que estaban reunidos, y todos glorificaron al Señor hablando en diferentes lenguas, de modo que los fieles circuncisos que vinieron con el apóstol, quedaron llenos de admiracion. Díjoles S. Pedro: «No se puede negar el bautismo á los que han recibido como nosotros el Espíritu Santo.» Y en seguida dió este sacramento á Cornelio y á los demas asistentes, y consintió en quedarse algunos dias en la casa. Este es el principio de la conversion de los gentiles.

Luego que S. Pedro regresó á Jerusalen, muchos judíos convertidos le hicieron varias observaciones, quejándose de que entrase en casa de los incircuncisos y comiese con ellos. Pero el apóstol contó lo que se le habia revelado y la órden de Dios, y cómo el espíritu divino habia confirmado con su influjo esta determinacion, bajando sobre Cornelio y su familia mientras estaba hablando. Los fieles se tranquilizaron y no volvieron á quejarse; antes dieron gracias á Dios que se dignaba de comunicar su gracia á los gentiles. Algunos de los que se dispersaron cuando el martirio de S. Estevan, fueron á Antioquía donde no se habia anunciado el Evangelio sino á los judíos: y muchos que eran de Chipre ó Cyrene, se dirigieron á los griegos, sabedores de lo que S. Pedro habia referido acerca de la voluntad de Dios, y su celo obró un gran número de conversiones.

A poco tiempo del bautizo de Cornelio, ó en el año 36 de la era vulgar, segun la mas probable opinion, se estableció en Antioquía la cátedra por S. Pedro que fue su primer obispo; y se cree comunmente que residió allí siete años, aunque saliese algunas temporadas á recorrer el Ponto, la Bitinia, la Capadocia y otras pro-

vincias para predicar el Evangelio. Escogió esta ciudad como metrópoli del Oriente, y por esta razon conducente á la dignidad del príncipe de los apóstoles, hasta que extendiéndose la fé al Occidente viniese á fijar su silla pontifical en la capital del mundo.

A esta época puede tambien referirse la dispersion de los apóstoles, que salieron de la Judea para anunciar la fé en los opuestos confines del mundo. Con efecto, el establecimiento de la silla de S. Pedro en Antioquía, la eleccion de Santiago que hicieron para obispo de Jerusalen poco antes, y otras muchas circunstancias (1) dan mucha verosimilitud á esta opinion, sostenida por Tillemont, siguiendo á S. Gerónimo. No dejaban sin embargo de volver algunas veces, y principalmente para celebrar la Pascua, porque en algun tiempo continuaron conformándose con esta costumbre de los judios, para contemplar su debilidad: y por este tiempo fue, justamente en la misma fiesta, cuando condenaron á muerte á Santiago el mayor, y Herodes Agripa puso en prision á S. Pedro. Antes de separarse compusieron el símbolo que lleva su nombre, y que ofrece un resumen de la fé, que debia reunir á todas las iglesias. No tuvieron por necesario escribirle, porque los fieles estan obligados á saberle de memoria y á recitarle antes del bautismo, cuya práctica era suficiente para conservarle en todos tiempos. Antiguamente se notaban ligeras diferencias en las expresiones de algunos artículos, porque desde el nacimiento de las herejías se creyó necesario

(1) Habiéndose predicado el Evangelio en toda la Judea y la Samaria, era muy natural que los apóstoles creyesen llegado el momento de conformarse con lo mandado por Jesucristo, y dispersarse por el universo, cuando Dios abria las puertas de la iglesia á los gentiles con el bautismo de Cornelio. Por otra parte se sabe que S. Pablo cuando vino á Judea desde Damasco, no halló mas que dos apóstoles, y era á los tres años de su conversion (*Galat. cap.* 1), y él mismo marchó inmediatamente á Cilicia para ejercer su apostolado.

añadir varias palabras para explicar mejor los dogmas que contienen (1).

Santiago el menor no se apartó de Jerusalen, de donde era obispo, y desde alli velaba sobre las iglesias de Judea. S. Pedro despues de fijar su silla en Antioquia, donde muchos discípulos continuaban predicando el Evangelio, no tardó en salir de alli para llevar la fé á las comarcas inmediatas. S. Juan pasó al Asia menor, en que fundó sucesivamente las iglesias de Smyrna, de Pergamo, de Sardis, de Laodicea &. Posteriormente fijó su residencia en Efeso, donde murió despues de una larga mansion y al fin del primer siglo. Es probable que penetró tambien en el Asia alta sometida á los partos: y dicen que su primera epístola llevaba antiguamente su nombre, como que se dirigia á ellos. Algunos autores han referido que habia marchado en su compañía la santa Virgen á Efeso, y habia muerto en aquella ciudad, donde al tiempo de celebrarse el concilio habia una iglesia dedicada á su nombre: pero Baronio y otros muchos creen con mas fundamento que murió la santa Virgen en Jerusalen, aunque no puedan fijarse el tiempo ni las circunstancias de su muerte. Una antigua tradicion hay de que resucitó, y fue elevada al cielo en cuerpo y alma despues que pasaron unos dias.

Santiago el mayor, hijo del Cebedeo, y hermano de san Juan, predicó principalmente á los judios, y despues de haber recorrido varios paises, que la historia no designa, sufrió el martirio en Jerusalen, reinando Agripa. S. Andrés fue destinado á la Scitia, penetró en la Sogdiana, volvió á Grecia, habiéndose detenido en el Ponto y Cógida, y sufrió el martirio de la cruz en Patras de la Acaya, aunque se ignora cuando. Su cuerpo fue trasladado á Constantinopla, en el imperio de Cons-

(1) Vease el P. Cellier, *Historia de los autores ecles.*, t. 1.

tancio, y desde alli se han enviado reliquias á diferentes parajès. Es muy venerado entre los rusos, que poseen una parte del pais que ocuparon los antiguos scytas.

S. Felipe predicó tambien en el Asia alta y despues en la Frigia: en ella murió en una ciudad llamada Hierapolis, hácia el año de 80, sin que podamos precisar el cuándo, ni la clase de martirio que sufrió. S. Bartolomé anunció á Jesucristo en la Armenia, Etiopia, Arabia, y hasta las Indias, donde predicó el Evangelio segun S. Mateo: hallóse un ejemplar en idioma hebreo en aquel pais por S. Panteno, que le trajo á Alejandría cien años despues. Como los antiguos daban el nombre de India á muchas provincias diferentes situadas al oriente ó al mediodia; se puede creer que las Indias de que aqui tratamos, son las que confinaban con la Etiopia (*Rufin. Hist. l.* X. *cap.* V. *Socr. l.* I. *cap.* XIX). Dícese que fué martirizado en la Armenia, clavado en una cruz, despues de haberle desollado y desgarrado sus manos á fuerza de azotes.

Santo Tomás recorrió todos los paises sometidos á los partos, predicó en Persia, Media, Bactriana, y aun se cree que llegó á las Indias propiamente dichas, donde se encontraron cristianos, llamados de Santo Tomás, que alegaban haber recibido la fé por medio de este apóstol, y tenian sus reliquias. Pero la tradicion de estos cristianos tachados de nestorianos no tiene bastante autenticidad, aunque el testimonio de muchos escritores antiguos y su predicacion en otras provincias vecinas á aquellas regiones pudiesen inducir el juicio con bastante verosimilitud de que aquel apóstol propagó la fé en ellas. Hay quien dice que murió en Calamina, en las Indias, y muchos modernos creen que los portugueses hallaron su cuerpo en Meliapur, y que de

allí le trasladaron á Goa. Pero como en el siglo cuarto habia la persuasion de que las reliquias de este apóstol estaban en Edesa *(Rufin. l. XI, c. V)*; es preciso creer que fuese el lugar de su martirio el mas inmediato á esta última ciudad.

Antes de ausentarse de Judea, S. Mateo escribió su Evangelio, á instancia de los fieles, y para dejarles un monumento de la fé predicada á nombre de Jesucristo. Por eso le escribió en hebreo, es decir, en la lengua de los judios, que era una mezcla del caldeo y el siriaco. Valiéronse de este Evangelio los demas apóstoles, y Santiago le explicaba en Jerusalen. Despues se hizo una traduccion de él en idioma griego, que obtuvo la aprobacion de toda la iglesia, y que al último sirvió para reemplazar al original, que hace mucho se habia perdido; pues el texto siriaco que hoy se conoce, es aquella traduccion en griego. Todos estan conformes en que este Evangelio es el primero ó mas antiguo; tenemos que establecer que se escribiria poco antes del año de 43, porque Eusebio refiere que en el mismo año escribió el suyo S. Marcos: y aun debe presumirse que este importante trabajo detuvo á S. Mateo en Judea mas tiempo que á los demas apóstoles. En seguida marchó á propagar la fé á la Etiopia y la Persia, y en esta se presume que fue martirizado.

S. Simon (el Cananeo) predicó en Mesopotamia y en la Persia. S. Judas (Tadeo) predicó tambien en la Mesopotamia, y despues en la Arabia, en la Idumea y la en Libia. Fue casado, y sus dos nietos fueron acusados á Domiciano como descendientes de David, á tiempo que este emperador hacia averiguar quiénes entre los judios podian aspirar al trono. Tenemos una epístola canónica de este apóstol, que al parecer fue escrita despues de la segunda de S. Pedro para confirmar en la fé á los fieles, y que estuviesen prevenidos con-

tra los errores de los nicolaitas y los gnósticos (1): por ella se infiere que no moriria hasta despues de la ruina de Jerusalen. Es menester no confundir á este apóstol con uno de los discípulos llamado Tadeo solamente, que fue comisionado por Santo Tomás á la ciudad de Edesa, en Mesopotamia, y que obrando numerosas maravillas, la convirtió enteramente y á su rey Abgare. De este mismo príncipe se dice que escribió una carta á Jesucristo, quien le respondió diciendo que le enviaria un discípulo suyo para que le curase é instruyese. Pero no es fácil reconocer como auténticas, ni la carta, ni la respuesta.

S. Matias, despues de haber predicado en varias partes de la Palestina, llevó el Evangelio á Etiopia, sin que podamos afirmar de qué pais en particular se entiende esta palabra, porque los antiguos la aplicaban indistintamente á todas las comarcas menos conocidas que situaban al mediodia y fuera de los límites del imperio romano. Esto es precisamente lo único que se sabe de la mision del mayor número de apóstoles: pero la obscuridad que encubre las circunstancias de su vida y de sus peregrinaciones, es una prueba mas de la sinceridad de su testimonio, que en ella encuentra su mayor confirmacion, porque segun la juiciosa observacion de Fleury (*Prefacion á la hist. eclesiast.*) «nada prueba mejor que no buscaban los apóstoles su propia gloria, que el poco cuidado que tuvieron de conservar en la memoria de los hombres las grandes obras en que se han ocupado.»

El emperador Tiberio, habiendo reinado veinte y dos años y medio, murió en 16 de marzo del año 27; sucedióle Cayo Calígula, su nieto é hijo del célebre Ger-

(1) Las expresiones que emplea, convienen con las doctrinas y acciones infames de estos herejes. Cita un libro apócrifo con el nombre de Enoch; pero no le aprueba, como S. Pablo cita algunas veces los poetas profanos.

mánico. Poco tiempo antes Pilato, acusado de haber dado muerte á cierto número de samaritanos ante Vitelio, gobernador de la Siria, por los senadores, fue citado á Roma para justificarse. Salió de Judea, gobernada por él durante 10 años, y cuando llegó ya no existia Tiberio. Calígula le desterró á Viena en las Galias, donde desesperado se suicidó en el año 39 de Jesucristo.

En el propio año Herodes Antipas, que mandó degollar á S. Juan Bautista, y trató de loco á Jesucristo, perdió sus estados y fue desterrado. Hácia el fin del reinado de Tiberio habia guerreado Herodes con Aretas, rey de Arabia, cuya hija repudió aquel por casarse con Herodias; y habiendo sufrido su ejército una completa derrota, atribuyeron los judios este reves á la venganza divina por la muerte de S. Juan Bautista. Al advenimiento de Calígula Herodes Agripa, hijo de Aristóbulo y nieto de Herodes el viejo, recibió el título de rey y los estados que pertenecieron á Filipo el Tetrarca y á Lisanias: Herodias concibió violentos celos de este engrandecimiento, y hostigó á su marido á que pasase á Roma, con la esperanza de que siendo ya tetrarca, obtendria facilmente una dignidad que se habia concedido á un simple particular. Agripa despachó corriendo á un liberto con pliegos al emperador, en los que acusaba á Antipas de que habia tomado parte en la conspiracion de Seyano contra Tiberio, y de que continuaba aun en inteligencia con Artabano, rey de los partos, en perjuicio de los romanos: daba por pruebas de esta última acusacion que tenia Antipas en sus almacenes las armas necesarias para setenta mil hombres. No pudo el acusado negar esta circunstancia: declaróle Calígula por convicto y le desterró á Leon en las Galias, á donde le siguió su mujer Herodias. Desde allí se escaparon á España, y perecieron miserablemente. Herodes Antipas fue

tetrarca de Galilea cuarenta y dos años despues de la muerte de Herodes el viejo, su padre. Sus estados y tesoros se le dieron á Agripa, su sobrino y hermano de Herodias, porque esta era, como él, hija de Aristóbulo y sobrina de Antipas.

Reinando Calígula, sufrieron los judios en muchos puntos persecuciones que terminaron á veces en crueles matanzas. En Jamnia, ciudad de la Palestina, á la orilla del mar, los paganos que vivian mezclados con los judios, erigieron un altar en honor de Calígula, que tuvo la demencia de exigir la adoracion que tributaban á Dios. Los judios destrozaron este altar, y sus enemigos informaron al emperador de tal atentado: Calígula mandó que en lugar del altar derribado se construyese una estatua colosal y dorada que le representara y se colocara en el templo de Jerusalen, previniendo al gobernador de Siria que dirigiese á Judea la mitad del ejército que tenia en las fronteras para guardarlas de los reyes de Oriente, á fin de sostener á la fuerza aquella determinacion. Este gobernador llamado Petronio, que habia sucedido á Vitelio, ocupó en esta obra á los mas hábiles artistas, juntó dos lejiones romanas y un gran número de aliados, y sentó su cuartel general de invierno en Ptolemaida, ciudad marítima entre Tiro y Cesarea: despues para observar á los judios de cerca, pasó á establecerse en Tiberiades. Venian los judios por millares á suplicarle que no profanase su ciudad, porque estaban resueltos á morir, y habian abandonado para este fin el cultivo de sus campos por mas de cuarenta dias. Suspendió Petronio la empresa, y dió parte á Calígula de todo lo que ocurria; pero en terminos muy diferentes, porque le informó que él habia suspendido la obra para tomar tiempo á fin de que fuese mas suntuosa, y para no exasperar á un pueblo que abandonando sus labores destruia toda

esperanza de recoger sus cosechas. Agripa, que á la sazon estaba en Roma, solicitó lo mismo apoyando á sus compatricios, y escribió al emperador una larga carta, en que recordaba la determinacion de Augusto que prohibia se inquietase á los judios en sus costumbres religiosas, y que él mismo habia fundado una memoria anual y perpetua, para que se sacrificaran un toro y dos corderos: que la emperatriz Livia habia enviado al templo muchos vasos preciosos: que Tiberio obligó á Pilato á que retirase de Jerusalen los escudos de oro, que este le habia dedicado: añadiendo por último que á pesar de las mercedes que de él habia recibido, se le acusaria de haber vendido su religion, si no lograba este favor que de nuevo pedia á nombre de todos los judios. Calígula se le concedió, y consintió que no se dedicase en Jerusalen su estátua, amenazando fuertemente que castigaria á todo el que impidiese la ereccion de imágenes suyas ó altares para su culto en las demas ciudades. No tardó mucho en mandar construir otra en Roma, con intencion de transportarla al templo secretamente y antes que nadie pudiera sospecharlo.

Esta loca impiedad de Calígula sirvió tambien de pretexto para cometer mas violencias contra los judios de Alejandría. Muchos habia en aquella ciudad como en lo demas del Egipto, donde gozaban de los derechos de ciudadanos. El pueblo que los aborrecia, se irritó contra ellos con ocasion del paso de Agripa, que marchaba por Alejandría á la Judea para tomar posesion de su reino. Primeramente se mofaron de su soberanía, vistiendo á un loco, que tenia por costumbre andar desnudo por la ciudad, de una especie de diadema y manto real. Luego arremetieron á las sinagogas derribando ó quemando cuanto podian y poniendo en su lugar las estatuas del emperador. El gobernador Flaco, que estaba celoso de Agripa, autorizaba los excesos

populares, y aun dió un decreto que privaba á los judios del derecho de ciudadanía, permitiendo se les tratase como cautivos ó prisioneros de guerra. Despojaronlos del barrio que habitaban, y asi un gran número se vieron precisados á vagar por los arrabales sin hallar donde alojarse: saquearon sus casas y tiendas: las mercancías que cogieron, las dividian en público como un botin apresado á los enemigos: mataron á una porcion de ellos, y arrastraron despues sus cadáveres por las calles. Flaco mandó azotar á muchos senadores de su nacion, y dar tormento á las mujeres para obligarlas á comer de los manjares que su ley prohibia. Sabedor Calígula de estas violencias, manifestó grande alegria; pero los judios le enviaron una diputacion, reclamando sus derechos, y quejándose de los malos tratamientos que sufrian. El emperador la recibió en una casa de campo inmediata á Roma; llevándolos tras de sí de una en otra sala, dejándoles con la palabra en la boca, interrumpiéndolos con bufonadas, haciéndoles preguntas insustanciales, y aparentando que reconocia la justicia de su causa; pero los despidió sin determinar nada. Filon que escribió esta relacion, iba de jefe de la diputacion.

Por el mismo tiempo entre los partos se vieron los judios todavía mas perseguidos, principalmente en la provincia de Babilonia. El rey Artabano habia dado el gobierno de esta provincia á un judio que se hizo temible, capitaneando una tropa de bandidos, y le conservó quince años dominando con toda arbitrariedad. Sucedióle un hermano suyo, y se hizo tan odioso que los habitantes le mataron una noche despues de haber dispersado su tropa: entonces cayeron sobre los judios, que siendo poco fuertes para resistirse, se refugiaron á Seleucia, ciudad muy considerable de aquel pais, poblada de griegos y de sirios, es decir, de dos partidos

siempre opuestos. Uniéndose los judios á los últimos quedaron mas poderosos que sus contrarios: pero los griegos lograron dividirlos y se reunieron con los sirios, antes sus antagonistas; y de comun acuerdo cayeron de improviso sobre los judios y mataron mas de cincuenta mil. Los pocos que escaparon de esta carniceria, con auxilio de algunos amigos se retiraron á Ctesiphon, capital del reino de los partos, donde esperaban hallarse seguros al abrigo de la autoridad real. Pero el odio de los griegos y sirios que perseguia á los judios en todo el oriente, los obligó á que en gran número se refugiasen en Nisie y Neharda, dos plazas fuertes sobre el Eufrates, donde habia muchos mas, y desde las que enviaban á Jerusalen con numerosa escolta todo el dinero que destinaban para sostener el templo y costear los sacrificios.

Entretanto Calígula se hacia insoportable por sus crueldades y extravagancias, tanto que le mataron el 24 de enero del año 41, á los 29 de su edad y tres y diez meses de imperio. Tuvo por sucesor á Claudio, su tio, hermano de Germánico y sobrino de Tiberio, como que era hijo de Druso, hermano de este. Como intentara una parte del senado restablecer la república, no dejó de suscitarse alguna dificultad sobre el reconocimiento del nuevo emperador: el rey Agripa, que se hallaba en Roma, le auxilió mucho con sus consejos é intervencion en el senado. Claudio en agradecimiento añadió á su reino de Judea el de Samaria. Tambien restableció á los judios de Alejandría en el ejercicio de sus derechos de ciudadanía, con la facultad de elegir libremente un jefe de su nacion. Ultimamente envió otro edicto por todo el imperio para prohibir que perturbasen á los judios en las costumbres de sus antepasados. No trató tan favorablemente á los de Roma, donde les prohibió todas reuniones.

Durante estos trastornos, que manifestaban la de-

cadencia y anunciaban la ruina del pueblo judio, el número de los discípulos de Jesucristo crecia de dia en dia; y sabiendo los de Jerusalen las conversiones que se hacian en Antioquía, enviaron á Bernabé, que confirmó á los nuevos fieles con su predicacion y sus virtudes, y extendió mas el progreso del Evangelio. Pasado algun tiempo fue á Tarsis á buscar á S. Pablo para asociarse á sus tareas y deteniéndose ambos apóstoles un año entero en Antioquía, convirtieron un considerable número de personas, de manera que en ella se principió á dar el nombre de cristianos á los discípulos del Salvador. Entre los profetas que vinieron de Jerusalen á Antioquía, uno, llamado Agabe, predijo un hambre universal que con efecto ocurrió al tiempo señalado. Los discípulos de Jesucristo resolvieron enviar limosnas á los fieles de Judea, y pasaron por las manos de Pablo y Bernabé á los presbíteros de aquel pais.

Ya de vuelta en Jerusalen, Herodés Agripa, procurando todos los medios de hacerse amar de los judios, fue cómplice de su ciego odio y renovó las persecuciones contra los cristianos. Mandó decapitar á Santiago el mayor, hijo del Cebedeo y hermano de S. Juan. Su acusador, viendo la firmeza con que confesaba á su divino Maestro, quedó tan conmovido que se convirtió y declaró cristiano en el acto mismo: llevándolos juntos al lugar del suplicio, pidió el acusador á Santiago que le perdonase, y habiendo reflexionado un poco el apóstol le abrazó diciendo: «la paz sea contigo;» y despues los martirizaron. Los españoles creen que Santiago fue el primero que predicó en su reino el Evangelio: pero no se supo esta circunstancia al parecer antes del siglo octavo, y no tiene autenticidad suficiente, antes se opone al testimonio del papa Inocencio I, que asegura que todas las iglesias de este reino se fundaron por San

Pedro ó por sus sucesores. En el año de 800, reinando Alfonso el Casto, se descubrió milagrosamente el cuerpo de este apóstol, que primeramente se trasladó á Iria, despues á Compostela en Galicia, sin que sepamos con todo cuándo ni cómo se hizo esta traslacion. Sabido este descubrimiento, el papa Leon III á instancias del rey Alfonso trasladó á Compostela la silla episcopal de Iria: y en el año 1124 el papa Calisto II trasladó á esta misma iglesia los derechos de la metrópoli de Mérida, que entonces se hallaba en poder de los sarracenos (1). Herodes Agripa observando la alegría que causaba á los judios el suplicio de Santiago, mandó prender á S. Pedro que se hallaba en Jerusalen. Pero como era tiempo de Pascua, su objeto fue tenerle seguro para martirizarle á presencia del pueblo cuando pasase la fiesta. Hízole cargar de cadenas dobles, y que le custodiasen diez y seis soldados, que se sucedian por tandas de á cuatro cada una, de las que dos estaban junto al santo, y las otras dos á la puerta de la prision. Los fieles elevaban á Dios ardientes súplicas sin intermision para alcanzar su libertad. En la noche que precedió al dia señalado para el suplicio, el apóstol dormia entre sus guardas, y le despertó un ángel, diciéndole que se levantase al momento y le siguiera. Al punto se le cayeron al suelo las cadenas, y le siguió sin meditar si era un sueño ó realidad. Despues de pasar la primera y la segunda puerta llegaron á una de hierro, que daba salida á la ciudad y se abrió á su presencia. En cuanto anduvieron algun tiem-

(1) Los Bolandistas han reunido muchos testimonios para confirmar esta tradicion de la iglesia de España sobre el descubrimiento de las reliquias de Santiago (*Acta Sanct. tomo VI Jul.*). Otros autores se inclinan á creer que puede haber habido en Compostela otro Santiago, cuyas reliquias se hayan equivocado con las de este apóstol (*véase á Tillemont t.* 1°).

po por las calles el ángel desapareció, y conoció S. Pedro que Dios le habia realmente libertado: pasó á casa de María, madre de S. Juan, donde muchos fieles estaban en oracion; y una criada, llamada Rodia, que salió para abrir la puerta, conociendo la voz de Pedro, en lugar de abrir corrió llena de alegría á noticiarlo á los fieles. Dijeronle que estaba loca, y como ella aseguraba que era el apóstol, los otros decian: será su ángel: con lo que se comprueba la tradicion apostólica de los ángeles de la guarda. S. Pedro seguia llamando: al fin abrieron y se quedaron pasmados al verle. Mandóles sosegarse, y refirió cómo se habia libertado: les encargó que avisasen á Santiago, hijo de Alfeo y á los demas creyentes, y salió de la ciudad para buscar un seguro asilo. Cuando amaneció, los soldados que no veian al preso quedaron consternados; y Herodes mandó que le buscasen por la ciudad; aunque fue en vano hizo que diesen tormento á los guardas, y por último los condenó á muerte. No tardó este tirano en sufrir los efectos del castigo de Dios. Pasando á Cesarea (1), que era su ordinaria residencia, recibió los embajadores de los tirios y de los sidonios, que habiéndole ofendido buscaban el medio de recobrar su amistad, porque no podian ya sacar de sus estados los granos que necesitaban. Quiso darles audiencia solemne ínterin celebraba unas fiestas por la salud del emperador; yendo al teatro con numerosa comparsa, sentóse en un magnífico trono, y revestido de un manto real brillante por el oro y pedrería de que estaba cubierto. Al oirle hablar sus aduladores decian: «esta es la voz de un Dios, no la de un hombre,» y Agripa per-

(1) Berault-Bercastel dice que allí tambien residia el presidente romano, que segun él gobernaba la Judea á nombre de Cesar: pero es cierto que entonces no habia gobernador romano en Judea, y que esta provincia entera estaba sujeta á Herodes. Conservóse este error en la edicion de Henrion.

mitió esta impiedad. Pero herido en el acto por ministerio de un ángel, sintió unos dolores agudísimos, y dijo á cuantos le rodeaban: «ved aquí que va á morir vuestro Dios.» Lleváronle á su palacio desde donde observó al pueblo prosternado pidiendo su curacion, y á los cinco dias murió comido de gusanos, el año 44 de Jesucristo, á los siete de haber recibido de Calígula el título de rey, y tres despues que ejercia su dominacion en Judea: dejó tres hijas y un hijo llamado, como él, Agripa, á quien el emperador Claudio quiso conceder aquel reino; pero como le representasen que era muy jóven, envió á la Judea á Cuspio Fado para gobernarla á nombre de los romanos.

Dos años antes (42), S. Pedro libre de la prision habia pasado á Roma, donde estableció su cátedra, despues de haberla tenido siete años en Antioquia (1); y en esta puso á Erodo, su discípulo, que la regentó 26 años. Creese que viniendo á Roma su principal cuidado fue

(1) Muchos autores, fijando en este mismo año 42 el primer viaje de S. Pedro á Roma, creen quo salió de allí al principio del 44, y que despues de su regreso á Jerusalen fue puesto en prision por Agripa. Suponen igualmente que volvió á Roma mucho despues de su prision, y que no escribió su epístola primera sino pasada esta segunda jornada en el año de 45. Otros fijan su prision en el de 44, y opinan que en este fue cuando vino á Roma la primera vez: pero no entran estas discusiones cronológicas en nuestro plan. Solamente haremos observar que nada sólido vemos en cuanto se alega para referir el año en que se verificó la prision de S. Pedro, al año de la muerte de Agripa, ó que el hambre, con cuya ocasion S. Pablo llevó socorros á Jerusalen, no empezó antes del año 44: y sin embargo no puede haber mas què estas dos causas para hacer retroceder hasta entonces la época de la prision de S. Pedro. Ultimamente otros suponen que permaneció en Jerusalen hasta el concilio que allí se tuvo en el año 51, y que despues fue cuando se estableció en Antioquia; que no volvió á Roma hasta el de 58. Esta opinion, adoptada por el P. Cellier y críticos protestantes, presenta la ventaja de explicar fácilmente lo que dice la Escritura: que S. Pedro se halló en el Oriente en circunstancias muy posteriores al año 42: pero como puede explicarse lo mismo, suponiendo que S. Pedro hiciera muchos viajes de Roma á Jerusalen, aunque no se describan en la Escritura porque no puede abarcar todos los hechos; debemos atenernos al testimonio de Eusebio y á la comun tradicion, que hacen durar veinte y cinco años el pontificado de S. Pedro en la capital del mundo.

oponerse á Simon Mago, que allí residia, y se hacia notable por sus operaciones mágicas. La predicacion y los milagros de S. Pedro hicieron que se arruinase el crédito de aquel impostor, y produjeron abundantes conversiones entre los judios y los gentiles. Entre otras se cuenta la de Pudente, que unos creen senador, y cuya casa servia para las reuniones de los fieles y celebracion de los santos misterios, y luego fue iglesia, titulada de S. Pedro *ad vincula.*

El príncipe de los apóstoles llevó consigo á Roma muchos discípulos, y entre otros á S. Marcos que le servia de intérprete, ó mas bien de secretario, quien por órden suya fue despues á llevar la luz del Evangelio al Ejipto, donde fundó la iglesia de Alejandría. Pero antes y durante su mansion en Roma S. Marcos escribió su Evangelio á instancias de los fieles, que deseaban conservar por escrito lo que S. Pedro les habia enseñado de viva voz. Escribióle en griego, que era el idioma mas general y de mayor uso en aquella ciudad, tanto que hasta las mujeres le hablaban fácilmente. Escribió, sin atenerse mucho al órden de los tiempos, todo lo que habia aprendido de san Pedro, quien revisó su obra y la aprobó; de suerte que muchos padres no han dudado de atribuirla á S. Pedro. No se encuentra en este evangelio aquel elogio que Jesucristo hizo de S. Pedro, despues que este apóstol le reconoció por hijo de Dios: pero si está con todas sus señales su tripla negacion, porque no quiso ocultar su falta, por la que vertió tantas lágrimas, y suprimió por humildad lo que podia convertirse en su gloria.

S. Marcos redactó tambien, ó al menos tradujo la primera epístola de S. Pedro, que fue escrita por aquel tiempo y dirigida á los fieles dispersos en el Ponto, la Galacia, Bitinia y Capadocia, donde habia fundado muchas iglesias. Alli se llama á Roma Babilonia, como que era

centro de la idolatría. Esta epístola muy corta contiene una fervorosa exhortacion al ejercicio de la santidad y reglas mas importantes de la moral cristiana, manifestadas de un modo enérgico y digno del que hacia de cabeza del apostolado. Tambien está escrita en griego, y su data (á lo que creemos) es del año 43 de la era vulgar (1).

Saliendo de Roma S. Marcos para la mision importante que se le habia confiado, fue primero á Cirenópolis de donde se cree era originario. Despues de haber predicado algun tiempo y hecho numerosos prosélitos, recorrió las demas provincias de la Libia, en que fundó diferentes iglesias, y de allí llevó el Evangelio al Egipto, á la Tebaida y principalmente á Alejandría. Situada ésta ciudad en una de las bocas del Nilo, era el centro del comercio, y desde ella todas las mercancías de las Indias y del Oriente que llegaban por el mar Rojo, se transportaban al Mediterráneo y las diferentes provincias del imperio romano. Por eso habia tanta multitud de habitantes de todas las naciones. Ademas de los egipcios, fuertemente adheridos á sus supersticiones, habia una porcion de griegos, sirios, etiopes, árabes é indios, todos idólatras; y los judios eran tan numerosos, que tenian un jefe de su nacion y se les consideraba como dos partes de las cinco en que estaba la poblacion compartida. En ella hizo S. Marcos muchas conversiones, y en lo que dice Eusebio (*Hist. eclesiást. lib.* II., *cap.* XVI.) que fundó iglesias, puede entenderse que fueron parroquias, y que en ellas puso ministros que llenasen las obligaciones de la cura de almas. Entre los cristianos de esta ciudad ó sus cercanías hubo un gran

(1) Asi resulta del testimonio de Eusebio, que en su crónica fija en el año de 43, el principio de la predicacion de S. Marcos en Egipto, y que cuenta en su historia, que esta epístola de S. Pedro asi como el Evangelio de S. Marcos fue escrita mientras el último estaba en Roma.

número que á ejemplo de S. Marcos abrazaron las reglas mas elevadas de la perfeccion cristiana, practicando la mortificacion, la abstinencia, el ayuno y la oracion, juntando la meditacion con el trabajo, viviendo en el retiro y guardando continencia; lo que causó que los llamasen *ascéticos*: como que se ejercitaban particularmente en la virtud. Muchos tambien se retiraban á la soledad para dedicarse libremente á este santo ejercicio, y puede creerse que la mayor parte de ellos eran cristianos terapeutas, que conservaban su nombre y dieron el primer ejemplo de la vida eremítica en Egipto. *(Eus. ibid., c.* XVI *y* XVII. *Sozom. Hist. lib.* I., *cap.* XII. *Ger. De los escrit. ecles. cap.* VIII. *Cass. Instic. lib.* II., *cap.* V.*)* S. Marcos terminó su vida martirizado en el año 62, ó segun otros el de 68 de la era cristiana. Antes habia escogido y ordenado para que le sucediese en la silla de Alejandría á uno de sus discípulos llamado Aniano, que gobernó esta iglesia veinte y dos años. Al tiempo que S. Pedro predicaba el Evangelio en la capital del mundo, y le propagaba por sus discípulos en las provincias de occidente; S. Pablo y S. Bernabé que habian traido á Jerusalen las limosnas de los fieles, volvieron muy pronto á Antioquia, llevándose consigo á Juan, por sobrenombre Marcos, diferente del evangelista, y á lo que se cree primo de S. Bernabé. Entonces habia en Antioquia profetas y doctores, de los que muchos habian recibido de los apóstoles las órdenes episcopales, entre otros Simon (llamado el negro), Lucio de Cirene, y Manahem, hermano de leche de Herodes el tetrarca. Un dia que se habian reunido para la celebracion de los santos misterios, el Espíritu Santo les dijo: «separad á Saulo y Bernabé para la obra á que los destino.» Y como ayunasen é hiciesen oracion, les impusieron las manos y los dejaron marchar. Asi fueron instituidos ambos apóstoles de los gentiles: pero Saulo llevaba el

primer lugar desde entonces. Se cree que por estos tiempos (año 42) fue arrebatado al tercer cielo, donde Dios le reveló secretos que no es lícito á los hombres saber (2. *Corint. cap.* XII.). Mas para evitar que le sirviesen de orgullo y satisfaccion estos y otros favores que recibió de Dios, quedó sujeto á duras tentaciones: pedia á Dios que le libertase de ellas, y empleaba en vencerlas todos los rigores de la penitencia, juntos á las fatigas del apostolado, para no perderse el apóstol, cuando salvaba á otros.

Saulo y Bernabé inspirados y con la mision del Espíritu Santo pasaron á Seleucia en el Mediterráneo, y de alli fueron embarcados á Chipre. Llegados á Salamina, una de sus principales ciudades, predicaron el Evangelio, primero en la sinagoga segun la regla adoptada por S. Pablo, y recorriendo despues lo demas de la isla; lo que exigia seguramente una larga mansion: luego vinieron hasta Pafos en que residia el proconsul romano Sergio Paulo. Este hombre sabio y prudente deseó oir la palabra de Dios, y llamó á los dos apóstoles; pero un mago judio, llamado Barjesus, que se hacia profeta con el sobrenombre de Elimas, como indicante de su profesion, hizo todos sus esfuerzos para impedirle que abrazase la fé. Saulo, lleno de indignacion, y reprendiéndole su perfidia, le castigó privándole de la vista: el proconsul, admirado con este suceso, no tardó en convertirse. Desde este punto la escritura da siempre á Saulo el nombre de Pablo, ya porque le tomase á imitacion del pro-consul en memoria de esta gloriosa conversion, ó ya que desde el principio llevase ambos nombres, el uno hebreo como judio y el otro latino como ciudadano romano, y que usara con preferencia de este cuando trataba con los gentiles.

S. Pablo y los compañeros se embarcaron muy pronto en Pafos y fueron á Perga, en Panfilia, donde

Juan Marcos, que hasta entonces los habia seguido, los dejó para volver á Jerusalen, desalentado sin duda por la distancia. Los apóstoles, sin detenerse en Perga, pasaron á Antioquía de Pisidia, llamada tambien Cesarea para distinguirla de Antioquía la mayor. El dia del sábado entraron en la sinagoga, en que los judios se juntaban para orar en comunidad, y oir la lectura y explicacion de la escritura santa. Despues de este acto los jefes de la sinagoga les dijeron que si tenian que hacer alguna exhortacion al pueblo podian hacerlo. Luego incontinenti levantándose S. Pablo y haciendo señal con la mano, expuso los misterios de Jesucristo, su pasion y resurreccion, la necesidad de creer en él para justificarse, y confirmó lo que les predicaba con el testimonio de S. Juan Bautista y por la aplicacion de las profecías que habian anunciado todas las cosas ocurridas. Al salir de la sinagoga, le pidieron que al sábado siguiente volviese á predicar: y desde entonces muchos judios y prosélitos conmovidos de sus sermones se adhirieron á los apóstoles y abrazaron el Evangelio. El sábado siguiente casi toda la ciudad se reunió para oirlos. Viendo los judios tal concurso de pueblo tomaron celos, y comenzaron á contrariar á S. Pablo con un furor que llegó hasta las injurias y blasfemias. Entonces Pablo y Bernabé les dijeron: «A vosotros debiamos dirigir la palabra de Dios; pero pues la rehusais, nos dirijiremos ahora á los gentiles en observancia del precepto del Señor.» Los gentiles manifestaron mucha alegría, y segun parece asistian en masa á las sinagogas de la Pisidia y provincias inmediatas. Muchos abrazaron la fé, y en breve el Evangelio se extendió por todo el pais. Pero nada omitieron los judios para impedirlo; porque habiendo excitado contra S. Pablo á los principales de la ciudad, especialmente á las mujeres, lograron expulsarle de la provincia.

Con este motivo los dos apóstoles pasaron á Icona

en la Licaonia, y predicando en la sinagoga, segun su costumbre, convirtieron á una multitud de judios y de gentiles. Aqui tambien hallaron oposicion de parte de los judios incrédulos, que emplearon todos los medios á su alcance para hacerlos odiosos, y por último lograron amotinar algunos habitantes. Sin embargo los apóstoles continuaron mucho tiempo viviendo entre ellos, é hicieron muchos milagros que cada dia aumentaban el número de los discípulos. Durante esta mansion instruyó S. Pablo á la ilustre Santa Tecla, que pertenecia á una familia ilustre, y poseia todos los conocimientos y talento que puede dar una brillante educacion unida á las mas felices disposiciones. Aunque se le ofreció un enlace con otra casa esclarecida, renunció generosamente esta alianza por conservar su pureza. Entonces su futuro esposo, tornando en furor el amor que la tenia, condenóla á ser despedazada por las fieras. Pero los leones que soltaron para ejecutar aquella bárbara sentencia, perdiendo su ferocidad, se arrojaron á sus pies. Cuéntase que se libertó maravillosamente del fuego, lo que no impidió el contarla en el número de los mártires y la primera de su sexo que le obtuvo.

Como los judios y principales habitantes no ponian término á su ódio contra los apóstoles, y se disponian á apedrearlos; juzgaron estos conveniente el retirarse, y llevaron la luz del Evangelio á Lystra, Derba y otros lugares circunvecinos. Predicando en Lystra S. Pablo y reparando entre los oyentes á un tullido de nacimiento, le dijo: «levántate y camina.» Levantóse el hombre en el acto y se puso á saltar de alegría: el pueblo idólatra testigo del prodigio exclamó entonces en lengua del pais: «Estos son dioses que han bajado hasta nosotros en forma humana.» A Bernabé le llamaron Júpiter y á S. Pablo Mercurio, porque este era el que hablaba. Pues tanto

se imbuyeron los entendimientos de esta idea, que ya un sacrificador de un templo de Júpiter mandó traer dos toros coronados de flores para ofrecerlos en sacrificio. Habiéndolo sabido los apóstoles rompieron sus vestidos, y se arrojaron enmedio de la turba diciendo á voces: «¿Qué vais á hacer? nosotros somos hombres como los demas: venimos á predicaros para que dejeis esas supersticiones, para que os convirtais á Dios vivo, que ha criado el cielo y la tierra.» Costóles mucho trabajo el impedir que el pueblo los adorase: pero los judios que vinieron de Iconio y de Antioquía, principiaron á declamar contra los apóstoles, y ganando á la multitud apedrearon á S. Pablo y le arrojaron fuera de la ciudad, donde le dejaron por muerto; mas rodeándole los fieles le auxiliaron, y el apóstol volvió con ellos á la poblacion: al dia siguiente salieron para Derba Pablo y Bernabé.

En esta fructificó la predicacion del Evangelio, y se volvieron á Lystra, luego á Iconio y Antioquía, animando á los discípulos y exhortándolos á perseverar en la fé á pesar de las persecuciones. Mandaron tambien que en las iglesias residiesen los clérigos que instituyeron para cada una. Atravesando la Pisidia volvieron á Panfilia, predicaron en Perga, y finalmente se embarcaron en Atalia para volver á Antioquía la grande, de donde salieron. Llegados al término de su viaje, juntaron á los fieles y les refirieron los resultados de su mision entre los gentiles. Permanecieron allí bastante tiempo, y la Escritura nada dice de su predicacion durante él hasta el concilio de Jerusalen. Sin embargo es probable que durante este intervalo, que se supone de muchos años, S. Pablo ejerciese su ministerio en otros parajes, y algunos autores han creido que no estaba mal colocado en esta época lo que dijo en su epístola á los romanos (*cap.* XV): que llevó á la Syria el Evange-

lio en los sitios donde aun no se habia anunciado el nombre de Jesucristo (1).

Sea como quiera, en Antioquía estaba asi como Bernabé, cuando los cristianos que vinieron de Judea, enseñaron que no podia nadie salvarse sin la circuncision y la observancia de las ceremonias de la ley. S. Pablo y S. Bernabé se opusieron fuertemente á esta doctrina, sosteniendo que Jesucristo habia venido á libertar á los fieles de las antiguas prácticas, y que era destruir todo el fruto del Evangelio el quererlos sujetar á esta penosa servidumbre. Como la division continuaba; se resolvió que irian á Jerusalen con algunos del partido contrario, para procurar que se decidiese esta cuestion de una manera solemne por los apóstoles. Llevaron consigo á Tito, y atravesando la Fenicia y la Samaria, llenaron de alegria á todos los fieles con la relacion de las conversiones que Dios habia obrado entre los gentiles. Habiendo llegado á Jerusalen, fueron recibidos con todos los testimonios de un vivo afecto por los apóstoles, obispos y sacerdotes que estaban reunidos. Algunos que habian recibido la fé, siendo antes fariseos, defendieron con calor la opinion opuesta á S. Pablo, y sostuvieron que era preciso circuncidar á los gentiles convertidos, y obligarlos á la observancia de las leyes de Moises. Insistieron fuertemente para que adoptase esta obligacion Tito, que era gentil: pero por lo mismo que intentaban hacer obligatoria esta prác-

(1) Es cierto que S. Lucas en los actos de los apóstoles no refirió todas las circunstancias de los viajes y predicacion de S. Pablo, sobre todo antes de la época en que llegó á ser su compañero; porque en la epístola II á los corintios se ve que este apóstol habia sido cinco veces azotado por los judios, y cada vez recibió treinta y nueve azotes según su costumbre: que le habian dado de palos tres veces y apedreado una; en fin que habia naufragado tres veces y pasado en el fondo del mar un dia y una noche, es decir, flotando entre las olas sin barco, y expuesto á sucumbir á cada momento. No se hallan mas que una ó dos de estas circunstancias en el libro de los actos.

tica, S. Pablo se empeñó en conservar la libertad del Evangelio, y no quiso que Tito se circuncidara, aunque se habia ya conformado, ni otros posteriormente, para que lo que habia pasado antes como tolerado no se erigiese ahora en precepto.

Juntaronse pues los apóstoles con los obispos y presbíteros para decidir esta cuestion: y este fue el primer concilio que se ha tenido en la iglesia. S. Pedro, como vicario de Jesucristo, fue la cabeza de él. Entonces se hallaba en el Oriente despues de haber salido de Roma, ya con motivo del edicto de Claudio que desterraba de ella á los judios, ó ya por otros motivos que ignoramos. En cuanto á los demas apóstoles S. Lucas no señala en particular mas que á Santiago, obispo de Jerusalen, ademas de S. Pablo y S. Bernabé. Por la carta á los gálatas se infiere que S. Juan estuvo tambien, y muchos santos padres suponen con bastante probabilidad que aun habia otros. Se habia convocado á los presbíteros y algunos otros ministros antiguos, no porque tuviesen el derecho de decidir, que es peculiar á los obispos, sino como consultores para ilustrar el exámen y discusion, refiriendo lo que habian sabido de los apóstoles ausentes ó del mismo Jesucristo. Despues de discutir detenidamente é ilustrar la cuestion bajo todas sus circunstancias, se levantó San Pedro y dió su voto el primero en estos términos: «Hermanos, ya sabeis que Dios me ha escogido hace mucho tiempo para que predique por mi boca el Evangelio á los gentiles, y él, que conoce los corazones, ha dado testimonio de su fé inspirándonos su divino espíritu á todos sin establecer ninguna diferencia. ¿Por qué pues tentais á Dios imponiendo á sus discípulos un yugo, que nuestros padres, ni nosotros no hemos podido llevar?» Al punto que acabó, guardando silencio todos, contaron S. Pedro y S. Bernabé lo que habian hecho entre los gentiles, y los numerosos milagros que habian ratificado su

predicacion: tomó despues Santiago la palabra, y manifestando que la decision de S. Pedro era conforme con las santas escrituras, dió su parecer en estos términos: « Por tanto juzgo que no se deba inquietar á los gentiles convertidos, sino solamente advertirles que se abstengan de adorar los ídolos, de la fornicacion, de usar carnes sofocadas y de sangre. «Pronunciándose toda la asamblea en igual sentir, se resolvió que se enviaria á Antioquía con Pablo y Bernabé á dos de los principales discípulos para notificarles esta decision. Elijieron á Judas *(Barsabas)* y Silas para que llevasen de parte del concilio una carta en que se insertaba el acuerdo del mismo en estos términos: «Ha parecido bien al Espíritu Santo y á nosotros no imponeros otras cargas que estas que son necesarias; á saber, absteneros de carnes sacrificadas á los ídolos, de animales sofocados, de sangre, y de la fornicacion.» Se creyó que debia comprenderse este último punto en el decreto, porque la corrupcion del paganismo habia obscurecido de tal modo las luces naturales, que muchos miraban la fornicacion como cosa indiferente: en cuanto á la prohibicion de alimentarse con sangre, la iglesia juzgó conveniente conservarla por algun tiempo, como una prueba de que no condenaba la ley antigua, aboliéndola, y acaso porque era una supersticion de los paganos, que creian que las almas de los muertos y aun los dioses no tenian otro alimento que la sangre.

Tal fue la conducta del primer concilio que sirvió de regla á los posteriores. S. Pedro le convocó y presidió, y habló el primero como cabeza de la iglesia y príncipe de los apóstoles. Santiago dió tambien su parecer, y la decision formada por el consentimiento de todos es proclamada como decision del Espíritu Santo, y enviada á los fieles para que la recibiesen y ejecutasen con sumision. Este concilio se tuvo, á lo que creemos, en el año

51 de Jesucristo, á los catorce del primer viaje de San Pablo á Jerusalen despues de su conversion. *(Gálat. cap.* II. *).* Aunque pudo este apóstol por su autoridad sola decidir la cuestion, como que habia recibido su apóstolado del Espíritu Santo, y confirmádole con milagros; sin embargo quiso invocar el juicio de los demas apóstoles y del jefe de ellos, para que su doctrina hallase menos obstáculos despues de esta solemne determinacion. Tambien acordó, á consecuencia de una revelacion, pasar á Jerusalen para consultar con el príncipe de los apóstoles sobre su doctrina y su mision. S. Pedro, Santiago y S. Juan no dudaron en aquella ocasion reconocer que S. Pablo habia recibido de Dios la órden de anunciar el Evangelio á los gentiles, y se dieron mútuamente la mano, asi como á Bernabé, en señal de la union que habia entre ellos, exhortándolos á que continuaran su predicacion, y recomendándoles solamente que no perdiesen de vista á los pobres de la Judea.

Volvieron los dos apóstoles á Antioquía, llevando con ellos á Judas y Silas, encargados de la carta del concilio para los fieles. Habiéndola estos leido, recibieron una grande alegría, y se afirmaron mas y mas en su adhesion á la doctrina de los apóstoles. Judas, despues de haber llenado completamente su encargo, regresó á Jerusalen para dar cuenta de él; pero Silas juzgó conveniente permanecer en Antioquía. S. Pablo y S. Bernabe hicieron lo mismo, y siguieron predicando el Evangelio, é instruyendo á los fieles en union con los otros ministros.

Se cree que S. Pedro no tardó mucho en presentarse allí, y permaneció algun tiempo. No manifestó diferencia entre los fieles circuncisos y los que no lo estaban, ni en su trato y conducta con ellos, sin poner dificultad alguna en vivir y comer con los gentiles. Pero temiendo ofender á muchos fieles de los circuncidados que

habian venido de Jerusalen á Antioquía, si no observaba las prácticas legales; principió á retirarse de los gentiles, absteniéndose sobre todo de comer con ellos, y la mayor parte de los judios hacian lo mismo: hasta Bernabé se dejó llevar de la corriente. Temió entonces S. Pablo que semejante conducta resucitara cuestiones ya promovidas anteriormente, para obligar á los gentiles á la circuncision, y no se detuvo en reconvenir públicamente á S. Pedro, á fin de evitar las funestas consecuencias que los judios intentasen sacar de su condescendencia. Dijole en presencia de todos: «Si tú, que eres judio, no tienes dificultad en vivir con frecuencia como los gentiles; ¿por qué quieres ahora adoptar diferente conducta, que parece obligaria á los gentiles á judaizar?» Recibió S. Pedro con humildad esta observacion, y dejó de manifestar una contemporizacion, que por debilidad suya y animosidad de los judios podia ser perjudicial (1). No debe olvidarse ademas que no se trata aqui de una diferencia en punto de doctrina ó de moral. S. Pedro declaró, al bautizar á Cornelio, y mas recientemente en el concilio de Jerusalen, que los gentiles no estaban obligados á la observancia de las prácticas legales: S. Pablo por su parte reconocia que eran permitidas aun, y que era conveniente este permiso, y someterse á ellas en algunos casos, como él mismo lo habia hecho para contemporizar con la debilidad de los judios. La conducta de Pedro no implicaba un error ni aun una falta propiamente tal, pues se trataba de una accion en sí indiferente. No podia pues condenarse sino en razon de los inconvenientes que podian resultar de ella particu-

(1) Algunos siguiendo á S. Agustin, han colocado este hecho antes del concilio de Jerusalen, y no deja de ser verosímil. Con todo el órden que seguimos parece mas conforme con la relacion que hace S. Pablo sobre aquel (*Gálat. II*). En su lenguaje se conoce: que esta disidencia fue entre los dos apóstoles y no como otros suponen, con un discípulo llamado Cefá.

armente. Concíbese que S. Pedro no hubiese previsto estos inconvenientes tan bien como S. Pablo que asistió á las disputas de los judios con los gentiles, y podia conocer mejor las disposiciones y necesidades de unos y otros. Esto es suficiente para explicar la diferente forma con que juzgaron sobre la condescendencia que era entonces oportuna, aunque fuesen sus resultados importantes y sujetos á circunstancias eventuales.

Cuando se restableció la paz en Antioquía, no tardó S. Pedro, segun lo que aparece, en restituirse al Occidente, donde se cree que asistia de ordinario; aunque la historia nos ha dejado pocos pormenores acerca de su predicacion desde entonces hasta su muerte. El establecimiento de su silla en Roma y la tradicion que da veinte y cinco años de duracion á su pontificado en aquella ciudad, no nos deja duda de que fue á ella muchas veces, y permaneció tambien largo tiempo. Pero es probable que saliese otras muchas para anunciar el Evangelio en diferentes pueblos, asi como parece cierto que envió discípulos á Sicilia, á Africa, á las Galias y á otras lejanas provincias.

S. Pablo por otro lado propuso á S. Bernabé que le acompañase en la visita de las iglesias que habian fundado: este queria llevar consigo á Juan Marcos, que los habia dejado en Panfilia: pero S. Pablo, menos indulgente, no juzgó conveniente permitirlo, y discordes en este punto trataron de separarse para predicar en lugares opuestos. S. Bernabé, acompañado de Marcos, se embarcó para la isla de Chipre. Hay fundamento para juzgar que no permanecieron en ella mucho tiempo, y se añade que predicó en la Liguria y fundó la iglesia de Milan. Mas la tradicion en que esto estriba, carece de autenticidad, y no parece llegó á conocimiento de San Ambrosio. Cierto es que aun vivia S. Bernabé, cuando

S. Pablo escribia su primera epístola á los corintios, es decir, en el año 56, y el modo con que en ella se hace mencion de S. Bernabé, atestigua que predicó en muchos puntos, aunque no tengamos anales de sus viajes, apostólicos. Creese que sufrió el martirio en Chipre, donde su cuerpo se descubrió milagrosamente cerca de la ciudad de Salamina, año de 488, reinando el emperador Zenon. En su pecho se halló colocado el Evangelio de S. Mateo, que habia escrito de su propia mano.

En cuanto á S. Pablo, acompañado de Silas, visitó las iglesias de Siria y Cilicia, fortaleciendo en todas partes á los fieles, y recomendándoles la exacta observancia de lo mandado por el concilio. Alargóse tambien á Derba y á Listra, en la Licaonia. En esta halló un discípulo llamado Timoteo, á quien todos los fieles de Listra é Iconio alababan y respetaban mucho. Era hijo de una judia, llamada Eunice, que se habia convertido, y de padre gentil, que adoraba al Dios verdadero. Su abuela Loida tambien era cristiana, y á él le instruyeron desde su niñez en la religion y sagradas escrituras. Queriendo S. Pablo llevarle en su compañía, no tuvo reparo en mandarle circuncidar por miramientos á los judios del pais, que no se hubieran conformado en admitir las doctrinas de un incircunciso, y para acreditar tambien que no condenaba las prácticas de la ley, aunque no las mirase como necesarias. Atravesaron pues la Frigia y la Galacia, y como S. Pablo se dispusiera ya á pasar á la Bitinia, el Espíritu Santo le hizo detener, porque le destinaba á otros puntos. Llegaron á Troade, ciudad situada junto á las ruinas de la antigua Troya, y allí en una vision nocturna se aparecio un macedonio á S. Pablo, rogándole que pasase á su patria.

Habiéndose embarcado en Troade (1) fueron direc-

(1) Aqui es donde S. Lucas principia á contarse entre los compañero- de S. Pablo en los actos de los apóstoles, de que fue autor, y creese tam-

tamente á Samotracia, al dia siguiente á Neapolis ó Naplusa y desde allí á Filipos, colonia romana, en donde pasaron algunos dias. No tenian los judios sinagoga en esta última, y se reunian en una especie de oratorio fuera de la ciudad. S. Pablo se presentó en él al siguiente sábado para predicar el Evangelio, y convirtió entre otros á una vendedora de púrpura, llamada Lidia, que era natural de Tiatira en Asia, y que despues de haber recibido el bautismo con toda su familia, obligó á los apóstoles á que se alojasen en su casa. Otro dia que iban al oratorio, hallaron á una jóven poseida del demonio, y que haciéndose adivinadora, ganaba mucho dinero á sus dueños. Siguió á los apóstoles gritando: «Estos hombres son ministros del Dios supremo, y anuncian el camino de la salvacion.» Esto repitió en otros dias que los seguia. Ultimamente S. Pablo, volviéndose á ella, dijo al demonio que la oprimia: «Te mando á nombre de Jesucristo que salgas del cuerpo de esa mujer;» y el demonio la abandonó en el acto. Viendo los amos de la jóven que perdian las ganancias que obtenian por medio de este tráfico, cogieron á S. Pablo y á Silas, y los presentaron á los jueces: acusáronlos de que perturbaban la tranquilidad de la ciudad, procurando introducir costumbres opuestas á las leyes romanas. Corria el pueblo en tropel contra los apóstoles, y al momento los condenaron á ser, como lo fueron, apaleados y encerrados despues en la cárcel, con órden al encargado de ella que los guardase con gran cuidado. A la media noche se pusieron en oracion los dos presos, y se levantó un terremoto tan violento, que todo el edificio en que se hallaban se arruinó, quedaron abiertas las puertas, y

bien por esta razon que entonces solamente fue cuando empezó á seguirle; pero como era originario de Antioquía, en Siria, hay apariencias que salió de aquella ciudad con S. Pablo. Mas tarde veremos lo que resulta de su persona y escritos.

las cadenas con que estaban atados, cayeron rotas á sus pies. Cuando despertó el carcelero, creyendo que los presos se le escapaban sacó la espada y queria matarse; pero le dijo S. Pablo: «no te hagas daño alguno: aqui estamos todos.» Pidió aquel luces, y en cuanto los vió se arrojó á los pies de S. Pablo y de su compañero, rogando que le enseñasen lo que debia hacer para salvarse. Sacólos de la prision, lavó las heridas que tenian, y les sirvió algun alimento. Los apóstoles le instruyeron y bautizaron en aquella misma noche y á toda su familia. Al dia siguiente se presentaron los lictores ó porteros con órden de ponerlos en libertad: pero S. Pablo, que conocia la utilidad de intimidar á los magistrados, y manifestar que lo que se le concedia era una indemnizacion y no una gracia, á fin de lograr mas seguridad para los fieles respondió á los ministros: «¿creen acaso esos señores, que despues de haber azotado públicamente y puesto en la cárcel á ciudadanos romanos, sin formacion de causa, se queda concluido con darles secretamente libertad? No no sucederá eso: decid á los magistrados que vengan ellos mismos á sacarnos de la cárcel.» Al oir *ciudadanos romanos* los jueces quedaron asustados, por que las leyes prohibian la pena de azotes y todas las demas sin haberse probado legalmente el delito por que eran acusados. Vinieron pues á disculparse con los apóstoles, y suplicarles que se retirasen de la ciudad. Y estos, antes de evacuarla, visitaron á Lidia, consolaron y animaron á los fieles, y conservando estos á S. Pablo un reconocimiento proporcionado al beneficio que les habia hecho, aprovecharon todas las ocasiones de manifestarsele, porque muchas veces le enviaron socorros á Tesalonica, á Corinto, y aun á Roma cuando estuvo allí preso. Al salir de Filipos S. Pablo y sus compañeros, pasaron á Tesalonica, capital de la Macedonia. En aquella sinagoga predicó S. Pablo tres sá-

bados explicando las escrituras, y demostrando que en ellas se habia anunciado claramente la muerte y resurreccion de Jesucristo. Sostenidas estas doctrinas con milagros, convirtieron á muchos judios y mucho mayor número de gentiles que adoraban al verdadero Dios. No queriendo serles gravoso, trabajaba dia y noche para adquirir las cosas necesarias, lo mismo que lo habia hecho en Corinto y otras ciudades. Irritados los judios con estas conversiones sublevaron al populacho y vinieron tumultuariamente á la casa de un cristiano, llamado Jason, donde aquellos se alojaban: no los hallaron, cogieron á Jason y á otros discípulos, y los arrastraron al tribunal, donde fueron acusados de amotinar los pueblos para que se rebelasen contra el emperador, proclamando un rey á quien llamaban Jesus. Contestaron Jason y sus compañeros que era una calumnia y dieron caucion por los apóstoles, y los magistrados tuvieron que dejarlos marchar. Ni estas, ni muchas mas violencias alteraron la fé de los cristianos de Tesalonica, y el ejemplo de sus virtudes contribuyó singularmente á los progresos del Evangelio en la Macedonia y en la Grecia.

Los fieles sin embargo, temiendo por S. Pablo y Silas, los llevaron de noche fuera de la poblacion, y ellos se encaminaron á Berea, donde estaban los judios mas dispuestos para recibir el Evangelio, porque diariamente estudiaban las escrituras, para asegurarse que en ellas se habia predicho lo que anunciaba S. Pablo respecto de Jesucristo, y reconocian la verdad de estas profecías: un gran número se convirtieron y recibieron el bautismo, asi como muchos gentiles y mujeres griegas de gran calidad. Mas habiéndolo sabido los judios de Tesalonica, vinieron á Berea para alzar al pueblo contra S. Pablo, de manera que los fieles se vieron precisados á disponer su evasion inmediatamente, y los que

le acompañaban le condujeron á Atenas, donde los despidió para que avisasen á Silas y Timoteo que vinieran á reunirse á aquella ciudad lo mas pronto posible.

Interin los aguardaba S. Pablo, examinó aquellos monumentos innumerables que la supersticion y el arte elevaron en honor á la idolatría: causóle mucha sensacion esta visita. Predicó el Evangelio en la sinagoga, en las plazas, por todas partes, donde encontraba á la multitud; porque aquel pueblo curioso y frívolo discurria siempre en busca de novedades ó discusiones para entretener su ociosidad. La muchedumbre de extranjeros que atraia á esta ciudad la celebridad de su escuela, y la belleza de sus monumentos y obras maestras aumentaba la afluencia en el auditorio, y contribuian á mantenerla fomentando aquella misma curiosidad. Los mismos filósofos venian á exponer sus sistemas y á disputar entre sí, seguros siempre de hallar reuniones prontas á escuchar lo que cualquiera anunciase. Entonces dominaban en Grecia las dos sectas de epicureos y estoicos: unos hacian consistir la felicidad del hombre en los placeres de los sentidos; y los otros en la perfeccion moral: pero estaban acordes en no admitir la providencia divina, y naturalmente ciegos erraban en lo que concierne á la esencia de Dios y á su culto. Muchos disputaron con S. Pablo, y admirados de los nuevos dogmas que les anunciaba, le llevaron al Areopago para que explanase allí su doctrina. Hallándose en aquel tribunal, que era considerado como el oráculo de Grecia, S. Pablo en un discurso sublime y sagacísimo comenzó á predicar la unidad de Dios, tomando ocasion de un altar, en que habia visto este letrero: «*Al Dios desconocido*:» asi era como los paganos llamaban al Dios de los judios. «Atenienses, dijo S. Pablo, por todo cuanto he visto en esta ciudad percibo que os distinguis por un celo, en cierto modo

escesivo, en favor de toda clase de culto; porque reparando las numerosas estatuas de vuestros dioses, he hallado un altar en que está escrito: *Al Dios desconocido.* Pues ese que adorais sin conocerle, es el mismo Dios que yo vengo á anunciaros; el solo Dios verdadero que crió el mundo y todo cuanto en él se encuentra. Como dueño del cielo y de la tierra no puede caber en los templos fabricados con la mano del hombre. Nuestros homenajes y sacrificios no son ofrendas de que tenga necesidad, supuesto que al contrario él nos da la vida y la subsistencia á todo lo que respira. El hizo nacer de un solo hombre todo el género humano: al primero le formó con sus propias manos: dióle para su habitacion toda la extension de la tierra, determinando el principio y duracion de las naciones y los límites de los imperios, para que los hombres sepan que deben conocer su mano en todos los sucesos, y acudir á él en sus necesidades, no porque esté lejos de cada uno de nosotros; pues en él mismo tenemos nosotros nuestra existencia, el movimiento, la vida; y como dicen algunos de vuestros poetas: *somos tambien de su linage.* Siendo pues la obra y los hijos de Dios, no debemos creer que la divinidad tiene nada semejante á las figuras inanimadas, que la industria del hombre fábrica de oro, plata ó mármol. Por tanto no pudiendo Dios sufrir semejante ceguedad, ha dispuesto se anuncie á todos que es necesario que se acojan á la penitencia, porque tiene señalado un dia en que ha de juzgar al mundo segun las reglas de su justicia, y por aquel que ha nombrado para este ministerio, y cuya autoridad se ha maninestado públicamente, haciéndole resucitar de entre los muertos. «Al oir esto de *resurreccion*, algunos se burlaron de S. Pablo y de su doctrina; otros le argüian diciendo: «otra vez nos hablareis de esta materia;» pero muchos creyeron y se convirtieron, entre ellos Dionisio, juez del Areopago, que despues fue nombrado por San

Pablo obispo de Atenas, y sufrió el martirio (1) durante la persecucion de Domiciano. S. Pablo estuvo muchos meses en Atenas; mas recordando continuamente á los cristianos de Tesalonica, expuestos sin cesar á los lazos de los judios, les envió á Timoteo para que los consolase.

El apóstol marcho á Corinto, que era entonces la metrópoli de la Grecia y una de las ciudades mas considerables del mundo por su poblacion y sus riquezas. Situada entre dos mares se hallaba la mas propia para centralizar el mas frecuente comercio; y este concurso de extranjeros, trayendo el lujo y la abundancia, mantenia en ella la mas deplorable corrupcion, que entonces se veia santificada por la religion, porque toda la ciudad estaba dedicada á Venus, y tenia allí esta diosa un famoso templo, á que estaban agregadas mas de mil esclavas prostitutas, cuya manutencion era una especie de mérito. Estas vergonzosas víctimas del desenfreno se veian celebradas en los monumentos públicos, y se empleaban sus oraciones en las ocasiones mas importantes. Ya se podrá inferir por todo lo referido los obstáculos que la doctrina evangélica hallaria en un pueblo tan groseramente desmoralizado. S. Pablo permaneció en él diez y ocho meses, es decir, que hizo mas dilatada mansion que en otro alguno desde su salida de Antioquía. Se alojó en casa de un judio llamado Aquila, originario del Ponto, que habiéndose establecido en Roma, fue obligado á salir de allí con su mujer Priscila y todos los de su nacion por órden del emperador Claudio (1). Este judio se

(1) En la edad media se ha confundido á S. Dionisio areopagita con S. Dionisio, primer obispo de Paris. Esta opinion victoriosamente combatida por muchos eruditos del siglo XVII está hoy enteramente abandonada: tambien se le han atribuido diferentes obras que llevan su nombre; pero que no han sido conocidas en los cuatro primeros siglos, y no podian haber sido compuestas hasta el principio del quinto.

(1) Suetonio dice que la causa de esta expulsion de los judios fue las conmociones que continuamente ocasionaban con pretexto de Cristo.

ocupaba en la fabricacion de tiendas para las tropas: San Pablo que habia aprendido este oficio, se juntó con él, y al mismo tiempo que trabajaba le instruia en las verdades de la religion, porque viviendo de su jornal socorria sus necesidades y conservaba la independencia de su ministerio. No por eso dejaba de acudir todos los sábados á predicar en la sinagoga, anunciando á Jesucristo, tanto á los judios, como á los gentiles. No tardó su predicacion en suscitar una violenta oposicion como en otras partes fomentada por los judios; y como solian contradecirle usando de blasfemia les dijo: «A vosotros se ha de atribuir vuestra perdicion: inocente soy en ella, y en adelante me dirigiré á los gentiles.» Dejó en efecto la casa de Aquila y fue á vivir á casa de un gentil, temeroso de Dios, llamado Tito Justo, casa muy inmediata á la sinagoga. Despues tuvo una vision en que el Señor le dijo: «No tengas miedo de hablar; que yo estoy contigo, y he escogido á muchos en esta ciudad.» Con efecto los milagros que acompañaban la mision de S. Pablo (2. *Corint. cap.* XII), obraron muy pronto gran número de conversiones entre los gentiles. El primero que abrazó la fé, fue Stefanas con su familia: se consagró al servicio de los fieles: fue bautizado de mano del apóstol, y su casa sirvió para la celebracion de los santos misterios. Asimismo bautizó á Crispy, gefe de la sinagoga, y á su familia. A los demas dispuso que los bautizaran sus discípulos para dedicarse enteramente al ministerio del púlpito. Incansables los judios en su persecucion, no cesaban de combatir su doctrina, y apoderándose de su persona, le llevaron al juzgado del proconsul de Acaya,

(*Lib.* V. *cap.* XXV). Esto da á entender que el cristianismo estaba por entonces establecido en Roma, y que S. Pedro por consecuencia habia predicado allí antes del concilio de Jerusalen, como anteriormente lo dejamos dicho. Creen otros que aquella órden de Claudio tuvo lugar el año IX de su reinado; que es el 49 de Jesucristo.

y le acusaron de que quebrantaba su ley. Este procon-sul, que vivia en Corinto, era Galion, hermano de Séneca el filósofo. No esperó que S. Pablo hablase palabra en su defensa; y mandó á los judios que se retirasen, declarándoles que no queria mezclarse en sus contestaciones. Al momento se echaron los asistentes sobre Sostenes, jefe de la sinagoga, y le golpearon en presencia del proconsul que no manifestó el menor disgusto. Ignorase si los golpeadores eran criados del proconsul, ó los mismos judios, que habrian notado en él inclinacion al cristianismo. Este último pensamiento debia preferirse, si creemos con la mayor parte de los intérpretes que es el mismo Sostenes, que escribió con S. Pablo la primera epístola á los corintios.

Durante esta permanencia de S. Pablo en Corinto dirigió á los de Tesalonica sus dos epístolas: habia sabido sus penas y la firmeza de su fé por los discípulos Silas y Timoteo, que vinieron á reunirse con él, segun lo habia dispuesto. Escribióles la primera para consolarlos y manifestarles su alegria, exhortándolos á perseverar en la fé, adelantar mucho en la caridad, y conservar la confianza en Dios, sin entregarse á la tristeza por la muerte, porque despues está la resurreccion. Alabólos mucho porque enviaban limosnas á sus hermanos de Macedonia, y les recomendó eficazmente el que amasen y honraran á los obispos y pastores que les habia dejado. Sabiendo que procuraban inquietarlos con vanos temores anunciando el fin del mundo, les escribió la segunda para tranquilizarlos, recordándoles lo que les habia enseñado acerca de las señales que debian preceder al juicio final; y con este motivo los conjura á que permanezcan firmes en la doctrina que aprendieron, ya en los sermones y ya en las cartas que les ha dirigido; manifestando de este modo que la fé debe abrazar no solamente lo que está escrito, sino lo que

los apóstoles enseñaron de viva voz para que llegase hasta nosotros por la tradicion; y concluia con una salutacion escrita de su mano, señal que daba para distinguir sus verdaderas cartas de las que podian falsamente atribuirle. Segun el órden de las datas estas son las dos primeras de todas las que escribió. Las dos llevan el nombre de S. Pablo, los de Timoteo y Silas, que es lo mismo que Silvano, de quien no vuelve á hacerse mencion en la escritura. Creese que murió en Macedonia algunos años despues, habiendo predicado el Evangelio en diferentes parajes.

Por este mismo tiempo, y durante la permanencia de S. Pablo en Acaya, publicó S. Lucas su Evangelio para desmentir las historias sospechosas y fabulosas que los falsos cristianos principiaban á extender. Le escribió segun lo que aprendió de los discípulos de Jesucristo, y particularmente de los apóstoles, de quienes recogia exactamente el testimonio.

Despues de establecida y sólidamente constituida la iglesia de Corinto, S. Pablo salió de esta ciudad al principio del año 54 para ir á la Siria y Palestina, y visitar luego las iglesias que habia fundado en el Asia menor. Embarcóse en el puerto de Cencris con Aquila y Priscila, despues de haberse cortado el pelo, para cumplir un voto que tenia pendiente, y conformarse con la ley que obligaba á los nazarenos (*Num. cap.* VI). Llegaron á Efeso donde quedaron los dos últimos, y S. Pablo, despues de predicar algunas veces en la sinagoga, no quiso detenerse mas tiempo, aunque los judios se lo rogasen. Solamente les prometió que volveria, y se embarcó para ir á Cesarea, de allí á Jerusalen y despues á Antioquía. Permaneció en ella algun tiempo, y recorrió la Frigia, Galacia y otras provincias apartadas del mar: iba de pueblo en pueblo confortando á los fieles, recibiendo abundantes consuelos y especialmente de parte

de los gálatas, que le acogieron, segun refiere, como á un ángel de Dios y como al mismo Jesucristo (*Galat. cap.* IV). Despues volvió á Efeso, donde permaneció tres años.

Algun tiempo antes un judio, llamado Apolo, hombre elocuente y práctico en las escrituras, habia llegado á esta ciudad y predicado á Jesucristo en la sinagoga. Era originario de Alejandria, y no conocia otro bautismo que el de S. Juan: pero habia sabido algo de la doctrina evangélica y la enseñaba con mucho zelo y fervor. Habiéndole oido Aquila y Priscila se le llevaron á su casa para instruirle mas extensamente: luego quiso pasar á Acaya, y escribieron recomendándole á los fieles de Corinto. Allí fue muy útil para el progreso del Evangelio, aplicándose á convencer á los judios con el testimonio de las santas escrituras. Ya habia llegado á Corinto, cuando S. Pablo vino á esta ciudad desde Efeso y halló muchos discípulos, á quienes preguntó si habian recibido el Espíritu Santo, despues que abrazaron la fé: ellos contestaron que ni siquiera sabian que hubiese tal Espíritu Santo: lo que hizo conocer al apóstol que no habian recibido el bautismo instituido por Jesucristo, y replicaron que con efecto no habian recibido otro que el de S. Juan. Mandó que los bautizaran de nuevo, y les impuso las manos para confirmarlos. Al momento descendió sobre ellos el Espíritu Santo, hablaron diferentes idiomas, y recibieron el don de profecía. Por este relato se deduce que siempre se ha conferido el bautismo á nombre de las tres personas divinas; como tambien se halla en este caso el nuevo ejemplo de la confirmacion y de los bienes visibles que generalmente acompañan á este segundo sacramento. No dejó en tres meses S. Pablo de acudir á la predicacion del Evangelio en la sinagoga: pero pasados, se vió obligado á separarse de sus discípulos á conse-

cuencia de la incredulidad de los judios y sus contínuas blasfemias, y desde entonces principió á predicar todos los dias en la escuela de uno que se llamaba Tiran. Asi continuó dos años, y de esta manera todos los que vivian en Asia, tanto judios como gentiles, llegaron á conocer la doctrina evangélica. No contento con estas instrucciones que daba en público, enseñaba tambien en las casas particulares, sin permitirse descanso alguno y trabajando con sus manos para proveerse de lo mas necesario. Mucho tuvo que sufrir por las persecuciones que los judios le suscitaban sin cesar, de manera que ya la vida le era insoportable (2. *Corint. c.* 1), y aun parece que le echaron á las fieras para que le destrozasen si se toma literalmente lo que dice en su primera carta á los corintios (*Cap. XV*). Mas Dios que se dignó de librarle de sus enemigos, quiso tambien glorificar su ministerio, disponiendo que obrase los mayores milagros; de suerte que los vestidos y la ropa interior que habian tocado su cuerpo eran suficientes para curar las dolencias y arrojar los demonios de los obsesos. Estos prodigios extraordinarios dieron lugar tambien á un suceso que contribuyó poderosamente á la propagacion del Evangelio. Habia de muy antiguo entre los judios ciertos exorcistas, que vagaban por los pueblos, haciendo alarde de que echaban á los espíritus infernales por medio de algunas palabras que suponian venir de Salomon, propias para el prodigio. Entre ellos se ostentaban siete hermanos, hijos de un príncipe de los sacerdotes llamado Sceva. Hallábanse casualmente en Efeso, y viendo los milagros que S. Pablo obraba á nombre de Jesucristo, quisieron hacer lo mismo en un endemoniado: pero el demonio les dijo: «Yo conozco á Jesus y sé quién es Pablo: pero en cuanto á vosotros ¿cuál es vuestro poder?» Y de repente arrojándose á dos de ellos, los maltrató tan cruelmente que se dieron por dichosos de escapar llenos

de heridas y desgarrados enteramente sus vestidos. Supo este incidente toda la ciudad, é imprimió en los ánimos el temor y respeto que merece el nombre de Jesucristo. Muchos fieles venian á confesar los pecados que habian cometido (1). Hubo tambien muchos paganos, que habiendo estudiado curiosidades condenadas, como la astrología y la magia, muy comunes en Efeso, presentaron los libros que les sirvieran de texto, y los quemaron públicamente. Se calcula que el valor de los libros llegaria á cincuenta mil dracmas. Asi se afirmaba en Efeso el cristianismo y recibia incrementos cada dia. Lo mismo sucedió en toda la provincia del Asia, de que era capital aquella ciudad.

Pasados los dos años de su permanencia en ella, San Pablo que tenia precision de visitar las iglesias de la Macedonia y la Acaya, envió delante á los dos ministros, que le asistian en sus funciones, Timoteo y Erasto, para confortar á los fieles, entre tanto que llegaba el apóstol, y probablemente tambien para emplear las limosnas que se recogian en favor de los cristianos de la Judea. Proponiase, despues de pasar á Macedonia, quedarse alguna temporada en Corinto, volver á Jerusalen, y últimamente ir á Roma, como deseaba muchos años hacia: pero determinó continuar algunos meses mas en Efeso, porque veia alli los ánimos perfectamente dispuestos para recibir el Evangelio. A pesar de esto su predicacion y sus mismos triunfos dieron ocasion an-

(1) Aqui vemos un ejemplo incontestable de la confesion despues del bautismo segun la observacion comunmente hecha por los historiadores y los intérpretes. Berault-Bercastel refiere este pasaje de los actos de los apóstoles á los paganos, que segun él se confesaban antes de recibir el bautismo: pero esta interpretacion contradice evidentemente el sentido de la Escritura, en que la palabra πεπιστευκότων no puede significar los que entonces abrazaban la fé, sino los que ya la habian abrazado, como lo observa Tillemont.

tes de mucho á una conmocion violenta excitada contra los cristianos.

Era la ciudad de Efeso famosa por su templo de Diana, que pasaba por una de las maravillas del mundo. Toda el Asia habia contribuido á su construccion, y la belleza de la obra, ejecutada por los mas hábiles oficiales, aumentaba mas el valor de los materiales que en ella se habian empleado. Habia en su interior una estatua de Diana muy pequeña y de madera; pero tenida en mucha veneracion porque decian que habia bajado del cielo. Los forasteros concurrian á millares para visitar este templo tanto por curiosidad, como por devocion, y se concibió la idea de hacer modelos de él en plata, de que se vendia un número considerable. Un platero llamado Demetrio hacia muchos templetes de estos, y su construccion ocupaba muchos trabajadores. Un dia los reunió á todos y á otros del mismo oficio, y les hizo presente que S. Pablo retiraba del culto de los ídolos á muchas gentes, no solo en Efeso, sino en toda el Asia, y por tanto peligraba el culto de Diana, que en adelante podria abandonarse y ser despreciado; y ellos tambien perderian las ganancias que aquel trabajo producia para mantener sus familias. Este discurso los llenó de cólera, y mezclándose el interés con la supersticion, gritaban amotinados: «Grande Diana de Efeso.» Alborotóse toda la ciudad, corrieron al teatro, donde se reunia el pueblo en sus asambleas, y llevaron allá á Gayo y Aristarco, macedonios y compañeros de S. Pablo. Quiso presentarse él mismo; pero sus discípulos lo estorbaron y mas algunos naturales que eran amigos suyos, y le rogaron encarecidamente que no se presentase. Estos últimos eran ciudadanos escogidos entre los principales de la provincia para presidir en las ceremonias de la religion, y disponer la celebracion de las fiestas á su costa. La multitud conti-

nuaba gritando en desórden y confusion, y amenazaba lo mismo á los judios que á los cristianos, aunque la mayor parte no sabian de qué se trataba. Un judio, por nombre Alejandro, atravesando por medio del concurso, procuró llamar la atencion para disculpar á los de su nacion. Pero en cuanto le reconoció el pueblo, de nuevo y con mas furor se puso á vocear: «Grande Diana de Efeso;» y en este tumulto gastaron mas de dos horas. En fin el secretario de la ciudad, habiendo logrado que callasen, representó al pueblo que nadie amenazaba al culto de la diosa: que Gayo y Aristarco no habian violado el templo de Diana; y que si Demetrio ú otros tenian algunas quejas que dar, debian hacerlo en el tribunal del proconsul, y no exponerse al castigo que merecian por perturbar el órden público, y excitar al pueblo á estos clamores y movimientos tumultuarios. Con solo esto se calmaron los espíritus y se deshizo la reunion, sin que continuase la sedicion, ni tuviese consecuencia. Cuando todo estuvo tranquilo, reunió S. Pablo á los fieles, y despues de haberlos exhortado á perseverar en la fé se despidió de ellos para Macedonia.

En los últimos tiempos de su morada en Efeso, y despues de la salida de Timoteo, es cuando S. Pablo escribió su primera carta á los corintios (1). Habia sabido por Apolo, que le vino á buscar á Efeso, y por una carta que enviaron los cristianos de la casa de Chloe, que habia disensiones entre los fieles, y que á

(1) Berault-Bercastel, fijando en la misma época la remision de la primera carta, cuya data se demuestra realmente por todas las circunstancias que refiere, dice sin embargo que S. Pablo habia dejado á los corintios hacia catorce años directores educados por él: lo que supone que habria ya establecido esta iglesia antes del primer concilio de Jerusalen. Mas no solamente este autor no hace mencion de ningun viaje á que pueda referirse establecimiento tan antiguo y poco verosímil, sino que á mas ha distribuido en su historia los hechos de tal manera, que los lectores deben juzgarle absolutamente imposible. Esta inexactitud se conserva como todas las demas en la edicion de M. Henrion.

ejemplo de los filósofos paganos, divididos en muchas sectas, los unos se alababan de ser discípulos de Pablo, otros de Apolo, otros de Pedro, y finalmente otros del mismo Jesucristo; que se cometian abusos en las reuniones y comidas que se hacian despues de la celebracion de los misterios: que muchos se envanecian porque habian recibido dones sobrenaturales: que algunos negaban la resurreccion de los cuerpos; y no faltaban injusticias y procesos; y hasta de un incesto se habia hecho culpable un cristiano; cosa nunca oida entre los paganos. La iglesia de Corinto, informando al apóstol de estos desórdenes, le consultaba sobre muchos puntos de la moral y particularmente sobre la continencia, el matrimonio y el uso de las carnes sacrificadas á los ídolos. S. Pablo en su epístola principia reprendiéndoles con motivo de sus disensiones, y manifestándoles que aun permanecen groseros y carnales; pues en lugar de adherirse únicamente á Jesucristo, autor de su fé y principio de toda gracia, hacen alarde de los ministros que los han instruido, como si estos tuviesen don alguno que no viniese de Dios, ni fuesen otra cosa que dispensadores de sus misterios. Despues les echa en cara el haber permitido tanto tiempo un escándalo enorme, sin pedir que se apartase de ellos á los culpables, y declara que entrega á Satanás al incestuoso para que salve su alma, mortificando su cuerpo; es decir, que le separase temporalmente de la sociedad de los fieles, para que se entregase á la penitencia, dando asi un ejemplo del poder que pertenece á la iglesia para usar de la excomunion, y añadiendo por medio de un milagro una corporal afliccion á este castigo para hacerle mas eficaz. Condena sus pleitos ante los tribunales, porque sirven solo para escandalizar á los paganos, testigos de estas disensiones y porque exponian á los fieles á ejercer actos de idolatria, por la precision de los juramentos

que se exigen. Les recomienda que arreglen sus asuntos por árbitros nombrados y escogidos entre los suyos. De aquí procedió que en los primeros siglos del cristianismo nunca los fieles pleiteaban ante jueces infieles: se contentaban con someter sus querellas al arbitraje de los obispos, siguieron este método hasta mucho despues de cesar las persecuciones, y aun se erigió en derecho por la legislacion de los emperadores cristianos. S. Pablo da reglas sobre la continencia y el matrimonio, y consejos que justifican cuánta potestad obtenia la evangélica predicacion; pues con ella sola era posible establecer tan grande perfeccion en una ciudad corrompidísima. Censura con severidad los abusos que se habian introducido en las comidas de caridad, cuya institucion tuvo por objeto hacer á los pobres participantes de la abundancia de los ricos, en lugar de que ellos acostumbraban á comer lo que cada uno traia dispuesto, sin cuidar de la necesidad de los demas. Luego trata de la institucion de la Eucaristia, y se remonta con valor contra la profanacion de este misterio, declarando que aquel que se acerque á la sagrada mesa indignamente, se hace reo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Sigue con otros reglamentos que deben observarse en las asambleas, sobre el uso de los dones sobrenaturales, tan comunes entonces entre los fieles, y afirma que son perfectamente inútiles sin que acompañe la caridad, cuyos caracteres explana. Reclamando limosnas para los pobres de la Judea, da á los corintios las mismas reglas que habia dado á las iglesias de Galacia, excitándolos á que separen cada domingo lo que quisieran dedicar á esta buena obra. Les encarga que honren mucho á Timoteo, como ministro del Evangelio, cuando se les presente. Salúdalos de parte de Aquila y Priscila, con quienes vivia, y les noticia como ha estrechado á Apolo para que vuelva á Corinto, aun-

que no habia tenido á bien efectuarlo hasta entonces, acaso por no dar nuevos pretextos á las divisiones que le obligaron á dejar aquella ciudad. Esta epístola de San Pablo la llevaron Stefanas, Fortunato y Acaico, que probablemente le llevarian la de los corintios.

Tambien se cree que en este intermedio de su residencia en Efeso escribió su espístola á los gálatas. Muchas veces les habia predicado el Evangelio, que recibieron con entusiasmo, y su zelo por la doctrina de Jesucristo no se debilitó, ni aun enmedio de las persecuciones. Algunos malos cristianos, partidarios del judaismo, les persuadieron por fin que era menester someterse al yugo de la circuncision, alegando para ello el ejemplo de los apóstoles, y procurando rebajar el mérito y la autoridad de S. Pablo. Se vió pues el apóstol precisado á escribirles una epistola vehemente, que empieza declarando que él es un apóstol no por la vocacion de los hombres sino por la de Jesucristo; y que su doctrina es perfectamente conforme á la de los demas apóstoles. Recuerdales los milagros ocurridos entre ellos mismos, y explica muchas pruebas sacadas de la Escritura para que conociesen que la ley antigua no obligaba ya á los fieles. Inducelos á que crean que estos falsos predicadores, obligándolos á la circuncision, no llevan otro fin que el de agradar á los judios, y libertarse de las persecuciones, empleando un zelo interesado. Por último, despues de trazar en compendio las reglas que debian seguir para conformarse con el espíritu del Evangelio, concluye, para realzar su ministerio y engrandecerle, declarando que lleva impresas en su cuerpo las señales de Jesucristo.

S. Pablo salió de Efeso en el año 57, y probablemente hácia la pascua de Pentecostes (1): marchó á

(1) Berault-Bercastel dice que S. Pablo cuando iba á salir de Efeso, puso por obispo á su discipulo Timoteo; pero hemos visto que este habia

Troade, donde predicó el Evangelio y halló muy dispuestos á sus habitantes : no permaneció allí mucho, porque estaba inquieto, no hallando á su discípulo Tito, de quien aguardaba saber el resultado de su mision á Corinto, á donde le habia enviado, sea con Stefanas para llevar su primera epístola, ó con mas probabilidad algun tiempo despues con otro (2, *Corint.* XII.) para saber el efecto que aquella hubiera producido. Embarcóse para pasar el Helesponto, y tardó seis meses en recorrer la Macedonia, visitando por todas partes las iglesias y predicando en diferentes pueblos, sin desmayar por las persecuciones que tuvo que sufrir. Hay apariencia de que entonces llegó á los confines de la Iliria.

Sin embargo Tito se le reunió prontamente, y consoló su alma con las noticias que traia de Corinto, refiriéndole cómo los fieles habian recibido con la mayor ternura su primera carta, y lo que habian hecho para contentarle. Se apartaron del incestuoso, hasta no permitir que comiese á su mesa; y él, corregido por esta saludable leccion, dió señales de verdadero arrepentimiento. Habian acogido á Tito con una sumision y respeto que llegaba hasta rayar en temor, justificando así las esperanzas que S. Pablo habia concebido de sus buenas disposiciones. No les permitió este discípulo fiel que proveyesen á sus necesidades, porque no quiso ni aceptar nada, ni serles gravoso, para imitar el ejemplo del apóstol. Supo tambien este por el mismo conducto que

salido antes para Macedonia; y aun suponiendo que fuese á buscarle, como algunos afirman, lo cierto es que acompañó al apóstol en este viaje, porque le nombra en su epístola segunda á los corintios, y en el final de la epístola á los Romanos: por lo que se conviene generalmente en que fue nombrado obispo de Efeso con mucha posterioridad. Despues de esta nota y las que preceden, no nos detendremos en señalar todas las inexactitudes de este historiador, cuya obra, mas imperfecta aun por la forma que por su fondo, es muy fatigosa por su estilo forzado y por la prolijidad de una frascologia vacia y no exenta de presuncion.

desde el año anterior los corintios tenian dispuestas limosnas para los fieles de la Judea; y el apóstol aprovechó este ejemplo para animar á los de Macedonia, que se hallaban ya en camino; y en efecto contribuyeron abundantemente en proporcion, y aun mas allá de sus posibles. Instruido S. Pablo del buen resultado de su primera carta á los corintios, escribió la segunda para afirmarlos, consolarlos y destruir radicalmente los últimos pretextos de division y de abusos. Esta fue dirigida en su nombre y en el de Timoteo á la iglesia de Corinto y á los fieles de toda la Acaya. Ya les tenia anunciado que los iria á visitar antes de pasar á Macedonia, para volver despues á esta ciudad y desde ella á Corinto, dirigiéndose luego á la Judea; pero habia mudado de parecer, y les cuenta que no ha sido por indiferencia, y sí por justas razones: que esperaba que los abusos se hubieran corregido, para no tener el dolor de presenciarlos y verse reducido á redoblar su afliccion, tratando con severidad á los culpables. Les encarga que sean indulgentes con el incestuoso, como él lo hará tambien con ellos; y, para que no se entregue á la desesperacion. Pero obligado á justificarse y defender su sagrado ministerio y su doctrina contra los cristianos afectos á las prácticas de los judios, que empleaban todos los medios para engrandecerse á sí mismos y desacreditar al apóstol de las gentes, enseña que la nueva ley es superior á la antigua, y trata de realzar la gloria de los apóstoles de Jesucristo con la consideracion de sus sufrimientos, de sus milagros y de los efectos que producen en los corazones y en lo exterior del hombre por la virtud y el poder que se les ha confiado. Y viniendo á lo que en particular le concierne, recuerda en seguida todo lo que ha sufrido por Jesucristo, tantas veces como le han tenido preso, apaleado, apedreado y expuesto á la muerte, ademas de los naufragios, privaciones, fatigas, contradic-

ciones, y un contínuo afan y solicitud por el bien de los fieles. Insiste igualmente en las revelaciones con que Dios le ha favorecido; pero se disculpa de la necesidad que le impele á tener que exponer sus méritos; y se echa de ver su modestia con mas realce y expresion que los elogios, por el cuidado que tiene de oponer frecuentemente la humana debilidad que en sí reconoce, á los efectos del poder divino que se manifiesta en él para la gloria de Jesucristo y el provecho de los fieles. Vuelve á recordarles los pobres de Judea y concluye exhortando á los culpables para que hagan penitencia por las impurezas ú otros pecados que hayan cometido, á fin de que no tenga que usar contra ellos del poder que recibió de nuestro señor Jesucristo; «porque, dice, yo me dispongo para iros á ver por tercera vez (1) y no perdonaré á los que hayan pecado.» Tito llevó esta carta y con él envió S. Pablo á otros dos discípulos, uno de los que se hizo célebre por el Evangelio en todas las iglesias, y por eso fue asociado á S. Pablo para recoger las limosnas de los fieles. Unos han creido que era S. Bernabé, otros S. Silas, y la mayor parte S. Lucas. Pero es muy escabrosa la determinacion en semejante materia.

Recorrió S. Pablo la Macedonia, y llegó á Corinto, asi como lo habia prometido. Pasó tres meses en la Acaya, y escribió su epístola á los romanos. Gran número de ellos habian abrazado la religion del crucificado, y su fé era celebrada en todas las iglesias. Pero tambien habia rivalidades entre judios y gentiles, y S. Pablo lo sa-

(1) Por este pasaje vemos que S. Pablo habia hecho ya dos viajes á Corinto; pero es dificil determinar cuando fue el segundo, á menos que en su primera estancia no saliese por algun tiempo de aquella ciudad, y volviese á ella, despues de haber predicado en otros puntos de la Acaya. Tillemont juzga que habia estado en ella despues de ir á Efeso. Sea como quiera, no puede jamas decirse que fuese allá antes del viaje que dejamos referido copiando á S. Lucas, porque no se advierte que hubiese ya fieles por entonces, como se nota respecto de los demas sitios, adonde llegó su predicacion.

bia por Aquila que habia vuelto á Roma con otros discípulos. Los judios ponian su gloria y su confianza en las ceremonias de la ley, y querian obligar á los gentiles á someterse á ellas. Se llenaban de orgullo porque fueron la nacion escogida por Dios para depositaria de sus promesas, y por medio de la cual habia venido al mundo el Redentor. Muchos creian que por su propio mérito y sus buenas obras eran dignos de la luz del Evangelio; y no reconocian otro camino para llegar á la justicia y la santidad que la práctica exterior de la ley, sin hacer cuenta de las virtudes interiores, ni de la gracia y merecimientos de Jesucristo. Al contrario los gentiles se envanecian con profesar la filosofía y saber humano, que les hicieron conocer la mayor parte de la moral sin el recurso de la revelacion y de la ley; y despreciando á los judíos, que despues de recibidos tantos beneficios rechazaron al Mesias, honrabanse con su fé, y la miraban como una recompensa propia de su mérito. San Pablo en su calidad de apóstol de las gentes quiso ejercitar su celo en defensa de esta iglesia, la primera del mundo; y aun antes de pasar á ella, como ya lo tenia proyectado, creyó que debia dirigirles por escrito instrucciones sobre las importantes cuestiones que dividian á los fieles. Principió humillando á los dos partidos por igual, tanto á los judios como á los gentiles, manifestando á todos que las ventajas de que se envanecian, no servian de otra cosa que de constituirlos mas culpables. Recuerda á los gentiles la timidez de sus filósofos, que habian retenido cautiva la verdad, pues que habiendo conocido á Dios por sus obras, no le habian honrado y servido, segun les dictase su conciencia; de modo que en castigo de su orgullo Dios los habia abandonado al desarreglo de su corazon, y entregados al desvario de sus pensamientos se habian sumido en la idolatría y aun en toda la corrupcion de los vicios mas infames y

en la mas monstruosa prostitucion. Recuerda á los judios el abuso que habian hecho de las gracias y luces que Dios les habia concedido: les reprende porque violan la ley de que hacen tanto alarde, y cometen los mismos crímenes que condenan en los paganos. De todo concluye que estando envueltos igualmente en el pecado los judios y los gentiles, todos sin distincion alguna tenian necesidad de la gracia de Dios para ser *gratuitamente* justificados por medio de su fé en Jesucristo. Porque la fé es el principio de la justificacion, y Dios la concede sin tener en consideracion las obras precedentes: de otra manera seria una recompensa y no una gracia. Los judios no tienen motivo para engrandecerse por la práctica de su ley, que en sí misma es impotente para producir la justificacion, y no tiene mas valor que el que le da la fé: asi como los gentiles, lejos de tomar el empeño de despreciar á los judios, debian contenerse considerando lo que habia sucedido á aquella nacion, y temiendo sufrir el mismo castigo, asi como les habian sustituido en el llamamiento. Por último el apóstol alaba aqui las disposiciones de la Providencia respecto á los primeros, declarando que á la conclusion de los tiempos todos se convertirán, es decir, cuando todos los predestinados de las naciones hayan entrado en la iglesia. Da despues á los fieles muchas reglas sobre diferentes puntos de moral, é insiste particularmente sobre la caridad, como que encierra el compendio de toda la ley. Les da cuenta de la distribucion de las limosnas recogidas en Macedonia y en la Acaya á favor de los pobres de Jerusalen: dice que se propone pasar á Roma y de allí á España, y pide que con sus oraciones le auxilien, para que pueda libertarse de los enemigos que se le han suscitado en la Judea. Recomiendales á Febe, diaconisa de la iglesia de Cencris, cerca de Corinto, que caminaba á Roma y probablemente estaria encargada de llevar

aquella epístola. Encarga que le den asistencia en toda ocasion, como ella misma lo habia ejecutado con otras personas de su religion y con S. Pablo en particular. Saluda á varios cristianos, entre los que se contaban Priscila y Aquila, cuya casa servia para las reuniones de la iglesia, y que habian expuesto su vida por preservar la suya á Epinetas, el primero que habia abrazado la fé en el Asia; á Andrónico y Junia, á quienes llama parientes suyos, y que por él habian estado presos en su compañía; á Herodion, pariente tambien suyo, y sobre todo al célebre Hermas á quien los antiguos han atribuido el libro *del Pastor*. Saluda tambien sin nombrarlos á los cristianos de la casa de Narciso, y se cree que este era el famoso liberto que tanto dió que decir en tiempo y con el favor de Claudio. Unense á las memorias del apóstol las de Timoteo, compañero de sus peregrinaciones, las de Lucio, Jason y Sosiprato, que considera como parientes: las de Cayo su huesped, que franqueaba su casa para las reuniones de los fieles; las de Erasto, tesorero de la ciudad, y de Tercio que escribia aquella carta en clase de secretario. Se advierte por el modo con que habla S. Pablo de Timoteo en particular, que no se puede referir á otro que al discípulo tan conocido que siempre le habia acompañado. En cuanto á Lucio se presume que es el mismo S. Lucas, á cuyo nombre daria el apóstol una terminacion latina.

S. Pablo, despues de haber estado tres meses en Grecia, partió por la primavera del año 58. Quiso por el pronto embarcarse en Corinto para volver directamente á Siria; pero habiendo sabido que los judios tendian lazos para perderle, se decidió á rodear tomando el camino de Macedonia. Llevaba por compañeros de viaje á Sopatro ó Sosipatro, de Berea; Aristarco y Segundo, de Tesalonica, á Cayo de Derba, á Timoteo, su fiel discípulo, últimamente á Tíquico y Trofimo, ambos del Asia pro-

consular. Mandó que le precedieran dirigiéndose á Troade. El apóstol, despues de haber celebrado la Pascua en Filipos, se embarcó con S. Lucas, y en cinco dias llegaron á áquella provincia donde permanecieron una semana. El domingo, reunidos los fieles para la celebracion de la Eucaristia, S. Pablo, que debia salir al siguiente, pronunció una oracion, que duró hasta media noche. Hallabanse en una sala situada en el piso tercero, en la que habia muchas lámparas encendidas, y tenian abiertas las ventanas á causa del calor. Un jóven llamado Eutiquio, sentado en una de ellas, se durmió profundamente, y cayó al suelo desde aquella altura, de modo que no despertó, le recogieron muerto. Pero bajando Pablo inmediatamente le resucitó, y habiendo celebrado despues los santos misterios, comió y continuó predicándoles hasta llegar el dia. Saliendo de esta poblacion quiso ir por tierra á Asson, que dista de ella cerca de diez leguas, y á donde habian pasado por mar S. Lucas y los demas asistentes: embarcáronse todos juntos para ir á Mitilene, en la isla de Lesbos. Llegaron al otro dia á la de Quio, al otro á la de Samos y el cuarto á Mileto en el continente. No quiso S. Pablo ir á Efeso, para que no le detuviesen demasiado, porque deseaba llegar á Jerusalen para la pascua de Pentecostes. Estando en Mileto, envió á llamar á los obispos y sacerdotes de Efeso y ciudades inmediatas (*Iren. lib.* III. *cap.* XIV) para darles ciertas instrucciones. Les hizo presente cuanto habia trabajado y sufrido por las iglesias de Asia, y exhortólos encarecidamente á que velasen por sí mismos sobre los pueblos confiados á su cuidado por el Espíritu Santo. «Sabeis, les dijo, cómo yo me he conducido durante todo el tiempo que asistí entre vosotros, desde el primer dia que llegué, sirviendo al Señor con toda humildad, en medio de las aflicciones y peligros que me ha ocasionado la conspiracion de los judios contra mí. Nada os he ocul-

tado de cuanto pudiera seros útil, ni temido manifestarlo todo constantemente, é instruiros en público y en secreto, predicando á los judios y á los gentiles la penitencia para satisfacer á Dios, y la fé en nuestro señor Jesucristo. Ahora, instado por el divino Espíritu, voy á Jerusalen sin saber lo que allí me puede suceder, sino que en todas las ciudades el Espíritu Santo me advierte que me estan preparadas cadenas y aflicciones. Pero nada de esto me acobarda: estoy pronto á exponer mi vida con tal que obtenga el objeto, y cumpla el ministerio que me confió Jesucristo, de anunciar el Evangelio y la gracia de Dios. Creo que no me volvereis á ver vosotros entre quienes he vivido, predicando el reino de Dios: por eso dejo declarado que no puede achacarseme la pérdida de ninguno de vosotros, porque jamas he vacilado en declararos expresamente toda la voluntad de Dios. Velad pues sobre vosotros mismos y sobre vuestro ganado, que el Espíritu Santo os encargó estableciéndoos obispos para gobernar la iglesia de Jesucristo, adquirida al precio de su sangre. Porque me consta que en mi ausencia se introducirán entre vosotros lobos dañinos que intentarán robaros vuestra grey: y que de entre vosotros mismos saldran falsos doctores que propalarán máximas corrompidas para hacerse prosélitos. Velad cuidadosamente, acordándoos que por espacio de tres años no he dejado ni de dia ni de noche de amonestaros á todos; y ahora de nuevo os encomiendo á Dios, á la gracia y á la proteccion de aquel, que puede concluir su obra y daros parte de la herencia de los santos. Yo no he querido recibir de nadie oro, ni plata, ni vestidos, como lo sabeis personalmente: para acudir á mis necesidades y á las de las personas que me han acompañado, he recurrido al trabajo de mis manos, enseñándoos así que es necesario auxiliar por todos medios á los flacos, trabajando lo mismo que yo; y acordar-

se de las palabras de Jesucristo, que decia: *mayor felicidad causa dar que recibir.*» Habiendo hablado de este modo, se arrodilló y puso á orar en favor de los congregados y en compañía de ellos; y como habia anunciado que no se verian ya en adelante, principiaron á llorar y le abrazaron despues estrechamente; no pudiendo separarse de su persona, todos juntos, muy tristes y abatidos, le acompañaron hasta el punto de embarcarse.

Desde Mileto S. Pablo y sus compañeros fueron á la isla de Cos, y al otro dia á la de Rodas, y despues á Patara en el continente (Licia). Allí tomaron nueva embarcacion que salia para la Fenicia, y dejando á la izquierda la isla de Chipre, llegaron á Tiro, en que debia desembarcar aquella sus géneros. Como estaban entonces cerca de Jerusalen, y tenian seguridad de llegar allá para celebrar la Pascua; quedóse S. Pablo en Tiro siete dias con aquellos cristianos, que se esforzaron aunque inutilmente en impedir su marcha. Pero al emprenderla todos le acompañaron hasta la costa con sus mujeres y niños, y en ella se arrodillaron para hacer oracion juntos antes de separarse. Embarcados S. Pablo y sus compañeros llegaron á Tolemaida, donde concluyó la navegacion. Al dia siguiente salieron para Cesarea, donde se detuvieron tambien algunos dias, alojándose en casa de S. Felipe, uno de los siete diáconos. Durante su permanencia en esta ciudad, el profeta Agabo, que llegaba de la Judea, cogió el ceñidor de S. Pablo, y enredando en él sus pies y manos, le anunció que de este modo le cargarian los judios de cadenas, y le entregarian á los gentiles. Cuando oyeron esta prediccion S. Lucas y los demas discípulos, conjuraron á S. Pablo con todas sus fuerzas para que no se trasladase á Jerusalen; pero el apostol declaró que se hallaba pronto á sufrir la prision y la muerte por el nombre de Jesucristo. Pusiéronse todos en camino, acompañados de mu-

chos cristianos de Cesarea y de un antiguo discípulo, llamado Mnason, originario de Chypre, en cuya casa debian hospedarse en Jerusalen.

Al dia siguiente de su llegada fueron á visitar al apóstol Santiago obispo de aquella ciudad, en cuya morada se juntaron todos los clérigos, S. Pablo refirió menudamente lo que Dios habia obrado por su ministerio en favor de los gentiles. Tambien ellos le noticiaron la animosidad que los judios le guardaban, y se le aconsejó que se uniese con cuatro hombres que habian hecho el voto de los nazarenos, y que ofreciese con ellos los sacrificios prevenidos por la ley, á fin de que se convenciese todo el pueblo de que el apóstol la practicaba, lejos de condenarla, como solian acusarle. No dudó S. Pablo seguir el consejo para desmentir la calumnia; y al dia siguiente, habiéndose purificado segun la ley, entró en el templo con los nazarenos para declarar el cumplimiento del voto que habia hecho, de asistir á los sacrificios que con esta ocasion debian ofrecerse. Ya iba á concluir las ceremonias, que duraron siete dias, cuando los judios que vinieron del Asia, viendo en el templo á S. Pablo se arrojaron á él, clamando socorro á los israelitas, y diciendo: «Aqui teneis un hombre que no cesa deblasfemar contra la ley y contra el templo; y ahora viene á profanarle, introduciendo en él á los gentiles.» Esto alegaban porque habian visto en Jerusalen á Trofimo, de Efeso, que acompañaba á S. Pablo, y creian que este le habia introducido en el templo. Conmovióse elpueblo en un instante, y precipitándose sobre el apóstol, le arrastró fuera de aquel, cerrando despues las puertas. Golpeaban tanto al apóstol, que poco hubieran tardado en matarle; cuando el tribuno de la cohorte romana que hacia la guardia en el templo, observando este tumulto, se acercó con una porcion de soldados y le sacó de manos de aquellos. Mandó que le cargasen con dos cadenas, y le

condujesen á la ciudadela, que ocupaba la legion romana, enmedio de los gritos de la confusa multitud que voceaba sin saber absolutamente la causa. Era la ciudadela un espacioso recinto fortificado y próximo al templo, al que dominaba por su mayor elevacion. Subiase á ella por muchos escalones, y el tropel era tan grande que fue necesario que los soldados le llevasen como en el aire, y siempre perseguido con los alaridos que reclamaban su muerte. En cuanto entró S. Pablo en el recinto, pidió que le dejasen hablar al tribuno. Preguntó este si sabia el idioma griego, que era el que usaban los romanos con todos los orientales, y luego le dijo: «¿no eres tú aquel egipcio que en estos dias procuró excitar un motin con el auxilio de cuatro mil sicarios?» En efecto un impostor que vino de aquella region, y que se proclamaba profeta, habia atraido una considerable reunion al monte de las Olivas, persuadiéndoles que iban á caer las murallas de la ciudad en cuanto él lo mandase. S. Pablo respondió que era judio, originario de Tarsis, en Cilicia, y pidió que le permitiese hablar al pueblo. Habiendosele concedido, se subió en las gradas y puesto de pie, hecha señal con la mano, le escucharon con grande atencion, echando de ver que hablaba en hebreo. Comenzó á referir todas las circunstancias de su vida, su educacion dirigida por Gamaliel, el zelo que habia manifestado por la ley, sus persecuciones contra los cristianos, su viaje á Damasco, la vision que tuvo en el camino, su regreso á Jerusalen, y cómo Jesucristo le habia mandado que fuese á predicar á los gentiles. Hasta entonces le habian escuchado los judios con todo sosiego; pero en cuanto nombró á los gentiles, su furor se exaltó de una manera indefinible. Con espantosos ahullidos pedian su muerte agitándose como frenéticos, y arrojando al aire sus vestiduras y puñados de tierra que formaban una nube de polvo. El tribuno hizo reti-

rar á S. Pablo, y deseando saber la causa de esta violenta asonada, mandó que le azotasen y pusieran en el tormento. Ya estaba atado para la ejecucion de la sentencia, cuando dirijiéndose al centurion que debia presenciarla, le dijo: «¿Es lícito entre vosotros azotar á un ciudadano de Roma, que no ha sido condenado?» Corrió el centurion á referir estas palabras al tribuno que vino á preguntar á S. Pablo, si ciertamente era ciudadano romano. Como el apóstol lo afirmase y que era desde su nacimiento, asustado el tribuno, hizo que se retirasen todos los que iban á ponerle en tortura; y al otro dia despues de haberle quitado las cadenas, presentóle al consejo de los judios que habia mandado convocar, para averiguar de qué se le acusaba. Apenas S. Pablo empezó su defensa, cuando el sumo sacerdote Ananias mandó que le diesen un bofeton. Dijole el apóstol: «Tú, pared blanqueada, serás herido por el mismo Dios. Pues ¡qué! estás sentado para juzgarme segun la ley, y ¡mandas á pesar de ella que me hieran el rostro!» Entonces clamaron otros diciendo que habia maldecido al gran sacerdote; y el apóstol creyó que debia justificarse, protestando que no le conocia, y que no resultaba extrañeza, habiendo permanecido en la ciudad tan corto tiempo: y que por otra parte desde el reinado de Herodes habian dejado de ser vitalicios estos cargos, y no se sucedia en ellos segun el órden legítimo, siendo nombrados y depuestos los sumos pontífices á gusto de los reyes y gobernadores de la Judea. Con todo para desconcertar el odio de sus enemigos, aprovechóse de la division en que se hallaban, y sabedor de que los unos eran saduceos, y los otros fariseos: que los primeros no admitian la resurreccion y los segundos sí; exclamó para que todos le oyesen: «Yo soy fariseo é hijo de otro fariseo: aqui se trata de la esperanza en la otra vida y de la resurreccion de los muertos.» Porque en efecto la resur-

reccion de Jesucristo que era el dogma fundamental de los cristianos, servia tambien en la doctrina del apóstol para justificar las esperanzas de la vida eterna. Este discurso produjo el efecto que S. Pablo habia previsto. Los judios gritaban entonces unos contra otros, y aun muchos fariseos tomaban ya la defensa del apóstol diciendo: «Nada encontramos culpable en este hombre. ¿Sabemos acaso si un ángel ó un espíritu le ha inspirado?» De tal modo se enfurecieron unos contra otros y llegó á ser tan peligrosa la conmocion, que el tribuno, temiendo no despedazasen á S. Pablo, mandó venir tropa, y que le sacasen de allí, devolviéndole á la ciudadela. A la siguiente noche se le apareció nuestro señor Jesucristo, y le dijo: «Anímate; porque despues dc haberme dado testimonio en Jerusalen, tienes que darmele tambien en Roma.

La multitud, irritada cuanto mas crecian los obstáculos, se presentó al otro dia mas furiosa, sin escasear crímenes para llegar á su objeto, por enormes que fuesen. Desde la mañana mas de cuarenta se obligaron con terribles juramentos á no comer ni beber sin haber antes asesinado á S. Pablo, y buscaron á los príncipes de los sacerdotes y á los miembros del sanhedrin para noticiarles esta determinacion, añadiendo que no era menester mas que requerir al tribuno para que enviase á S. Pablo al lugar del consejo con pretexto de examinar su causa; y ellos harian lo demas matando al preso enmedio de las mismas guardias al paso. Aprobóse esta infame propuesta; pero un hijo de la hermana de S. Pablo, que supo la resolucion, vino á declarársela al apóstol, quien pidió á un centurion que presentase al tribuno este jóven, porque tenia algo que decirle de bastante importancia. Enterado el tribuno por este medio de la conjuracion, hizo llamar á dos oficiales y les mandó que destacasen una escolta de unos quinientos hombres con caballos para conducir á S. Pablo,

y que estuviesen prontos para salir á la tercera hora de la noche, á fin de llevarle al gobernador Felix; porque temia le matasen los judios en el camino, ó que á él le acusaran de haberse dejado sobornar para abandonar á un ciudadano romano. Al mismo tiempo escribió al gobernador informándole que este preso era ciudadano romano, á quien acusaban los judios de faltas concernientes á su ley; pero que él no le habia hallado culpable de crímen alguno que mereciese muerte, ni prision; y sabiendo que se fraguaba una conjuracion para asesinarle, habia tenido por conveniente remitirsele, y dar órden á sus acusadores de presentarse en Cesarea para articular los cargos. Ejecutáronse las órdenes del tribuno, y el gobernador en cuanto leyó el despacho, preguntó á S. Pablo de qué provincia era, y luego añadió que se enteraria de su causa cuando llegasen sus contrarios: entretanto le mandó guardar en el palacio de Herodes. Cinco dias despues el gran sacerdote Ananias vino á Cesarea con algunos senadores y un orador llamado Tertulo, que acusó á S. Pablo de sedicioso, de profanador del templo y de jefe de la secta de los nazarenos (porque asi llamaban á los cristianos); añadiendo que habia sembrado por todas partes la division entre los judios, y que estos trataban de juzgarle segun su ley; pero que se lo habia estorbado el tribuno Lisias, obligándolos á comparecer al tribunal del gobernador. Los judios apoyaron todo cuanto quiso decir; mas S. Pablo no dejó de contestar con facilidad á estas acusaciones. Expuso sencillamente que hacia pocos dias que habia llegado á Jerusalen para adorar á Dios y distribuir unas limosnas: que nadie le vió disputar ni reunir al pueblo en el templo, en la sinagoga ni en la ciudad; y que ninguno de los artículos en que consistia la acusacion podian justificarse, á menos que achacasen a crímen servir á Dios segun su conciencia, y creer en lá

resurreccion de los muertos conforme á las santas escrituras. Añadió que le habian cogido en el templo enmedio de sus ejercicios religiosos ciertos judios del Asia, que debian comparecer por sí, y llevar la acusacion, si tenian mas que alegar contra él. No queriendo Felix desairar á los judios ni condenar á S. Pablo, declaró que necesitaba ampliar los informes, y difirió la determinacion hasta que llegase Lisias; pero encargó al centurion que debia guardar al preso, le permitiese el mayor ensanche. Algunos dias despues hizo que le llamasen á presencia de su mujer Drusila, que deseaba oirle. Era de religion judia y hermana de Agripa, á quien Neron hizo rey de una parte de la Galilea. Casada primero con Azis, rey de Emeso, que consintió en que le circuncidasen, le abandonó despues para casarse con Felix, aunque pagano y de bajo nacimiento; porque habia sido esclavo, y logrado favor por su hermano Palas, liberto muy poderoso en tiempo de Claudio, y que aun conservaba el mayor crédito en la corte. Estando pues S. Pablo en su presencia, le explicó la doctrina cristiana; pero como hablase de la justicia, de la castidad y del juicio final, Felix se perturbó y difirió para otra vez la conferencia, porque era cruel, avaro y lujurioso. Sin embargo otras veces le mandó venir para oirle; pero nunca le quiso dejar en libertad, con la esperanza de que él ó sus discípulos le rescatasen por dinero. De esta manera le retuvo dos años, y allí cruel, dejó, cuando marchó á Judea por conservar el afecto de los judios: con todo estos llevaron á Roma sus quejas contra él, y solo por el crédito de su hermano Palas evitó el castigo que merecia por sus malversaciones.

Habiendo llegado á esta provincia el sucesor Porcio Festo, marchó tres dias despues desde Cesarea á Jerusalen, donde los jefes de los sacrificadores y los principales judios le importunaron con sus acusaciones contra Pa-

blo, obligándole con acaloradas súplicas y continuados gritos á que le sentenciase á muerte. Pero como replicase el tribuno que los romanos no acostumbraban á condenar á un acusado sin carearle con sus acusadores y dejarle libertad en su defensa; pidieron por una gracia particular que le trajesen á Jerusalen, estando dispuestos á asesinarle en el camino por gentes perdidas que apostasen. Festo acaso sospechó este designio, y respondió que si tenian motivos de queja, podian venir con él á Cesarea, á donde iba desde allí. En efecto marchó al cabo de ocho ó diez dias, y desde el siguiente al de su arribo hizo comparecer á S. Pablo. Los judios que vinieron de Jerusalen, le acusaban de muchos delitos; pero sin probar ninguno; de manera que Festo despues de oir su defensa, y observando que solo se trataba de disputas religiosas y sobre la resurreccion de Jesucristo, conoció que no habia motivo para condenarle á muerte. Con todo, por hacerse lugar con los judios, preguntó á S. Pablo si consentia en que le trasladasen á Jerusalen para que allí le juzgasen por las faltas de que le acusaban. Viendo el apóstol que no le quedaba otro arbitrio para escapar del furor de sus enemigos, respondió: «Yo estoy sujeto al tribunal del César, y en él tan solo debo ser juzgado: si he cometido algun delito contra los judios, no resistiré el castigo: pero si no hay cosa alguna verdadera en sus acusaciones, nadie puede entregarme á ellos: apelo al César.» Festo tomando asesoría de sus consejeros dijo á S. Pablo: «Al César apelais: os juzgarán á su presencia»

A poco tiempo el rey Agripa vino á Cesarea con su hermana Berenice para cumplimentar á Festo. Era este rey hijo de Herodes Agripa que habia aprisionado á San Pedro. El emperador Claudio le concedió con título de rey algunas provincias desmembradas de la Judea; y despues obtuvo de Neron varias ciudades de Galilea y

un distrito pequeño al otro lado del Jordan. Su hermana Berenice habia estado casada con Herodes, rey de Calcide, tio suyo, y viuda de él; se susurraba que tenia un comercio criminal con su hermano; sin embargo segunda vez casó con Polemon, rey de Cilicia, con quien vivió muy poco tiempo. Esta misma se hizo despues célebre por sus relaciones con el emperador Tito. Vinieron pues juntos ambos hermanos, y permanecieron una buena temporada: Festo les habló de S. Pablo y del odio encarnizado que los judios le tenian, hasta pedir contra él la pena de muerte, sin poderle justificar delito alguno considerable. El rey manifestó grandes deseos de verle y oirle, y Festo le prometió satisfacerlos al dia siguiente. Dió una solemne audiencia en que se presentaron con mucho boato Agripa y Berenice con los tribunos y magnates de la ciudad: luego trajeron á S. Pablo, y dijo el gobernador: «Ahí teneis el preso, cuya muerte solicita el pueblo judio. Yo, no hallándole culpable de ningun crímen que merezca aquella pena, y dispuesto á remitirle al emperador porque apeló á su tribunal, tengo una gran satisfaccion en poderle presentar en esta asamblea, y principalmente delante de vos, rey Agripa, para que podais examinar su causa, porque no sé qué escriba acerca de él, y sin embargo no es posible enviarle sin fijar el delito de que se le acusa.» Agripa dijo á S. Pablo que hablase en su defensa, y el apóstol se explicó asi: «Feliz me considero, rey Agripa, de tener que justificarme ante vos, porque conoceis perfectamente las costumbres de los judios y las cuestiones que los dividen; por eso suplico que me escucheis con paciencia.» Expuso inmediatamente que criado desde su juventud, á ejemplo de sus ascendientes, en la secta de los fariseos, jamás dejó de creer en las divinas promesas y de esperar la resurreccion de los muertos, como la mayor parte de los judios la esperaban: que al

principio fue un ardiente perseguidor de Jesucristo: pero que habiéndole Dios iluminado milagrosamente en el camino de Damasco, no pudo resistir á la luz celestial; y que desde entonces habia anunciado á los judios el Evangelio, y por órden de Dios á los gentiles. «Hé aqui la causa para que los judios me prendiesen en el templo é hiciesen todos sus esfuerzos para quitarme la vida: mas por la gracia de Dios me he salvado de sus manos, y aun puedo dar testimonio de la verdad predicando lo que Moises y los profetas pronosticaron; á saber, que Jesucristo debia morir y resucitar de entre los muertos, y que seria la antorcha de todas las naciones.» A estas razones interrumpió Festo dando una gran voz: «Pablo, decis extravagancias; el estudio y la ciencia os han trastornado el juicio.» S. Pablo contestó: «No disparató, ilustre Festo: todo lo que digo está fundado en la sabiduría y la verdad. No lo ignora el rey que me está oyendo, porque no son cosas secretas ni desconocidas. ¿No creeis en los profetas, rey Agripa? bien sé que los creeis.» Díjole Agripa: «Pronto quizá vais á persuadirme que soy cristiano.» Y S. Pablo replicó: «¡Ojalá vos y todos los vuestros y cuantos me escuchan, fueseis hoy mismo lo que yo soy, esceptuando estas cadenas.» Levantaronse el rey y el gobernador y todo el acompañamiento, y se retiraron para conversar á solas; y todos convinieron en que el preso estaba inocente, y Agripa le dijo á Festo que nada podia impedir que se le pusiese en libertad, á no haber apelado al César.

Como ya se habia resuelto enviarle á Roma, le encargaron con otros presos á un oficial llamado Julio para su conduccion, y le trató con la mayor benignidad. Acompañaban al apóstol S. Lucas y Aristarco, macedonio, que le habia seguido desde Corinto, y expuestose antes al furor popular en Efeso, cuando la sedicion de Demetrio. Embarcados en un bajel que se dirigia á

Adramite, ciudad de la Misia, en el Helesponto, costearon las tierras del Asia, y al segundo dia llegaron á Sidon, donde el oficial permitió á S. Pablo que viese á sus amigos, y proveyese á sus necesidades. Desde allí pasaron á la isla de Chipre, y atravesando el mar de Cilicia y de Panfilia, contrariados siempre por los vientos, llegaron á un puerto de la Licia, donde el oficial los colocó en un navío de Alejandría que se hacia á la vela para Italia. Lenta fue su navegacion porque el viento continuaba opuesto, y llegaron con gran trabajo, despues de costear la isla de Creta, á un puerto inmediato á la ciudad de Talasa; pero no pareció bastante seguro para pasar en él el invierno. Como estaban en el mes de octubre (1) y la mar se embravecia; S. Pablo aconsejó que parasen en él sin exponerse á una tempestad, que pondria en grande riesgo el bajel y todo lo que contenia. El piloto y el capitan fueron de parecer contrario, y asi se determinó salir á la mar para llegar hasta el puerto de Fenice en la costa meridional de la isla por el lado del occidente. Un lijero viento que se movió por el S., hizo confiar que llegarian facilmente: pero volviéndose de pronto al N. E., y tomando un giro violento, no pudieron resistir los marineros ni gobernarse el barco, recogieron velas, y se entregaron á la discrecion de las olas. Aumentaban estas su furor incesantemente, y al dia siguiente fue necesario arrojar al agua los géneros, y al tercer dia los aparejos del bajel. Tan furiosa llegó á ser la tempestad, que por espacio de muchos dias, y habiendo perdido todas las esperanzas, no querian comer los que en él se hallaban. Pero S. Pa-

(1) S. Lucas dice que el tiempo del ayuno habia pasado: y los mas hábiles intérpretes lo entienden por el ayuno solemne de la expiacion, que se hacia en el séptimo mes. Sin embargo creen otros que debe aplicarse á un dia de ayuno que observaban los judios en el décimo mes; pero no parece tan natural como la otra esta interpretacion.

blo, sabiendo á tiempo por revelacion que ninguno pereceria, los exhortaba á que se animasen y tuvieran valor, anunciando que aunque el barco se estrellaría, todos se salvarian en una isla. Hácia la mitad de la noche décimacuarta, vogando como siempre en el mar adriático, conocieron los marineros por la sonda que se acercaban á tierra, y creyendo que el barco tocaria algun escollo, echaron cuatro áncoras del lado de popa para detenerle hasta el dia, y dispusieron botar la lancha al agua con pretexto de echar las áncoras de la proa; pero el fin era huir. S. Pablo que conoció su intencion, dijo al centurion y á la escolta: «Si esos marineros se marchan, no os queda esperanza de salvaros.» Entonces los soldados cortaron las amarras de la lancha y la dejaron que se apartase. Al amanecer volvió S. Pablo á exhortarlos á que tomasen algun alimento, y afirmando que ni un cabello de sus cabezas les faltaria; y poniéndose él mísmo á comer despues de dar gracias á Dios, tomaron ánimo los demas y se pusieron todos á comer: en seguida arrojaron todo el trigo al mar para aliviar el bajel. En cuanto amaneció, descubrieron tierra; pero no reconociendo el pais, trataron de dirigir el rumbo á un golfo que tenian próximo: como se dejaban llevar á voluntad del viento, dieron contra una lengua de tierra en que la proa encalló, mientras la popa saltó y fue arrebatada por las olas. Los soldados opinaban que convenia matar á los presos, temerosos de que se escapasen á nado; pero el centurion que deseaba salvar á S. Pablo, impidió la ejecucion de un proyecto tan bárbaro; y mandó que saltasen al mar los primeros aquellos que supieran nadar: los demas se aprovecharon de los desechos del navío, y todos llegaron á tierra como el apóstol habia profetizado. Entre todos componian el número de doscientas setenta y seis personas.

La tierra á que arribaron era Malta, cuyos habi-

tantes los recibieron con la mayor humanidad, y se apresuraron á encender lumbre para que pudiesen secar sus vestidos y calentar su cuerpo. Habiendo San Pablo cogido un puñado de sarmientos para echarlos al fuego, se tiró á su mano una víbora y quedó colgada de aquella. Los isleños que esperaban se le hinchase la mano y cayese muerto al instante, decian por lo bajo: «Este será algun asesino que la justicia divina castiga, ya que se salvó del naufragio:» pero S. Pablo se contentó con sacudir la mano y la víbora cayó en la lumbre. Cuando vieron los malteses que no manifestaba haber recibido mal alguno, se imaginaron todo lo contrario, que era un Dios. Uno de ellos, llamado Publio, el sugeto mas considerable de la isla, que tenia en las inmediaciones de la ciudad muchas posesiones, dispuso llevarse á los náufragos á su casa, y en tres dias ejerció con ellos todos los deberes de la hospitalidad mas generosa. No tardó mucho en ser bien recompensado: su padre estaba peligrosamente enfermo de una disenteria: hizo S. Pablo oracion, y le curó. A vista de este milagro todos los enfermos se dirigieron á él, y fueron curados. Valióle esto muchas honras, y cuando se embarcó con sus compañeros, los habitantes les proveyeron de todo lo necesario. A los tres meses de haber llegado salieron en un navío de Alejandría, que habia invernado en Malta, y fueron á abordar á Siracusa, donde permanecieron tres dias. Desde allí, costeando la Sicilia, fueron á Regio, y habiéndose levantado el viento Sur, llegaron en dos dias á Puzol. Allí encontraron fieles que los detuvieron siete dias, y continuando luego su viaje por tierra, hallaron en el camino á los cristianos de Roma que venian á recibirlos, algunos hasta veinte leguas de esta capital, otros doce; lo que sirvió á S. Pablo de mucho consuelo, y reanimó su valor extraordinariamente. Llegaron á Roma en la primavera del año 61, cerca de

tres años despues de la prision de S. Pablo en Jerusalen. El comandante de la escolta le entregó al prefecto del pretorio, Afranio Bhurro, y le concedieron que permaneciese con la custodia de un soldado, como era costumbre entre los romanos con las personas de distincion. Alojóse en una casa y permanecio dos años en ella y en calidad de preso. A los tres dias de su arribo citó á los judios principales, y reunidos en su casa les dijo que habiéndole puesto preso en Jerusalen, sin justificarle culpa alguna contra la ley; los gobernadores romanos, despues de examinar su causa y reconocida su inocencia, habian querido ponerle en libertad: pero no se atrevieron á ejecutarlo por miedo á la oposicion de sus enemigos, de forma que se vió precisado á interponer apelacion al tribunal del César, sin la menor intencion de acusar á los de su nacion. Añadió que el objeto de esta convocatoria era hacerles saber los trámites de este negocio y la causa verdadera de las persecuciones que sufria: «porque mi delito, añadió, es predicar la llegada del Mesias y las esperanzas de Israel: por eso me encadenan.» Respondieron los judios que nada les habian dicho ni escrito para que apoyasen su conducta sus hermanos de Jerusalen: pero que gustarian mucho oirle explicar su doctrina, sabiendo que esta secta era combatida en todas partes. Tomaron dia de comun acuerdo, y vinieron á la reunion un gran número. Habló el apóstol desde la mañana hasta la noche, explicando detenidamente todo lo concerniente á Jesucristo, y haciendo ver en los misterios del Evangelio el cumplimiento de todo lo que Moises y los profetas tenian anunciado respecto del Mesias. Muchos de los presentes abrazaron la fé, convencidos con la autoridad irrecusable de las santas escrituras: otros por lo contrario, obstinándose mas en la incredulidad, fueron reprendidos por su dureza, y les declaró el apóstol que pues cerraban los ojos á la luz,

segun la prediccion de Isaias, él marcharia á plantear la fé entre los gentiles y la gracia de la salvacion, hallándolos mas dispuestos que á ellos para recibirla. Con efecto no tardó mucho en congratularse al ver los progresos del Evangelio, contribuyendo á ellos su misma cautividad, porque le hacia célebre en toda la ciudad y aun en la corte del emperador. Concurrian á su casa una multitud de prosélitos, y en los dos años que permaneció en Roma, no cesó de ejercitar su zelo, predicando la doctrina de Jesucristo con toda libertad y sin que nadie se lo impidiese.

En esta época concluye la historia de los *Actos de los apóstoles* escrita por S. Lucas, discípulo de S. Pablo y compañero en sus viajes. Era originario de Antioquía y médico de profesion, y aun otros han dicho, pero sin citar testimonio alguno de la antigüedad, que era pintor, y habia hecho de su mano los retratos de Jesucristo, de la Santa Vírgen y de los apóstoles. Se ha visto ya que habia seguido á S. Pablo á Macedonia y á la Grecia, donde escribió su Evangelio. Despues le acompañó á Jerusalen y á Roma, y se cree que jamas se separó de su lado hasta el momento en que fue martirizado el apóstol; y veremos que efectivamente estaba aun en su compañía, cuando este, poco antes de morir, escribió su segunda epístola á Timoteo. Mas adelante predicó el Evangelio en diferentes parajes de Italia, en la Dalmacia, y hasta en las Galias, segun S. Epifanio. Guardó siempre el celibato y murió de edad de 84 años en Patras (*Acaya*): desde allí se llevaron sus reliquias á Constantinopla en el año 357, reinando Constancio.

Mientras estaba preso en Roma S. Pablo, los cristianos de Filipos, en Macedonia, que en otras ocasiones le habian ya asistido, le enviaron socorros por medio de Epafrodito, á quien él llama apóstol, es decir, obispo de aquellos. Habia caido peligrosamente

enfermo, y sabiéndose en Macedonia este accidente, se apresuró S. Pablo á despedirle para que volviese entre los suyos, en cuanto estuvo curado, confiándole una epístola para los filipenses. Dirigiase á los fieles, obispos y diáconos, ya entienda por tales á los obispos de las ciudades inmediatas; sea que con este nombre distinguiese á los presbíteros, como señala á los obispos con el de apóstol. Despues de anunciarles en ella el progreso que el cristianismo hacia en Roma, pues se ha visto que hasta el mismo palacio del emperador habia penetrado, les encarga esten dispuestos contra los falsos circuncisos y falsos apóstoles enemigos de la ley, que negaban la realidad de la Encarnacion y de la Redencion, pretendiendo que el Cristo no habia sido crucificado sino en la apariencia. Exhortalos ademas á la humildad con el ejemplo de Jesucristo, obedeciendo hasta la muerte de cruz: los conjura para que vivan entre sí en perfecta union, y muy principalmente á las mujeres Erodia y Sintica, que se habian distinguido por la actividad de su celo, y ruega á un discípulo, sin poner su nombre, pero sí le descubre en parte como compañero en sus tareas, á que le asista y fortalezca. Hablando despues de los que le han auxiliado en su ministerio, nombra á San Clemente que mereció por sus virtudes ser elevado á la silla apostólica; y pone en el principio de esta carta el nombre de Timoteo que entonces se hallaba en Roma. Les da esperanzas de enviarles á este amado discípulo, en cuanto vea que se halla mas desocupado, y añade que no seria extraño que él en persona los volviera á ver.

Poco mas ó menos por este tiempo, es decir, en el primer año de su cautiverio, se data la epístola de S. Pablo á Filemon. Era este un cristiano colosiense, que habia sido instruido por S. Pablo, y cuyo celo y piadosas liberalidades se ejercitaron con todos

los fieles. Habia costeado una iglesia en su misma casa que consagró á este uso, y á poco coronó su ardiente caridad recibiendo el martirio en la persecucion de Neron. Onésimo, su esclavo, habia huido, despues de robarle, y llegando á Roma, halló allí á S. Pablo que le convirtió y retuvo á su lado. Despues le devolvió á su amo, con una carta que en su brevedad es el modelo de aquella caridad ingeniosa y tierna que la fé inspira. Conjura á Filemon para que perdone á su esclavo, que le trate como si fuera hermano, y se obliga por sí á pagar lo que Onésimo haya podido desfalcar. Produjo esta carta todos sus efectos: no solamente Onésimo fue perdonado, sino que su amo le dió libertad, y aprovechando aquel el talento é instruccion que tenia, superiores á su clase, fue elevado despues hasta el episcopado, y vertió su sangre por la fé (1) de Jesucristo. En esta carta S. Pablo se da el título de viejo, lo que supone que tendria de edad á lo menos 60 años, y deja esperanzas á Filemon de volverle á ver pronto, pues le encarga que le prepare alojamiento.

Se cree que Onésimo en cuanto obtuvo su libertad, volvió á reunirse con S. Pablo, que habia manifestado deseos de tenerle en su servicio y compañía algun tiempo mas. Pero al año siguiente le envió á Colosa con Tiquico, otro discípulo suyo, encargándoles una carta para los cristianos de aquella ciudad (otros autores opinan que se escribió la carta á los colosenses al mismo tiempo que la dirigida á Filemon). Habianse convertido por el ministerio de Epáfras, que fue su primer obispo, y se hallaba en Roma entonces, donde le aprisionaron por defender

(1) S. Ignacio en su carta á los de Efeso, fechada el año 107, elogia á su obispo Onésimo, y creese que habla de este mismo. Pero Tillemont se inclina á que fue nombrado para la mitra de Berea, como dicen las Constituciones apostólicas, y que padeció el martirio en el año 95 y reinando Domiciano.

la fé de Jesucristo, como se ve en la segunda de las cartas referidas. Mas se habian dejado alucinar por los falsos doctores que mezclaban las verdades del cristianismo con los sueños de la filosofía oriental y las supersticiones que á la sazon difundian los judios; procurando seducir á los fieles y persuadirles que habia sido criado el mundo por los ángeles ó unos espíritus, cuyo poder gobernaba al universo: de manera que el hombre que estaba como todas las demas cosas dependiente de aquellos, debia adorarlos; darles culto exterior, y valerse de su mediacion, invocándolos con preferencia á Jesucristo. Con efecto parte de los judios, asi como la mayoria de los orientales, creian que el mundo, y particularmente los astros, estaban animados por espíritus celestes que producian todos los movimientos de la naturaleza. Estas eran con diferencia muy corta las ideas de Simon Mago, cuando mandaba ofrecer sacrificios á los ángeles, y las que adoptaron los gnósticos, entregándose á las prácticas de la mas extravagante magia. Para combatir estos errores S. Pablo insiste fuertemente en su epístola sobre las excelencias de Jesucristo, declarando que la plenitud de la divinidad reside sustancialmente en él: que es el criador de las cosas visibles é invisibles: que es superior á todos los principados y potestades, y últimamente que es la cabeza de la iglesia y el reconciliador del hombre con Dios. Despues exhorta á los fieles, á no dejarse sorprender con la doctrina que daba tanta importancia á la observancia de las costumbres mosaicas, y les señala en el tercer capítulo un compendio de las reglas y deberes de la ley cristiana. Saludales de parte de Epáfras, cuyo zelo alaba y manifiesta el afecto que este les profesa á ellos y á las iglesias de Laodicea y de Hieraplis; lo que puede indicar que habia llevado á ellas la fé, porque estaban inmediatas á la suya. Agrega tambien las salutaciones ó memorias de Aristarco, que se hallaba preso

en su compañía, de Marcos, primo de Bernabé, y de Jesus, llamado el justo, únicos judios que le ayudaban en su ministerio; y luego concluia con las de S. Lucas y Demas que despues le abandonó. En cuanto á Timoteo se halla su nombre al principio de la carta, como le puso en la dirigida á Filemon. Y despues de suplicar á los colosenses que saludasen en su nombre á los fieles de Laodicea, y en particular á Ninfas, y á la iglesia que tenia en su habitacion, añade S. Pablo: «Cuando leais esta carta entre vosotros, cuidad de que se lea tambien en la iglesia de Laodicea, y que á vosotros os envien la suya.» Esto debe entenderse probablemente de la carta que estos escribieron al apóstol, para consultar acerca de los errores que se procuraban introducir en su creencia.

La epístola á los de Efeso, que tambien llevó Tiquico, y acaso de un mismo viaje (1), parece que tenia el mismo objeto que la anterior. Preconiza igualmente el apóstol la grandeza de Jesucristo: insiste en su conocida superioridad á todos los principados, potestades, virtudes y dominaciones, en los efectos de la redencion, en la justificacion operada por la fé en Jesucristo, en la voluntaria vocacion á los gentiles y la reunion de todos los cristianos en un solo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo: conducta que observó sin duda para fortalecer anticipadamente á los fieles efesios contra los errores de Simon Mago y de otros sectarios, que principiaban á tomar el nombre de gnósticos. Y como estos herejes no ofendian menos á las buenas costumbres que á la fé, S. Pablo explica con extension las reglas de la moral cristiana y las obligaciones rela-

(1) Sin embargo como el nombre de Timoteo no se encuentra en ella, pudiera ser una razon para creer que se escribió despues: y Tillemont con otros la refiere efectivamente al tiempo del viaje segundo que hizo S. Pablo á Roma. Lo cierto es que la escribió S. Pablo hallándose preso.

tivas á los diferentes estados de los fieles. Condena sobre todo la impureza, é insiste sobre los deberes mútuos de los esposos, en razon á que la infame doctrina de los gnósticos admitia la comunidad de las mujeres, y se entregaban á las mas detestables liviandades sin reserva alguna. Con este motivo enseña la santidad del matrimonio, dando por razon que es un sacramento, porque verdaderamente la union del hombre y la mujer representa segun su primitiva institucion el amor de Jesucristo á su iglesia, y se halla consagrada por la gracia del Espíritu Santo que debe santificar el amor de los esposos.

Ya iba á concluirse la residencia de S. Pablo en Roma en el año 63, cuando escribió su epístola á los hebreos, ó sea á los cristianos de Jerusalen y de la Palestina, con el fin de afirmarlos contra las persecuciones y mas aun contra los peligros de la seduccion, que debian temer de parte de los judios no convertidos. En esta epístola, como en las dirigidas á los gálatas y á los romanos, se dedicó á probar la insuficiencia é inutilidad de las ceremonias de la ley de Moises, y particularmente la de los sacrificios, que ni podian justificarse por sí mismos, ni eran otra cosa que la figura de un sacrificio mas perfecto, de modo que á la consumacion de este debieron cesar aquellos como que nada valen las copias ó imágenes á vista del original. Continua estableciendo la dignidad de Jesucristo, la excelencia de su sacerdocio, y demostrando que este divino mediador es mucho mas elevado que los profetas, que Moises, que los mismos ángeles, como que es el hijo de Dios: que es el verdadero y eterno pontífice segun el órden de Melquisedech: que la ley antigua, fundada en el sacerdocio levítico, se hallaba naturalmente abolida por la nueva alianza, que se apoya en otra ley mas perfecta y grabada en el corazon de los fieles: que es tambien Je-

sucristo la única víctima que haya podido realmente borrar el pecado; y finalmente que su muerte es el voluntario sacrificio, figurado por todos los anteriores, y que una vez consumado, no vuelve á comenzar, porque ha sido suficiente para reconciliar al hombre con Dios. Justifica en seguida la necesidad de la fé, descubriendo la grandeza de esta virtud y sus efectos, y valiéndose del ejemplo de los santos, que fueron por ella exaltados en todos los siglos. Exhorta á los fieles á que pongan toda su confianza en la gracia de Jesucristo, sin dejarse alucinar con doctrinas extrañas. Parece que el apóstol se hallaba en libertad, pues les anuncia que pasará á verlos acompañado de Timoteo, siempre que este no tardase en su regreso. Y despues de saludarlos á nombre de los cristianos de Italia, termina con estas palabras que eran la señal y ordinaria suscripcion de todas sus cartas: «La gracia de Dios sea con vosotros.» No pone su nombre al principio de ella, acaso en consideracion á la flaqueza de los judios, porque muchos de ellos, aun entre los que habian abrazado la fé, conservaban preocupaciones perjudiciales al apóstol. La tradicion de la iglesia asegura que fue su autor, aunque el estilo, algo diferente del de las otras, pudiera hacer creer, y á muchos antiguos ocurrió, que no la dictase S. Pablo palabra por palabra, y que solo diese la materia de ella ó el órden de las ideas que habia de incluir, y encargase á S. Lucas ó á otro discípulo el cuidado de redactarla; y que luego la habia suscrito de su mano habiéndola repasado y adoptado.

La historia no refiere lo que hizo S. Pablo en Roma, con aquella menudencia que fuera de desear, en los dos años que se halló preso: ignorase como obtuvo su libertad, y lo mismo los sitios en que predicó al instante que pudo disponer de su persona. En su epístola á los romanos habia manifestado la intencion de pasar

á España, y no faltan autores antiguos que aseguran que extendió en ella la fé. Pero como pasaron cinco años despues, y la iglesia de España no conserva ninguna tradicion auténtica de esta jornada, se debe creer que mudaria de resolucion, ó al menos que permaneció poco en aquel reino, contentándose con enviar á diversos pueblos del occidente, ya fuese entonces ó mas tarde, cierto número de operarios evangélicos formados á su modo; porque no se puede dudar que en las Galias se recibió la fé cristiana por ministerio de algunos discípulos suyos, como lo veremos adelante. Lo que hay de cierto con respecto á S. Pablo es que en sus cartas escritas desde Roma siempre manifestó deseos y esperanzas de volver pronto al Oriente; y los pormenores de su segunda á Timoteo, juntos á las opiniones de diferentes padres de la iglesia, hacen ver claramente que en efecto regresó sin tardanza. Ya hacia algun tiempo que S. Pedro estaba allí tambien, y habia vuelto á Jerusalen con algunos apóstoles para elegir y consagrar un obispo en la vacante de Santiago, á quien martirizaron en el año anterior; porque viendo los judios que S. Pablo se habia sustraido á sus proyectos de venganza, convirtieron su rabia contra Santiago, y esperaron el momento favorable para manifestarla. Festo habia muerto, y no llegó muy pronto el sucesor, y aprovecharon este interregno, citando al apóstol ante el sanhedrin. El corifeo de esta persecucion fue Anano, de la secta de los saduceos é hijo de Anas ó Anano, de quien se habla en el Evangelio. Sin embargo emplearon el disimulo y los rodeos porque el pueblo respetaba mucho á Santiago, como que admiraban generalmente su virtud, por lo que ellos le llamaban *el justo*. Juntaba á una pureza evangélica un fervor y austeridad incomparables: no bebia vino, ni licores que suelen embriagar: no comia mas que pan ó vejetales:

no llevaba lana en su vestido, y rezaba sin cesar: casi siempre estaba prosternado tocando en el suelo con la frente. Asi se le encontraba en el templo, siempre arrodillado y pidiendo á Dios perdon para todo el pueblo. No querian los príncipes de los sacerdotes cargar solos con la reata de su condenacion, por la odiosidad que les atraeria; y asi trazaron que muriese en el desórden de una sedicion, que tenian dispuesta por medio de sus partidarios, con la ocasion que ellos mismos proporcionaron. Estaban en las fiestas de la Pascua, y habia en Jerusalen una concurrencia inmensa de judios, que habian llegado de diferentes parajes, todos por supuesto enemigos declarados del cristianismo. En aquella coyuntura mandaron á Santiago que se presentase en el sanhedrin, y comparecido le preguntaron qué es lo que se debia creer de la doctrina de Jesucristo; añadiendo con afectacion respetuosa que ya veia que la multitud se extraviaba cuando creia que Jesucristo era el Mesias: por eso le inducian á que los sacase del error, enseñándoles la verdad, como que todos le tenian por justo y desapasionado; de forma que el pueblo no titubearia en creerle, asi como los jueces mismos estaban dispuestos á ello. «Subid á la galería de manera que el pueblo os vea y pueda oiros.» En cuanto subió, gritaron los escribas y fariseos: «¡O justo! á quien todos debemos creer, decidnos: ¿qué debemos creer de Jesus que ha sido crucificado?» Contestó el apóstol en alta voz: «¿Cómo me preguntais ahora de Jesus? ¿No teneis bastantes conocimientos de su persona? Pues bien, sabed que Jesus está sentado en los cielos á la diestra del Todopoderoso, y que bajará desde allí un dia en un trono de nubes para juzgar al universo.» Despues de oir esta declaracion queriendo muchos manifestar su fé, se apresuraron á exclamar: «Gloria al hijo de David;» y los príncipes de los sacerdotes, abandonando su hipócrita mode-

racion, dijeron, apoyados por la multitud de sus parciales: «¡Qué! ¿el justo se extravia de este modo? Arrojadle de ese puesto;» y subiendo efectivamente una porcion de ellos le precipitaron: el apóstol no murió de resultas de la caida; y poniéndose de rodillas, oró por ellos, diciendo como Jesucristo: «Perdonadles, Señor, no saben lo que se hacen.» Los judios viendo que aun vivia todavía, clamaron para que le apedreasen, y al momento empezaron á ejecutarlo: adelantóse un hombre de la casta de los recabitas, y reprendiéndoles esta crueldad les dijo: «¿qué estais haciendo? ¿No ois que el justo está orando por vosotros?» Nada bastaba á contener su furor. Por último descargándole grandes golpes con su mazo en la cabeza, le acabó de matar un batanero. En el mismo paraje le enterraron, y los cristianos le hicieron un sepulcro que aun subsistia cuando la ruina del templo (1). Santiago sufrió el martirio en la primavera del año de 62, habiendo gobernado la iglesia de Jerusalen veinte y nueve años. Sucedióle San Simeon, que era como él primo de Jesucristo; y con este motivo junto á sus virtudes le pusieron á la cabeza de esta iglesia por voto unánime los apóstoles y discípulos que pudieron reunirse á la sazon.

Tenemos del apóstol Santiago una epístola dirigida á las tribus dispersas, ó sean los judios convertidos y repartidos por todas las naciones: lo que dió motivo para llamar á la iglesia católica ó universal, y no dirigida á

(1) Berault-Bercastel dice que una columna de él subsistia en tiempo de Eusebio en el cuarto siglo. Pero con un poco de atencion hubiera podido ver que este historiador cita un pasaje de Hegesipo, y no habla de lo que ocurria en su tiempo. Hemos querido omitir esta observacion para que se gradue la exactitud de la crítica de este autor. En el propio pasaje reconoce de acuerdo con todo el mundo que ocurrió el martirio de Santiago en el intermedio que hubo entre la muerte de Festo y la llegada de Albino, que le sucedió en el gobierno: lo que no obsta para que asiente luego que Albino fue el sucesor de Felix. No hay necesidad de decir que Henrion copió todas estas inexactitudes.

ninguna en particular. Tiene esta carta por objeto principal manifestar la necesidad de las buenas obras, porque muchos las miraban como inútiles, fundándose en ciertas palabras de S. Pablo mal entendidas. Por eso los herejes de los últimos tiempos que han renovado este error, pretendiendo que la fé sola nos salva sin atencion á las obras, han procurado desechar esta epístola; aunque muchos posteriormente han tenido que admitirla, forzados por las pruebas que justifican su autenticidad, pues aunque se han suscitado dudas respecto á ella en los primeros siglos, no es menos cierto que desde entonces fue admitida y reconocida como de Santiago, y citada por los santos padres mas instruidos y entre ellos por Orígenes: que estaba introducida en la mayor parte de las iglesias, y desde el cuarto siglo habia adquirido una autoridad universal é incontestable. Santiago da á conocer tambien en esta epístola la institucion de la extrema uncion, exhortando á los fieles que estaban enfermos, á que llamasen á los sacerdotes para obtener con la aplicacion del oleo y las oraciones con que se suministra, el alivio de la enfermedad y la remision de los pecados: todo lo cual la tradicion ha entendido siempre de un sacramento instituido para los fieles. Tambien habia otra especie de uncion que se aplicaba hasta á los infieles para curar las dolencias: pero era en clase de un medio extraordinario y milagroso, que no exigia la intervencion de los sacerdotes, y le empleaban los legos cuando tenian el don de milagros.

No se limitó la venganza del sumo sacerdote y sus partidarios al asesinato de Santiago; antes se extendió á otras muchas personas que fueron condenadas por el sanhedrin y apedreadas con el pretexto de haber violado la ley judaica: pero la verdad era por su adhesion al cristianismo. Con todo los judios mas prudentes y aquellos á quienes no cegaba la pasion, se indignaron

de estos atentados y mas de la muerte de Santiago. Quejáronse á Agripa, que usando del poder que los emperadores le habian dado en lo relativo al templo, depuso con desdoro á Anas del pontificado que solo desempeñó tres meses. Otros se dirigieron al gobernador Albino que venia ya por Alejandría, y le representaron que el sumo sacerdote se habia excedido abrogándose los derechos del jefe de la provincia, haciendo pronunciar y ejecutar sentencias de muerte sin su consentimiento. El gobernador escribió al pontífice amenazándole, si continuaba ejerciendo estas crueldades.

Despues de la eleccion de Simeon, S. Pedro quedó algun tiempo todavía en el Oriente, recorriendo todos los lugares en que su presencia podia ser necesaria, ya para confundir á los herejes, que por todas partes procuraban corromper la fé y las costumbres de los fieles, ya para reprimir ó precaver los abusos, estableciendo ciertas reglas de disciplina, en virtud de la autoridad que tenia sobre todas las iglesias como vicario de Jesucristo. Luego volviendo á Roma, pasó por Corinto donde halló á S. Pablo, y se cree que juntos marcharon á Italia (*Euseb. Hist. lib.* II. *cap.* XXV.).

Como antes se ha visto, S. Pablo habia salido de Roma en el año 63 para volver al Asia, y en este camino predicó en la isla de Creta, donde dejó á Tito su discípulo en calidad de obispo, para que acabase de extender en ella el Evangelio, y estableciese párrocos y obispos en aquellas poblaciones. Pasó despues á la Judea segun la oferta que hizo á los hebreos en su epístola, y en seguida visitó las diferentes iglesias del Asia menor, donde tuvo que sufrir bastantes persecuciones. Como en Efeso se hubiese detenido algun tiempo, dejó allí á S. Timoteo como obispo y salió para Macedonia. Entonces se llegó á Filipos, donde tambien se detuvo, y segun la comun opinion desde allí escribió su prime-

ra epístola á Timoteo. Aunque tuvo esperanzas de volverle á ver muy pronto, como temiese algun impedimento, quiso entretanto trazarle las reglas mas propias para que se gobernase en su ministerio. Principia su carta advirtiéndole que se oponga á los falsos doctores, que se divierten con fábulas pueriles en averiguar genealogías sin fin, y no saben mas que escitar vanas discusiones y disputas sobre palabras, sin enseñar á los demas ni comprender ellos mismos lo que dicen; señalando en este retrato á los gnósticos, cuyos delirios absurdos tenian por objeto establecer una serie de potestades celestiales engendradas las unas por las otras; mas sin poder fijar su número ni naturaleza. Nombra en particular á Himeneo y Alejandro: el primero sostenia que la resurreccion se habia ya cumplido, porque era uno de los errores de los gnósticos negar la resurreccion de los cuerpos, y no admitir mas que la espiritual que se efectúa en las almas: el segundo era sin duda aquel calderero de quien el apóstol se queja en su epístola segunda, y que se ocupaba sin cesar en contradecir todas sus doctrinas. Expone luego el apóstol todas las calidades que se requieren en los que deben ser escogidos para administrar el santo ministerio, y recomienda á su discípulo que no los ordene ni les imponga las manos sin estar seguro de que son dignos de ello. Entre las virtudes que el obispo debe tener, se han de notar la castidad, la templanza, la dulzura, el desinterés, la caridad, el zelo, la prudencia y el amor al trabajo. Tambien es necesario que goce de buena reputacion entre los paganos: que no sea neófito, es decir, recien bautizado; y que no se haya casado mas que con una mujer, y que sepa gobernar su casa. Porque era dificil en aquellos primeros tiempos, y cuando estaba en su nacimiento el cristianismo, hallar hombres que hubiesen guardado continencia hasta una edad avanzada como se

requeria para ser promovido á funciones que entonces principalmente exigian madurez y sabiduría, y rara vez lo eran antes de cincuenta años. S. Pablo deseaba poco mas ó menos las mismas cualidades para los diáconos, añadiendo que los que hubiesen cumplido perfectamente este ministerio, ganaban un título meritorio para llegar á los mas elevados. Igualmente recomienda que no se reciba acusacion alguna contra un presbítero, si no se presentan dos ó tres testigos para apoyarla; y que se concedan grandes recompensas á los que se distingan en el cumplimiento de sus deberes, y particularmente en el ministerio de la predicacion. Despues de otras instrucciones sobre las obligaciones generales de los cristianos y sobre las particulares de los diferentes estados, S. Pablo dá á Timoteo algunos consejos personales, y termina conjurándole á que guarde fielmente el depósito de la verdadera doctrina, y que evite con cuidado las novedades de palabras, que llevan falsamente el nombre de doctrinas ó de ciencias, lo que debe tambien aplicarse á los gnósticos, porque en el abuso ambicioso de esta palabra griega, que significa ciencia (gnose), fundaban su secta extravagante.

Desde Macedonia tambien y por aquel tiempo, escribió S. Pablo su epístola á Tito, en la que le dá con corta diferencia las mismas instrucciones que en la anterior, aunque mas abreviadas. En la isla de Creta habia razones particulares para elevar al sacerdocio á los cabezas de familia; porque las antiguas leyes obligaban á todos los ciudadanos á casarse en la juventud. S. Pablo recomienda igualmente á su discípulo que resista y se oponga á los falsos doctores, y que precava á los fieles y él mismo esté prevenido contra las genealogías, las disputas y las fábulas judaicas: en fin que evite el trato con los herejes, luego que les haya amonestado primera y segunda vez. Anunciale para concluir que envia-

ria, probablemente para reemplazarle, á Tiquico ó Artemas; y que despues se ponga en marcha para irle al encuentro en Nicopolis, donde se proponia pasar el invierno. «Enviadme desde luego, añade, á Zenas y Apolo, cuidando de proveerlos de todo lo que necesiten para su viaje.» Este último es el discípulo que habia predicado el Evangelio en Corinto, y adheridose á S. Pablo despues: ya no se habla mas de él en la Escritura, y se ignoran las demas circunstancias de su vida.

Pasado el invierno, S. Pablo volvió por última vez á Efeso, como lo prometió á Timoteo, y visitando las demas iglesias de las cercanias fue tambien á Mileto, donde Trofimo, discípulo suyo, enfermó, y fue necesario detenerse. Pasando por Troade, se alojó en casa de Carpo, que tambien lo era, y dejó en ella algunos efectos. Ultimamente queriendo volver al occidente, pasó á Corinto, y fue á la sazon que se halló en esta ciudad con S. Pedro, y se reunieron para pasar á Roma en el año 65 cerca de dos despues de su salida. Bien sabian los dos apóstoles que iban á correr muchos peligros, y aun S. Atanasio asegura como cosa constante que el Espíritu Santo les habia revelado que iban á sufrir muy pronto el martirio: mas la certeza de una próxima muerte, lejos de hacerles mudar su resolucion, lo que hizo fue aumentar mas la actividad de su zelo.

Desde el año anterior los cristianos de Roma habian sufrido una horrible persecucion que luego se extendió á todo el imperio. Neron, su autor, habia sucedido en el año 54 al emperador Claudio, de quien era yerno é hijo adoptivo. Debió aquel su elevacion á las intrigas de su madre Agripina, hija del célebre Germánico, que habiendo casado con Claudio en segundas nupcias le arrancó esta adopcion, y aun la acusaron de haberle envenenado, en cuanto la hizo, para que no se arrepintiese y tomara medidas á fin de asegurar

los derechos de su hijo Británico. Llegando á obtener el cetro á los 17 años y en perjuicio del legítimo heredero, procuró Neron á los principios ganar el afecto del pueblo aparentando una moderacion y justificacion que no tenia; pero pronto arrastrado por las adulaciones de los cortesanos y la perversidad de sus propias inclinaciones, se abandonó sin reserva á toda clase de crímenes, y su reinado no ofreció en adelante mas que una cadena continua de crueldades, locuras y prostitucion. Hizo matar á Británico, á su madre Agripina, á Séneca y á Burrho, sus maestros, á Octavia y Popea, sus mujeres, y á multitud de ciudadanos los mas distinguidos: todas las noches pasaba en lugares infames, ó iba corriendo por las calles disfrazado de esclavo y acompañado de sus favoritos, tomando á juego el pelear, robar ó matar á los que hallaba en ellas. Apasionado á los espectáculos entraba en ellos como actor, disputando los premios á los comediantes, y afectando que admirasen su voz, para cuyos aplausos tenia distribuidos soldados que provocasen á los espectadores á ello. Por último fue su conducta tan extravagante é infame, que se atrevió á vestirse de mujer para casarse públicamente con dos hombres. Bien se advertirá que semejante monstruo era merecedor de presentar el primer ejemplo de una persecucion suscitada por las leyes imperiales contra los cristianos.

Al décimo año de su reinado, en 19 de julio del año 64, prendióse fuego en Roma en las tiendas del circo, y se redujo á cenizas la mayor parte de aquella ciudad inmensa. De catorce cuarteles que la componian, no perdonaron las llamas mas que á cuatro: tres fueron enteramente destruidos, y en los otros siete no quedaron mas que algunas casas á medio quemar. Duró el incendio seis dias, y consumió ademas de los mejores edificios incalculables riquezas, pereciendo en sus es-

tragos multitud de personas. No se dudó un momento que el mismo Neron mandó prender fuego á la ciudad, ya para gozar el placer horroroso de un espectáculo tan extraordinario, ya por tener la gloria de reedificarla dandole su nombre. Supose efectivamente que en lo mas fuerte de él subió Neron á una elevada torre, desde donde lo veia todo, y que allí en traje de teatro habia cantado un poema de su composicion sobre el incendio de Troya. Entretanto mandó que se socorriese á los habitantes abriendo hospicios en que recogerlos, y edificando barracas para los que no tenian casa ni medios de adquirirla. Proveyó de muebles que trajeron de las poblaciones inmediatas, y distribuyó granos á precios muy cómodos. Pero viendo que todo esto no bastaba para destruir las sospechas, y que cesasen los rumores que corrian en su descrédito; quiso presentar á la indignacion pública un objeto, y para colmo de su crímen, que recayese lo odioso de él y la pena sobre los cristianos. Prendieron á una porcion de ellos que confesaron la religion que seguian, y los mataron con prontitud y enmedio de horribles suplicios: á unos los cubrian con pieles de fieras para que los perros les desgarrasen las carnes: á otros los fijaban en cruces ó vigas para sostenerlos de pie, y les ponian vestidos empapados en pez, cera y otros combustibles para quemarlos vivos, y que sus cuerpos sirvieran de antorchas por la noche. Neron dió en su jardin un espectáculo nocturno, y para sus juegos, en que él gobernaba su carro, sirvieron de iluminacion estos cirios vivientes. Aunque el pueblo aborrecia á los cristianos, como sabia que eran calumniados en el crímen del incendio, no podia menos de compadecerlos, viendo que asi los sacrificaban á la crueldad de un solo hombre.

La persecucion se suspendió momentáneamente, ó al menos aflojó; pero pronto volvió á renacer cuando

llegaron á Roma los santos apóstoles Pedro y Pablo. Su predicacion, acompañada de numerosos milagros, produjo en poco tiempo multitud de conversiones. No pudo ver con tranquilidad Neron los progresos de una religion, que condenaba su crueldad y sus infamias, dando el ejemplo de las mas puras virtudes; y con este motivo expidió sus órdenes prohibiendo que abrazasen sus súbditos la religion cristiana, y mandando que se castigase á los que habiéndola admitido no renunciasen su profesion. Asegurase que S. Pablo habia logrado convertir á una de las concubinas de Neron; y que con esta ocasion le obligaron á comparecer por primera vez ante el tirano, abandonándole todos, como se lamenta en la segunda epístola á Timoteo: este pasaje debe entenderse respecto de aquellas personas que hubieran tenido crédito ó influjo para serle útiles, y no de S. Lucas, ni mucho menos de S. Pedro mismo. Sin embargo la Providencia le sacó de este peligro, y aun él conservó bastante libertad para concluir la obra de su predicacion á los gentiles, que llegaban á Roma de todas las provincias en muy crecido número.

La victoria que lograron sobre Simon Mago los dos santos apóstoles, fue una de las principales causas de su muerte. Este impostor, que hacia tiempo habia llegado á Roma, gozaba entonces de una gran reputacion, y le admiraban todos por sus prestigios. Pretenden algunos que fue honrado como Dios, y que le erigieron una estátua con esta inscripcion: «A Simon, Dios santo.» (1) Sin

(1) Muchos críticos, especialmente protestantes, han desmentido esta circunstancia contada por S. Justino en su grande apología, por S. Ireneo y otros autores antiguos. Pero Tillemont creemos que ha respondido sólidamente á todas sus objeciones. No se puede admitir en efecto que en un escrito dirigido al senado y a los emperadores se haya equivocado S. Justino sobre un hecho tan fácil de comprobar, ni que este error nadie lo haya enmendado; antes se encuentre copiado y reproducido por todos los que han escrito despues de él.

duda debió estos honores y nombradía á Neron, loco apasionado de la magia, que nada perdonaba para aprenderla. Este príncipe acogia con entusiasmo todas las proposiciones mas extravagantes, persuadido de que por medio de aquella ciencia nada era imposible para él, y en Dion Crisóstomo se lee que mucho tiempo mantuvo en su palacio á un hombre que habia prometido volar elevándose en el aire (*Dio. Chrysost. orat.* XXI.). Refiere Suetonio que tambien otro hombre intentó lo mismo para imitar en un festin la huida de Icaro; pero que al primer esfuerzo cayó, y la sangre que produjo el golpe saltó hasta la tienda de Neron. Simon quiso imitarle, y prometió mas, no solamente elevarse en el aire, sino subir á los cielos en un carro de fuego, como para imitar la Ascension del Señor. Los dos apóstoles, sabedores de esta atrevida impiedad, y conociendo lo importante que era el confundirla públicamente, exhortaron á los fieles á que pidiesen á Dios con fervorosas oraciones el triunfo de su causa, y presentándose en el lugar y dia señalados, se arrodillaron, invocaron el nombre de Jesucristo, y lograron encadenar el poder del demonio No desistió Simon de su propósito: pero apenas intentó alzarse un poco del suelo, cuando cayó y se rompió las piernas: llevaronle á una casa inmediata, y se arrojó por una ventana para no sobrevivir á su deshonra.

Este suceso avivó el odio de Neron, y mandó que pusiesen en la cárcel á los dos apóstoles: con todo dilató su sentencia cerca de un año. Entonces escribió San Pedro su epístola segunda, dirigida particularmente á los fieles circuncisos, como la primera, á fin de confirmarlos en la fé y doctrina de Jesucristo, y preservarlos de las herejias, que empezaban ya á extenderse con una apariencia falsa de ciencia, y que muy luego debian mostrarse con audacia en cuanto no tuviesen sus

autores que temer la presencia y autoridad de los apóstoles. Exhortalos á la firmeza en la fé que les habia enseñado, no sobre vanas relaciones ó sistemas mas ó menos especiosos, sino por la autoridad de Jesucristo, cuya gloria vió el apóstol en el Thabor, y oyó el testimonio que Dios daba á su hijo de un modo magestuoso. Recomiendales el que no olviden el testimonio y doctrina de los profetas, de los apóstoles y especialmente la de S. Pablo, cuyas epístolas alaba; sin dejar de conocer que encierran cosas difíciles de entender, y por eso abusaban de ellas los ignorantes, como de las demas escrituras. Finálmente designa y combate con enérgicas expresiones á los sectarios que intentaban mezclarse con ellos para seducirlos con pretexto de libertad entregándose á sus impuros deseos; y semejantes á los irracionales, sin seguir mas que los movimientos de la carne, pasan su vida en los placeres sensuales, y no conocen otra felicidad que la sensualidad. «Sé, dice en ella, que debo muy pronto, como Jesucristo me lo ha dado á entender, dejar el cuerpo donde estoy encerrado; pero he querido que despues de mi muerte no perdieseis la memoria de las verdades que os tengo enseñadas. Esta es la segunda carta que os escribo, y en ambas me he propuesto avivar en vuestras almas la memoria de la fé y los preceptos del Señor.» Han querido dudar algunos escritores, en los primeros tiempos, que fuese esta carta de S. Pedro, porque les pareció que no se parecia su estilo al de la primera; pero esta diferencia, si la hay, puede explicarse fácilmente por la diversidad de intérpretes que ocupaba S. Pedro en redactarlas.

Tambien á este tiempo señalan en general la segunda epístola de S. Pablo á Timoteo, es decir, al de su última prision. En ella anuncia su próxima muerte de un modo tan positivo, que no hay lugar á dudas en cuanto á

que estaba próximo al martirio. Habla muchas veces de sus cadenas, lo que comprueba su actual prision, recordando las tribulaciones que sufre por el nombre de Jesucristo: exhorta á su discípulo á mantenerse firme, á pesar de las persecuciones de los enemigos de la fé, advirtiéndole sobre todo, que evite las cuestiones impertinentes y vanas disputas, que de nada sirven mas que de perder á los que las escuchan. Cita entre los falsos doctores á Himeneo, como le designó en su primera carta, y á Fileto que como el anterior habia caido en los errores de los gnósticos. Encarga á Timoteo que conserve religiosamente el depósito de la sana doctrina, y despues añade: «Todo lo que has aprendido de mí delante de muchos testigos, ten cuidado de confiarlo á personas fieles, que sean capaces de enseñarlo á otras;» manifestando con estas palabras la autoridad de la tradicion, como un medio necesario é infalible para transmitir á la posteridad la verdadera doctrina, con una perpétua enseñanza, y la sucesion de los pastores hasta el fin de los siglos. Al concluir esta carta, convida á Timoteo á que venga á verle antes que llegue el invierno, y le encarga que traiga la capa y los libros que se dejó en casa de Carpo, principalmente los pergaminos, que sin duda serian las santas escrituras. Aqui se ve la voluntaria pobreza de S. Pablo, que prefirió el reclamar una capa que dejó en el Asia, á servir de carga á los fieles, cuyo zelo se hubiera apresurado á proveerle de todo lo necesario: pues en la misma carta se observa que un cristiano de Efeso, llamado Onesíforo, que se hallaba en Roma, le habia buscado mucho tiempo para socorrerle. El apóstol refiere por menor su estado presente y habla de los demas discípulos. Démas le habia abandonado, dejándose arrastrar del amor al mundo, y se habia marchado á Tesalónica. Crescente estaba en Galacia; lo que muchos santos pa-

dres entienden por Galias, porque en griego se le da el mismo nombre: y en efecto se cuenta por primer obispo de Viena á S. Crescente, que creen sea el discípulo de S. Pablo. Tito por su parte fue á predicar la fé á Dalmacia, enviado por el mismo apóstol, así como Crescente. Despues volvió á Creta, donde cuentan que murió de edad muy avanzada, despues de haber introducido tambien el Evangelio en las vecinas islas. Erasto quedó en Corinto, donde fue antes tesorero de la ciudad, como se vió en la epístola á los romanos. Trofimo, que se detuvo en Mileto por haber enfermado, probablemente volvió á reunirse con S. Pablo; porque una antigua tradicion, que parece muy fundada, transmitió que fue enviado á las Galias, en donde edificó la célebre iglesia de Arlés, y con igual verosimilitud se atribuye la fundacion de la iglesia de Narbona á Sergio Paulo, el proconsul que el apóstol convirtió en la isla de Chipre. A Tiquico le enviaron á Efeso, acaso para reemplazar á Timoteo durante su ausencia, y los mas creen que fue entonces cuando S. Pablo dirigió por su medio la epístola á los efesios. Solo S. Lucas quedó con el apóstol, y por eso le encargó á Timoteo que trajera consigo á Marcos. Despues de saludar á Priscila y Aquila y á la familia de Onesíforo, termina con los recuerdos de todos los cristianos de Roma, entre los que nombra á Eubulo, Pudente, Lino y Claudia: Lino es el que sucedió á S. Pedro en la silla apostólica. Esta carta á Timoteo fue la última que S. Pablo escribió. Y aquel discípulo, habiendo venido á Roma á reunirse con S. Pablo, volvió á Efeso, donde acabó su vida con el martirio de ser apedreado y rematado á golpes de maza por los paganos en el año de 97, cuando trataba de hacerles abolir un sacrificio que ofrecian á Diana. En el año de 356 fueron trasladadas á Constantinopla sus reliquias.

En la prision de Mamertino estuvieron presos nueve meses S. Pedro y S. Pablo: era soterránea y se extendia hasta el pie del Capitolio, y en ella convirtieron y bautizaron á dos guardas denominados Proceso y Martiniano y á otras cuarenta y siete personas, que se hallaban tambien presas. De órden de Neron todos los convertidos fueron martirizados inmediatamente. Dícese que los fieles llegaron á tener medios de libertar á los santos apóstoles, y que cediendo S. Pedro por humildad á sus repetidas instancias se escapó efectivamente y salió de Roma en cierta noche. Pero S. Ambrosio refiere que esta fuga ocurrió despues de la caida de Simon Mago y antes que S. Pedro fuese preso: y esto es mas verosímil, porque no es fácil creer que S. Pablo fuese preso antes que él, supuesto que no lo expresa en la carta que escribió á Timoteo. De cualquiera modo, habiendo llegado S. Pedro á la puerta de Roma, se le apareció Jesucristo, como si fuera á entrar en la ciudad, y el apóstol le preguntó á donde iba: respondió Jesucristo: «Voy á Roma para ser nuevamente crucificado.» Comprendió S. Pedro el sentido de estas palabras, se volvió atras, y fue al momento preso.

Los dos apóstoles fueron condenados juntos, y martirizados en el mismo dia 29 de junio, y segun la mas probable opinion en el año 67 de Jesucristo, décimo tercio del reinado de Neron. Su sentencia fue pronunciada por los gobernadores de Roma; pero en cumplimiento de la órden del emperador, que habia salido para Acaya. A S. Pablo, en calidad de ciudadano romano, le cortaron la cabeza. Refiérese que marchando al suplicio, convirtió á tres soldados, y á poco tiempo fueron martirizados. Le cortaron la cabeza á tres millas de Roma, en un sitio que se llama Aguas salvias, donde hoy se ven tres fuentes que brotaron milagrosamente en aquella ocasion. Una señora romana le hizo enterrar en una posesion que le pertenecía en el camino de Ostia, y sin

duda le erigió el monumento de que se hace mencion desde últimos del siglo segundo (*Cajus apud Euseb. lib.* II. *cap.* XXV.). En el mismo sitio se edificó despues una magnífica iglesia. S. Pedro fue crucificado en el barrio que habitaban los judios en lo alto del monte Janículo. Pidió que le clavasen con la cabeza hácia abajo por no juzgarse digno de ser tratado como su divino maestro. Sepultaron su cuerpo en el Vaticano en la via triunfal, y desde el fin del siglo segundo se manifestaba allí el monumento que los fieles tuvieron cuidado de erigir, segun el citado autor. La mujer de S. Pedro habia sufrido antes el martirio, y viéndola llevar al suplicio la habia animado el apostol, y exhortadola á que se consolara y acordase del Señor, y aun que se alegrara al ver tan inmediato el momento en que iba á volver á su verdadera patria. Antes de su apostolado habia tenido una hija llamada Petronila, que vivió virgen y murió en Roma santamente. La persecucion martirizó muchos fieles en la capital y en las provincias, y se juzga que no acabó hasta el año despues de la muerte de Neron. En los martirologios se encuentran indicados algunos de los que sufrieron en aquella; pero apenas se sabe mas que los nombres.

Los fieles procuraron sacar retratos de los apóstoles, y en tiempo del historiador Eusebio, es decir mas de doscientos y cincuenta años despues, se conservaban las imágenes de S. Pedro y S. Pablo y la de Jesucristo. Estas sirvieron de modelo para las que se han hecho posteriormente, y se ha creido que, como lo dejamos citado, S. Lucas fue su autor, aunque ni Eusebio ni otros antiguos hiciesen mérito de esta circunstancia.

Poco antes de su martirio habian los dos apóstoles anunciado á los cristianos la próxima ejecucion de las amenazas de Dios, que con mucha anticipacion proclamó contra su pueblo infiel. Instruidos por revelacion del

mismo Jesucristo, habian profetizado que los judíos iban á ser entregados á sus enemigos: que Dios les destinaba un señor, que inmediatamente los sujetaria con armas, que arruinaria enteramente á Jerusalen, y los reduciria á un hambre tan cruel que se comerian los unos á los otros: que los que sobrevivieran, irian como cautivos, vendidos y tratados como bestias de carga: que verian violar á sus mujeres é hijas, estrellar á sus hijos, arrasar su pais á sangre y fuego; y que por último la nacion quedaria desterrada para siempre de su antiguo suelo. Quedaron escritas estas predicciones, y no tardaron en recibir el mas terrible cumplimiento.

LIBRO II.

Desde la muerte de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo hasta la destruccion de la nacion judaica en 137.

El favor de los romanos habia puesto y conservado en el trono de Judea á Herodes el primero, tan conocido por su crueldad y por la degollacion de los inocentes. Despues de su muerte se dividió el reino entre sus hijos, en virtud del testamento de aquel, y consintiéndolo Augusto. Arquelao, que era el mayor, fue reconocido por principal heredero, y obtuvo la soberanía de la Judea, propiamente dicha, de la Samaria y de la Idumea: pero las disfrutó breve tiempo, porque á los nueve años, habiéndole los judios acusado de tiranía ante Augusto, le desterró este á Viena en las Galias, y agregó sus estados al imperio como provincia romana. Herodes Antipas, que fue el matador de S. Juan Bautista, recibió por su parte la Galilea y algunos partidos ó distritos al otro lado del Jordan, y tambien fue despojado de sus estados, despues de reinar cuarenta y dos años, por Calígula, que le desterró á las Galias como ya dejamos anotado. La Traconita y otras provincias situadas al norte hácia el monte Líbano se confirieron á Filipo, que las gobernó sabiamente por espacio de treinta y siete años, y murió en el vigésimo del reinado de Tiberio. No dejando herederos, se reunieron al pronto sus estados á la provincia

de Siria: pero Calígula los dió á Herodes Agripa, nieto del primer Herodes, é hijo de Aristóbulo, á quien habia este rey mandado matar. Dos años despues añadió la tetrarquía de Antipas; y el emperador Claudio, que habia recibido de Agripa algunos servicios, le declaró rey de toda la Judea: pero como muriese cuatro años despues, no dejando mas que un hijo pequeño para sucederle, se reunió nuevamente su reino al imperio romano, y fue gobernada la Judea como antes por un magistrado romano, dependiente del gobernador de Siria.

En medio de estas vicisitudes habian tenido que sufrir los judios vejaciones de todos géneros, que dieron lugar á frecuentes sediciones, y produjeron en adelante una general insurreccion. Herodes el viejo habia dado el ejemplo de hollar las leyes y costumbres religiosas de su patria, mandando construir un teatro en Jerusalen y cerca de esta ciudad un anfiteatro para celebrar los juegos en honor de Augusto, y representar espectáculos, á imitacion de los paganos. Para complacer á los romanos hizo que pusiesen un águila de oro en la puerta del templo, sabiendo que los judios detestaban las imágenes; y como estos la hubiesen arrancado, aprovechando la ocasion de la enfermedad que padecia, y de la que murió, cogidos los delincuentes y sus cómplices que llegaban á cuarenta, los mandó quemar vivos. Pero muerto Herodes, el pueblo que consideraba á estos como mártires, reclamó el castigo de ciertos amigos del difunto, sospechosos de haber tomado parte en semejante crueldad; y Arquelao para disipar las reuniones envió tropas, que sacrificaron tres mil personas. Esto colmó la irritacion de los judios de tal manera, que enviaron una diputacion á Augusto para que reuniese el pais á su imperio.

Durante el viaje, que el mismo Arquelao hizo á

Roma para obtener la confirmacion del testamento de Herodes, se agravaron tanto las sediciones, que Varo, gobernador de la Siria, se vió obligado á intervenir para reprimirlas, y á dejar en Jerusalen una legion romana que mantuviera la tranquilidad. Esta guarnicion extranjera dió al instante lugar á nuevas turbulencias por los desórdenes á que se entregaba. Levantáronse los judios por todas partes, y la sitiaron en el puesto que ocupaba: emprendióse un sangriento combate enmedio de Jerusalen: el techo y artesonado del templo fueron incendiados, el sagrado tesoro saqueado por la tropa, una infinidad de personas perecieron por las armas ó entre las llamas: otros se suicidaron como desesperados. Extendióse la anarquía generalmente: cuadrillas de bandidos desolaban el pais con sus jefes á la cabeza. Un esclavo de Herodes y á su ejemplo otros aventureros tan obscuros como él se atrevieron á tomar el título de reyes, llevando tras sí un populacho crecido. Finalmente Varo vino á restablecer el órden, se apoderó de Jerusalen, y mandó crucificar dos mil personas, ademas de otra multitud que fueron degolladas por los soldados.

Despues de la destitucion y destierro de Arquelao, hallándose la Judea reducida á provincia romana, vino á Jerusalen el gobernador de Siria Quirino para establecer el censo y arreglar los impuestos, que los judios debian pagar á los romanos. Por aquel tiempo principió la secta de los zeladores, que en lo sucesivo causó tantos desórdenes. Fue su cabeza un tal Judas de Galilea, de quien se habla en los *Actos de los apóstoles*, y que habiéndose asociado con un fariseo, llamado Sadoc, formó desde luego un partido considerable, persuadiendo al pueblo que no convenia reconocer otro señor que á Dios: que el yugo de la dominacion extranjera seria vergonzoso para los judios; y que todo lo debian arriesgar

y sufrir por defender su libertad. Estos facciosos procuraban dominar el pais, acometieron á diferentes poblaciones, y por todas partes introdujeron la mortandad y el saqueo. Pereció Judas, y sus secuaces se dispersaron: pero dejó tres hijos que trataron de reanimar su partido: dos de ellos fueron cogidos y crucificados por Tiberio Alejandro, que gobernó algun tiempo la Judea en el reinado de Claudio. El tercero, por nombre Manaen, fue muerto por los mismos judios al principio de la guerra con los romanos, despues de haber conquistado, á la cabeza de numerosa tropa, casi toda la ciudad de Jerusalen.

Hubo pocos sucesos importantes en los cuatro gobiernos romanos que se sucedieron en Judea desde Quirino hasta Pilato: pero este dió lugar á muchas sediciones primeramente mandando colocar en el templo unos escudos que tenian la imágen de Tiberio, despues empleando el dinero del sagrado tesoro para la construccion de un acueducto; y en este último tumulto hizo que rodeasen á los grupos del pueblo soldados disfrazados, que embistiendo indistintamente á sublevados y curiosos, mataron é hirieron á un gran número. De la misma crueldad usó con los samaritanos que se reunieron armados cerca de un impostor que les ofreció medios para descubrir los vasos sagrados, que suponia habia ocultado Moises en el monte Garizin. Quejáronse los samaritanos á Vitelio, entonces gobernador de Siria; y como Pilato se habia hecho odioso por sus rapiñas, mandóle ir á Roma para justificarse, y entonces Calígula le envió desterrado á las Galias.

Este mismo Vitelio hizo aun otros ejemplares de justicia y moderacion, que le ganaron el afecto de los judios. Quitó la plaza de jefe de los sacrificadores á Caifás, aborrecido del pueblo, porque pertenecia á la secta de los saduceos: abolió el impuesto que se paga-

ba en Jerusalen sobre los frutos: devolvió al sumo sacerdote la guarda de las vestiduras sagradas, que antes se encerraban en la fortaleza Antonia: y en fin, precisado á trasladarse á la guerra de Arabia, y teniendo que pasar por la Judea, no vaciló en torcer la marcha del ejército, á instancia de los judios, que miraban como signos de idolatría las imágenes y águilas que llevaban en sus banderas los romanos. Pero no duró mucho esta tranquilidad, porque pronto redujo Calígula á la nacion á un estado de desesperacion por su loca obstinacion en que se colocase su estátua en el templo. No se vieron los judios libres de inquietudes, hasta que un suceso comun las mitigó: el advenimiento de Claudio al imperio. Nombrado entonces Agripa rey de la Judea, procuró por todos medios hacerse amar: perdonó el impuesto que pagaban por las casas: se manifestó religioso observante de la ley; y en todos sus actos se distinguia la prudencia y dulzura que exigia el estado de alteracion en que la nacion estaba.

Despues de su muerte dieron este gobierno á Cuspio Fado, que al principio quiso, siguiendo las órdenes del emperador, obligar á los judios á que volviesen á depositar en la fortaleza Antonia las vestiduras sagradas del soberano pontífice, guardándolas en ella los romanos, como lo habian estado antes del gobierno de Vitelio, y como medio de tener al pueblo obediente con el temor de que se les denegasen para las grandes festividades. Los judios pidieron que se les permitiese enviar una diputacion al emperador, y lograron con efecto que siguiesen las cosas en el mismo estado, por la mediacion de Agripa el jóven, hijo de su antiguo rey. En aquel tiempo Herodes, rey de Calcis, hermano del primer Agripa, solicitó y obtuvo la autoridad en el templo y el derecho de nombrar los soberanos pontífices: y despues de su muerte se conservó el mismo

derecho á Agripa el jóven, su sobrino, á quien pusieron en posesion de sus estados.

Cuspio Fado tuvo por sucesor á Tiberio Alejandro, sobrino del célebre Filon, y judio renegado que habia sacrificado su religion al interes. Despues de un corto mando fue reemplazado por Ventidio Cumano, en cuyo tiempo ocurrieron graves desórdenes. Tenian los romanos la costumbre de colocar en los dias solemnes una guardia numerosa en las galerias del templo para impedir conmociones populares. En las fiestas de Pascua, y para insultar á los judios, se puso un soldado en una actitud indecente, y hacia gestos como de burla ó desprecio: indignóse el pueblo y gritaba que no les insultaba á ellos, sino á Dios mismo, y al momento cayó sobre la cohorte una nube de piedras, y acercándose Cumano para apaciguar el desórden, fue recibido con voces injuriosas. Obligado á valerse de la fuerza hizo que tomasen las armas todas las tropas, y las reunió en la fortaleza Antonia, que dominaba el templo. Asustado el pueblo emprendió la fuga, y como se oprimian al buscar las salidas del templo que eran estrechas, y los soldados apostados en los pórticos aprovechaban esta ocasion de vengarse, mataron ó estropearon hasta veinte mil hombres.

Apenas pasó este conflicto cuando ocurrió otro. Algunos sediciosos que huian de Jerusalen, despojaron á un esclavo del emperador: inmediatamente Cumano envió un considerable destacamento con órden de arrasar las campiñas y aldeas inmediatas. En este pillaje halló un soldado los libros de Moises, los desgarró y echó al fuego públicamente. Irritados los judios con este insulto hecho á su ley, fueron en gran número á la casa de Cumano para pedirle justicia; y temiendo este una conmocion general, mandó matar al soldado delincuente. Algun tiempo despues, pasando por Samaria

unos galileos para ir á Jerusalen con motivo de las fiestas, fueron asaltados por los habitantes que á muchos dieron muerte. Apenas lo supieron los judios, tomaron las armas á pesar de los consejos de sus magistrados, y juntándose á un jefe de bandidos llamado Eleazar, que hacia mucho tiempo merodeaba por aquellos lugares, robaron y quemaron muchos pueblos samaritanos. Pero llegó Cumano con tropa para socorrerlos, dejóse caer sobre los judios, y una multitud de estos fueron muertos ó prisioneros, dispersándose los demas. Los jefes samaritanos fueron corriendo á quejarse á Cuadrato, gobernador de Siria, y pedir justicia de las maldades cometidas en sus tierras. Para defenderse echaron la culpa de la sedicion los judios á los mismos samaritanos, y á Cumano acusaban tambien de que se dejó sobornar con los regalos de estos. Cuadrato, habiéndose enterado del negocio, y persuadido de que unos y otros eran culpables, empezó crucificando á los prisioneros: puso preso al sumo pontífice Ananias, y le hizo conducir á Roma con los principales jefes de judios y samaritanos, y últimamente llevaron tambien con el mismo destino á Cumano y al tribuno Celer, á fin de que á todos los juzgase el mismo emperador. Conociendo este que el tumulto empezó con ocasion de la conducta de los samaritanos, mandó matar á los que le enviaron á Roma, desterró á Cumano, y mandó que el tribuno Celer fuese conducido á Jerusalen para ser alli ajusticiado, despues de arrastrarle ignominiosamente por las calles á vista del pueblo.

Felix que reemplazó á Cumano, halló la Judea llena de ladrones, logró aprehender á una porcion de ellos y los crucificó. Considerables partidas de los mismos recorrian la provincia, acaudilladas por jefes osados é inteligentes: algunas llegaban á tres mil hombres, y se sostenian por su audacia y habilidad contra todos los esfuerzos del

gobierno. Hallaban fácil refugio en las montañas y desiertos y en las inmediaciónes de la Arabia; y como lisonjeaban á los pueblos con la esperanza de sacudir el yugo de los romanos y conquistar su libertad con las armas; este motivo, unido al deseo de robar, reunia á sus bandas una porcion de hombres holgazanes ó desmoralizados. Veinte años llevaba Eleazar ejercitando este oficio á la cabeza de un cuerpo numeroso, y nunca logró Felix sorprenderle hasta que se valió de la traicion y con promesa de no hacerle daño alguno: en cuanto le tuvo en su poder, le cargó de cadenas y le remitió á Roma con otros muchos. Luego al punto estas bandas se hicieron mas formidables con el título de sicarios ó asesinos, y el mismo Felix introdujo este nuevo género de malhechores. Aborrecia este magistrado al sumo sacerdote Jonathas, porque este que contribuyó á proporcionarle el empleo de gobernador, se creia con derecho para reprenderle sus faltas, como si estas recayesen en cierto modo sobre el que aconsejó su nombramiento. Felix, para deshacerse de este importuno censor, resolvió que le asesinasen; y un amigo de Jonathas á quien ganó con promesa de darle una suma, recurrió para la ejecucion de este crímen á algunos de los ladrones que infestaban el pais. Vinieron á Jerusalen con pretexto de religion, y hallando ocasion de acercarse á Jonathas le mataron á puñaladas con armas que traian ocultas entre sus vestidos. La impunidad de este homicidio inspiró una audacia desenfrenada á estas tropas de bandidos. En todas partes se mezclaban con el pueblo, se hallaban en todas las fiestas, y cometian diariamente nuevos asesinatos para satisfacer sus venganzas personales ó las de cualquiera que se las pagaba. Nadie estaba seguro en los campos, ni en la ciudad, ni aun en el templo, y añadiendo el incendio al asesinato, quemaban pueblos enteros despues de

haberlos saqueado. Eran sus armas unos puñales cortos y curvos que se podian fácilmente esconder, y del nombre latino *sica* que significa puñal, tomaron el nombre de sicarios.

Por aquel tiempo aparecieron una porcion de impostores que decian hallarse inspirados, y arrastraban las gentes en su séquito prometiéndoles milagros patentes y libertarlos de todos los males. Como estaban los judios convencidos de que el tiempo de la venida del Mesías habia llegado; esta persuasion unida á la esclavitud que los abrumaba, los tenia dispuestos á la seduccion en cuanto oian el nombre de la libertad; porque la mayor parte de ellos creian que el Mesías debia libertarlos de la dominacion extranjera, y procurarles el imperio del mundo; y cuanto mayores eran las esperanzas que los impostores les daban, mayor era su credulidad y disposicion á ser engañados. Entonces apareció aquel egipcio de que hablamos en la historia de S. Pablo, que llevó al monte de las Olivas una considerable reunion, persuadiéndoles que los muros de la ciudad se arruinarian á su voz imperiosa. Algunos años antes se presentó otro mágico llamado Theudas, seguido de una multitud inmensa, prometiendo separar las aguas del Jordan por un milagro tan brillante como el de Josué. Muchos mas impostores seducian á los pueblos con semejantes promesas, y lograron formar reuniones en los desiertos, hasta que las tropas romanas enviadas en su persecucion los alcanzaban, y mataban muchísimos de estos desgraciados.

Los mismos desórdenes continuaron bajo el gobierno de Festo, sucesor de Felix, y se aumentaron despues de su muerte por la connivencia de Albino que le sucedió. Una banda de ladrones se apoderó de Eleazar, capitan del templo é hijo del sumo sacerdote Ananias, y no querian soltarle si no daba libertad á diez compa-

ñeros suyos que estaban presos y debian ser condenados á muerte. Con esta condicion le rescató su padre, y los asesinos que hallaron medio de poner en libertad á sus compañeros, se esforzaban para apresar alguno de su familia, y pedian luego un cange que el sumo sacerdote obtenia de Albino á fuerza de presentes; cosa que aumentaba prodigiosamente el número y la audacia de los malhechores. Este gobernador, al dejar la provincia, tomó una medida con ellos que no hizo mas que multiplicarlos. Llamó á su presencia á todos los que estaban en las prisiones, y condenando á muerte á los mas culpables, soltó á los demas por dinero; de manera que toda la provincia fue invadida inmediatamente por aquellos malvados, sin quedar medio alguno de contenerlos.

A pesar de los muchos males que les causó, echaron de menos á Albino, porque disfrazaba sus malversaciones, y procuraba aparentar que se apesadumbraba de no tener fuerzas suficientes para contener los desórdenes que él mismo alimentaba. Pero Gesio Floro que ocupó su puesto, ejerció su crueldad é injusticias sin disimulo y como haciendo alarde de ellas. Habia obtenido este gobierno por el crédito de su mujer Cleopatra, amiga de la emperatriz Popea, y apoyado en esta proteccion se creia autorizado para las mas odiosas vejaciones. No contento con arruinar al pueblo con enormes concusiones, y robar el dinero del tesoro público, saqueaba los pueblos y las ciudades á fuerza armada, y protegia las maldades de los ladrones con tal que repartiesen su botin con él. Viniendo Cestio Galo, gobernador de Siria, desde Antioquía á Jerusalen por las fiestas de Pascua, le salió al camino una multitud de mas de tres millones de personas pidiendo la revocacion de Floro; no habiendo producido efecto este paso, solo sirvió para que redoblase la opresion con la seguridad de no ser castigado.

Los judios mismos aumentaban sus desgracias con sus divisiones. Ademas de los zeladores y los bandidos qué infestaban la provincia, se habian formado facciones diferentes que mandaban los principales ciudadanos, y estaban siempre dispuestas á venir á las manos. Entre tanto que un tropel de sediciósos no respiraban mas que la guerra y la independencia, una parte de la nacion que preferia la tranquilidad con el gobierno existente, era víctima del odio y del furor de todos los partidos dispuestos á rebelarse tambien: la multiplicacion de sectas contribuia por su parte á sostener la irritacion en los ánimos. El profundo rencor que subsistia por tanto tiempo entre los samaritanos y los judios, hacia de ellos como dos diversas naciones siempre en pelea, y que no deseaban sino ocasiones de hostilizarse. Los fariseos que tenian en su favor al pueblo, y los saduceos que dominaban entre los grandes, se disputaban los honores y el poder, é igualmente corrompian la religion para hacerla servir á sus intereses. El sacerdocio fue objeto de los ambiciosos, y hacia mucho que esclavizado á los caprichos del poder temporal, habia perdido su dignidad, y no servia mas que para manifestar con su visible decadencia la necesidad del nuevo sacerdocio que ya vino para reemplazarle. Se habian visto mas de treinta sumos pontífices sucederse desde el tiempo de Herodes en el espacio de cien años, y ninguno de ellos conservó este cargo hasta su muerte. Estas frecuentes destituciones llegaron á ser por último un manantial nuevo de turbulencias, haciendo aparecer nuevos partidos opuestos que tomaban las armas para sostener sus pretensiones; y como todos estos pontífices no procuraban mas que satistisfacer su avaricia, se los vió reunidos y conformes en apropiarse exclusivamente los diezmos, y aun cogerlos en las eras por sus comisionados, en perjuicio de los simples sacrificadores que no teniendo ótro recurso pa-

ra vivir se veian expuestos á perecer de miseria. De este modo las disensiones intestinas lograron reunir los desórdenes de la anarquía con la tiranía del gobierno, y todo concurrió á preparar la catástrofe que al fin habia de consumar la ruina de esta nacion criminal.

Señales y presagios horribles anunciaron á los judios los terribles efectos de la divina venganza. En el año 65 de Jesucristo, uno antes de principiarse la guerra, durante la fiesta de la Pascua apareció al medio de la noche una resplandeciente luz, que rodeó el templo y el altar por espacio de media hora; de manera que era como la claridad del mediodia. La puerta oriental del templo que era toda de bronce, y tan pesada que apenas podian veinte hombres moverla, se abrió por sí sola, aunque tenia corridos grandes cerrojos y pasadores, que penetraban hondamente en las paredes y en el umbral. Poco tiempo despues cuando iba á ponerse el sol, se vieron en el aire espadas y carros de fuego, tropas armadas, que rodearon la ciudad y despues parecia que paseaban las calles. En la fiesta de Pentecostes, habiendo entrado en el templo los sacrificadores para cumplir con su deber, se aturdieron de un ruido confuso y una extraordinaria conmocion que percibian en el fondo del santuario; asi como oyeron claramente estas palabras: «Salgamos de aqui: salgamos de aqui.»

Pero el mas asombroso prodigio fue la amenaza que Jesus, hijo de Anano, no cesó de proferir siete años consecutivos contra Jerusalen con las mas extraordinarias circunstancias. Este hombre, de obscura condicion, viniendo del campo á la fiesta de los tabernáculos, cuatro años antes de la guerra, y cuando ni señales habia de revolucion, se puso á exclamar: «Voces del Oriente, voces del Occidente, voces de los cuatro vientos, voces contra Jerusalen, contra su templo, voces contra todo el pueblo.» Y desde entonces no dejó de

gritar sin interrupcion dia y noche: «¡Desgraciado templo! ¡Desgraciada Jerusalen!» Jamas salian de su boca otras palabras, ni se le vió quejar de los que diariamente le maltrataban, ni dar las gracias á los que le daban de comer. Los magistrados irritados con esta lúgubre prediccion le mandaron prender y azotar muchas veces, con la esperanza de hacerle callar: pero él continuaba su lamentacion, sin quejarse, ni decir una palabra para defenderse. Lleváronle á la presencia de Albino, gobernador romano, que en vano le hacia preguntas sobre su conducta: mandóle azotar y aun rasgar su carne hasta descubrir los huesos; mas no por eso logró una sola respuesta, ni una lágrima, ni un suspiro: á cada pregunta y á cada golpe se contentaba con decir en voz mas lastimosa: «¡Desgraciada, desgraciada Jerusalen!» Soltáronle como insensato, y no cesó de recorrer el pais, y de extender por todo él el mismo grito amenazador sin descansar, ni debilitarse jamás su voz. Cuando sitiaron á Jerusalen, se quedó dentro y le vieron costear la muralla, sin dejar de exclamar con mas fuerza que nunca: «¡Desgraciado templo, desgraciada ciudad, desgraciado pueblo!» Al último añadió: ¡Desgraciado de mí mismo! y en aquel punto una gran piedra lanzada por las máquinas de los sitiadores le cayó encima y le aplastó. Comenzó la guerra en el año 66 de Jesucristo, duodécimo del reinado de Neron. Inútilmente los judios se habian quejado al gobernador superior de Siria contra la tiranía de Floro; porque este, lejos de enmendarse, acabó por arruinarlos redoblando su injusticia y crueldad. Arrebató una parte del tesoro sagrado: luego con pretexto de algunas murmuraciones vino á la cabeza de sus tropas, y desechando toda especie de satisfaccion mandó matar sin piedad á la multitud reunida en la plaza pública. Entonces el pueblo perdió la paciencia, y los sediciosos

aprovechando esta desesperacion, resolvieron al fin rebelarse abiertamente. Agripa, que reinaba en una parte de la Galilea y algunas provincias inmediatas, nada perdonó para reducir á la razon á los judios, haciéndoles presentes las funestas consecuencias de una guerra en que las fuerzas eran tan desiguales: pero fueron inútiles todas sus exhortaciones, y aun se vió él mismo precisado á salir de Jerusalen. Apoderáronse los facciosos de la fortaleza de Massada, y degollaron á la guarnicion romana. Al mismo tiempo Eleazar, hijo del gran sacerdote Ananias y capitan del templo, hizo que se determinase que no se recibirian ya víctimas de parte de ninguno que no fuese judio, y que no se ofrecerian en adelante á favor de los extranjeros, ni del mismo emperador, como era antes costumbre hacer. En vano se opusieron á esta resolucion los pontífices, que se aprovechaban de las víctimas, y los principales ciudadanos que temian la guerra: no hallaron mas medio que acudir á Floro y al rey Agripa para obtener tropas que contuviesen la sedicion en sus principios. Floro, á quien convenia que continuase el desórden, no hizo mérito de semejante solicitud; pero Agripa les dió tres mil caballos. Siete dias se hostilizaron con encarnizamiento los dos partidos, y por último los sediciosos reforzados con una banda de sicarios hicieron huir á los de Agripa, y quemaron su palacio y la casa del pontífice Ananias, á quien tambien sacrificaron, aunque era el padre de su jefe (1). Incendiaron despues los archivos públicos para destruir las escrituras que contenian las obligaciones de los particulares, y atraer asi á su partido á todos los hombres entrampados.

A pocos dias se hicieron dueños de la fortaleza An-

(1) Para que se verificase la palabra de S. Pablo, que habia servido de órgano de la maldicion divina, diciéndole á este pontífice: «Dios te castigará, pared blanqueada.»

tonia, que tambien quemaron despues de pasar á cuchillo á la guarnicion romana que la defendia. Ya principiaron los vencedores á dividirse entre sí, y Eleazar acometió á los sicarios que le habian socorrido. Manahen, su jefe, hijo de aquel Judas Galileo, que creó el partido de los zeladores, procuraba apoderarse del mando á la cabeza de una tropa numerosa, que habia provisto de armas, saqueando el almacen que hallaron en la fortaleza de Massada. Ya se habia hecho dueño de una parte de la ciudad, cuando le cayó encima Eleazar en el templo, mientras él hacia sus oraciones, engrandecido con todo el aparato monárquico. Murió allí, como sus principales secuaces, y los demas huyeron. Eleazar revolvió despues contra los restos de la guarnicion romana, que, estrechada por todas partes, se habia refugiado en unas torres, donde se halló luego sin provisiones. Rindióse con la condicion de perdonarles la vida y dejarlos en libertad; pero en cuanto entregaron las armas, los sediciosos acabaron con ellos, olvidándose de la capitulacion.

En el dia mismo de esta pérfida atrocidad los judios de Cesarea, donde residia el gobernador romano, fueron víctimas de otra espantosa crueldad, que fue con el tiempo la órden de matanza por toda la provincia, y sirvió de pretexto para la revolucion. Muchas veces antes ocurrian sangrientos choques en esta ciudad entre sirios y judios con motivo de la preferencia que reclamaban unos y otros: para restablecer el órden fue precisa la homicida intervencion de las tropas romanas. Neron, con privar á los judios del derecho de ciudadanos, de que anteriormente venian gozando, provocó el alzamiento, que confiados en su número y riquezas intentaron, y acudieron á las armas para defenderse de las vejaciones que se les causaban: los sirios incitados por Floro y seguros de apoyo acometieron á los judios y

mataron mas de veinte mil: y luego Floro mandó aprisionar con cadenas á todos los que quedaron y los distribuyó por los puertos.

Noticiosos de esta carnicería, todos los judios entraron en un furor que no admitia límites. Desparramados por todos lados en las villas y ciudades de Siria, quemaban los unos, derribaban los otros, y mataban á los habitantes, sin exceptuar edad, ni sexo. Por su parte los sirios no se mostraron menos crueles. La necesidad de defenderse, unida al estímulo de la venganza y al deseo de robar, excitaba aun á los mas moderados. En Tolemaida perecieron dos mil judios, y en Ascalon dos mil y quinientos. Cada pueblo estaba dividido en dos ejércitos enemigos, que se hacian guerra á muerte: matabanse de dia y de noche, en las casas lo mismo que en las calles: la sangre corria constantemente, y las plazas públicas estaban plagadas de cadáveres. Los campos mas expuestos aun, eran talados, arrasados y sufrian todos los horrores del asesinato y del incendio.

Los judios de Scythopolis, ciudad griega en las orillas del Jordan, se juntaron á los demas habitantes para combatir y rechazar á una cuadrilla de furiosos que fue á hostilizarlos. Asi esperaban ponerse á cubierto, tomando las armas contra sus compatriotas. Pero los sirios, sea por odio ó por desconfianza, los obligaron á retirarse con sus familias á un bosque cercano, y en él mismo los degollaron en número de mas de trece mil. Un tal Simon que habia manifestado mas ardor para combatir á los otros judios, viendo que tan friamente sacrificaban á sus compañeros, se entregó á una violenta desesperacion, y exclamó: « Yo he merecido bien la muerte; pero solo debo recibirla por mi mano. » Mirando entonces á su familia con ojos desencajados, cogió á su padre de su cana cabellera y le atravesó con la espada; despues hizo lo mismo con su madre: su mujer

y sus hijos, que parece que se apresuraban á recibir sus golpes, y últimamente levantando la espada para ser mejor visto, se atravesó con ella. Casi todas las ciudades de Siria trataron á los judios con igual crueldad; y algunos años en adelante los habitantes de Damasco, reuniendo en su gimnasio todos los que habia en la ciudad, los tuvieron encerrados y desarmados, y concluyeron por degollarlos á todos, que serian diez mil.

Mayor fue en Egipto la carniceria, y en especial en la ciudad de Alejandría, donde eran detestados generalmente. Un dia, en que el pueblo ocupaba el anfiteatro para acordar un asunto, observó que habia entre los congregados algunos judios, y empezó á gritar que eran espias y enemigos, y que debian apoderarse de ellos. Recurrieron los judios á la fuga; pero pudieron coger á tres, y se disponian para quemarlos vivos. Todos los demas acudieron en su socorro y principiaron arrojando una nube de piedras contra los griegos: luego tomaron hachas encendidas y se acercaron al anfiteatro, con el intento de quemarle, y en él á todos los concurrentes. Tiberio Alejandro, gobernador de la ciudad, trató por el pronto de apaciguarlos con reflexiones y amenazas; pero como su respuesta se redujese á injurias, despachó contra ellos dos legiones con órden de exterminarlos, robar sus casas, é incendiar el barrio en que vivian. Bastante tiempo se defendieron, como desesperados: pero al último hubieron de replegarse, y juntándose entonces el pueblo con la tropa fueron acometidos y sacrificados en número tan crecido, que los cadáveres hacinados llegaron á cincuenta mil.

Entretanto, observando Cestio Galo, gobernador de Siria, que todos los judios estaban sublevados, reunió el mayor número de tropas que pudo, y fue desde Antioquía á Cesarea, y desde alli envió uno de sus tenientes á que sometiese á Galilea, que apenas hizo resisten-

cia. Otro destacamento tomó y quemó la ciudad de Joppe, cuyos habitantes fueron enteramente exterminados, y eran como ocho mil y cuatrocientos. Continuó en la reunion de fuerzas militares, y cuando tuvo todas las posibles se encaminó á Judea: en el camino quemó la ciudad de Lida, y fue á sentar sus reales á dos leguas de Jerusalen. El pueblo, que se habia alli congregado para la fiesta de los tabernáculos, tomó las armas y se echó de repente con grande furia contra el campamento romano, de modo que los desalojó y puso en fuga con pérdida de mas de quinientos hombres. Los judios no perdieron mas que veinte y dos, y hubieran podido derrotar el ejército de Cestio, si este no les hubiera enviado, por medio de Agripa, dos diputados, haciendo proposiciones de paz y ofreciendo el perdon de parte de los romanos. Algunos sediciosos no querian dar oidos á estas pláticas, tanto que mataron á uno de los enviados é hirieron al otro; mas otra parte del pueblo mostró disposiciones pacíficas y se retiró. Aprovechándose Cestio de esta division vino á acampar á un cuarto de legua de la ciudad, y la embistió inmediatamente. Apoderóse de unos arrabales y los incendió, obligando á los sediciosos á encerrarse en la parte fortificada de aquella y en el templo. Era tan grande su terror, que si el gobernador hubiera aprovechado esta ocasion, desde luego pudiera haberse hecho dueño de la plaza y concluir la guerra. No faltaron habitantes que se ofrecieron á franquearle las puertas; pero no lo aceptó, ya con el recelo de que le hiciesen traicion, ó ya que tuviese algun motivo secreto para desear la prolongacion de estos desórdenes. Pasados algunos dias se decidió al fin á dar un asalto; y no habiendo logrado la ocupacion de la ciudad, se retiró precipitadamente á su campamento, y en seguida á Cesarea. Persiguieronle los judios en su retirada; y llegando á una estrecha bajada, le hostilizaron con tan buen

resultado, que solo la venida de la noche impidió su completa derrota. Mataronle cinco mil y trescientos hombres de infantería y mil de á caballo: le cogieron tambien su bagaje y las máquinas que llevó para el sitio y les sirvieron en lo sucesivo para su defensa.

Despues de esta derrota de Cestío, acordándose los cristianos de Jerusalen de las predicciones de Jesucristo, se retiraron á las montañas que hay mas allá del Jordan y particularmente á la villa de Pella, sita cerca del desierto en los confines de la Arabia. Mas los judíos ensoberbecidos con la victoria no pensaban en otra cosa que en los preparativos para la guerra. Repararon los muros y las fortalezas: en todas partes fabricaban armas: se distribuian las comandancias; y se nombraban gobernadores para todas las provincias. Fue nombrado jefe de todos Anano, que habia sido sumo sacerdote, y tomó varias medidas para establecer el órden en el pais y poner á Jerusalen en estado de defensa. El capitan del templo Eleazar obtuvó el gobierno de Idumea, Josefo, el historiador, el de Galilea, y muchos destacamentos de tropas fueron dirigidos á diferentes puntos para contener las partidas de sicarios y de ladrónes.

Mientras tanto Cestío habia informado á Neron de esta sublevacion general y del descalabro que habia sufrido; y el emperador confió á Vespasiano, experimentado capitan, el cuidado de esta guerra: este se puso en marcha inmediatamente para Antioquía. Llegó á ella al principio del año de 67: despues pasó á Tolemaida donde esperó dos legiones, que le traia de Egipto Tito, su hijo. Entonces ya consistia su ejército en sesenta mil hombres, incluyendo en ellos los aliados que enviaron varios reyes vecinos, y un gran número de árabes que se habian alistado con el aliciente del saqueo. Primeramente se presentó en Galilea Vespasiano: tomó y quemó á Gadara despues de

haber puesto guarnicion en Seforis, ciudad fuerte que se entregó sin combatir. Josefo, que mandaba en esta provincia, se hallaba á la cabeza de cien mil hombres; pero no se atrevió á esperar la batalla y se encerró en la ciudad de Jotapata, que fue tomada y destruida despues de un sitio de cuarenta dias. Horrible fue en ella la matanza, donde perecieron mas de cuarenta mil judíos. Josefo con las reliquias de su ejército se ocultó en las cavernas, y en ellas se degollaron ellos mismos los unos á los otros. En cuanto á su persona, quiso probar la clemencia del vencedor, y por rescatar su vida, le ocurrió hacerse profeta, y prometió á Vespasiano el imperio, no avergonzándose de añadir á las mas bajas lisonjas una sacrílega charlatanería y mentiras que ni aun supo presentar como probables. Pertenecia Josefo á una familia de sacrificadores, y es el que escribió la historia de esta guerra. Dió algun descanso á sus tropas Vespasiano despues de la toma de Jotapata, y pasó á sitiar á Tiberiades y Tariquea, una y otra situadas en el lago de Genezareth. La primera que se entregó al punto, fue conservada á instancia de Agripa, como que hacia parte de su reino. La segunda fue tomada y arruinada, y cuando el furor del soldado se cebó y aun cansó de la carnicería, vendieron el resto de los habitantes que no eran menos de treinta mil. Tambien se apoderó de Gamala, situada mas allá del Jordan, dando un asalto que halló obstinada resistencia, por lo que pasaron á cuchillo sin piedad alguna hasta las mujeres y niños, y cinco mil judios animados de una horrible desesperacion se suicidaron. Tito muy poco despues se hizo dueño de Giscala, donde puso una guarnicion. Juan que la guardaba con una tropa de zeladores, fingió que escuchaba proposiciones de paz, y escapándose despues una noche, se marchó á Jerusalen con los suyos. Conquistada toda la Galilea, aprovechó Vespasiano

el resto de la campaña, marchando contra Azof y Jamnia en las costas del Mediterráneo, y habiéndolas sujetado, volvió á Cesarea, donde dió á sus tropas cuarteles de invierno.

A la primavera siguiente prosiguió sus conquistas y recorrió rápidamente todo el pais para acabar de someterle antes de marchar contra Jerusalen, porque no queria dejar enemigos á su retaguardia, y convenirle mucho dejar que esta ciudad se fuese debilitando por la guerra intestina que se hacian entre sí los diferentes partidos. Contentóse pues con establecer en el pueblo de Emmaus, que estaba inmediato, un campo atrincherado con suficientes tropas para tenerla á raya: y luego con el grueso del ejército se adelantó á las provincias del mediodia: en la Idumea todo lo arrasó: volvió al norte, á la Judea y la Samaria, y apoderóse de todas las ciudades, que aun se resistian, y en todas dejó sus guarniciones. Al propio tiempo uno de sus tenientes sujetó la Perea ó el pais que está mas allá del Jordan hasta el mar Muerto: y los sediciosos que ocupaban á Gádara, metrópoli de esta provincia, obligados á marcharse, fueron degollados en número de quince mil, ademas de dos mil que hicieron prisioneros y sin contar otra porcion de ellos que se ahogaron al querer atravesar el rio, que habia crecido con las lluvias. Vespasiano, despues de haber sofocado la rebelion, se disponia á marchar con todas sus tropas para sitiar á Jerusalen, cuando se vió obligado á suspender la guerra, de resultas de las grandes novedades ocurridas en el imperio.

Ya hacia tiempo que Neron se habia hecho odioso á los romanos por sus locuras y crueldades hasta que no pudieron seguir obedeciendo á semejante monstruo. Sublevaronse primeramente los ejércitos de las Galias y ofrecieron el imperio á Galba, que mandaba en España;

y luego al punto fue proclamado emperador por el voto unánime del pueblo y de los soldados de estas dos provincias. Poco le importó á Neron de esta asonada en los primeros momentos, y creyendo haber asegurado la ruina de Galba, declarándole enemigo del estado por acuerdo del senado, continuó entregándose á sus liviandades. Pero cuando supo que el ejército de Alemania se habia sublevado tambien, y vió que esta noticia arrastraba hácia la traicion hasta las mismas tropas que formaban su guardia, cayó en un terrible abatimiento, y no trató mas que de buscar medios para salvar al menos la vida. Agitado con el miedo y los remordimientos, deliberaba sobre el partido que debia tomar cuando observó que estaban saqueando su palacio. Ya no pudo dudar de su perdicion, y salió huyendo de Roma á la media noche, tapado con una mala capa, para no ser conocido: acompañabanle no mas que cuatro libertos suyos, y se retiró á casa de uno de ellos, á corta distancia de la ciudad: en este tránsito y acosado de la sed, tuvo precision de beber agua cenagosa en el hueco de la mano, y no pudo menos de exclamar despues de un gran gemido: «¡En qué han venido á parar las costosas bebidas de Neron!» Al dia siguiente le noticiaron cómo el senado le habia sentenciado al suplicio ignominioso y cruel que las antiguas leyes señalaban para los enemigos del estado; y habiendo sentido ruido de caballos y soldados cerca de la casa, se decidió á quitarse la vida cortándose el cuello con un puñal. Murió en 9 de junio del año 68 y á los 32 de su edad, habiendo reinado trece años y cerca de ocho meses.

El senado reconoció por emperador á Galba, ratificando la eleccion de las legiones: reinó siete meses no mas, porque junta su avaricia á ciertos actos de excesiva severidad se indispuso con el pueblo y sobre todo

con los soldados, y estos le mataron en 15 de febrero del año sesenta y nueve. Dieron el imperio á Othon, antiguo gobernador de la Lusitania. Casi al mismo tiempo se supo que las tropas de la Germania baja habian proclamado por su parte á Vitelio, su general. Othon, cuya eleccion aprobó el senado y confirmó el pueblo, se disponia á sostener la guerra contra Vitelio, que marchaba hácia Italia; pero habiendo sido vencido en una batalla que se dió junto á Cremona, se suicidó, despues de haber reinado tres meses.

Sabidas estas ocurrencias en el ejército del Oriente, y viendo que despues de la muerte de Othon se hallaba el imperio en manos de un hombre incapaz, afeminado, gloton, lleno de infamias y digno del desprecio, se creyeron con derecho de nombrar ellos tambien su emperador, y proclamaron á Vespasiano, quien se vió obligado á admitir esta dignidad, no sin haber pasado por muchas dudas y recelos. Adhirióse á esta eleccion Tiberio Alejandro, gobernador de Egipto, con las dos legiones que mandaba. Todas las tropas que habia en el Asia y en la Grecia, le reconocieron igualmente, y Muciano, procónsul de Siria, se encargó de la expedicion que tenia por objeto impedir á Vitelio su permanencia en Italia. Deshecho este en un combate que se dieron ambos ejércitos casi enmedio de Roma, y habiendo sufrido toda suerte de ultrajes, fue asesinado, y arrastrado su cuerpo á las Gemonias y luego arrojado al Tiber. Habia reinado ocho meses, y murió en el principio de octubre del año sesenta y nueve.

Habíase quedado Vespasiano en Oriente para afirmar allí su autoridad y reunir fuerzas de que disponer si la guerra se prolongaba. En Antioquía estaba, y el pueblo se habia reunido en el teatro, cuando un judio renegado, por nombre Antioco, acusó á los demas judios, y aun á su padre, de que habian querido pegar

fuego á la ciudad. Al momento furioso el pueblo hizo quemar á todos los que hallaron en aquella asamblea; y habiendo pedido el renegado que se obligase á los demas á sacrificar á los ídolos, la mayor parte se resistieron, y fueron pasados á cuchillo, como sospechosos de traicion. Trasladóse Vespasiano á Alejandría, donde la supersticion de los pueblos y las adulaciones de los cortesanos contribuyeron simultaneamente á persuadirle de que los dioses se interesaban en su favor, y que en su eleccion habia alguna cosa de divino. Fingieron que el Dios habia mandado á dos impedidos que se dirigiesen al emperador y serian curados: era uno cierto sugeto, que se decia estaba ciego, y el otro tenia dislocada una mano (1). Al principio se burlaba él mismo de esta farsa: pero luego tocó con la mano al uno, y al otro le puso saliva en sus ojos, y quedó persuadido de que los habia curado. En otra ocasion, entrando en el templo del mismo dios, le pareció que veia á un egipcio, nombrado Basilides, que le ofrecia coronas, y despues de haber tomado informes con esta ocasion, se justificó que este sugeto estaba aquel dia á mas de veinte leguas de distancia de Alejandría. Fácil era engañar á la multitud acerca de estos milagros, cuya certeza no estaba á su alcance justificar: pero no dejaron de surtir su efecto, presentando á Vespasiano como un amigo de los dioses, y engrandeciendo asi la medianía de su nacimiento por la autoridad y lo maravilloso que refluia en su persona. En Oriente todos estaban persuadidos de que habia de salir por entonces de la Judea un conquistador que reinaria en toda la tierra. Procedia esta opinion de la falsa interpretacion

(1) De esta manera lo refiere Tácito; pero Suetonio cuenta que lo segundo tenia una rodilla floja ó débil, y nada dice de la mano. Esta contradiccion entre historiadores contemporáneos basta para conocer el crédito que merecen estos prestigios.

de los divinos oráculos, que tenian anunciada la venida del Mesias. La mayor parte de los judios entendian estas profecías respecto al dominio temporal: esta circunstancia era bastante para que se obstinasen en la rebelion, porque sabian que habia llegado el tiempo de la venida de este libertador, y esperaban á su sombra ser dueños del mundo. Quisieron los aduladores de Vespasiano aprovechar este resorte, y los prestigios que imaginaron, tenian por objeto el persuadirle que este suceso se verificaria en su reinado. El mismo Josefo, aunque judio y sacrificador, no se avergonzó de tomar parte en esta sacrílega lisonja. Finalmente, enterado Vespasiano de la victoria que su partido obtuvo, y del decreto del senado que confirmó su eleccion, salió para Roma y envió á Tito su hijo á la Judea para que terminase la guerra.

Cuando todo esto sucedia, la ciudad de Jerusalen, tranquila del lado de los romanos, se despedazaba entre los partidos diversos que se daban diariamente sangrientos combates. Acudieron á ella desde el principio sediciosos de todas partes, á medida que se iba perdiendo el resto del pais. Y agregándose desde luego á una porcion del populacho, que deseaba aprovecharse de la anarquía, llegaron prontamente á usurpar el poder, y cometieron los mas desastrosos desórdenes. Enmedio del dia se entregaban á toda clase de violencias y delitos, no respetando la vida ni las propiedades de los ciudadanos, y quitando de enmedio á todos los que aborrecian. Arrestaron y pusieron en prisiones á cierto número de los personajes mas considerables por sus riquezas ó nacimiento, y los degollaron sin forma de proceso, á pretexto de que intentaban entregar la ciudad á los romanos. Era esta la comun excusa con que procuraban dorar su tirania y excesos; porque aparentaban siempre estar poseidos de un zelo ardiente por la de-

fensa de la libertad y de la religion; y de esto les vino el nombre de *zeladores*. Aun emprendieron nombrar sumo sacerdote, que fuese adicto á su partido, como que á él debia su exaltacion. Tambien quisieron escogerle á la suerte, alegando que era el antiguo método; y habiendo caido aquella á un tal Fanias, que era de familia sacerdotal, pero ignoraba absolutamente todas las ceremonias sagradas, le pusieron en posesion, á pesar de su resistencia, y le instruyeron en sus propias funciones, lo mismo que á un cómico que aprende su papel. El gran sacerdote Anano y los principales ciudadanos sublevaron al pueblo contra estos sediciosos, que para defenderse se metieron en el templo donde se fortificaron. Logróse por fin romper el recinto exterior; y no hubieran podido conservar la interior fortaleza, á no ocurrir el obstáculo de que el gran sacerdote escrupulizó, continuando los asaltos, de profanar el templo y forzar las puertas para que entrasen los sitiadores llenos de sangre. Tomóse por esto el partido de hacerles proposiciones para transigir; y con este motivo pasó Juan, que antes se habia evadido de Giscala, con una porcion de zeladores, el cual aunque aparecia amigo de Anano, lo era solamente para hacerle traicion. Persuadió á los sediciosos que no podrian lograr perdon, que pactasen con Vespasiano en el sentido de entregar la ciudad, no quedándoles otro recurso que llamar á los idumeos para que los socorriesen. Estos habian abrazado antes la religion judaica, y estaban siempre dispuestos á pelear y á robar: habian sacudido el yugo de los romanos, y manifestaban deseos de continuar la guerra con ellos. En cuanto llegó á su noticia el intento que suponian en Anano, en número de veinte mil corrieron y se acercaron lo bastante (aprovechando una tempestad que ocurrió de noche) para que hiciesen una salida los zeladores, se reunieran con ellos, y entraran juntos en Jerusalen: echándose todos simultanea-

mente sobre el enemigo, hicieron en él un gran destrozo, porque al amanecer se contaron ocho mil quinientos cadáveres en las cercanías del templo. Repartidos luego por la ciudad, continuaron su obra de destruccion, y habiendo empleado inutilmente todos los medios para atraer á los nobles, principalmente á los jóvenes, á que tomasen las armas, mataron doce mil que permanecieroa insepultos muchos dias. El mismo Anano fue degollado con otros sacrificadores, y su falta arruinó enteramente al partido moderado, que fatigado ya con la anarquia y temiendo el poder de Roma, parecia inclinarse á la paz. Juzgaron los zeladores que respecto á Zacarías era preciso usar de las formas judiciales, cómo que este personaje, hijo de Baruch, se distinguia tanto por su propio mérito, como por su nacimiento y sus riquezas. Presentaronle á los jueces, y le acusaron de inteligencias con los romanos. No se pudo alegar prueba alguna, y fue unánimemente absuelto. Con todo se echó sobre él una porcion de sediciosos, y en el templo mismo le decapitaron.

Los mismos idumeos se cansaron de tomar parte en aquellas crueldades y salieron de Jerusalen despues de haber libertado á dos mil personas que tenian en prision los zeladores. Dejándolos en virtud de aquella separacion mas expeditos, se volvieron mas furiosos; y se vió cómo sacrificaban con diferentes pretextos á los mas distinguidos habitantes que habia en la ciudad. Pusieron guardias en las puertas de esta y aun en las calles, para detener á los que intentaban pasar al campo de Vespasiano á fin de librarse de tanta tiranía. Bastaba que sospechasen ó acusasen á cualquiera para que con aquel pretéxto le asesinasen; y como estaba prohibido enterrar á los proscritos, estaban las calles y las plazas cubiertas de cadáveres que infestaban el aire.

Apenas habian triunfado estos facciosos contra el

partido moderado, se dividieron entre sí. Desde el principio tuvieron por jefe á Eleazar, nieto de Judas Galileo, que se habia sublevado contra los romanos en el gobierno de Quirino. Pero Juan de Giscala, que vino á reunirse con ellos, quiso desde el momento participar del mando, y tan bien supo ganar los ánimos que en efecto su influencia no tardó en prevalecer y hacerle dueño de todo. No pudo sufrir Eleazar un superior, ni aun igual, y se atrincheró en el templo con parte de los zeladores que le quedaron adictos, ínterin Juan con los demas ocupó las galerias exteriores de aquel. Para conservar este jefe su mando, asi como habia hecho para adquirirle, se vió precisado á autorizar la desenfrenada licencia de los zeladores, permitiéndoles cometer toda clase de crímenes. Robaban estos bandidos impunemente las casas de los ricos, degollaban á los habitantes, deshonraban á las mujeres, y se entregaban á los mas infames excesos. Fatigado el pueblo, se determinó á combatir esta multitud de facinerosos, y auxiliado de algunos idumeos que se habian separado de ellos, se echó encima por diferentes puntos, mató la mayor parte, y obligó á los otros á permanecer encerrados en las galerías que ocupaban. Con el temor de que intentasen poner fuego á la ciudad, abrió el pueblo la entrada á una tropa de facinerosos, cuyo amparo se vió precisado á implorar. Simon Bargiora, su jefe, era un joven impetuoso y emprendedor, que se habia distinguido en la derrota de Cestio, y despues de haberse encerrado con los sicarios en el fuerte de Masada, salió en cuanto vió que los romanos se habian tranquilizado: logró juntar un ejército de veinte mil hombres, ofreciéndoles por premio el saqueo, y por mucho tiempo se dedicó á destruir los campos: y finalmente se estableció en las puertas de Jerusalen con el intento de apoderarse de esta ciudad á la sombra de las revueltas que se advertian entre sus ha-

bitantes. En cuanto entró en ella, hostilizó á los del templo, que eran los zeladores; pero estos se defendieron muy valerosamente y no fueron desalojados. Todavia los facciosos se subdividieron en tres distintos partidos, que se hacian contínua guerra, y en nada concordaban sino en oprimir al pueblo, y procurar arruinarle.

Tal era el deplorable estado de Jerusalen, cuando vino á sitiarla Tito en la primavera del año 70 poco antes de la Pascua. Esta circunstancia habia contribuido con otras mas á que se hallasen reunidos un número inmenso (1), que solo contribuyó á aumentar el desórden y consumir las provisiones con mas celeridad. La mayor parte del pueblo estaba decidido á defenderse hasta la última extremidad, y aun las mismas mujeres pelearon con extraordinario furor: tenian gran cantidad de armas y de máquinas; y ademas de la ventajosa situacion de la ciudad, nada habia perdonado el arte de cuanto pareció necesario para hacerla mas fuerte. Estaba situada en varias montañas y rodeada de tres murallas, en las que resaltaban gran número de torres: el templo mismo tambien asentaba en una montaña y formaba una especie de ciudadela, protegida por la fortaleza Antonia, que los judios habian restaurado: últimamente tenia muchos canales subterráneos, por los que

(1) Berault-Bercastel hace llegar este número á 2.500.000 personas, y establece este cálculo por el número de corderos que fueron inmolados en esta *última Pascua*, y que los romanos lograron justificar. No hariamos mérito de esta equivocacion, bastante visible por sí, si no tuvieramos precision de notar al propio tiempo, que el hecho con todas sus incidencias fue una invencion del autor. ¿Cómo podian los romanos verificar lo que pasaba en una ciudad sitiada y amurallada, con la que no tenian ellos posible comunicacion? Bien se conoce semejante cálculo hecho por Cestio, gobernador de Siria, y fundado igualmente en el número de corderos consumidos en la Pascua. Pero este le hizo al principio de la guerra, cuando vino como gobernador á Jerusalen, y cuando esta ciudad reconocia aun la dominacion romana. El Sr. Henrion que ha publicado una edicion correcta de Berault-Bercastel, no se atrevió á descubrir este error, impugnándole.

podian salir y caer de improviso sobre los sitiadores; pero el hambre junta á los excesos de los zeladores hizo innecesarios todos estos medios de defensa.

El dia 14 de abril, fiesta de los Azimos, encerrado Eleazar en lo interior del templo, abrió al pueblo sus puertas, para que celebrase aquella. Aprovechóse Juan de Giscala de esta ocasion para introducir furtivamente con la multitud algunos de los suyos, que llevaban armas ocultas. Apenas entraron, cuando se arrojaron sobre las tropas de Eleazar, mataron muchisimos, hicieron huir al pueblo, y á la sombra de este desórden lograron hacerse dueños de todas las partes del templo. Las tres facciones que antes existian, se redujeron á dos, la de Juan y la de Simon, y á pesar de sus divisiones no dejaban de reunir sus esfuerzos para resistir á los romanos.

Habiéndose Tito adelantado con una escolta para reconocer la plaza, apenas le divisaron los judios, hicieron una vigorosa salida, y rechazándole impetuosamente le envolvieron de manera que le costó mucho trabajo el escapar de ellos. Al dia siguiente resolvió estrechar mas el sitio, y quiso alojarse en el monte de las Olivas; pero una pronta salida de los judios le disputó mucho tiempo la ocupacion, y no la consiguió sino á costa de repetidos y sangrientos combates, que por segunda vez pusieron su vida en gran peligro. Establecido ya su campamento casi al pie de la muralla, y dispuestas las máquinas para combatir, envió á presentar proposiciones de paz á los rebeldes: estos las consideraron efecto de flaqueza, y con desprecio las rehusaron. Mandó batir en brecha la primera muralla, y á los quince dias, el 3 de mayo, penetrando sus tropas por una grande abertura, se halló dueño de toda la parte septentrional de la ciudad hasta el valle de Cedron. Cinco despues logró abrir brecha en la segunda muralla, apoderándose de la

ciudad nueva hasta la fortaleza Antonia, no obstante los ataques vivos y frecuentes de los sitiados, que hicieron increibles esfuerzos para rechazar al enemigo. Imaginando que los judios estarian mas tratables á consecuencia de tantas pérdidas, envió á Josefo para que les persuadiese la sumision: pero no halló medio alguno para librar de su ruina á este pueblo obstinado. Seducido por falsos profetas, que le prometian el imperio del mundo, no daba crédito mas que á las palabras de estos impostores, y siempre estaba sordo á los sabios consejos de la prudencia. Ni la ocupacion del templo, ni el hambre que acababa con los habitantes, ni el fuego, que consumia ya una parte, fueron suficientes para desengañarlos de sus insensatas y vanas esperanzas: reducidos á la última extremidad, aun se imaginaban que saldria un libertador entre ellos que los conduciria muy pronto á la conquista del universo.

Los romanos construyeron cuatro baluartes y acercaron sus máquinas para atacar la fortaleza: cuando se disponian para batir el muro, dos de aquellos, que habia minado Juan de Giscala, se arruinaron de pronto: no perdieron los judios esta coyuntura del desórden y sorpresa de los romanos, hicieron dos vigorosas salidas, destruyeron los otros dos baluartes, quemaron las máquinas, y persiguieron al ejército enemigo hasta su campamento. Acobardaronse los sitiadores con la ruina de estas obras inmensas que les habian costado diez y siete dias de trabajo, y el soldado fatigado decia con audacia que aquella plaza no se podia tomar. Tito juzgó conveniente embestir con todas sus tropas la parte de ciudad que aun quedaba á los judios, y dispuso que sus tropas en el espacio de tres dias construyesen una muralla de dos leguas de extension con trece fuertes á distancia conveniente, para estorbar asi la introduccion de socorros y las salidas á buscar víveres.

Desde los primeros dias del sitio se padecia el hambre: mas despues de esta circunvalacion llegó á ser horrible. Mucho hacia que no se hallaba trigo ni provisiones de ninguna especie en los mercados ni en las casas: tenian que ocultarlas, y aun asi no se libraban de las requisiciones de los facciosos, que las cogian en todas partes. Por la simple inspeccion de la persona, por su obesidad y aun por el continente juzgaban que habia conservado alimentos, y el que asi era considerado quedaba expuesto á toda la explosion de su furor. Si una puerta estaba cerrada, inferian de aquí que en aquella casa habia provisiones: la echaban abajo inmediatamente, y empleaban los mayores tormentos para obligar al dueño á que las descubriese: cogian á las mujeres por el cabello, y pisoteaban á los niños para arrebatarles un poco de pan: tambien arrancaban de la mano á los habitantes un puñado de yerbas que iban á coger al campo por las noches con peligro de perder la vida. Los mas ricos ciudadanos vendian sus posesiones por una medida de trigo, y luego encerrándose en el sitio mas escondido de sus casas, hacian de priesa un poco de pan, ó se comian el grano crudo, segun la necesidad ó el miedo que tenian, porque el rencor de los facciosos estaba mas encarnizado contra ellos. Acusábanlos de traicion para tener un pretexto de saquearlos y matarlos: Simon mandó degollar por otra calumnia semejante al sumo sacerdote Matias con sus tres hijos, sin permitirles defenderse, aunque él mismo le hubiese proporcionado á aquel su entrada en la ciudad. Muy pronto el exceso de miseria fue tan grande y general, que los judios iban á buscar en los muladares suciedades inaguantables aun á la vista: toda clase de correaje, el de sus cintos, el de sus escudos, los desperdicios del heno, yerbas podridas, hasta el estiercol de los animales, todo les servia

de alimento: corrian como hambrientas fieras sobre cualquiera objeto que tuviese apariencia de alimento: los amigos y los parientes mas próximos se peleaban para arrebatarselos: el hambre habia sofocado todos los sentimientos naturales. Una mujer, llamada María, distinguida por su fortuna y nacimiento, y que habia venido á Jerusalen para celebrar la Pascua, fue inmediatamente despojada por los sediciosos de todo lo que poseia. Arrebatada del dolor, les llenó de maldiciones y de injurias para que se enfureciesen y le quitasen la vida. No habiendo podido lograrlo, y aquejada del hambre y la desesperacion, cogió á su hijo, á quien estaba criando, y mirándole con ojos desencajados le dijo: «Niño desgraciado, ¿para qué te reservo? ¿para sufrir estos horrores? ¿para morir de hambre, ó caer en manos de los mas crueles enemigos?» En seguida le degolló, hizo que le asaran, comió una parte de él, y guardó el resto. Entrando los facciosos en la casa y oliendo á carne asada, amenazaron á la mujer con las espadas al pecho para coger lo que habia quedado. «Yo, les dijo ella, os he guardado una buena porcion:» despues les enseñó el niño á medio devorar, y viendo que se apartaban horrorizados, añadió: «Bien podeis comer de él: no sereis mas escrupulosos que una mujer, ni mas tiernos que una madre.» Temblando se retiraron, y corriendo de boca en boca este espantoso suceso, llenó de horror á toda la ciudad, y aun al campamento romano. Asi se cumplió la palabra de Jesucristo: «Que un dia llegaria, en que se tendria por dichosa la esterilidad de las mujeres, y el pecho que no hubiera dado de mamar.»

Vino la peste á juntarse con el hambre, y estas dos plagas llevaban cada dia al sepulcro un gran número de víctimas, de manera que las casas y las calles se llenaron de cadáveres, que infestaban el aire. Andaban

por las calles grupos de personas que se arrastraban por ellas, como fantasmas, y de repente caian en el suelo sin movimiento y sin vida. Al principio se determinó enterrar los muertos á expensas del erario público; y en el espacio de dos meses y medio sacaron por sola una puerta de la ciudad mas de ciento y quince mil cadáveres: súpolo Tito por un pasado que habia estado comisionado para pagar á los sepultureros: otros decian que por diferentes puertas salieron seiscientos mil. Ultimamente se contentaban con echarlos desde la muralla á los fosos, ó hacinarlos en las casas desocupadas, que cerraban en cuanto estaban llenas. Afectado Tito del olor pestilencial que despedian, no pudo menos de gemir y poner á Dios por testigo de que este pueblo intratable era solo la causa de sus calamidades.

Tambien intentaron algunos habitantes, al principio del hambre, ir á coger en el campo yerbas para su alimento; y los sediciosos tuvieron que imitarlos pronto. Mandó Tito alguna caballeria para que los observara; y de este modo aprisionó á muchos, que fueron crucificados sin piedad para atemorizar á los sitiados: dia hubo en que mató quinientos en este suplicio: los soldados los clavaban en diferentes posturas, para añadir la mofa y el ultraje á todo el exceso de la crueldad. Tito tuvo la barbarie de mandar que cortasen las manos, las narices y las orejas á algunos de estos infelices, que voluntariamente se habian entregado, y enviarlos á la ciudad asi mutilados. No hacian estas odiosas crueldades otra cosa que aumentar el furor del pueblo, y los sediciosos le enfurecian mas representándole las ventajas que sacaban de pasar al campamento contrario. Por fin movidos de compasion los romanos recogian á los pasados, y una porcion grande de judios salieron de la ciudad y pasaron á ellos. Como les daban víveres

abundantes perecian la mayor parte usando indiscretamente, de alimentos que sus estómagos no podian digerir. Muchos tránsfugas, temiendo que los robasen al pasarse, habian tragado al tiempo de partir algunas monedas de oro que conservaban. Reparaban los soldados que estos emigrados sacaban monedas de sus mismos excrementos, y al instante corrió la voz en el ejército de que los judíos que escapaban de Jerusalen tenian llenas de oro las entrañas, y los soldados movidos de la avaricia, principalmente los árabes y sirios, iban cazando á los pobres emigrados para abrirles el vientre; y de esta manera mataron en una sola noche dos mil. Reunió Tito á los jefes de los aliados con los oficiales de las legiones para que averiguasen los culpables exactamente, y mandó publicar al mismo tiempo que seria castigado con pena capital cualquiera que fuese convencido de haber ejercido semejantes atrocidades: pero ni la prohibicion, ni las órdenes mas severas impidieron que los soldados extranjeros se entregasen á la misma barbarie; aunque con mas precaucion, y las mas veces sin encontrar lo que buscaban.

Despues que Tito hubo rodeado con su muralla toda la ciudad, se dedicó á reedificar los baluartes destruidos por los judíos, y preparar nuevas máquinas para empezar de nuevo el ataque de la ciudadela y del templo. Era menester lo menos un mes para estas obras. En cuanto se acabaron, los sitiados hicieron otra salida para quemarlas; pero no pudieron lograrlo: y entonces los romanos, valiéndose del ariete y zapando el muro con extraordinario esfuerzo, llegaron á hacerle tambalear de modo que en la misma noche se vino abajo. Mucho asombro causó á los sitiadores cuando descubrieron por la mañana que los judíos habian levantado otra muralla que se veia detrás de la arruinada, y aunque intentaron el asalto fue sin éxito. Por último dos dias

despues los romanos tomaron áquel puesto por sorpresa, y Tito llegó á ser dueño de la ciudadela: hizo derribar una parte para poder embestir al templo con mas facilidad, y trató todavía de capitular con los sediciosos para que se entregasen; pero no quisieron escuchar ninguna proposicion, aunque se hallasen en la mayor consternacion por haber cesado el sacrificio perpétuo que en otro tiempo se ofrecia regularmente, y fue interrumpido el dia 17 de julio, como que no habia ya pontífice ni sacrificadores.

Se vieron obligados los romanos á repetir sus ataques, y despues de muchos combates sangrientos se apoderaron de las galerías exteriores y las quemaron. Habiendo hecho despues varios esfuerzos para derribar á golpes de ariete los muros del segundo recinto, resolvieron escalarle, y habian ya logrado llegar hasta lo alto, cuando los judios cayendo sobre ellos con furia, los precipitaron, derribaron sus escalas cargadas de gente, y arrancaron los estandartes que habian fijado en ella. Al momento mandó Tito quemar las puertas de este segundo recinto, y las llamas se corrieron á las galerías interiores, que ardieron el resto de aquel dia y la noche siguiente. Pero como él queria conservar el cuerpo del templo, hizo que trabajasen sus tropas para atajar los progresos del incendio, resuelto á dar el asalto al dia siguiente. Interin se ocupaban las tropas romanas en atajar el incendio, hicieron los judios una salida y las acometieron; mas fueron rechazados por ellas hasta el mismo templo: entonces un soldado, agitado como de un impulso sobrenatural, cogió un tizon ardiendo, y haciendo que sus compañeros le alzasen, le echó por una ventana en unos aposentos que confinaban con el templo por el lado del septentrion. Extendióse el fuego con una rapidez inconcebible, y muy pronto penetró en lo interior del mismo edificio. Corrió Tito para hacerle

apagar; pero era tan grande la confusion que nadie le obedeció. Como veian los soldados que las paredes exteriores se hallaban cubiertas de láminas de oro; presumian que por adentro debia haber inmensas riquezas, y solo aspiraban al desórden para entregarse al pillaje. Cuando se iba á cortar el fuego por un lado, prendia de nuevo por otro; de manera que por todos estos motivos juntos, y á pesar de los esfuerzos de Tito para evitarlo, este magnífico templo fue incendiado completamente en el dia 10 de agosto del año 70, en el mismo dia en que Nabucodonosor quemó el primero, edificado por Salomon.

Horrible fue la matanza: el furor del soldado destruyó cuanto estuvo á su alcance, sin distincion de sexo ni edad. Se reparó sobre todo entre la multitud de los que perecieron, la suerte desgraciada de seis mil personas, que á pesar del estado ruinoso de sus negocios acababan de abandonar la ciudad baja que ocupaban los romanos, para encerrarse en el templo, sin duda por las sujestiones de un falso profeta que les habia persuadido que este medio era el único de que participasen de la libertad con que Dios iba á favorecerles inmediatamente con la llegada del Mesías: tal era la funesta credulidad de este pueblo criminal, que habia cerrado los ojos á la verdadera luz de la salvacion.

Entre estos desórdenes los dos jefes de los sediciosos se hicieron paso con espada en mano, y lograron apoderarse de la ciudad alta que no habian aun dominado los romanos. Situada en la montaña de Sion, tenia en su recinto el palacio de los reyes que servia de muy fuerte ciudadela. Intimóles Tito la rendicion ofreciéndoles la vida; pero ellos querian que se les permitiese salir y retirarse al desierto con sus mujeres é hijos. No lo pudieron obtener, y se atrincheraron en el palacio y en las torres de las murallas, donde se disponian á la

defensa. Irritado Tito de tan larga resistencia, mandó incendiar la ciudad baja, y despues de trabajar desde el 20 de agosto hasta 7 de setiembre para construir baluartes para la irrupcion de la plaza y del palacio, jugaron sus máquinas los sitiadores, y al otro dia entraron por la brecha. Viendo los facciosos arruinado su muro, solo trataron de huir; y aunque les quedaban algunas torres intactas, se ocultaron bajo las bóvedas y en los albañales para no caer en manos de los vencedores.

En cuanto ocuparon la plaza los romanos, todo lo llevaron á sangre y fuego. Lo que se habia librado del incendio lo mandó Tito arrasar, reservando algunos trozos de muralla al Occidente y tres de las mas bellas torres para que sirviesen de monumento en la posteridad. Segun la costumbre se aró el terreno en que estuvieron la ciudad y el templo, donde segun la prediccion de Jesucristo no quedó piedra sobre piedra. Por todas partes cavaron y removieron la tierra con la esperanza de hallar tesoros escondidos. Lo que hallaron sí en las acequias y muladares, fue los cuerpos de dos mil personas que habian muerto de miseria, ó que se habian degollado unos á otros mejor que entregarse á los romanos. Juan de Giscala y Simon Bargiora que se escondieron en ellos, se vieron precisados á entregarse en cuanto se les acabaron las provisiones. Ambos fueron conservados para llevarlos en el dia del triunfo, y el segundo en calidad de jefe principal de los rebeldes fue inmediatamente ajusticiado: á Juan se contentaron con darle por castigo un encierro perpétuo. Josefo, el historiador, cuenta que perecieron durante este sitio un millon y cien mil judios: añadiendo los asesinados en diferentes sitios durante la guerra, pasa el número total de muertos, de un millon trescientos treinta y siete mil, sin los que no ha sido posible enumerar. Tomá-

ronse ademas en ella cerca de cien mil prisioneros, que fueron vendidos como esclavos, aunque se desdeñaban de comprarlos. Tito rehusó las coronas que vinieron á ofrecerle las naciones vecinas, felicitándole por la victoria. Publicó claramente que no era suya la obra, y que no habia hecho mas que prestar sus armas para la venganza de Dios irritado contra los judios.

Dejando una legion para guardar las ruinas de Jerusalen, fue á invernar á Cesarea, donde condenó á mas de dos mil cautivos á perecer combatiendo con las fieras, como los gladiadores, en las fiestas que hizo en 24 de octubre con motivo del nacimiento de su hermano Domiciano. Al siguiente año hizo morir otra porcion de ellos en Berito, en Fenicia, para celebrar el advenimiento de su padre al imperio: por estos hechos se puede apreciar justamente la humanidad de un príncipe, que han celebrado algunos á porfia por su gran clemencia. Volvió á Italia pasando por Egipto, y recibió de su padre los honores de un magnífico triunfo, correspondiente á la importancia de la guerra, que acababa de terminar. Entre los ricos y numerosos despojos que traia se hallaron la mesa y el candelero de oro con siete mecheros, el libro de la ley y parte de los vasos sagrados. Aun se ve en Roma un arco de triunfo, que en esta ocasion se levantó, y donde estan representadas de relieve en marmol la mesa de oro y el candelero, que fueron colocados en el templo de la paz.

Aun quedaban en poder de los zeladores algunas plazas fuertes: Vespasiano envió á la Judea á Lucilio Baso, que se apoderó de los castillos de Herodion y Maqueron, al otro lado del Jordan, en la costa del mar Muerto. Publio Silva, que sucedió á Baso, muerto durante su gobierno, sitió la fortaleza de Masada, que pasaba por inexpugnable, y se hallaba defendida por si-

carios á las órdenes de Eleazar, nieto de Judas Galileo. Pronto los redujo á la extremidad el sitiador, y conociendo que no podian resistir mas, los sitiados tomaron el partido de matar á sus mujeres é hijos, y despues degollarse los hombres entre sí. El último que quedó vivo, asegurándose de que nadie respiraba ya, puso fuego al palacio y se suicidó. Al siguiente dia entraron en la plaza los romanos, y con esta conquista quedó sumisa toda la Judea. Desde el año anterior, es decir el 72, el emperador habia dispuesto que á los judios se les vendiesen todas sus tierras, y les habia impuesto por tributo, cualquiera que fuese su número, que enviasen todos los años al Capitolio los dos dracmas que estaban obligados á llevar al templo de Jerusalen, segun su ley.

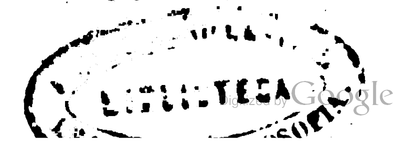
Repartieronse por Egipto algunos zeladores y sicarios, y procuraron sublevar á los judios de Alejandría: pero estos arrestaron á algunos de los sediciosos y los entregaron á los romanos, que mataron unos seiscientos. Huyeron otros á la Tebaida; mas no tardaron en ser cojidos y condenados á diferentes suplicios, sin que los mas crueles tormentos hubiesen logrado que uno solo, ni aun los niños, quisiesen dar el nombre de señor al emperador. Con este motivo mandó Vespasiano que se destruyera el templo que cerca de Heliópolis habian edificado los judios en el reinado de Tolomeo Filometor á instancias de Onias, hijo del gran sacerdote del mismo nombre. Pero el prefecto de Egipto se contentó con cerrarle, despues de coger los ricos ornamentos que contenia. Por aquel mismo tiempo cierto Jonathas atrajo á los desiertos de la Cirenaica una multitud de judios, prometiéndoles que los protegeria con sus milagros. El gobernador de esta provincia envió tropas contra ellos, que los dispersaron con bastante mortandad, y cogido Jonatas, le remitieron á Roma, y allí Vespasiano le hizo azotar con varas y luego quemar vivo. Fue-

ron tambien muertos como tres mil judios de los mas considerables con el pretexto de complicidad y por la simple denuncia de aquel impostor. Asi se extinguieron las últimas chispas de una sublevacion general, que la ceguedad de los judios habia prolongado tanto tiempo solo para que resaltasen mas los terribles efectos de la venganza divina. La historia de esta guerra obstinada y sangrienta fue escrita por Josefo, escritor judio y testigo ocular de la mayor parte de los sucesos que refiere. Agripa el jóven que habia manifestado mucho zelo en favor de los romanos, fue recompensado con el aumento de sus estados y los honores de pretor. Vivió hasta el fin del reinado de Domiciano, y murió sin hijos, de manera que en él se extinguió completamente la posteridad de Herodes.

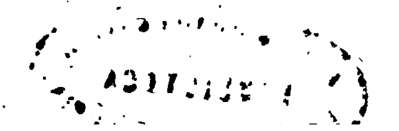
Destruida Jerusalen, ya no se trató mas de las sectas que hasta entonces habian dividido á los judios. Los saduceos, que no tenian mas partidarios que á los ricos, y que no esperaban otra recompensa que los bienes de la presente vida, mal podian conservar su crédito ni su importancia despues y en vista de las desgracias de su nacion. Mucho tiempo se ocultaron en el desprecio y la obscuridad; y aunque dicen que los rabinos intentaron, en el octavo siglo y en el duodécimo, sostener los errores de esta secta, contaba corto número de miembros y esparcidos, que han dejado hace tiempo de ofrecer el aspecto de una sociedad. Los mismos fariseos no conservaron por mucho este nombre; antes divididos en dos sectas nuevas, que han subsistido hasta nuestros dias, una pretende atenerse solo á la Escritura, y la otra ha conservado la mayor parte de las máximas y tradiciones soñadas por los fariseos: esta, que es la mas numerosa y difundida, no se distingue con ningun nombre especial: la primera se conoce con el nombre de caraitas, y no existe mas que en el Oriente y quizá en algunos parajes de la Polonia y de la Lituania.

Algunos judios convertidos que habian llevado al cristianismo todas las preocupaciones antiguas en que habian incurrido ciegamente, se apegaban mas y mas á las prácticas exteriores de la ley de Moises, obstinándose, no obstante la decision del concilio de Jerusalen, en recargar á los fieles con una servidumbre que la gracia de Jesucristo habia abolido. A poco de ocurrida la ruina de Jerusalen, formaron una secta, que subsistió bastante tiempo en diferentes pueblos de Judea con el nombre de nazarenos. Al principio daban los judios este nombre á todos los cristianos mediante á que Jesucristo era de Nazareth; pero luego se le apropiaron esta clase de herejes, que intentando ser judios y cristianos á un mismo ticmpo, creian necesaria la circuncision, guardar el sábado y las demas observancias prescritas por la antigua ley, al paso que miraban á Jesucristo como el Mesias. Admitian los nazarenos el nuevo testamento, y hasta suponian haber conservado el Evangelio de San Mateo en idioma hebreo, no obstante que le alteraron con ciertas adiciones y supresiones. Por otra parte no se puede positivamente decidir si creian ó no en la divinidad de Jesucristo.

Sostenian los ebionitas, que aparecieron tambien por aquellos tiempos, la necesidad de observar la ley mosaica, y aun añadian otros errores á este. Su autor fue cierto Ebion que se pusc á dogmatizar en un pueblecito inmediato á Pella, donde los cristianos de Jerusalen se habian refugiado. Despues recorrió parte del Asia menor, y esparció su doctrina en la isla de Chipre y últimamente en Roma. Su nombre en hebreo significa *pobre*, y sus discípulos se envaneeian con él, dándose por verdaderos sucesores de aquellos fieles que habian vendido sus bienes para poner el valor á los pies de los apóstoles. Ellos tenian sacerdotes y ministros que llamaban jefes de la sinagoga, porque no daban



nombre de iglesia á su reunion: observaban el sábado y el domingo, las ceremonias de la antigua ley y las del cristianismo, sin dejar de corromper las unas y las otras con muchas supersticiones. Adoraban á Jerusalen como casa de Dios, no comian la carne, ni aun la leche de ningun animal, se purificaban en cuanto les tocaba cualquiera hombre que no profesase su secta. Administraban el bautismo y celebraban la Eucaristía; pero no ponian en el caliz mas que agua. Aunque reconocian á Jesucristo por Mesias y el solo profeta verdadero, no le consideraban mas que como un simple hombre, hijo de José y de María, y escogido por sus virtudes para ser elevado á la calidad de hijo de Dios, por medio del Cristo que habia bajado á su persona en forma de paloma. El mismo Cristo que ellos diferenciaban de Jesus, no era otra cosa que una criatura, mas perfecta que los ángeles, y á quien Dios habia dado imperio sobre el siglo venidero para oponerle al demonio que ejerce su poder en el presente mundo. En lo que mira á la moral, no se apartaban menos los ebionitas de las máximas del cristianismo. Enemigos de la virginidad y de la continencia, obligaban á todos los sectarios á casarse aun antes de llegar á la pubertad, aprobaban tambien la poligamia, y permitian el divorcio voluntario para contraer matrimonio con otras mujeres. Pero en estos excesos no cayeron hasta mas adelante: ademas desechaban muchos libros del testamento antiguo, y despreciaban todos los profetas posteriores á Moises y Josué. En cuanto al nuevo testamento no admitian mas Evangelio que el de S. Mateo, que habian tambien truncado y alterado en muchos pasajes. Sobre todo no querian adoptar la doctrina de S. Pablo, y le llenaban de calumnias, solo porque habia predicado la inutilidad de la circuncision y de otras ceremonias y observancias legales; pero se envanecian



de ser discípulos de S. Pedro; y para hacer subir hasta este santo apóstol sus errores, habian adulterado la relacion de sus viajes atribuida á S. Clemente. Tambien compusieron diferentes obras, llenas de fábulas, y las publicaron á nombre de algunos apóstoles.

La secta de los cerinthianos, que tambien traia su origen del judaismo, y que bajo ciertos aspectos parece que coincidia con la de los nazarenos y la de los ebionitas, se distinguia sin embargo por la mezcla de muchos dogmas copiados de doctrinas extrañas. Si creemos á S. Epifanio tuvo principio aquella secta casi al nacimiento del cristianismo, porque él mismo asegura que Cerintho fue quien indujo á los judios convertidos á que murmurasen contra S. Pedro despues del bautismo de Cornelio: que sus discípulos fueron los autores de las disputas que ocurrieron en Antioquía con motivo de la circuncision; y últimamente que á ellos se debe aplicar todo lo que S. Pabló dice en su epístola á los gálatas y en otros parajes contra los falsos doctores, que se vanagloriaban de seguir la ley antigua. Mas parece cierto que este heresiarca no dió hasta despues la última forma á su doctrina, ampliando los errores nuevos, que adquirió en las escuelas de Alejandría, donde estudió la filosofía de los griegos y los sistemas orientales. Fijó su residencia en el Asia menor, en que su herejía hizo muchos progresos; y aseguran que para oponerse á ellos vino el mismo S. Pablo á establecerse en Efeso. No admitia Cerintho mas que un Dios supremo: mas no le atribuia la creacion del mundo, que segun él era obra de muchas potestades inferiores y subalternas, entre las que debia contarse al Dios de los judios; de manera que este no era el verdadero Dios; y si estos sectarios recomendaban la observancia de la ley de Moises, puede creerse que era por el mismo principio que indujo á los gnósticos á dar culto á los malos espí-

ritus para tenerlos propicios. Añadia tambien que habiendo resuelto el supremo Dios quitar á los ángeles creadores y degradados el imperio del mundo, envió el Cristo en Jesus de Nazareth, para comunicar á los hombres el conocimiento del Dios verdadero. El distinguia á Cristo de Jesus, como los ebionitas y otros sectarios de su tiempo, no considerando en el segundo mas que un hombre nacido del modo que los demas é hijo de José; pero que se habia elevado sobre todos por su santidad, por lo que en cierto modo habia merecido el título de hijo de Dios, cuando el Cristo habia bajado á su persona en forma de paloma al tiempo de su bautismo. Despues de haber enseñado á los hombres por el órgano de Jesus, y obrado milagros, el Cristo que era una potestad invisible é inmortal, emanada de la divinidad, se habia retirado al cielo en el tiempo de la pasion, y solo Jesus habia sido crucificado. Mas el Cristo debia unirsele de nuevo en el momento de la resurreccion general, y entonces debia haber preparado para los justos un reinado de mil años en la tierra, que gozarian en festines y placeres voluptuosos.

Estas impiedades extravagantes se acercaban en muchos puntos á las ilusiones de los gnósticos, cuyo primer gérmen se halla en los errores de Simon Mago. Menandro, su discípulo, que aun vivia y que era como él de Samaria, se hizo tambien notable por sus prestigios, y sedujo cierto número de entusiastas, principalmente en Antioquía. Decia que era enviado de Dios para la salvacion de los hombres, y suponia que nadie podia salvarse si no era bautizado en su nombre; añadiendo que este bautismo era la verdadera resurreccion que aseguraba desde esta vida la inmortalidad. Se podrá formar una idea mas completa de sus errores, cuando expongamos los de Basilides y de Saturnino que fueron sus discípulos.

Análogos errores se hallaban tambien entre los nicolaitas, que tomaron su nombre de Nicolas, que fue uno de los siete primeros diáconos. Tenia una mujer muy hermosa, de quien se apartó para vivir en continencia á ejemplo de los apóstoles; pero cediendo despues á la pasion que le conservaba, se volvió á juntar con ella; y para cubrir la vergüenza que le causó su debilidad é inconstancia, se fue comprometiendo poco á poco á sostener los mas infames principios. Esto es lo que cuentan de él gran número de autores antiguos. A pesar de eso Eusebio y otros muchos han sostenido que Nicolas conservó toda su vida costumbres y doctrinas enteramente puras; y que solo para autorizarse con su nombre, habian abusado los nicolaitas de algunas palabras verdaderamente reprensibles; pero que soltó sin reflexion ni conocimiento del perjuicio que podian causar. De cualquiera modo estos herejes han echado una mancha en su memoria, atribuyéndole su abominable doctrina. Entregabanse sin escrúpulo á las mas vergonzosas liviandades: permitian el adulterio y comunidad de mujeres: comian carnes sacrificadas á los ídolos; y en una palabra miraban como indiferentes todas las acciones: habian trasladado el epicurismo mas grosero al cristianismo, y no conocian otras leyes que las de las pasiones, ni otra felicidad que el placer y los goces sensuales. Atribuian tambien la creacion y el gobierno del mundo á ciertas potestades celestes, cuya genealogía trazaban, y las designaban con nombres bárbaros, y algunas veces sacados de las escrituras para engañar á los ignorantes. Poco tiempo siguieron con el nombre de nicolaitas: se dividieron en muchas sectas, que tomaron diferentes títulos, ya sacados de los de sus autores, ya de sus dogmas, y que generalmente se entienden por el de gnósticos, porque todas aparentaban tomarle; y por otra parte tenian un principio comun

con ellos, á pesar de las innumerables diferencias que habia en las circunstancias.

Mientras los herejes corrompian asi los dogmas del cristianismo con la mezcla de unas ilusiones tomadas de las doctrinas orientales; algunos filósofos trabajaban para reanimar el paganismo, y daban nuevo alimento á la supersticion con los prestigios que derivaban del mismo origen. El mas célebre de todos fue Apolonio de Tiana, á quien los paganos no se han avergonzado de oponer á los apóstoles y al mismo Jesucristo. Descendiente de una noble y rica familia, dotado de excelente memoria y viva imaginacion, reunia á todas estas ventajas una imponente figura y una notable belleza, que atraia las miradas de todos. Despues de dedicar dos años al estudio de las bellas letras en las escuelas de Tarso en Cilicia, empleó siete estudiando los sistemas de la filosofía griega, y concluyó con adoptar el de Pitágoras, cuyo exaltado misticismo convenia perfectamente al carácter de su imaginacion entusiasta. Dejó crecer la barva y el cabello, andaba con los pies descalzos, y se abstuvo de todo alimento que proviniese de animales. Se alojó en el templo de Esculapio, é iniciado en todos los misterios por los sacerdotes, se daba por favorecido del Dios y se lisonjeaba de obtener la curacion de los enfermos. Regresó á su pais con motivo de la muerte de sus padres: abandonó la mayor parte de la herencia que le habia cabido; y á poco empezó á vagar por las ciudades del Asia menor, donde no le costó trabajo el atraer la atencion general por la singularidad de su exterior y de sus costumbres, porque no hablaba mas que por señas, habiéndose impuesto la ley del absoluto silencio que tambien mandaba á sus discípulos Pitágoras por espacio de cinco años. Hizo asimismo profesion de guardar continencia; pero esta virtud era muy superior para una filosofía que no tenia otro fundamento ni móvil que

la vanidad, y no tardó mucho en dar lugar á las mas infames sospechas.

Ocho años habia residido en Antioquía, cuando el deseo de imitar á Pitágoras le determinó á viajar por las provincias mas distantes del Asia para tratar con los magos de la Persia y los bracmanes de la India. A su regreso quiso detenerse en Antioquía; pero no hallándose el pueblo bastante dispuesto á la admiracion, marchó á Chipre, y pasó desde allí á Efeso en el principio del reinado de Neron. Al momento excitó el entusiasmo general, y los pueblos inmediatos le enviaron diputados para lograr sus consejos y amistad. Arreglaba con una minuciosa supersticion todas las ceremonias paganas, la forma de los altares y estatuas, la hora de los sacrificios, el modo de hacer las libaciones, hasta el extremo de señalar por qué lado debian verterse los vasos. A todo esto mezclaba frecuentes declamaciones contra el lujo y la molicie; y algunos prestigios acogidos sin examen por personas ya preocupadas daban á sus palabras la autoridad de un oráculo. Estaba un dia meditando junto á un bosquecillo, cuando se distrajo repentinamente para que reparasen el canto repetido de un pájaro, que de improviso echó á volar y le siguieron otros en gran número. Apolonio dijo que estos pájaros marchaban á cierto paraje donde habia caido trigo; y como el hecho salió cierto, bastó para que el pueblo creyese firmemente que aquel entendia la lengua de las aves. Tambien extendieron la voz de que libertó á los de Efeso de la peste, mandándoles que abrumasen á un pobre viejo con un monton de piedras, debajo del cual encontraron un perro muerto cuando fueron á sacar el cadáver de aquel.

Despues de haber andado muchos años por varias poblaciones del Asia menor y de la Grecia, Apolonio se embarcó para Italia, y al acercarse á Roma, llegó á entender que Neron habia dado un decreto contra to-

dos los que se dedicaban á la astrología y al arte divinatoria. Asustaronse sus discípulos con esta noticia, y la mayor parte de ellos le abandonaron con diferentes pretextos: pero no desistió él por esto de entrar en Roma para ver de cerca, decia, qué clase de animal era un tirano. Por otra parte no creia estar incluido en la clase proscrita y comun de mágicos y adivinos, porqué no miraba como tales sino á los que empleaban encantos, evocaciones y los sacrificios acostumbrados entre los bárbaros; no asi á los que adhiriéndose á las ceremonias griegas se vanagloriaban como él de hacer prodigios por intervencion de los dioses. Presentaronle en el tribunal del consul Telesino, que le trató al principio con bastante miramiento, y aun le permitió alojarse en los templos, segun su costumbre; pero de nuevo le prendieron y luego le desterraron de Roma por algunas frases indiscretas y por su constante charlatanería. Mientras residia en aquella ciudad sucedió el mas maravilloso de los prodigios que se atribuyen á este impostor. Una joven perteneciente á una familia consular, en el acto de su desposorio, cayó en un letargo tan profundo, que la creyeron muerta. Llevabanla á enterrar descubierta, segun costumbre: Apolonio que iba en el duelo, mandó que se detuviesen: despues pronunció algunas palabras, y tocando al cadaver, este dió señales de vida, y salió de su letargo: habló la tenida por muerta, recobró prontamente sus fuerzas, y volvió á la casa paterna. Sin duda Apolonio reparó en esta joven alguna señal que antes no se habia percibido; y aun la frescura del rocio que entonces caia, pudo sacarla de su estado soporoso. De este modo los admiradores de Apolonio contaban y explicaban ellos mismos este supuesto milagro.

Saliendo de Roma vino á España, y despues de muerto Neron volvió á Italia; y desde allí fue á Egipto, donde favoreció los proyectos políticos de Vespasiano.

Aseguran que este príncipe y Tito, que le sucedió, le dieron muchas pruebas de estimacion y amistad; pero Domiciano, que no gustaba de sofistas ni menos de mágicos, mandó prenderle, alegando que tomaba parte en una conspiracion de que le acusaban sus amigos. Cuando lo supo Apolonio, que estaba en el camino de Italia, vino á presentarse voluntariamente. Halló proteccion en Eliano, á quien conoció en Egipto, y se hallaba de prefecto del pretorio y en estado de instruirle de todos los artículos de la acusacion que contra él se fulminara. Sin embargo le pusieron en la cárcel despues de haberle afeitado barba y cabello para castigarle en lo mismo que lisonjeaba su vanidad filosófica; pero como no se hallasen pruebas suficientes para justificar la conspiracion, Domiciano le mandó poner muy pronto en libertad. Filostrato, historiador de Apolonio, añade que desapareció súbitamente y se presentó en la misma noche á dos discípulos suyos que le esperaban en Puzol, mas de cuarenta leguas de Roma. Desde allí marchó á Grecia para hallarse en los juegos olímpicos, y últimamente se fue á establecer en Efeso. Arengando en cierto dia al pueblo, interrumpió de pronto su discurso como quien padece una agitacion violenta, y dando unos pasos adelante, exclamó: «¡Dale, dale al tirano!» Guardó por un momento silencio, y luego prosiguió: «El tirano murió, lo juro por Minerva.» Dice Filostrato que los efesios creyeron que se le habia trastornado la cabeza; lo que prueba que su opinion de hombre inspirado no estaba muy acreditada, como en otros pasajes lo quiere suponer su crédulo biógrafo. Afirma que luego llegaron correos que traian la noticia de la muerte de Domiciano y advenimiento de Nerva.

Al año siguiente murió Apolonio, sin que sepamos cómo, ni en qué lugar: sus discípulos no dejaron por eso de extender la voz que habia sido arrebatado al cielo. Al-

gunos entusiastas le hicieron honores divinos, y la ciudad de Tiana le dedicó un templo. Cierto Damis, que se le agregó en Nínive, y constantemente le siguió, recogió las mas escrupulosas noticias de la vida de su maestro, con que formó una especie de diario; pero no se atrevió á publicarle, y dicen que le dejó á un amigo, y este en adelante á la emperatriz Julia, mujer de Severo y declarada enemiga del cristianismo. Esta misma indujo á Filostrato á que compusiese, valiéndose de estos apuntes sospechosos por todos conceptos, la vida ó mas bien el panegírico de Apolonio. Todo cuanto se refiere de este célebre impostor, no estriba en otro fundamento que en esta vida escrita mas de cien años despues de su muerte. No puede leerse sin que llame la atencion á cada momento la crédula sencillez de aquel discípulo, que proveyó de materiales, y el entusiasmo torpe del sofista que los redactó. Una apasionada admiracion unida á una completa falta de crítica y de talento, deja percibir los indicios incontestables de falsedad y el concertado designio de oponer los milagros supuestos del impostor á los de Jesucristo; porque tal era el objeto insensato de los filósofos de aquella época, como veremos en lo sucesivo; y cien años mas adelante Hierocles compuso con el mismo fin y sobre el mismo asunto una obra que se halla refutada por Eusebio. Mas todos los esfuerzos de la charlatanería quedaron frustrados: Apolonio dejó muy corto número de prosélitos, que no tardaron en desaparecer; y en el espacio de dos siglos su memoria se obscureció en el olvido, donde quedó sepultada, sin que las vanas tentativas de algunos incrédulos modernos hayan logrado restablecerla (1).

(1) Por las cartas que nos quedan de Apolonio se ve que su sistema filosófico era el panteismo. No admitia mas que una sola sustancia eterna igualmente inmutable, que modificándose por la accion ó el reposo,

Entretanto el cristianismo, á pesar de los obstáculos de toda especie, hacia diariamente nuevos progresos, y la divina mano que le habia fundado, mantenia la pureza de su doctrina, siempre inmutable, enmedio de esa multitud de supersticiones y de monstruosos errores en que se extravía el ingenio del hombre. La iglesia de Roma, donde habia establecido su cátedra el príncipe de los apóstoles, y fijado así con la primacia del pontificado el centro de la unidad católica, fue al mismo tiempo consultada sobre diferentes puntos por los fieles de Corinto; y S. Clemente que la gobernaba entonces, les contestó por medio de una carta llena de las mas interesantes instrucciones, mirada con mucha razon como uno de los mas bellos monumentos de la antigüedad. Este papa, el tercero despues de S. Pedro, habia sucedido en el año 91 á S. Anacleto (Cleto), que tambien ocupó la silla apostólica doce años despues de muerto S. Lino, primer sucesor del príncipe de los apóstoles (1). Habia sido compañero de trabajos y viajes de S. Pablo, quien hace su elogio en la epístola á los filipenses; y habiéndole seguido á Roma fue tambien discípulo de S. Pedro, que le ordenó de obispo. Las lec-

produjo al desenvolverse todos los fenómenos del mundo visible. Segun él los objetos particulares son apariencias solamente y no seres reales: no son otra cosa que las diferentes manifestaciones del ser único y absoluto, que es el sujeto de todas las transformaciones. *Epist. VIII.*

(1) Cierto es que los tres fueron los tres primeros obispos de Roma despues de San Pedro: pero no es facil determinar el órden de sucesion, ni la duracion del pontificado de cada uno. Nos hemos atenido á la mas probable opinion y mas generalmente seguida. Unos ponen á S. Clemente antes de S. Anacleto, y aun suponen otros que sucedió inmediatamente á S. Pedro. Tillemont conjetura, copiando á S. Epifanio, que habiendo sido designado para sucederle por S. Pedro, cedió S. Clemente la silla pontifical á S. Lino, y despues se vió obligado á ocuparla, muerto S. Anacleto. A este mismo se le dió para abreviar el nombre de Cleto. La iglesia honra á estos tres papas como mártires: sin embargo las circunstancias de su vida y muerte no han llegado á nosotros sino con una grande imperfeccion.

ciones y ejemplos de estos dos apóstoles se le representaban continuamente á la memoria, y el tono verdaderamente apostólico que se observa en su carta, da á entender cuán penetrado se hallaba del espíritu de aquellos. Tiene principalmente esta carta por objeto combatir las disensiones que se habian introducido en la iglesia de Corinto, donde la intriga de un corto número de seglares envidiosos habia logrado la destitucion de muchos sacerdotes, cuya conducta era irreprensible. Despues de saludar en ella á los fieles, casi en los propios términos que empleaba S. Pablo al principio de sus cartas, se disculpa S. Clemente de no haber contestado antes á las consultas, porque algunas aflicciones que le ocurrieron se lo habian impedido; y por tales entendemos sin duda la persecucion sufrida en el reinado de Domiciano. Recuérda en seguida como tenia presente sus antiguas virtudes, y les pinta minuciosamente las costumbres admirables de los cristianos primitivos. «¿Quién, dice, no alababa por poco que os hubiera tratado, la firmeza de vuestra fé, la moderacion de vuestros deseos y la magnificencia de vuestra hospitalidad? ¿Quién no admiraba vuestra piedad, vuestra prudencia, la precision de vuestras luces y consejos y esa rectitud de intencion que se echaba de ver en toda vuestra conducta? En todo obrabais sin acepcion de personas, siempre sumisos á la ley de Dios y á la autoridad de vuestros pastores. Llenabais con los ancianos el deber del respeto que merecen: dabais á los jóvenes ejemplos de honradez y de modestia: advertiais á las mujeres que guardasen sumision á sus maridos, que mantuviesen pura y casta su conciencia, y se entregasen al retiro y al gobierno de su casa. Todos conveniais en los sentimientos de humildad, y sin presuncion alguna erais mas inclinados á obedecer que á mandar, á dar que á recibir, contentos siempre con lo que poseiais, y guardando constante-

mente en vuestro corazon la palabra de Dios y la memoria de sus padecimientos. Asi gozabais de las dulzuras de una paz inalterable, sin otra ambicion que haceros útiles; y colmados de los dones del Espíritu Santo, repartiais por todos lados la superabundancia de vuestros bienes. Con la alegria de una conciencia siempre recta é inocente levantabais vuestras manos al Todopoderoso con entera confianza para pedirle perdon de unas pocas faltas, fruto de la humana fragilidad. Noche y dia trabajabais para la felicidad y salvacion de vuestros hermanos, sin cesar en la práctica de las buenas obras y en la oracion para atraer sobre ellos las misericordias del Señor. La sencillez de vuestro corazon no permitia entre vosotros que reinasen ni la malignidad, ni el odio. Llorabais las faltas del prójimo como las vuestras, y si alguno os ofendia no era vuestro dolor por la injuria que os hacia, sino por su pecado: este y no aquella excitaba vuestro zelo y pesadumbre. Pero la prosperidad y la abundancia os han corrompido: esa es la funesta madre de las disensiones, de las disputas y sobre todo de los celos, por la que ha entrado la muerte en el mundo.»

Refiere S. Clemente el ejemplo de Cain y otros muchos sacados de la santa escritura en el testamento antiguo para manifestar las funestas consecuencias de la envidia; y despues de todo viniendo á mas recientes ejemplos, cita el martirio de S. Pedro y el de S. Pablo y el de una porcion de cristianos perseguidos toda su vida, y á quienes se hizo morir por efecto de una envidia detestable. Como dice expresamente, hablando de S. Pablo, que sufrió el martirio bajo el mando de los gobernadores, se debe suponer que Neron estaba entonces ausente, y con este testimonio contemporáneo hemos fijado el martirio de los dos apóstoles en el año 67, mientras aquel emperador estaba en Acaya.

Cuando llega á la division que entre ellos se habia introducido, hace S. Clemente conocer á los de Efeso la necesidad del órden y la subordinacion en todas las cosas y principalmente en el ejercicio de las sagradas funciones, cuyas reglas han sido determinadas por el mismo Dios, asi en la antigua ley, como en la nueva. «Dios, dice, ha enviado á Jesucristo, y este Señor despues á sus apóstoles, y estos predicando el Evangelio en todas partes, han establecido en las ciudades para obispos y diáconos á los fieles escogidos, despues de haberlos examinado por medio del divino espíritu: y como sabian por Jesucristo que el episcopado seria un motivo de contiendas, fijaron al mismo tiempo las reglas de sucesion para en adelante, disponiendo que despues de su muerte hombres igualmente probados fuesen electos para encargarse de su ministerio. Luego los que fueron establecidos por ellos ó por sus sucesores con aprobacion de la iglesia, no pueden sin injusticia ser privados de sus títulos y funciones, en tanto que las ejercen rectamente. Y sin embargo hemos sabido que por vosotros han sido muchos depuestos, aunque su vida era pura y servian con honor á la iglesia. Vergonzoso es, hermanos mios, é indigno de los discípulos de Jesucristo que la iglesia de Corinto, tan antigua y respetable, se subleve contra los sacerdotes por intrigas de algunos facciosos, y que alcance el estrépito de vuestras divisiones no solamente á nosotros, sino hasta nuestros enemigos, de forma que por vuestra imprudencia el nombre del Señor sea blasfemado entre las gentes. Quitemos prontamente este escándalo de nuestra vista, y echemonos á los pies de nuestro Señor para pedirle con lágrimas que tenga á bien perdonarnos y restablecernos en el glorioso estado de la caridad fraterna.» Insiste especialmente el santo pontífice sobre la necesidad y mérito de esta virtud, citando el ejemplo de muchos

cristianos que habian entrado en las prisiones para libertar á otros, ó que se habian vendido como esclavos para sustentar á los pobres á costa de su libertad. En fin exhorta á los autores de la division á someterse á los sacerdotes, y recibir su correccion con espíritu de penitencia. «Porque, dice, mas vale para vosotros mostraros pequeños y fieles estimados en el rebaño de Jesucristo, que ser expulsados de él, poniéndoos sobre los demas por la audacia de vuestros discursos;» lo que manifiesta claramente que el derecho de excomunion se habia transmitido por los apóstoles á sus sucesores.

Entre las cosas notables que contiene esta carta de S. Clemente, debemos señalar varios pasajes que acreditan la antigüedad sobre que está apoyada la tradicion de muchos dogmas, que con posterioridad han impugnado los herejes. En ella se enseña expresamente que nosotros no nos justificamos por nuestras propias fuerzas y solo por nosotros mismos, sino por la voluntad de Dios que á todos nos llama en Jesucristo: que este mediador divino, al derramar su sangre para nuestra salvacion, ha procurado que todos los hombres tengan los suficientes medios de hacer penitencia: que la caridad hace la perfeccion de los elegidos; y que no se puede agradar á Dios sin esta virtud. Ya se ha visto cómo en ella se habla de los padecimientos de Dios; lo que prueba igualmente que desde los primeros siglos hubo fé, y se confesó la divinidad de Jesucristo y la unidad de personas en las dos naturalezas. Declarando que S. Pedro, despues de sus trabajos, subió al sitio que le estaba preparado en la gloria, y que S. Pablo obtuvo el premio de sus padecimientos, hace tambien ver que la creencia de la iglesia estaba entonces bien arraigada sobre un dogma que los milenarios trataron de obscurecer en adelante con la falsa interpretacion del Apocalipsis. Se puede asimismo notar en esta carta un pasaje en que

S. Clemente supone que existian otros mundos mas allá del Océano, opinion muy extraordinaria en aquel tiempo; pero confirmada despues con el descubrimiento de las Américas.

Cita S. Clemente la escritura segun la version de los setenta, y mas se adhiere al sentido que á la letra. Otras veces reune ideas ó expresiones sacadas de parajes distintos de los libros santos, para formar con estos fragmentos frases enteras, que emite como sacadas de la escritura, sin indicar el lugar donde se hallan; lo que es bastante comun á otros antiguos santos padres, y ha hecho creer que se habian tomado de libros apócrifos. Pero estas citas nada tenian de obscuro, ni de equívoco para los primeros cristianos, que no habian ninguna necesidad de examinar mucho para hallar el origen, porque la lectura y la explicacion de los libros santos, que cada dia se les hacian en las asambleas por sacerdotes y obispos, les habian hecho familiares los pensamientos y expresiones que se traian á su memoria.

Ademas de esta primera carta, tan venerada que todavía se leia públicamente en la iglesia de Corinto á los 70 años de escrita, nos quedaron fragmentos considerables de la segunda igualmente dirigida á los corintios, y que muchos autores antiguos y modernos han atribuido á S. Clemente, aunque la autenticidad no se halle completamente probada. En cuanto á las otras obras que llevan su nombre, todas son incontestablemente supuestas, ó á lo menos corrompidas: el libro de los *viajes ó itinerario* de S. Pedro, llamado asi porque se refiere en él la predicacion de este apóstol y particularmente sus conversaciones con Simon Mago, cuenta al propio tiempo la conversion de S. Clemente con otras muchas circunstancias de su vida, y sobre todo el modo como reconoció á sus padres. Allí se encuentran

discusiones sobre la unidad de Dios, sobre la Providencia sobre la naturaleza del bien y del mal, sobre la necesidad del bautismo y otras cuestiones análogas. Pero al mismo tiempo está lleno de historias fabulosas y de errores condenados por la iglesia. Los ebionitas, como lo dejamos apuntado, se servian de aquel para autorizar su falsa doctrina, que con efecto se halla en varios lugares; y algunos antiguos que creian que S. Clemente habia escrito una obra con este título, aseguran positivamente que los herejes le habian alterado de tal manera que nada habian dejado en ella intacto. Lo mismo sucede en las homilias conocidas con el nombre de *Clementinas*, que en el fondo y la forma tienen la mayor analogía con aquella. Por lo demas estas dos obras apócrifas, pero cuya antigüedad no es dudosa, pueden servir para que se conozcan mas completamente las herejías de los primeros siglos y la naturaleza de las cuestiones que agitaba entonces el entendimiento humano.

Las *constituciones apostólicas* publicadas con el nombre de S. Clemente encierran anacronismos, que muestran visiblemente ser supuestas. Redúcense á una coleccion de reglamentos que se traen como dados en parte por los apóstoles y en parte por el mismo pontífice, encargado de ponerlas en órden. Estan divididas en ocho libros que contienen gran número de preceptos é instrucciones sobre los deberes de los cristianos y sobre las ceremonias y la disciplina de la iglesia; pero casi no eran conocidas antes del siglo cuarto, y se encuentran en ellas muchas cosas, que segun dicen los críticos, no pueden referirse al tiempo de los apóstoles. Debese considerarlas como obra de un falsario, que quiso reunir con un título imponente leyes y costumbres establecidas sucesivamente en la iglesia durante los tres primeros siglos. Lo mismo debemos decir de los *Cánones* que en

esta obra se incluyen con el título *de los apóstoles*, porque tampoco se hallan citados antes del siglo cuarto. Tambien hay en ellas muchas decisiones favorables á la herejía de los rebautizadores, que con otros errores se enseñan en las mismas constituciones: lo que puede hacer sospechar que estas dos colecciones, colocadas en el número de los libros apócrifos por el papa Gelasio en 494, han sido alteradas por los herejes. Convienese sin embargo en que estas obras dan noticias de una porcion de puntos de la antigua disciplina de la iglesia, y que la mayor parte de los cánones que se atribuyen á los apóstoles, son sacados de diferentes sínodos anteriores al concilio general de Nicea.

El papa S. Clemente ocupó la silla apóstolica por espacio de diez años, y murió al tercero del imperio de Trajano, es decir, hácia el fin del 100 de Jesucristo. Los mas instruidos escritores de los primeros siglos, como S. Ireneo, Eusebio y S. Gerónimo, nada dicen sobre las circunstancias de su muerte: y las actas que incluyen la relacion de su martirio, no tienen autenticidad alguna. S. Evaristo le sucedió, gobernando la iglesia hasta el año 109, y fue reemplazado por S. Alejandro. Despues del fallecimiento de este en 119 la sede apostólica fue ocho años ocupada por S. Sixto ó Xisto, á quien sucedió S. Telesforo; pero casi nada se sabe sobre la vida de estos antiguos papas.

Publicóse en el pontificado de S. Clemente y en la ciudad de Roma el libro titulado *el Pastor*, tan célebre en los primeros siglos que se leia públicamente en algunas iglesias de la Grecia, y muchos padres antiguos le citaron, como formando parte de las santas escrituras. S. Hermas fue su autor, y se cree que es el mismo de quien habla S. Pablo en su epístola á los romanos. Era este santo un seglar dotado de una ferviente piedad; pero que no carecia de muy reprensibles defectos, y en-

tre ellos una grande indulgencia para con sus hijos, cuyos desórdenes nunca reprimia: de manera que Dios para castigarle le llenó de aflicciones que sirvieron para purificar su virtud, haciéndole mas fiel y atento á sus deberes. Divídese en tres partes esta obra; y bajo diferentes formas presentan análogos objetos, es decir, la gran suma de reglas principales de la moral cristiana. En la primera parte Hermas refiere muchas visiones, acompañadas de diferentes instrucciones sobre la conducta que debe observarse con su familia, sobre la composicion y destinos de la iglesia en general, sobre las virtudes que forman su adorno, y sobre las pasiones que conducen á su perdicion á los réprobos. La segunda parte contiene doce preceptos que son como otros tantos capítulos, en que se halla la exposicion de la doctrina cristiana, la unidad de Dios, la Providencia, la caridad con el prójimo, reglas para el matrimonio, sobre la diferencia del bautismo y de la penitencia, sobre la oracion, la paciencia, la humildad y otros deberes muy importantes. La tercera parte contiene una serie de apólogos y comparaciones acompañados tambien de instrucciones morales sobre el uso de las riquezas, el ayuno, la penitencia y otros objetos relativos á las disposiciones interiores de los cristianos. En esta última parte, como en la segunda, Hermas parece que recibe instrucciones de un ángel en figura de pastor, y este accidente ocasionó el título de la obra. Aquí se ve claramente la antigüedad de la doctrina cristiana en lo tocante á los ángeles de guarda; y en otro pasaje enseña el autor que el hijo de Dios ha comisionado un ángel para guardar á cada uno de los que Dios padre le dió, lo que entiende de todos los hombres, no solamente de los elegidos, como puede inferirse tambien por otro pasaje en que asegura que todos los hombres tienen cada uno dos ángeles, uno bueno y otro malo.

Una prueba incontestable de la fé establecida desde el primer siglo respecto á la divinidad de Jesucristo se halla en el libro de Hermas porque dice positivamente que el hijo de Dios subsiste en todas las criaturas, y obraba con su padre, como que es la sabiduria de su consejo, para sacarlos de la nada: lo que manifiesta evidentemente que no se hallaba el mismo Señor en el número de las cosas criadas. Con respecto á las futuras recompensas, enseña Hermas que los que mueren santamente y no tienen faltas que expiar, inmediatamente son coronados en el cielo; y de aqui resulta que el error de los milenarios, aunque le hayan adoptado despues algunos santos padres, no deja de ser contrario á la antigua tradicion. Hablando del matrimonio dice que el hombre, cuya mujer es culpable de adulterio, no debe continuar viviendo con ella, á menos que esta haga penitencia: pero que si despues de haberla despedido se casa él con otra, es culpable de adulterio. En fin se halla en esta obra una prueba de la autoridad que compete al sucesor de S. Pedro; porque el ángel advierte á Hermas que envie una copia de su libro á Clemente, para que la transmita por sí mismo á los pueblos mas distantes, pues que tiene poder para ello.

Supo Hermas en una vision que estaba próxima una persecucion, y el ángel le órdenó que lo advirtiese á los fieles. Segun las apariencias debió ser la de Domiciano que empezó en el año 95. Vespasiano habia muerto en 24 de Junio del año 79, dejando señales de que habia conocido toda la ridiculez de las supersticiones paganas, porque desde el momento en que conoció que su enfermedad era peligrosa, dijo á sus amigos: «Pareceme que me voy á convertir en deidad;» burlándose asi de la apoteosis que decretaban á todos los emperadores. Asi aunque no se le cuente en el número de los perseguidores, sin embargo no dejó de haber

mártires en su tiempo (1), sea por el odio que tenian á los judios, y que se extendia naturalmente á los cristianos, sea porque las antiguas leyes eran siempre suficientes al ciego furor del pueblo y á los magistrados para quitarles la vida con pretexto de impiedad. Despues de la muerte de este emperador, Tito su hijo mayor le sucedió, y logró que se olvidasen por su clemencia, y sobre todo por su respeto á los privilegios del senado, los vicios que le habian dominado antes de subir al imperio. Pero no reinó mas que dos años y poco mas de dos meses, y al morir dejó el imperio á su hermano Domiciano. Este manifestó al principio las mismas disposiciones, é hizo muchos reglamentos útiles. Perdonó al pueblo parte de los impuestos, reformó los abusos que existian en la administracion de justicia, prohibió la continuacion de hacer eunucos, y renovó las leyes contra los adúlteros. Desde el segundo año de su reinado desterró de Roma y de Italia á todos los filósofos y matemáticos (este nombre daban entonces á los astrólogos), cuya ostentacion y charlatanería detestaba. Castigó á los delatores y á los nobles cuyas costumbres eran viciosas. Entregó á diferentes suplicios á muchas vestales acusadas de poco ordenadas en su vida. Pero todas estas reformas no eran efecto mas que del capricho ó de la vanidad, y cesó muy pronto en reprimir sus pasiones. Entonces apareció su conducta propia con todos los vicios de la tiranía: su orgullo, su avaricia, su crueldad y su lascivia no conocieron límites. Queria que le diesen los nombres de

(1) Los fieles conservaban exactamente los nombres de los mártires y hacian conmemoracion de ellos en los oficios; mas por una carta de San Gregorio el grande á S. Eulogio, obispo de Alejandría, se sabe que estos anales se reducian á poner para cada uno la clase de martirio que sufrió, el dia y lugar del suplicio sin ninguna circunstancia, (*Greg. Epist. lib. VIII.*) De estas colecciones se han sacado los antiguos martirologios. Los pormenores no se refieren mas que á los mártires cuyo suplicio fue acompañado de largos interrogatorios ó de una circunstancia muy notable.

Dios y de señor: con cualquier pretexto se apoderaba de los bienes de los particulares: se complacia en ver con sus mismos ojos ajusticiar á los condenados á esta pena: se abandonaba á los mas vergonzos é infames delitos, y semejante á Neron en muchas cosas le imitó hasta en el odio á los cristianos. Principió por sujetarlos al pago de los mismos impuestos que á los judios *(Suet. in Domit. cap.* XII.*)*, y en el año de 95 hácia el fin de su reinado publicó varios edictos que atrageron una persecucion violenta en todo el imperio.

Entonces fue cuando S. Juan Evangelista perseguido por la crueldad del tirano mereció la corona del martirio sufriendo una prueba que no sirvió mas que de hacer que en su persona resplandeciese el poder de Jesucristo. Este apóstol habia predicado sucesivamente el Evangelio en diferentes parajes del Asia superior y del Asia menor en que fundó muchas iglesias, y últimamente fijó su residencia en Efeso: lo que probablemente seria hácia el año 66 ó puede ser que despues, porque S. Epifanio asegura que ya era anciano. No por eso dejaba de visitar las iglesias de las provincias inmediatas para establecer en ellas los oportunos reglamentos, ó para escoger por sí mismo los obispos y otros ministros. Llevado de Efeso á Roma por órden del emperador le arrojaron en una caldera de aceite hirviendo, de donde salió sin mal alguno (1). Despues fue desterrado á la isla de Patmos, una de las Sporadas en el archipiélago; y durante este destierro escribió su Apocalipsis. Este libro misterioso principia por revelaciones que Dios le comunicó en un domingo con órden de escribirlas á las siete primeras iglesias del Asia, á saber, Efeso, Smirna, Pergamo, Thyatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea. Dirige el apóstol la palabra á los ángeles de estas iglesias, es decir

(2) Este milagro sucedió junto á la puerta Latina, donde los cristianos en lo sucesivo labraron una iglesia mágnifica en honor de S. Juan.

á los obispos; pero se cree que los consejos que les da, y los defectos que les reprende, miran mas al cuerpo general de las iglesias que á las personas de los obispos. Se declara enérgicamente contra los errores de los nicolaitas que se habian esparcido entre los cristianos de Pérgamo y Thyatira (1). Alaba á la iglesia de Efeso de su aversion y horror á las acciones abominables de aquellos herejes. El resto de la obra contiene los cuadros mas brillantes sobre la grandeza y poder de Dios, su providencia en todas las criaturas y en particular sobre su iglesia, los castigos que ejerce sobre los culpables, la gloria que reserva á los elegidos, y por último muchas profecías, cuya obscuridad mas ó menos impenetrable no puede disiparse hasta el dia de su entero cumplimiento. Allí se ven las persecuciones que la iglesia debia sufrir, las victorias que habia de alcanzar, la destruccion de la idolatría, el castigo de los perseguidores, la ruina de Roma inundada con la sangre de los mártires, el reinado y destruccion del Antecristo, la descripcion del juicio final y las pompas brillantes de la celestial Jerusalen: todo esto referido con imágenes sublimes cuya magestad es doblemente propia para inspirar el temor y el respeto. Algunas revelaciones proféticas son indudablemente relativas al destino de la iglesia en los primeros siglos: pero las tentativas que se han hecho para aplicar las demas á sucesos de los tiempos modernos, no han pasado de conjeturas arbitrarias y á veces ridículas. Por lo demas concibese que las predicciones referentes en lo general á la caida del imperio romano tenian que estar envueltas en misteriosas figuras para no irritar mas el odio de los emperadores y magistrados con-

(1) Los errores de los nicolaitas y luego los de los montanistas hicieron en esta ciudad tales progresos, que ya no habia allí iglesia católica en el siglo III. Pero es ridículo inferir de aquí, como lo hacen ciertos herejes, que no la habia en tiempo de los apóstoles.



tra los cristianos. En los siglos primitivos hubo sus dudas sobre la autenticidad del Apocalipsis; pero siempre fue admitido por los santos padres en su mayor parte, y toda incertidumbre debe cesar con respecto á esto y ha cesado en efecto cuando los tiempos han permitido confirmar la tradicion comun.

Entre las numerosas víctimas de la persecucion ordenada por Domiciano se deben sobre todo reparar, como á las mas ilustres, S. Dionisio Areopagita, S. Onésimo y S. Timoteo, de quien hemos hablado anteriormente; S. Antipas, martirizado en Pérgamo, y de quien se hace mencion en el Apocalipsis, en fin Flavio Clemente, primo hermano del emperador, el cual fue cónsul en el año 95. Suetonio dice que le mataron al salir del consulado por ligerísima sospecha, y Dion reconoce expresamente que fue sentenciado con pretexto de impiedad ó de ateismo, por haber abrazado las costumbres de los judios, lo que entonces significaba, segun el lenguaje de los paganos, profesar el cristianismo. Añade el mismo historiador que otros muchos habian sido sacrificados por semejante motivo. La mujer del cónsul Clemente, llamada Flavia Domitila, cristiana y parienta de Domiciano, como él, fue condenada á perpétuo destierro en la isla de Pandataria en las costas de Nápoles. Otra Flavia Domitila, sobrina del mismo cónsul é hija de su hermana, fue tambien destinada á una isla inmediata, llamada Poncia, donde vivió retirada en celditas que todavía se veian en tiempo de S. Géronimo. La iglesia la honra como virgen y mártir. Acompañaronla algunas personas de su casa en el destierro, entre otras Aquileo y Nereo, quienes despues de haber sufrido por la fé muchos tormentos, fueron decapitados.

Por el mismo tiempo Domiciano mandó hacer una exacta investigacion de los parientes de Jesucristo, temeroso de que intentasen sublevaciones entre los judios

como descendientes de la familia real. Denunciáronle dos nietos del apóstol S. Judas, y los presentaron en el tribunal. Preguntóles acerca de su nacimiento, de sus bienes y sobre el reinado del Mesias, y juzgando por su exterior, como por sus respuestas, que vivian con el trabajo de sus manos, cultivando una corta heredad, en que consistia toda su fortuna, y sobre todo sabiendo que colocaban en el cielo el reinado de Jesucristo, despreció la obscuridad de su estado y los puso en libertad. Estos dos confesores fueron colocados al instante á la cabeza de algunas iglesias, y asi vivieron mucho tiempo reinando Trajano.

Domiciano, haciéndose odioso por sus contínuas crueldades, fue asesinado el 17 de diciembre del año 96: el senado escogió para sucederle á Nerva, que solo reinó un año y algunos meses. Prohibió por un edicto que se acusase á nadie con pretexto de impiedad ó judaismo. Uno de sus primeros cuidados fue llamar á los desterrados, y principalmente á los que lo fueron por causa de religion. Alivió á los judios de los exorbitantes impuestos, con que estaban abrumados desde su insurreccion. El apóstol S. Juan salió entonces de la isla de Patmos para volver á Efeso, donde permaneció hasta su muerte. Hizo en esta ciudad muchos milagros, y entre ellos se cita en particular una resurreccion (1).

Despues de su vuelta y en los últimos tiempos de su vida fue cuando escribió S. Juan su Evangelio á instancias de los fieles y especialmente de los obispos del Asia. Fue su principal designio demostrar la divinidad de Jesucristo contra las impiedades de Cerintho, de Ebion y de otros herejes. Antes de principiarle, mandó que hubiese un ayuno general y rogativas; y escribió las primeras palabras al salir de un éxtasis, en que

(1) Euseb. Histor. lib. V., cap. XVIII.

el divino espíritu le inspiró las verdades sublimes que debia anunciar. Por consecuencia nada hay mas magnífico que el principio de este Evangelio, admirado aun de los filósofos paganos; y en todo él se eleva S. Juan á una altura tal, que con justicia ha sido comparado con el águila. Tambien entonces y contra los mismos errores escribió sus epistolas. La primera va dirigida á todos los fieles en general; pero dicen que llevaba expresamente el nombre de los partos, como si antes se la hubiese enviado. Hallanse en ella muy notables palabras contra los herejes que negaban la realidad de la Encarnacion, ó que hacen distincion entre Jesus y Cristo. «¿Quién es el que miente, dice, sino el que niega que Jesus y Cristo son una misma cosa?» Y un poco mas abajo, hablando de los falsos profetas: «Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha encarnado realmente, viene de Dios; y todo el que divide á Jesus, no viene de Dios, sino que es el Antecristo, que habeis oido decir que va á venir, y que ya ha venido al mundo.» En la segunda epístola emplea poco mas ó menos las mismas palabras: es mucho mas corta, y se dirige como la siguiente á personas particulares. Por otra parte las epístolas y el Evangelio de S. Juan son admirables por la efusion de aquella ardiente caridad que habia adquirido en el pecho mismo del Salvador, y de que tantas lecciones y tiernos ejemplos se advierten en los últimos años de su vida.

Cuando visitaba las iglesias del Asia, halló en una cuidad un poco distante de Efeso á un jóven, cuyas felices disposiciones daban al parecer las mas bellas esperanzas; y presentándole al obispo delante de los fieles le recomendó eficazmente para que cuidase de él con el mayor interes. Nada omitió el obispo para corresponder á las intenciones del apóstol: todo el tiempo que este jóven fue catecúmeno, le tuvo en su casa, y veló constantemente sobre su conducta; pero cuando le hubo

administrado el bautismo y la confirmacion, creyó que podia darle algun ensanche, y minorar su carga; y el neófito, abusando de la libertad, se dejó arrastrar á los desórdenes por otros jóvenes hasta el punto de robar: despues excediéndolos en atrevimiento formó una cuadrilla de foragidos armados, declarándose su jefe. A poco tiempo S. Juan volviendo por la misma ciudad se informó de aquel jóven en orden á su conducta, y sintió la mayor amargura, al saber que estaba en la montaña capitaneando ladrones. Rompió sus vestiduras y se daba golpes de pecho, exclamando: «Yo buen guardian dejé para cuidar del alma de este jóven nuestro hermano.» Tomando inmediatamente un caballo y un guia, salió hácia el paraje donde le indicaron, y en cuanto halló los primeros puestos ó avanzadas de los foragidos, que se disponian para apresarle, dijo con una voz fortísima: «He venido aquí á propósito: traedme á vuestro jefe.» Este le esperaba completamente armado: pero en cuanto vió á S. Juan se llenó de vergüenza y echó á huir. Olvidando el apóstol su edad, le siguió gritando con todas sus fuerzas: «Hijo mio, ¿por qué huyes de mí? vuelve á tu padre: no desesperes de tu salvacion: yo responderé por ti á Jesucristo: él es el que me envia á buscarte.» Conmovido el jóven al oir estas palabras se detuvo, clavando los ojos en el suelo, arrojó sus armas, y se puso á llorar amargamente. Abrazóle con ternura el santo viejo, le dió señales repetidas de su alegría y afecto vivísimos, y le aseguró por último que todos sus delitos serian perdonados. Le llevó á la iglesia, y no dejó un momento de hacer penitencia con él, ayunando y orando, hasta que le vió en estado de poderle restituir á la participacion de los santos misterios.

Habia ya llegado S. Juan á la extrema vejez, y sus fuerzas disminuian considerablemente. No podia casi andar á lo último, y tenian que llevarle á la igle-

sia sus discípulos: tampoco podia hablar largamente: y le era forzoso repetir en las reuniones las mismas palabras: «Queridos hermanos, amaos los unos á los otros.» Cansados ya los discípulos de oirle una misma cosa, le preguntaron un dia por qué no salia de esta contínua exhortacion; respondió S. Juan: «porque este es un mandamiento de Dios de tal importancia, que si se guarda bien, él solo es suficiente.» Murió al fin del primer siglo á la edad de cien años escasos, y le sepultaron en las inmediaciones de la ciudad de Efeso. Llevaba en la frente una chapa de oro, á ejemplo de los pontífices de la ley antigua; y como la usaron tambien S. Marcos y Santiago el menor, puede asegurarse que este adorno fue adoptado desde el principio como la insignia que distinguia á los obispos.

En 27 de enero del año 98 murió Nerva y le sucedió Trajano, á quien tenia adoptado poco antes, y renovó inmediatamente la persecucion contra los cristianos. Desde los principios de su reinado prohibió todas las asambleas particulares: y en muchas provincias se sirvieron de este pretexto los gobernadores para condenar á los fieles que continuaban reuniéndose, de manera que hubo en todas partes gran número de mártires. Puédese juzgar su exactitud, al hallar en una carta que Plinio el jóven, gobernador de Bitinia, escribia á Trajano por el año de 104, la consulta que hacia sobre el porte que debia tener en adelante respecto á los cristianos: porque en ella se encuentran preciosos apuntes para la historia de la religion; por lo que creemos que se debe insertar aqui íntegramente.

«Creo, Señor, es deber mio recurrir á vuestra sabiduría en todas las dudas que me ocurren: porque ¿quién podrá ilustrar mejor mi ignorancia, ó decidirme con mas autoridad en mis incertidumbres? Nunca he asistido á las vistas de causas contra los cristianos,

ni sé lo que se les pregunta, ni cómo se los castiga. Ignoro principalmente si deben guardarse miramientos respecto á la edad de los acusados, ó si ha de tratarse con el mismo rigor á los niños, á los jóvenes y á los ancianos: si puede obtenerse el perdon, mediando el arrepentimiento, ó si de nada sirve no ser actualmente cristiano, con tal de haberlo sido antes: si por solo llamarse así se les castiga, ó por razon de crímenes, que se suponen al que lleva tal nombre. Esta ha sido mi conducta con todos los que me han denunciado. Al momento les preguntaba para saber si eran cristianos: en cuanto lo confesaban, volvia á repetir la pregunta dos ó tres veces, acompañada con amenazas de muerte; y cuando perseveraban, los mandaba conducir al suplicio, porque no me quedaba duda alguna, júzguese lo que se quiera en lo principal, que á lo menos por su obstinacion debian ser castigados. Por lo que respeta á los ciudadanos de Roma, que se han presentado como culpables de esta manía, los he conservado para remitirlos á aquella capital. • Pero como se multiplican cada dia las acusaciones; como sucede con frecuencia que se hacen por un anónimo en un papel sin firma y sin nombre del autor, y que contiene muchos acusados como cristianos, y como he examinado á varios, que lo negaban formalmente invocando conmigo á los dioses, que ofrecian vino é incienso á vuestra imágen, y maldecian ademas á Jesucristo; he creido que debia ponerlos en libertad, porque me han asegurado que es imposible hiciesen semejantes actos, por mas que se les amenazase, los verdaderos cristianos. Algunos que incluian los libelos, confesaban que habian sido cristianos; pero aseguraban que ya no lo eran, los unos de tres años á esta parte, otros mas y algunos hacia veinte. Todos estos han adorado vuestra estátua y las de los dioses, y han maldecido á Cristo.

Hé aquí, segun sus declaraciones, á lo que su causa se reducia. Tenian costumbre de reunirse en ciertos dias, antes de salir el sol, para cantar á coros himnos en honor de Cristo como si fuese Dios; y se obligaban, entre las ceremónias de sus misterios, no á ejecutar acciones culpables, sino á abstenerse del robo y del adulterio, á no faltar á su palabra, ni apropiarse los depósitos que se les hubiesen confiado. Luego se retiraban de la reunion, y de nuevo se juntaban para comer, pero sobria é inocentemente: aun estas mismas asambleas habian cesado desde que yo en virtud de vuestras órdenes publiqué la prohibicion de toda reunion. Para mas cerciorarme sobre la verdad de esta declaracion, hice dar tormento á dos esclavos que decian haber servido en estas asambleas: pero no he descubierto otra cosa que un exceso de supersticion tan ridícula, que parece increible su adhesion á ella. Por todas estas razones he suspendido la conclusion de este negocio hasta consultaros.

«Creo que merecia esta cuestion seros sometida, aunque no fuese mas que por el gran número de personas á quienes interesa, porque estan contínuamente en peligro muchas de toda edad, de toda clase, de todo sexo. No solo ha infestado esta supersticion las ciudades, sino los pueblos y las campiñas. Con todo es muy fácil detener su marcha. A lo menos es cierto que vuelven á frecuentarse los templos, casi enteramente abandonados, que se celebran de nuevo sacrificios, mucho tiempo há interrumpidos, y últimamente que se venden en todas partes las carnes ofrecidas en los sacrificios, que antes compraban pocas gentes. De todos modos podemos juzgar que muchos volverán de su error, si se perdona á los arrepentidos.»

Tenemos en esta carta de Plinio una prueba auténtica é incontestable de los progresos inmensos que

el cristianismo habia hecho, al menos en Oriente, desde el fin del primer siglo: tambien se deduce de ella la injusticia ó crueldad de los magistrados, que condenaban á los cristianos á muerte únicamente por su perseverancia, y sin cuidar si consistia esta en cosas inocentes ó criminales. Por lo demas se ignoran los nombres de los infelices que sufrieron la muerte en esta ocasion, y esta misma falta de noticias autoriza para creer que hubo un gran número de otras que enteramente desconocemos; porque los archivos de muchas iglesias fueron quemados durante la persecucion de Diocleciano.

No menos digna de copiarse es la respuesta de Trajano á la carta anterior, porque no es otra cosa que un acuerdo que sirvió de ley general reinando los emperadores que le siguieron, y subsistió cerca de un siglo: dice en una parte: «Habeis seguido, querido Plinio, la conducta que debiais en las causas de los acusados por cristianos, porque una regla uniforme no puede establecerse, aplicable á casos tan diferentes. No se haga requisicion alguna contra los cristianos: pero si los denuncian y son convencidos, necesario es castigarlos; de modo sin embargo que los que nieguen esta profesion y lo muestren con hechos, sacrificando á nuestros dioses, obtengan el perdon, aunque sean siempre sospechosos por sus antecedentes. En cuanto á los libelos presentados sin nombre de su autor, no deben tener efecto en ninguna clase de acusaciones: seria cosa de mal ejemplo y enteramente indigna de nuestro siglo.»

Véanse las decisiones absurdas y contradictorias que el odio encarnizado contra los cristianos puede dictar á un príncipe, no desnudo enteramente de moderacion ni de talento. Tertuliano dice: «¿Qué significa esta mezcla de contradicciones que se combaten entre sí? Si mandais castigar un delito, ¿por qué prohibis

su persecucion? Si condenais al denunciado, sin querer que se le averigüe la existencia, manifestais claramente que no se le castiga por delincuente, sino porque fue descubierto como si el ser denunciado fuera delito.

Esta órden de Trajano mitigó la persecucion en algunos puntos; pero lejos de hacer que enteramente cesase, proveyó á los enemigos del cristianismo de pretextos nuevos para perderlos, aun bajo el mando de los emperadores mas morigerados. Sábese que las antiguas leyes romanas prohibian el ejercicio de todo culto nuevo ó extranjero que no hubiera sido reconocido por la pública autoridad (1), y se puede juzgar por los consejos que daba Mecenas á Augusto sobre el mismo asunto, cuán importante era esta prohibicion para la política de los emperadores (2). En virtud de estas leyes generales habian sido condenados muchos cristianos en el reinado de Vespasiano por los gobernadores de algunas provincias, aunque las órdenes de Neron habian sido revocadas. Pero los edictos de Trajano contra las reuniones, y sobre todo su rescripto á Plinio solo sirvieron de nuevo aliciente para la persecucion, y causaron condenaciones mas frecuentes y numerosas porque solo se aplicaban á los cristianos. Era entonces suficiente que un enemigo de ellos acusase jurídicamente á cualquiera para ser sentenciado á muerte, si no se prestaban á renegar de su fé; porque la pena era capital; pero el género de suplicio á eleccion de los jueces.

Por otra parte, como los cristianos no inmolaban víctimas, y en ellos no se notaba ninguna clase de supersticion exterior, que era la base de la religion de

(1) Véase á Ciceron en las leyes que expone como el resúmen de la jurisprudencia romana, lib. II de leg., núm. 19.
(2) Véase á Dion Cas., lib. LII.

los paganos, el populacho ignorante acogia gustosamente las acusaciones de ateismo que les achacaban, y los sacerdotes paganos sacaban partido de ellas en todas ocasiones, excitando el fanatismo de los suyos y haciendo odiosos á los secuaces de la nueva religion que amenazaba su existencia. De aquí resultaba que los pueblos daban en los anfiteatros gritos tumultuosos pidiendo la destruccion de los impíos, y los magistrados cedian con facilidad á sus clamores, ya por odio personal ó por otros motivos, de modo que sin nuevos edictos para mandar la pesquisa general se lograban particulares persecuciones demasiado frecuentes en todas las provincias.

Los cristianos de la Palestina eran mucho mas odiados, primero por su religion, y luego porque los mas eran originariamente judios. Sobre todo se perseguia á los que procedian de la familia de David, para extinguir totalmente la familia real y quitar de este modo á los judios todo pretexto de insureccion, mediante á que el Mesias que esperaban debia salir de ella. S. Simeon, obispo de Jerusalen y primo de Jesucristo, fue denunciado al consular Atico, gobernador de Siria, como que era de aquella familia y ademas cristiano. Habia sucedido á Santiago el menor, de quien se cree que era hermano; y despues de haberse retirado con los cristianos á la ciudad de Pella, durante la guerra de Judea, vino á establecerse despues á Jerusalen, donde los romanos permitian reedificar sus habitaciones. Denunciáronle unos herejes que pertenecian á diferentes sectas mas judias que cristianas, porque sobre todo querian que prevaleciesen las prácticas y ceremonias legales de la antigua ley. Muchos dias fue el santo atormentado, y á pesar de su edad manifestó un vigor y un valor que admiraron á los espectadores y al mismo gobernador. Como no se le pudo obli-

gar á que sacrificase á los ídolos, fue condenado por último al suplicio de la cruz. Murió de edad de ciento y veinte años, en el de 107 de Jesucristo, despues de haber gobernado la iglesia de Jerusalen cuarenta y tres. Sucedióle Justo (1), que era de nacimiento judio, como la mayor parte de los fieles de que estaba compuesta aquella iglesia, y despues de este hubo ademas doce obispos, circuncisos como aquel hasta el momento en que fueron arrojados todos los judios de la ciudad, en tiempo de Adriano, en el año 136. Todos estos obispos disfrutaron poco tiempo la silla, sea que los escogiesen entre los mas ancianos sacerdotes, ó que fuesen víctimas de la persecucion.

Entre los cristianos que sufrieron el martirio bajo el imperio de Trajano, se cita á S. Crescencio, discípulo de S. Pablo y fundador de la iglesia de Viena, en las Galias; S. Zacarías, sucesor en la misma silla; á S. Cesáreo, diácono de Terracina, en Italia, y honrado como patron de esta villa; á Santa Flavia Domitila, á quien mataron poniendo fuego en un cuarto, donde estaba con dos jóvenes que la servian, Eufrosina y Teodora. Poco tiempo antes habian sido martirizados ademas de Nereo y Aquiles, de quienes ya hemos hablado, Victorino, Eu-

(1) Berault-Bercastel repite con Fleury que Thebutis, que aspiraba á este puesto, se hizo hereje por no haberle obtenido. Pero Hegesipo, cuyas palabras cita Eusebio, no señala la plaza que aquel deseaba; y si la manera con que se explica puede hacer suponer que se trata de la silla episcopal de Jerusalen, tambien manifiesta que este hecho debe referirse al tiempo de la eleccion de S. Simeon, y no de su sucesor. En cuanto á lo que se cita del mismo Hegesipo respecto á las sectas, que empezaban entonces á levantarse en la iglesia, es visible que se han interpretado mal sus palabras, que igualmente se refieren á la época de la eleccion, y no de la muerte de S. Simeon, y en lo que dice, hablando de la iglesia, que antes habia quedado vírgen, debe entenderse del tiempo que precedió á la muerte de los apóstoles, porque claramente se infiere de su relacion en el pasaje citado por Eusebio, relativo á Thebutis (Hist. lib IV, cap. XXII), aunque este historiador en otro paraje parece darle otro diferente sentido.

tiques y Maron, que tambien eran sus criados. En Oriente donde la persecucion fue mas violenta aun, despues que Trajano se habia trasladado allá para hacer la guerra á los partos, puédese reparar en S. Barsímeo, obispo de Edesa, que padeció hácia el fin del reinado de aquel príncipe; á Santa Eudoxia, martirizada en Heliópolis de Fenicia; á S. Zózimo en la Pisidia, ademas de otros muchos indicados en los martirologios, aunque no se conocen mas que sus nombres.

Pero un martir mucho mas célebre fue S. Ignacio, obispo de Antioquía. Habia sido por mucho tiempo discípulo de los apóstoles, especialmente de S. Pedro y San Juan, y se cree segun el testimonio de S. Juan Crisóstomo que S. Pedro le habia consagrado obispo. Despues sucedió á S. Evodio, martirizado en el último año de Neron, y durante los cuarenta que gobernó la iglesia de Antioquía, la autoridad de sus luces y su activo zelo sirvieron para fortalecer las iglesias de Oriente contra las seducciones heréticas. Cuando pasó Trajano por Antioquía de camino á su expedicion de Oriente, el santo obispo que hacia mucho tiempo deseaba padecer el martirio, no quiso huir ni esconderse, estando en la persuasion de que su muerte podria impedir la perdicion de su grey, satisfaciendo el odio de los enemigos del cristianismo. Conducido á presencia del emperador, que le dijo colérico: «¿Sois vos quien quebranta mis órdenes y como el mal demonio conduce á los demas á su perdicion? Respondió Ignacio;» «Nadie hasta ahora ha dado el nombre de demonio á Theoforo, que ahuyenta á los demonios á ejemplo de los siervos de Diós; y si por esta razon me llamais mal demonio me glorío de tal título.» «¿Y quién es ese Theoforo? «replicó el emperador; y contestó Ignacio: «Es el que lleva en su corazon á Jesucristo.» «¿Creeis acaso, continuó Trajano, que no llevamos nosotros tambien en nuestro corazon los dioses, que nos

alcanzan victorias de nuestros enemigos?» «Es un error, añadió Ignacio, llamar dioses á los demonios que adorais: no hay mas que un solo Dios que hizo los cielos y la tierra y todo lo que en ellos se contiene, como no hay mas que un hijo único de Dios, que es Jesucristo.» Despues de otras contestaciones dió Trajano esta sentencia: «Mandamos que Ignacio que se envanece de llevar en su corazon al crucificado, sea conducido á Roma y echado á las fieras, para que sirva de diversion al pueblo.» Oyéndolo el santo obispo, exclamó lleno de alegría: «Gracias os doy, Dios mio, porque me habeis honrado con esta señal de vuestro amor perfecto, permitiendo que sea encadenado como los apóstoles. «Y haciendo luego oracion en favor de la iglesia, recogió sus cadenas y marchó gozoso entre los soldados que le conducian.

Primeramente le llevaron á Seleucia, donde habia de embarcarse con diez soldados encargados de su custodia durante el viaje. Dos discípulos le acompañaban, Agatopodio de Siria y Filon, diácono de Cilicia, á quienes se atribuyen las actas de su martirio. Tambien fueron á Roma á esperar al preso muchos cristianos de Antioquía. Despues de una penosa navegacion á lo largo de las costas del Asia menor, desembarcaron en Smirna, y se apresuró á ver á S. Policarpo, su obispo, que habia sido como él discípulo del apóstol S. Juan. Varios obispos de las iglesias cercanas salieron con su clero á cumplimentar al santo mártir: se sabe entre otros de Onesimo, obispo de Efeso, Dámaso de Magnesia y Polibio de Tralles. S. Ignacio manifestó su reconocimiento á las tres iglesias, dirigiéndoles cartas que han llegado hasta nosotros, y respiran toda la caridad de un mártir y el zelo de un apóstol. Estan llenas de exhortaciones interesantes para persuadir á los fieles á perseverar en union y en la fé, á perma-

necer sumisos á los obispos y á los sacerdotes; á conservar las tradiciones apóstolicas, á evitar las doctrinas peregrinas y las fábulas de los herejes, en fin á desdeñar hasta los nombres de las sectas que alteraban el Evangelio con una mezcla de judaismo y sobre todo negando la realidad de la Encarnacion.

Hallando en Smirna S. Ignacio á algunos cristianos de Efeso que iban á Roma, y que debian llegar á ella antes de él, les confió una carta dirigida á la iglesia romana para conjurar á los fieles que no se opusiesen á su felicidad, empleando sus influjos ó ruegos para estorbar que muriese por Jesucristo; porque temia que Dios por un milagro dispusiese que las fieras no le devorasen, y que entonces le perdonasen la vida. Nada es mas admirable que esta carta, en que el santo mártir hace ostentacion de su grande fé, su propio desprecio y los mayores transportes de amor divino. Despues de saludar á los romanos y elogiarlos grandemente, dándoles á entender la alegría que le causaba la esperanza de verlos y de entrar muy pronto en posesion de la herencia de Jesucristo, continua en estos términos: «Temo sin enbargo vuestra caridad y que me conserveis una muy tierna compasion. Fácil os será acaso impedir mi muerte; pero sabed que si lograbais esto, tambien os oponiais á mi felicidad. Si me teneis un verdadero afecto, me dejareis ir á gozar de mi Dios. No tendré jamás una ocasion mas favorable que esta para tan apetecida reunion, Tolerad que yo sea sacrificado ahora que se ha levantado el altar: uníos mentalmente á mi sacrificio, acompañándole con cánticos en honor del Padre y de Jesucristo su hijo. Si cuando llegue cerca de vosotros manifestase yo debilmente otros sentimientos contrarios á estos que ahora os comunico; no hagais caso de mí, sino creed lo que digo en esta carta, porque lo hago con el

ánimo libre, y empleo estos momentos, los últimos de mi vida, para anunciaros que todo mi deseo es de concluirla prontamente. Nada me ata en la tierra, y no me considero ya como viviente entre los hombres. Debeis pedir y conseguir para mí el premio, que no se da jamás sino al fin de la carrera. » Toda la carta contiene una expresion continua y uniforme de estos mismos sentimientos.

S. Ignacio fue conducido desde Smirna á Troade, donde supo que Dios habia dado la paz á la iglesia de Antioquía. Con este motivo escribió cartas á las iglesias de Filadelfia y de Smirna, rogándoles enviasen un diácono ó alguna otra persona á los fieles de Siria para que los robusteciese en la fé, y tomase parte en su alegría. Ya le habian enviado las iglesias mas inmediatas iguales diputaciones, y se sabe por testimonio de Luciano (1) que los cristianos tenian esta costumbre en ocasiones semejantes para manifestar la adhesion que mútuamente se profesaban. En la carta á los de Filadelfia hace S. Ignacio un gran elogio de su obispo, que era uno de los que habian venido á visitarle para honrar sus cadenas. Exhortalos á que se alejen de toda division y de las malas doctrinas, á que no escuchen á los que predican el judaismo, á respetar á su obispo, sus sacerdotes y diáconos, y al concluir les da las gracias por las pruebas de afecto y caridad que se esmeraron en dar á los discípulos que le acompañaban. La carta á la iglesia de Smirna contiene poco mas ó menos los mismos artículos, y ademas diferentes consideraciones para probar la realidad de la Encarnacion contra los herejes que se llamaban *aparentes*, porque querian enseñar que Jesucristo no habia tomado un cuerpo físico, y que solo en apariencia padeció. S. Igna-

(1) De vita Peregr.

cio nota que no tenian caridad, que no cuidaban de la viuda, ni del huérfano, ni de los presos y afligidos, ni del que tenia hambre ó sed. Tambien dice que se abstenian de la Eucaristía y de la oracion; porque no creian que en la Eucaristía esté la carne de nuestro salvador Jesucristo, aquella que sufrió por nuestros pecados y que Dios padre ha resucitado. En sus palabras se ve una prueba sin réplica de la perpétua tradicion de la iglesia sobre la real presencia.

Deseaba S. Ignacio dirigir igualmente cartas á las demas iglesias del Asia: pero precisado á embarcarse precipitadamente, se contentó con escribir en particular á S. Policarpo, obispo de Smirna, rogándole que consolase por sí mismo á los fieles de Siria, y les enviase á alguno en su nombre, y que exhortase tambien á las iglesias próximas para que llenasen este deber de caridad, ya por cartas, ya por diputados. Tambien le da consejos importantes para el gobierno de sus rebaños. Recomiéndale que no descuide la proteccion de la viuda y del huérfano en presencia de Dios: que exhorte separadamente á todos; y que no desprecie á los esclavos: pero que estos no se envanezcan del aprecio que reciban de sus dueños, aunque se les hagan iguales en las asambleas: al contrario que se esfuercen á servirlos por la gloria de Dios, para obtener de este Señor mas amplia libertad, y no se afanen para libertarse por medio de la iglesia para quedar despues esclavos de sus pasiones.

Desde Troade fue S. Ignacio á abordar á Neapolis, y pasando por Filipos atravesó por tierra toda la Macedonia hasta Epidamno ó Durazo, en el mar Adriático, donde se embarcó para el mar de Toscana. Cuando estaba á la vista de Puzol, pidió que le dejasen desembarcar para seguir los pasos de S. Pablo: pero el viento impelió el navío á alta mar, y rápidamente le echó á la embo-

cadura del Tiber. Los compañeros del santo y los cristianos de Roma, que venian en turbas á su encuentro, no podian contener sus lágrimas y gemidos al considerar que llegaba el momento de perderle. En cuanto á él, estaba muy contento, y como muchos solicitasen atraerse á los idólatras para que reunidos para el espectáculo pidiesen el perdon de tan respetable anciano; los conjuró que tuviesen hácia él un cariño menos carnal, y poniéndose de rodillas rogó por la prosperidad de la iglesia y porque se conservase la caridad y la union entre los cristianos. Inmediatamente fue conducido al anfiteatro, y echado á las fieras en las fiestas que los romanos llaman sigilarias. Dos leones se arrojaron sobre él, y le devoraron al momento, no dejando mas que los huesos mas grandes, que recogieron los fieles con reverencia y llevaron despues á su iglesia. De este modo terminó su vida y glorioso martirio el dia 20 de diciembre del año 107. Tuvo por sucesor en la iglesia de Antioquía á Heron, que era diácono de ella, y la gobernó veinte años.

S. Policarpo recogió las cartas de S. Ignacio, y remitió copias á los cristianos de Filipos, porque se las habian pedido. Con frecuencia las citaban los antiguos, y mucho tiempo despues se leian públicamente en las iglesias del Asia. Eusebio y S. Gerónimo solo refieren las siete de que hemos hablado, y son en efecto las únicas que pueden mirarse como auténticas, aunque se le atribuyen otras. Aun aquellas estan bastante alteradas por los copiantes poco escrupulosos. Ultimamente adquirió la iglesia el verdadero texto por el descubrimiento que hicieron dos protestantes en el siglo diez y siete. Habiendo Userio (*Usser*) hallado dos copias de una traduccion latina en Inglaterra, é Isaac Vosio un manuscrito griego en la biblioteca de Florencia, unos y otros perfectamente conformes entre sí

convienen de manera en todos los puntos con las citas de los antiguos, que han sido admitidos sin dificultad por los mas hábiles críticos, no solamente católicos, sino por los protestantes. Ademas de lo que ya dejamos referido acerca del principal objeto de estas cartas, es muy de notar lo que encierran, atestiguado con excelentes trozos que no permite copiar el plan que nos hemos prescrito, sobre la divinidad de Jesucristo y la distincion de las dos naturalezas en una sola persona, sobre la autoridad de los obispos, la santidad del celibato, el crímen de herejía y del cisma, y en fin sobre otros puntos de la antigua disciplina.

En tanto que Trajano, ocupado en la guerra contra los partos, extendia por el Oriente sus conquistas, aprovecharon los judios su ausencia para sublevarse en el año 115 en Egipto y provincias comarcanas, donde cometieron horribles crueldades. Lo que mas les decidió al alzamiento, fue que miraban como el infalible presagio de la ruina del imperio romano un terremoto que en el año precedente se habia sentido en cierta parte del Asia y principalmente en Antioquía, donde una inmensa multitud de moradores quedó sepultada bajo las ruinas de aquella ciudad desgraciada. Los judios de Alejandría y del Egipto, capitaneados por cierto Andrés ó Andrias, principiaron con una horrible matanza de cuantos habitantes pudieron sorprender. No contentos con matarlos, comian sus carnes, se rociaban con su sangre, y se cubrian con su piel ó sus intestinos. Otras veces se divertian en verlos devorar por las fieras, ó los obligaban á que se mataran los unos á los otros. De esta manera hicieron perecer con suplicios horribles á mas de doscientas mil personas. Al año siguiente el prefecto de Egipto dió á los sublevados una batalla campal que aquellos ganaron, y refugiándose los

vencidos en Alejandría asesinaron en desquite á todos los judios que hallaron en ella. Continuando los rebeldes en recorrer el pais, en todas partes robaban, mataban é incendiaban. Se habian juntado á los judios de Cirene, que reconocian por rey á un jefe que Eusebio llama Lucua; pero es al parecer el mismo Andrias, citado con dos nombres diferentes. En fin marchó contra ellos Marcio Turbon con fuerzas considerables, y á pesar de su obstinada resistencia consiguió reducirlos despues de muchos y sangrientos combates, que costaron la vida á infinito número de los alzados. En la isla de Chipre se sublevaron igualmente los judios, dirigidos por uno llamado Artemon, y cayendo sobre los habitantes los degollaron hasta el número de doscientos cuarenta mil; de manera que Trajano, obligado á enviar tropas contra estos furiosos para someterlos y castigarlos, dió órden de arrojarlos de Chipre enteramente, prohibiendo á todos los judios que volviesen á entrar en ella, pena de la vida, cuya ejecucion se aplicó aun á los que echaba en ella el temporal ó las borrascas. Temiendo iguales alteraciones en Mesopotamia donde era númerosa la concurrencia de los judios, resolvió evitarlas mandando asimismo que fuesen desterrados todos los israelitas de aquella provincia, y encargó de esta comision á Lucio Quieto, que se vió precisado á darles una batalla, en que pereció muchísima gente. Poco tiempo despues murió Trajano en el año 117 cuando regresaba á Roma. Sucedióle Adriano, su primo é hijo adoptivo, cuyo gusto por el arte divinatoria y las demas supersticiones del paganismo hizo que renaciese muy pronto la persecucion de los cristianos.

Reinando Trajano, ó poco tiempo despues de su muerte, algunos herejes dieron nombre á nuevas sectas, que realmente en el fondo eran conformes con las existentes, aunque modificaban errores en algunos puntos. Los

elcesaitas que aparecieron en Arabia á las inmediaciones de la Palestina, y que tambien se llamaron osenios, son al parecer los mismos que los osenios, cuyas doctrinas fueron modificadas por medio de una mezcla de diversos errores tomados de los ebionitas y nicolaitas.

Elxai, que se presentó como su jefe al principio del siglo segundo, no admitia una parte del antiguo testamento, y daba como inspirado un libro de su composicion, que contenia un formulario de oraciones en términos bárbaros que no podian entenderse. Aunque observaba la circuncision y el sábado, no adoptaba los sacrificios, ni altares, ni la inmolacion de las víctimas y demas ceremonias análogas: prohibia comer carne de animales y ponerse de cara al Oriente para orar, mandando que se mirase hácia Jerusalen. Sostenia que sin pecar se puede acceder á la persecucion, disimular su creencia y adorar á los ídolos, con tal que el corazon en nada de esto tome parte. Por lo demas, enemigo declarado de la virginidad y de la continencia, obligaba á todos sus sectarios á casarse. No era amigo del fuego; pero á los demas elementos daba un religioso culto, especialmente al agua, que consideraba como á una divinidad y como el origen de la vida. No sabemos si el Cristo que él admitia, era el mismo de los cristianos: en cuanto al Espíritu Santo le reconocia como divinidad del sexo femenino, y le daba como á Cristo cuerpo de prodigioso volumen. Al fin del siglo cuarto habia aun restos de esta secta.

Saturnino, díscípulo de Menandro, resucitó y explicó como él los errores de Simon Mago. Admitia un Dios supremo desconocido de los hombres, y del que habian emanado las potestades ó espíritus inferiores, que formaron el mundo, sin saberlo aquel. En cada planeta residia uno de estos espíritus para cuidar de él, y el

destinado á la tierra fue el que dió la ley á los judios, y se habia proporcionado su adoracion bajo el nombre de Dios verdadero. Como estos espíritus no hicieron mas que disponer de la materia, no pudieron dar al hombre otra cosa que la vida puramente animal; pero Dios habia enviado á estas criaturas hechas á su semejanza un alma racional, que emanaba de él, y que debia volver al seno de la divinidad. Por otra parte Saturnino, admitiendo la materia eterna, la suponia animada por un mal principio, que habia producido alternativamente unos hombres modelados por los primeros, y que les habia dado una alma, emanacion suya, y por consecuencia naturalmente mala. En esto consistia la diferencia que este heresiarca establecia entre los hombres, suponiendo buenos á los unos, y malos á los otros por naturaleza. Con todo como el Dios de los judios y los espíritus creadores del mundo habian usurpado la gloria del verdadero Dios; Jesucristo habia venido á destruir el imperio de aquellos y enseñar á las almas de los justos el medio de volver á su origen. Pero no habia tomado cuerpo sino en apariencia, porque la materia pertenecia al mal principio, y tambien por esta misma razon Saturnino, que condenaba todo lo que puede lisonjear los sentidos, negaba la resurreccion de la carne y no admitia el matrimonio, teniéndole por invencion del principio malo para multiplicar los cuerpos, y retener las almas encadenadas en la tierra. Este heresiarca era natural de Antioquía, y enseñaba en Siria, donde la aparente austeridad de su doctrina le atrajo cierto número de partidarios.

Basilides, otro discípulo de Menandro, hizo mas variaciones en el sistema de su maestro. Adoptando la doctrina de Pitágoras sobre las propiedades de los números, supone que la unidad, símbolo del sol y del supremo Dios, el número siete relativo á los

siete planetas y finalmente el número 365, que incluye los dias del año, debian indicar misterios y ofrecer el emblema de las operaciones divinas. Admitia pues un Dios todopoderoso y bueno, que habia engendrado por sucesivas emanaciones siete virtudes, ó siete *eones* de órden superior, y añadia que dos de estas la *sabiduría y la fuerza* habian producido los primeros ángeles, que habian morado en el cielo mas elevado, y habian producido despues los ángeles del segundo cielo, y asi sucesivamente hasta el número de 365 cielos, gobernados todos por ángeles de diferentes órdenes. Los ángeles del último cielo, vecino á la materia, habian emprendido disponer de ella, de modo que pudiese formar un mundo y producir hombres, en los que Dios habia colocado despues un alma racional. Estos ángeles inferiores habian logrado que los adorasen como á dioses, y pronto divididos por la ambicion, ocasionaron guerras contínuas, precipitando á las naciones á que se hostilizasen para extender su dominio. Queriendo el que gobernaba la nacion judia, someter á los otros, al fin se ligaron para combatirle, y excitaron á todos los pueblos contra él; lo que era causa del odio general de que eran objeto. En fin el Padre ó el Dios supremo habia enviado á su hijo, es decir, á la *inteligencia* ó el primero de los *eones* para libertar al género humano; y este hijo, que era Cristo, habiendo encarnado en Jesus, le habia dejado despues en el momento de la pasion para escaparse de sus enemigos (1). De aquí sacaba Basilides que no se debia re-

(1) Algunos discípulos de Basilides decian que Cristo habia tomado entonces la figura de Simon Cireneo, y dadole la suya; de modo que los judios habian crucificado á Simon, en lugar de Jesus que los miraba, burlándose de ellos. Es posible que el mismo Basilides haya inventado esta opinion, que muchos santos padres le atribuyen, y que en efecto no es incompatible con sus otros errores, por mas que hayan dicho en contra algunos cristianos protestantes.

conocer ni adorar al crucificado, y que los mártires no sufrian por Jesucristo, sino por un puro hombre. No impedia tampoco que sacrificasen á los ídolos, que tomasen parte en los festines donde se comian las víctimas, que disimulasen su creencia, ni aun que renegasen de Jesucristo para evitar la persecucion. Una de sus máximas era tener ocultos los misterios de su secta, y como Pitágoras recomendaba el silencio por cinco años á sus discípulos. Tenia por consiguiente dos doctrinas, una secreta y otra pública, y solo asi pueden explicarse ciertas aparentes contradicciones que se advierten en los errores que los antiguos le atribuyen; porque al mismo tiempo que él enseñaba que Dios no perdona mas que los pecados involuntarios, soltaba la rienda por otro lado á todas las pasiones, sosteniendo que son excitadas en nosotros por algunos de los espíritus creadores, y por tanto no estan obedientes á nuestra voluntad. Murió este heresiarca hácia el fin del reinado de Adriano.

Carpócrates que enseñaba en Alejandría como Basilides y por entonces mismo, ostentó mas desenvoltura, y llevando mas adelante la extravagancia y la infamia de sus errores, ni aun se cuidaba de ocultarlos. No solo afirmaba que todas las acciones son indiferentes en sí: que la distincion entre las buenas y malas resulta únicamente de las preocupaciones: que todas las cosas, y aun las mujeres, son naturalmente comunes para todos los hombres, de modo que el robo y el adulterio no son mas que nombres inventados por las leyes humanas; sino que añadia ademas que no se podia llegar á Dios, ni desprenderse de los sentidos, á menos de no abandonarse sin reserva á todos los movimientos de las pasiones: que era una servidumbre impuesta á todos por los ángeles creadores del mundo; y que toda alma que resistía á la concupiscencia, estaba

condenada á pasar sucesivamente á otros cuerpos hasta que hubiera enteramente solventado esta deuda. No es dificil de imaginar qué consecuencias debian traer estas infames máximas. Carpócrates dejó un hijo llamado Epifanio, que amplió su doctrina y fue honrado como Dios en la isla de Cefalonia; porque el culto de estos gnósticos y el de las otras sectas semejantes era mixto de idolatría y de magia. Ellos tenian imágenes de Jesucristo, que decian las habia hecho Pilato, y otras de Pitágoras, de Platon y de Aristóteles, y á todos los honraban con sacrificios y otras ceremonias de que los paganos se servian con respecto á sus ídolos. Ellos no miraban á Jesucristo sino como á un hombre puro, cuya alma, antes de ser encarnado, habia sido solamente mas fiel á Dios que las almas del resto de los hombres; de manera que habia conservado mas fortaleza para vencer á los espíritus criadores. Creian en efecto que todas las almas habian existido antes de unirse á los cuerpos, y que en castigo de los crímenes de que se habian hecho culpables, estaban sometidas al imperio de los espíritus que gobernaban el mundo.

Entre los discípulos de Carpócrates es de notar un tal Pródico, que apareció autor de la secta de los adamitas, asi llamados porque procuraban imitar la vida de Adan y Eva en el estado de inocencia. El lugar que habian escogido para sus asambleas, tenia el nombre de Paraiso: á él asistian todos los hombres y mujeres en estado de completa desnudez, entregándose luego, como debe presumirse, sin escrúpulo ni vergüenza á todos los excesos que eran natural consecuencia de este inconcebible cinismo. Admitiendo como los demas carpocratenses la comunidad de mujeres, condenaban el matrimonio y sostenian que jamás hubiera existido sin el pecado del primer hombre. No hacian

oracion, considerándola inútil, y trataban el martirio de locura y de extravagancia.

Aunque estas sectas recibiesen diferentes nombres, y en efecto se distinguen por sus diversos errores muchas veces contradictorios, todas tenian un mismo objeto, un punto de partida y cierto número de principios comunes, nacidos del mismo origen. De aquí procede que todas se dan el nombre de gnósticos, que afectaban tomar como general para indicar las luces extraordinarias que se jactaban de haber recibido; porque este nombre significa sabio ó iluminado, y le usaban como una calificacion propia de todos los herejes, que desde Simon Mago y los nicolaitas despreciaban la sencillez de la fé, y esforzándose para acomodar á la filosofía los dogmas del cristianismo, finjian haberse elevado al conocimiento del Dios verdadero, oculto para los demas hombres. Su principal objeto era explicar el origen del mal y de la condicion del hombre en la tierra; averiguar por qué y cómo el alma humana se halla encerrada en un cuerpo, en donde está sujeta á la ignorancia y á las miserias; manifestar cómo los desórdenes que ellos hallaban en el mundo, eran conciliables con las perfecciones divinas. Todos los gnósticos sentaban primeramente como base que el mundo no era obra de Dios, y conviniendo en creer la materia eterna, enseñaban que habia sido puesta en movimiento por uno ó varios espíritus inferiores que quisieron ser adorados por los hombres y usurpar la gloria del Dios supremo. Añadian que las almas emanaban del seno de la divinidad; pero que los espíritus criadores del mundo procuraban retenerlas encerradas en los cuerpos, para sujetarlas á su imperio é impedir su vuelta á Dios: que las que les obedecian pasaban sucesivamente á diversos cuerpos; y que las otras, libertadas por el Cristo su-

bian otra vez á su origen, devolviendo á la tierra la cubierta material que les habia servido de cárcel. Negaban pues la resurreccion de la carne, y desechaban la ley y el antiguo testamento como obra de los espíritus opuestos á Dios. Suponian que cierto número de esos espíritus inferiores animaban todas las partes del mundo, y se entregaban á todas las prácticas de la magia para aplacar ó combatir á aquellos, y precaver asi los males de que los creian autores. Ademas para autorizar sus delirios publicaron una multitud de obras apócrifas con nombre de los antiguos patriarcas, de los filósofos orientales ó de algunos discípulos de los apóstoles.

De su moral puede juzgarse lo bastante por las máximas que hemos referido, y cuya exactitud han querido disputar, aunque en vano, ciertos críticos audaces; porque no solo resultan del conjunto completo del sistema de los gnósticos, y se acreditan con el testimonio unánime de los santos padres que habian conocido á aquellos herejes, y leido sus obras, sino que estan ademas enteramente de acuerdo con las acusaciones que los mismos filósofos paganos hicieron á dichos sectarios. En efecto Plotino que publicó contra ellos una obra que poseemos aun, los acusa positivamente de despreciar todas las leyes, de ridiculizar las virtudes consagradas por el respeto de los siglos, de secar el manantial de todo bien destruyendo la templanza y la justicia, de no buscar mas que su interés propio, de no aficionarse mas que al deleite, en una palabra de no hacer caso de lo que se mira como bueno y honesto entre los hombres (1). Su vida ademas correspondia á estas máximas abominables. Detestaban el ayuno y buscaban cuidadosamente todo lo que puede conservar la

(1) Plotino, *Ennead.* II, lib. IX, c. XV.

molicie y halagar los sentidos. Se bañaban á menudo, se perfumaban de dia y de noche, celebraban suntuosos banquetes en sus reuniones, y allí se entregaban á todos los excesos de la disolucion y á las mas infames torpezas. Cuando recibian á un forastero de su secta, el mismo marido no vacilaba en ofrecerle su mujer, y este uso vergonzoso se cohonestaba con el nombre de caridad. Se los acusaba sin embargo de que impedian la generacion, y de que hacian abortar las mujeres; y estas prácticas execrables eran en efecto una consecuencia bastante natural de su opinion sobre el origen y el destino de los cuerpos.

Como todos estos herejes se llamaban cristianos, el horror y el desprecio que su infame doctrina inspiraba, recayeron sobre el mismo cristianismo; porque los paganos no cuidaban de exanimarle, y su malignidad confundia con los verdaderos cristianos á todos los sectarios que tomaban su nombre. De ahí provinieron las calumnias con que denigraban á los fieles con motivo de sus agapes y de sus juntas. El sacrificio eucarístico acerca del cual se guardaba secreto, y que solo era conocido de los fieles en el fondo, era uno de los principales pretextos para aquellas calumnias. Se sabia en general hasta por los mismos escritos de los apóstoles que los cristianos no sacrificaban animales; y que ofrecian una víctima infinitamente mas preciosa, cuya carne comian, y cuya sangre bebian. Sobre esto se forjaban mil cuentos absurdos, que se figuraban ser realidad á causa del sigilo de los cristianos. Su estrecha union pasaba por cábala, y la tierna caridad que tenian unos para con otros, inducia á los paganos á acusarlos de todas las abominaciones que ellos mismos cometian. Asi se decia que para iniciar á un prosélito en sus misterios, le presentaban un niño cubierto de harina y dispuesto de tal modo, que aquel le degollaba

creyendo partir un pan: que inmediatamente acababan los asistentes de despedazar al niño, del que cada uno comia un pedazo; y que el nuevo prosélito, cómplice de este crímen, se veia asi comprometido á guardar el secreto. Añadiase que en sus agapes ó convites de caridad se reunian todos los cristianos, hombres, mujeres y niños, y que al fin cuando se habian calentado con el vino y los manjares, apagaban las luces, y luego á favor de la obscuridad se entregaban al arrebato de sus pasiones brutales sin temer ni el incesto, ni el adulterio. Estas calumnias, divulgadas primero por los judios, fueron recibidas con avidez por la poblacion, y sirvieron por mucho tiempo para excitar su fanatismo contra los cristianos.

El emperador Adriano siguió con respecto á ellos las máximas de Trajano; y como manifestaba disposiciones todavía menos favorables, las acusaciones fueron mas numerosas, y se cuentan gran número de mártires en los primeros años de su reinado. Entre los que padecieron muerte en Roma, se nota á S. Eustaquio con su mujer é hijos, Santa Sofía con sus tres hijas, S. Eleuterio, obispo, y Santa Antia, su madre. En las provincias de Italia citaremos como los mas célebres á S. Faustino, presbítero, y S. Jovita, diácono, que la iglesia de Brescia honra como á sus patronos; Santa Afra, martirizada en la misma ciudad, S. Primo y S. Marcos en Trieste, S. Marciano, primer obispo y patron de la iglesia de Tortona, Santa Sabina, viuda ilustre por su nacimiento, y Santa Serapia, virgen, ambas decapitadas en la Umbria, finalmente S. Antioco que padeció en Cerdeña. En oriente Santa Zoa, muy célebre entre los griegos, fue martirizada en la Panfilia con S. Hespero su marido, y sus hijos Ciriaco y Teodulo. Pero por lo demas son muy pocas las circunstancias que se saben de la muerte de estos santos confesores y de otros varios que se citan en los

martirologios como inmolados en el mismo tiempo.

Tenemos actas que contienen pormenores mas extensos acerca del martirio de Santa Sinforosa y de sus siete hijos. Era viuda de un tribuno llamado Getulo, condenado á muerte como cristiano; y sus virtudes juntas á sus riquezas la señalaban particularmente al odio de los paganos. Queriendo el emperador Adriano dedicar con las ceremonias ordinarias un palacio que acababa de construir en Tívoli, donde vivia Sinforosa, comenzó con sacrificios para consultar los oráculos, y obtuvo por respuesta: «Que los dioses no podian mostrarse propicios mientras durase el ultraje que diariamente les hacia la viuda Sinforosa invocando con sus hijos al Dios de los cristianos.» Mandó pues Adriano prenderla, y con aparente dulzura se esforzó en persuadirla á que sacrificara en honor de los ídolos. Pero ella le respondió con firmeza: «Mi marido Getulo y su hermano Amancio, ambos tribunos vuestros, prefirieron sufrir mil tormentos y perder la vida antes que quemar incienso ante los demonios que adorais; y si su muerte ha parecido ignominiosa á los ojos de los hombres, les ha proporcionado en la sociedad de los ángeles una gloria y una felicidad que no se acabarán.» «Consiente en sacrificar, le dijo Adriano: si no tú y tus hijos sereis sacrificados.» «Seré dichosísima, contestó Sinforosa, en ser ofrecida en sacrificio á mi Dios.» «Vuelvo á decirte, insistió el emperador, que escojas una de estas dos cosas: ó sacrificar á los dioses, ó perecer en los tormentos.» Sinforosa le repuso: «Vuestras amenazas no me harán variar de resolucion: solo anhelo por la dicha de unirme á mi esposo á quien habeis quitado la vida por Jesucristo.» Entonces Adriano ordenó que la condujesen al templo de Hércules, y que la colgasen de los cabellos despues de abofetearla cruelmente; pero como nada hiciese titubear su constancia, mandó precipitarla en el rio. Eugenio

su hermano, y uno de los principales ciudadanos de Tívoli, sacó su cuerpo y le enterró cerca de la misma ciudad.

Al dia siguiente hizo Adriano que llevasen á su presencia á los siete hijos de Sinforosa, y habiéndolos exhortado en vano á que sacrificaran á los ídolos, mandó atarlos á siete pilares puestos al rededor del templo de Hércules estirándoles los miembros con poleas, y por fin les dieron muerte con diferentes suplicios. Crescente, el mayor de todos, fue degollado: el segundo llamado Juliano recibió varias lanzadas en el pecho: Nemesio y Primitivo fueron traspasados en diferentes partes: á Justino le quebrantaron los riñones: á Stacteo le abrieron los costados; y Eugenio el menor fue partido por la mitad del cuerpo. En seguida por órden de Adriano fueron arrojados en un foso profundo que los pontífices paganos nombraron el sepulcro de los siete Biothanatos, es decir, de los siete ajusticiados. Cuando se acabó la persecucion, se recogieron con respeto aquellas preciosas reliquias y se enterraron en el camino de Tívoli á Roma á ocho millas de esta.

Al fin las persecuciones y calumnias de que eran víctimas los cristianos, los determinaron á publicar apologías en su defensa y justificacion. La primera fue la de S. Cuadrato, que habia sido discípulo de los apóstoles, y poseyendo con la ordenacion de obispo el don de profecía imitaba el zelo de aquellos en propagar la fé y predicar la divina palabra á los gentiles. «Porque, dice Eusebio, la mayor parte de los primeros discípulos, llenos de una verdadera sabiduría, empezaban por distribuir sus bienes á los pobres, despues iban á diferentes países á ejercer las funciones de evangelistas, anunciaban á Jesucristo á los que no le conocian, y les llevaban los libros sagrados. Echados así los fundamentos de la religion en un pueblo de infieles nom-

braban obispos, á quienes encargaban el gobierno de la nueva iglesia, y pasaban á otros parajes. Dios trabajaba en todas partes con ellos por la eficacia de su gracia, y el Espíritu Santo obraba por su medio una multitud de prodigios (1).» El emperador Adriano se inició en los misterios eleusinos el año 124 en Atenas, y habiendo servido esta circunstancia como de estímulo para avivar las persecuciones contra los cristianos, S. Cuadrato compuso por aquel mismo tiempo ó poco despues una apología, que dirigió á dicho príncipe y que fue alabada de los antiguos, ya por la pureza de la doctrina, ya por la fuerza del raciocinio. En un corto fragmento conservado por Eusebio manifiesta la diferencia que hay entre los milagros de Jesucristo y los prestigios de los impostores. «En cuanto á las obras de nuestro Salvador, decia este apologista, siempre han sido visibles porque eran verdaderas. Los enfermos que curó ó los muertos que resucitó, no comparecieron solo algunos instantes y delante de poca gente, sino que se mostraron á la vista de todo el mundo y durante muchos años: no solamente pudo verselos sanos y vivos mientras duró la predicacion de Jesucristo, sino mucho despues que el Señor dejó la tierra; de modo que algunos han llegado hasta nuestros dias.»

S. Arístides que era de Atenas como S. Cuadrato, y que antes de abrazar el cristianismo habia hecho profesion de filósofo, publicó por su parte otra apología de que no nos ha quedado nada; pero que dice S. Gerónimo era igualmente elocuente y erudita. Citaba muchos pasajes de los antiguos filósofos para dar mas peso á sus observaciones, fortaleciéndolas con el voto de las autoridades menos sospechosas para los paganos.

(1) Eusebio, *Hist.* lib. III, cap. XXXVII.

Los esfuerzos de estos dos apologistas fueron corroborados por una carta que Serenio Graniano, proconsul de Asia, escribió casi por la misma época, para representar al emperador que la justicia imponia el deber de no conceder á los gritos tumultuosos del populacho la sangre de tanta multitud de cristianos, expuestos cada dia á ser condenados por solo su nombre y sin ninguna forma legal. Movido Adriano de estas reflexiones expidió órdenes en consecuencia á varios gobernadores de provincia, y entre otros á Minucio Fundano, sucesor de Graniano. Este rescripto que S. Justino insertó en una de sus apologías, y que ha conservado Eusebio, estaba concebido en estos términos. «He recibido la carta del ilustre Serenio Graniano, tu predecesor, y no he creido que el asunto debiera despreciarse, porque se trata de precaver desórdenes y de evitar las ocasiones de calumnia. Así si los pueblos de tu gobierno tienen que elevar quejas contra los cristianos, que lo hagan en regla y vayan á sostener sus acusaciones ante tu tribunal, no contentándose con clamores sediciosos, porque á tí te toca entender en esas acusaciones: si alguno se presenta como acusador y prueba que ellos obran contra las leyes, castígalos segun la naturaleza del delito; pero si la querella es calumniosa, cuida de no dejar impune al que la haya entablado (1).»

Esta decision no era bastante precisa para revocar las leyes precedentes y en particular las de Trajano; pero suspendió la persecucion á lo menos por algun tiempo. Desde entonces se mostró Adriano tan bien dispuesto á favor del cristianismo, que hasta tuvo el proyecto de poner á Jesucristo en el número de los dioses. «Mandó edificar templos, dice Lampridio, en todas las

(1) Euseb. Hist. lib. IV., cap. IX.

ciudades sin poner ninguna estátua; y como no estan consagrados á divinidades, llevan aun el nombre de este emperador. Habia mandado construirlos para dedicarlos á Jesucristo; pero le disuadieron los pontífices, que habiendo consultado los oráculos supieron que de ejecutarse este designio todo el mundo se haria cristiano, y los demas templos quedarian abandonados (1).» Tambien publicó el mismo emperador varias leyes, en que se revela evidentemente la inspiracion de los doctores cristianos: prohibió los sacrificios que subsistian aun en ciertos parajes: quitó á los señores el derecho de vida y de muerte que hasta entonces habian tenido sobre sus esclavos, mandando que estos cuando se los acusase de un crímen capital, fueran juzgados por los tribunales ordinarios: finalmente abrogó la ley que permitia dar tormento á todos los esclavos de un hombre muerto violentamente en su casa, y limitó esta disposicion á los que fuesen testigos del homicidio ó hubieran podido evitarle.

El cristianismo, protegido asi momentáneamente contra las violencias populares, no cesaba de estar expuesto á sinsabores de otra clase, ya de parte de algunos sofistas charlatanes que corrian el mundo jactándose de obrar milagros por el poder de los falsos dioses, ya de parte de los filósofos paganos, que en sus escritos ó en sus discursos se esforzaban por combatir los dogmas de los cristianos. Uno de los mas célebres fue un filósofo epicureo llamado Celso, que parece compuso varias obras contra los cristianos; pero sobre todo publicó hácia mediados del segundo siglo un libro con el título de *Discurso verdadero*, lleno de mentiras y de calumnias, donde habia reunido ademas casi todas las objeciones

(1) Lampridio *Vit. Alex.* La última frase de Lampridio sobre los motivos que impidieron esta consagracion, ofrece alguna ambigüedad y puede referirse al emperador Alejandro Severo que tuvo el mismo plan que Adriano. Pero es probable que la misma causa detuvo al uno y al otro.

que pueden discurrirse contra la religion. Hacia que los judios y los cristianos disputasen entre sí, y luego impugnaba á unos y á otros con sus propios razonamientos, intentando sacar una gran ventaja de sus divisiones, vanagloriándose de haber leido todos sus libros, y empleando sucesivamente la injuria, la burla y la discusion; de manera que no omitia, por decirlo asi, ningun argumento de cuantos los incrédulos modernos han repetido despues. Por lo demas se halla en su propia confesion una prueba incontestable de los progresos rápidos que el cristianismo habia hecho, y de las violentas persecuciones que sufrian los que le abrazaban. Tambien se ve por sus objeciones que la divinidad de Jesucristo era un dogma claramente enseñado por los cristianos, supuesto que le sirve de base ó de objeto de sus impugnaciones en algunas de aquellas. Daremos una idea mas completa haciendo conocer el tratado que Orígenes escribió para refutar dicho libró (1).

En los últimos años de Adriano intentó tambien por otro medio un judio llamado Aquila conmover uno de los principales fundamentos de la fé, y arrebatar á los cristianos las pruebas que sacaban de la autoridad de los profetas. Era pagano de origen y natural de Sinope en el Ponto. Sorprendido de los milagros obrados por los cristianos de Jerusalen habia abandonado las supersticiones de la idolatría, y bautizadose. Pero habiéndose

(1) Algunos autores afirman que Celso era un filósofo de la escuela ecléctica de Alejandría, y que su obra se compuso solamente como á fines del reinado de Marco Aurelio. Pero aunque esta opinion no deje de tener algun fundamento; las pruebas que se alegan no son bastante fuertes para hacernos abandonar la opinion mucho mas extendida de que este filósofo apareció desde el tiempo de Adriano. Sin embargo si puede suponerse que publicó desde luego los otros libros que se le han atribuido contra los cristianos; es cierto que la obra cuya refutacion poseemos, no se compuso hasta algunos años despues de la muerte de este príncipe, supuesto que en ella se hacia mencion de algunas sectas que no se conocieron antes de mediado el siglo II.

apegado despues obstinadamente á las vanas observancias de la astrología, fue echado de la iglesia, y de despecho hizo que le circuncidaran, y abrazó el judaismo. Entonces se aplicó á estudiar la lengua hebrea, y dió despues una nueva traduccion de la santa escritura, queriendo corregir la de los setenta, y desnaturalizando ó atenuando todos los pasajes que se refieren á Jesucristo. Esta version fue adoptada por los judios que hablaban la lengua griega.

Ademas de las sectas de que hemos hablado anteriormente, debemos mencionar tambien el error de los milenarios que comenzó á estar en auge bajo el reinado de Adriano. Ya se habia enseñado en Cerintho, y aun se conocia de mas antiguo entre los judios que fueron sus primeros autores; pero la autoridad de Papias contribuyó luego á propagarle mas, atrayéndole algunos partidarios de entre los fieles. Era Papias obispo de Hierápolis en Frigia, y habia sido discípulo de S. Juan Evangelista y compañero de S. Policarpo: hombre de una virtud rara, de un entendimiento cultivado y hasta de bastante habilidad en la literatura; pero de corto juicio, crédulo en demasía y con poquisimo discernimiento. Habia escrito cinco libros con el título de *Exposicion de los discursos del Señor*. En los fragmentos que Eusebio ha conservado, se ve que se informaba cuidadosamente de cuanto los antiguos podian haber aprendido de viva voz conversando con los apóstoles. « No gustaba yo, dice, como la mayor parte, de los que abundaban en palabras, sino de los que enseñaban la verdad, ni de los que publicaban máximas nuevas y desconocidas, sino de los que referian los preceptos comunicados por el Señor. Siempre que encontraba yo á alguno de los que habian sido discípulos de los antiguos, le preguntaba con anhelo acerca de sus discursos y lo que habia dicho Andrés ó Pedro, Juan ó Felipe ó algun otro discípulo del Señor

como Aristion ó el presbítero Juan (1), porque me persuadia á que las instrucciones sacadas de los libros me serian menos provechosas que lo que aprendiera así de viva voz.» Entre las diferentes cosas que referia como sabidas por este medio, mezclaba algunas parábolas atribuidas al Salvador, y errores ó fábulas que referia á tradiciones mal comprendidas, entre otras el desvarío de los milenarios sobre el reinado temporal de Jesucristo: lo que no quita que haya sido adscrito en el número de los santos, porque la iglesia no habia pronunciado aun su juicio sobre este error, que no fue condenado expresamente hasta mucho despues de muerto Papias. San Justino, S. Ireneo, Tertuliano, Lactancio y algunos otros menos conocidos abrazaron despues de él la misma opinion, cuyo fundamento creian encontrar en un pasaje del Apocalipsis mal entendido. Pero su parecer se separaba del de los herejes en un punto esencial: aquellos creian solamente que al fin de los tiempos habria una primera resurreccion únicamente para los justos, y que entonces descendiendo Jesucristo á la tierra para reinar por espacio de mil años en el universo, participarian los santos de este reinado, mandarian á los hombres que aun viviesen, y gozarian con Jesucristo de una felicidad enteramente espiritual. Suponian que la ciudad de Jerusalen seria reedificada por las naciones extranjeras, y aplicaban á esta nueva ciudad lo que se dice de la Jerusalen celestial en el Apocalipsis. Segun ellos este era el céntuplo que Jesucristo prometió en este mundo á los que lo hubiesen dejado todo por él, y al cabo de este reinado temporal de mil años debia efectuarse la resurreccion general y el juicio final, despues de lo cual los justos entrarian en posesion de la

(1) Este presbítero Juan, que Papias distingue del apóstol, podia ser Juan Marcos, primo de S. Bernabé.

gloria eterna. Los judios y los herejes, apegados por el contrario á invenciones mas groseras, enseñaban que la felicidad de los justos consistiria en los placeres sensuales: que pasarian los mil años en festines y deleites contínuos: que podrian vengarse de sus enemigos: que se harian circuncidar, sacrificarian víctimas, y practicarian todas las ceremonias legales: en fin, que los mismos cristianos se convertirian al judaismo, y que los judios dominariau todas las naciones. Los marcionitas, los montanistas y otras sectas heréticas adoptaron el error de los milenarios.

Adriano no conservó hasta lo último las disposiciones benévolas que habia mostrado hácia el cristianismo, y volvieron á empezar las persecuciones en los últimos años de su reinado. Es probable que la rebelion de los judios produjera este cambio, porque comunmente se miraba á los cristianos como una secta del judaismo. Despues de la ruina de Jerusalen en tiempo de Tito los romanos habian permitido reedificar algunas habitaciones en su sitio, y poco á poco se habia levantado de nuevo la ciudad. Adriano quiso acabar de reconstruirla el año 132; pero con la intencion de hacerla colonia romana, y hasta le mudó el nombre dándole el de Elia Capitolina. Al mismo tiempo envió una colonia de paganos para habitarla, y mandó levantar un templo á Júpiter en el sitio del antiguo. Indignados los judios de esta profanacion no se atrevieron con todo á levantarse al pronto contenidos por la presencia del emperador, que se hallaba enentonces Oriente. Limitáronse á hacer en secreto preparativos de guerra, abriendo sobre todo muchos conductos soterráneos á fin de poder reunirse furtivamente, comunicar entre sí, y esconderse ó huir cuando se vieran apurados. Pero habiendo partido Adriano para la Grecia el año 134, estalló públicamente la rebelion, y los judios esparcidos por las diversas

provincias se sublevaron inmediatamente, y acudieron de todas partes á Jerusalen, de modo que todo el Oriente, por decirlo así, se conmovió. Era su jefe un salteador llamado Barcoqueba, despreciable por todos títulos; pero cuyo nombre bastó para reunir bajo sus órdenes á la multitud de los rebeldes. Como este nombre significa en lengua siriaca *hijo de la estrella*; se aplicaba la profecía de Balaam sobre aquella estrella que debia salir de Jacob para someter á los gentiles; y no se necesitó mas para seducir á un pueblo cuya obcecacion participaba de la estupidez. Este impostor trató primero, para aumentar sus fuerzas, de arrastrar tambien á los cristianos á la rebelion, ofreciéndoles el mismo favor que á sus súbditos; pero habiéndose negado aquellos los persiguió con furor é hizo perecer gran número de ellos en los suplicios mas espantosos.

Entretanto Tinnio Rufo, gobernador de la Judea, recibió los refuerzos que necesitaba para embestir á los rebeldes; mas no atreviéndose á presentarles la batalla porque temia igualmente su número y su desesperacion, se contentó con recorrer la campiña cayendo de improviso sobre las partidas sueltas, y matando á cuantos encontraba sin perdonar á mujeres, ni á niños. El emperador envió en seguida tropas mas copiosas bajo la conducta de Julio Severo, general hábil, á quien mandó pasar desde la gran Bretaña á la Judea para terminar la guerra. Este temió asimismo empeñar una accion general, y siguiendo un plan análogo al de Rufo, formó varios destacamentos que atacaron á los rebeldes por todos lados, y estrechándolos poco á poco les cortaron los víveres, y lograron así destruirlos enteramente. Cincuenta plazas fuertes y cerca de mil pueblos fueron arruinados: quinientos ochenta mil judios fueron inmolados con el hierro, á mas de una multitud innumerable que perecieron por el fuego, de

hambre ó enfermedades. Todos aquellos á quienes la guerra habia perdonado, fueron puestos en venta como acémilas en el valle de Mambré, donde se celebraba una feria de animales, y los que no encontraron compradores fueron transportados á Egipto: sus tierras quedaron confiscadas á beneficio del pueblo romano. Jerusalen fue arrasada de nuevo en agosto del año 137. Asi se consumaron la ruina y dispersion del pueblo judio, que quedó sin patria, sin pueblo y sin sacrificio, errante por todas partes enmedio de los otros pueblos, como para dar testimonio al universo del cumplimiento de las profecías.

Adriano reedificó segunda vez á Jerusalen con el nombre de Elia Capitolina, que conservó hasta el tiempo de Constantino; pero varió su recinto y situacion, suprimiendo una parte del antiguo sitio para extender la nueva ciudad hácia el monte Calvario. Prohibió á los judios só pena de muerte entrar en ella ni aun acercarse, y cuidó de poner guardias en diferentes parajes para velar sobre la ejecucion de esta medida. Hizo colocar en la puerta por el lado de Bethlehem un puerco de marmol, animal mirado como inmundo por los judios; pero cuya figura llevaban los romanos en sus banderas. Mandó levantar tambien una estátua de Venus en el sitio del Calvario en que Jesucristo habia muerto, y un ídolo de Júpiter en el de su resurreccion: finalmente dispuso que cerca de Bethlehem se plantara un bosque en honor de Adonis, y le dedicó el establo en que habia nacido Jesucristo.

Hasta entonces la iglesia de Jerusalen casi no se habia compuesto sino de judios convertidos, que practicaban aun la circuncision y las otras ceremonias de la ley de Moises: habia tenido quince obispos, elegidos todos entre los fieles circuncisos. Pero como la prohibicion de Adriano la redujo á solos los cristianos, se

abolieron todos estos restos de las observancias legales, y aquella iglesia comenzó desde entonces á ser gobernada por obispos que no eran judios de nacimiento. Marcos fue el primero elegido entre los gentiles y el décimosexto que la gobernó desde la fundacion del cristianismo.

Apenas sobrevivió Adriano un año á la destruccion de los judios, y señaló el fin de su reinado con odiosas crueldades. Por simples sospechas hizo perecer á varios personajes distinguidos y hasta á individuos de su propia familia. Habiendo caido enfermo de hidropesía se le hizo tan insoportable el exceso de sus padecimientos, que quiso mas de una vez matarse. Al fin desechó todos los remedios, comenzó á comer y beber inmoderadamente, y murió asi el 10 de julio del año 138. Sucedióle Arrio Antonino, á quien poco antes habia adoptado.

LIBRO III.

Desde la destruccion de la nacion judía en 137 hasta fin del siglo II.

El papa S. Telesforo que gobernaba la iglesia hacia once años, fue martirizado en el primero del reinado de Antonino á principios del 139. S. Ireneo le cuenta por primer mártir entre los papas despues de S. Pedro, aunque segun toda apariencia otros hubiesen merecido ya este título, si no por su muerte, á lo menos por su valor en sufrir las persecuciones en honra y nombre de Jesucristo. S. Higinio que le sucedió, murió el año 142, y fue reemplazado por S. Pio, que ocupó quince años la silla apostólica y tuvo por sucesor á S. Aniceto.

Bajo el pontificado de Higinio fue á Roma el heresiarca Valentin, y de allí á poco fue excomulgado. Habia nacido en Egipto hácia el principio del siglo II, y estudiado las letras humanas y todos los sistemas de la filosofía griega y oriental en las escuelas de Alejandría. Primero pareció católico y vivió mucho tiempo en la comunion de los fieles, ya porque disimulase sus errores, ó porque no hubiese perdido aun la fé; pero no habiendo podido conseguir una silla episcopal que ambicionaba, el despecho y la venganza le llevaron desde luego á combatir la doctrina de la iglesia. Creese que en Chipre fue donde empezó á dogmatizar públicamente, despues de haber esparcido en secreto las pri-

meras semillas de su herejía en Egipto y tal vez en Roma. Es incierta la época de su muerte; pero es probable que ocurrió despues del año 160.

El sistema de Valentin no era mas que una ampliacion de los principios de Simon el Mago, de Basilides y de los otros gnósticos, es decir, una mezcla de desvaríos á veces incoherentes é ininteligibles, tomados por una parte de la filosofía de Pitágoras ó de Platon, y por otra de la filosofía oriental. Clemente de Alejandría, Orígenes, Tertuliano y S. Ireneo que refutaron sus errores, todos convienen en referirlos de la misma manera, sea ateniéndose á sus obras, sea con arreglo á las de algunos discípulos suyos; de modo que no es posible ponerlos en duda, por absurdos que parezcan.

El objeto principal de este heresiarca, como el de todos los gnósticos, era sujetar el dogma del cristianismo al dominio de la razon, y libertar al hombre de todos los deberes que pueden imponer sacrificios á la naturaleza. Con este fin convertia la santa Escritura en alegorías para acomodarla á sus ideas, ó desechaba lo que le parecia tan positivo que no se prestaba á interpretaciones arbitrarias. Despreciando la simplicidad de la fé se jactaba de explicar todo lo que el cristiano se contenta con creer, y daba el nombre de ciencia á las extravagancias de una imaginacion delirante. Suponia que en la mansion eterna de la luz donde reside la divinidad, esta difundiéndose habia producido por medio de emanaciones sucesivas una larga genealogía de personas ó de inteligencias inmortales que participaban de la naturaleza divina; y á eso llamaba *eones*, de una palabra griega que expresa la eternidad, abusando así de un nombre que se halla con frecuencia en la Escritura. Estos *eones* eran treinta, unos machos y otros hembras, divididos en tres órdenes y nacidos los unos

de los otros. El primero era la profundidad, que llamaba él tambien el primer ser y el primer padre. Este ser habia permanecido desconocido mucho tiempo en el reposo y en el silencio, sin tener consigo mas que el pensamiento que era como su esposa. De su union habian nacido el entendimiento y la verdad; y estos habian engendrado el verbo y la vida, que produjeron á su vez el hombre y la iglesia. Estos últimos dieron existencia á doce *eones*, entre los que estaban la perfeccion y la sabiduría; y por su parte el verbo y la vida engendraron otros diez; lo que completaba el número de treinta. Todos juntos formaban lo que Valentin llamaba la plenitud. La sabiduría que era el último de los *eones*, habia hecho un esfuerzo para salir de esta plenitud, esperando llegar así á conocer al primer padre; pero la habia detenido una virtud ó potencia designada con el nombre de término ó de límite; y para precaver cualquier otra tentativa de esta clase, el entendimiento habia producido otra vez otras dos potencias, Cristo y el Espíritu Santo, que habian asegurado la morada de los *eones*: despues estos habian dado la existencia á Jesus que se distinguia de Cristo; pero que llevaba su nombre, como reunia tambien en sí los nombres y perfecciones de todos los demas, porque todos habian contribuido á producirle.

Por lo demas Valentin no atribuia al primer ser ni el conocimiento de todas las cosas, ni la providencia universal. El mundo no era obra suya, sino de un ser inferior designado con el nombre de obrero ó *demiourgos*, que existia fuera de la morada de los *eones*, y que debia su origen á una sustancia imperfecta que tambien habia sido producida fuera de dicha morada por el esfuerzo desordenado que la sabiduría habia hecho para salir de allí. Porque de ahí habia resultado un ser informe, cuyos diversos movimientos habian producido los elementos

de la materia; y estos habian sido separados y puestos en órden por un obrero que tenia el mismo origen. Este *demiourgos* habia hecho los siete cielos planetarios, y los dominaba; pero no conocia nada de lo que habia encima de él. Por eso se llamaba único Dios, y habia hecho que le adorasen como tal los judios á quienes habia enviado profetas. Asi los valentinianos desechaban el antiguo testamento como obra de aquel artífice criador, enemigo del Dios verdadero. Otros espíritus inferiores que animaban los astros y las diferentes partes del universo, lograron que los adoraran tambien los paganos; de modo que el verdadero Dios habia estado ignorado de los hombres hasta Valentin. Jesus ó el Salvador habia venido á la tierra para destruir estos errores; pero habiendo resuelto las potestades del mundo crucificarle, habia dejado el cuerpo á que estaba unido, y por consiguiente no habia padecido sino en apariencia.

Seria inutil contar menudamente los errores que son comunes á este heresiarca y á los otros gnósticos. Solo añadiremos que distinguia tres especies de sustancias, una terrestre y material de que se componen los cuerpos, otra animal y sensitiva que es el principio de la vida, y en fin una tercera que llamaba espiritual, aunque segun toda probabilidad no fuese sino una materia algo mas sutil que las otras dos. El hombre segun él se componia de estas tres sustancias; pero la tercera necesitaba extenderse y desprenderse en cierto modo de las dos primeras para que el hombre pudiera alcanzar su perfeccion. Entonces se hacia todo espiritual y no tenia necesidad de fé, supuesto que poseia la ciencia perfecta, ni de buenas obras, una vez que poseia la plenitud del bien. Con arreglo á estos principios los valentinianos despreciaban todos los mandamientos y se dejaban arrastrar sin escrúpulo de todas las pasiones. Las buenas obras no podian ser útiles sino á aquellos en

quienes dominaba aun la parte animal, ó que continuaban bajo el imperio de los sentidos, tales como los católicos segun ellos, á quienes por esta razon llamaban los valentinianos *psíquicos*, de la palabra griega que expresa simplemente la vida, mientras que á sí propios se daban el dictado de *gnósticos* ó inteligentes.

Parece asombroso que unas invenciones tan absurdas encontrasen partidarios; pero se ve la razon en lo que nos manifiestan S. Ireneo y Tertuliano. Los valentinianos se vanagloriaban de ser cristianos y mas perfectos que los otros: apoyaban sus errores con interpretaciones de la Escritura que decian haber aprendido de algunos discípulos de Jesucristo, y que no se habian divulgado, sino comunicado únicamente á unos cuantos capaces de entenderlas; de manera que el que se adheria á ellos, parecia que se elevaba sobre la multitud. Representaba á los católicos como preocupados é ignorantes, que tenian necesidad de creer porque eran incapaces de comprender: ponderaban al contrario como hombres privilegiados á los que los habian instruido en las profundidades de la ciencia, y prometian á sus prosélitos luces brillantes é inesperadas. Luego que seducian á algunos iniciados con el atractivo de la curiosidad, exigian un secreto rigoroso, y no revelaban sino sucesivamente y despues de muchisimo tiempo los misterios ocultos de su doctrina; de modo que sus discípulos, una vez ganados con promesas pomposas, eran detenidos constantemente por el deseo y la esperanza de alcanzar un dia el conocimiento cabal que los mas antiguos se jactaban de poseer. Por otro lado como condenaban el martirio, permitian asistir á las fiestas y sacrificios de los paganos, dispensaban de las buenas obras, y justificaban las acciones mas infames, se concibe facilmente que esta doctrina debia ofrecer un poderoso atractivo á todos los hombres débiles ó poco ilustrados, que encontrando así el medio

de satisfacer sus inclinaciones mostraban poca repugnancia en cuanto al fondo del sistema. En cuanto á lo demas los valentinianos no desechaban los milagros de Jesucristo, ni aun negaban la autenticidad de los cuatro Evangelios, aunque casi despreciaban á los apóstoles; sin embargo adoptaban con preferencia el Evangelio de San Juan, sobre el cual un discípulo de Valentin llamado Heracleon hizo un comentario de que Orígenes ha conservado algunos extractos.

No tardó la secta de los valentinianos en dividirse en varias ramas, y antes de concluir el siglo II produjo una multitud de sectas particulares que recibieron nombres diferentes, y que aunque conservaban la misma doctrina en el fondo, la modificaban mas ó menos considerablemente en ciertos puntos. Segundo y Tolomeo, discípulos de Valentin, añadieron algunos *eones* á los de su maestro: un cierto Teodoto enseñó expresamente que los ángeles, los demonios y las almas humanas son de una naturaleza corporal, y que el curso de los astros determina todas las cosas de este mundo, aun las acciones de los hombres. Heracleon que no tanto se distinguió por ideas propias cuanto por palabras nuevas, usaba para los moribundos de ciertas unciones hechas con agua y aceite mezclados, pronunciando al propio tiempo algunas oraciones en hebreo; con lo que intentaba hacer á aquellos invisibles á las potencias inferiores, á fin de que estas no pudiesen detenerlos y oponerse á que se elevaran á la region de los espíritus. Colarbaso determinaba el número de los *eones* por las letras del alfabeto griego, y sometia tambien á la influencia de los siete planetas el nacimiento y la vida de los hombres. Marcos, su discípulo ó segun otros su maestro, amplió el mismo sistema, y dió su nombre á otra secta por el año 170. Admitia como primer principio de todas las cosas un ser soberano, que segun él era un compuesto cuádruplo

del inefable, del silencio, del padre y de la verdad, y que despues habia producido los otros *eones* por la eficacia de su palabra. Suponia por consiguiente que las palabras tenian una virtud, una fuerza natural; y de ahí deducia que logrando combinar las letras de manera que reprodujesen las palabras pronunciadas por aquel primer ser, se podia participar de su poder y obrar prodigios mandando á los espíritus que animan á toda la naturaleza. Su sistema pues estribaba todo en las supuestas propiedades de las letras y de los números, y no era mas que una mezcla de los desvarios de la cábala y de las opiniones de Pitágoras. Conforme á estas ideas recomendaba las prácticas de la magia á que se dedicaba él tambien. Un prestigio que ejecutaba sin duda por medio de alguna operacion química, hizo creer fácilmente que habia hallado en efecto el secreto de obrar milagros. Ponia agua y vino en un vasito, y despues de pronunciar algunas palabras misteriosas, echaba el licor en un vaso mas grande que llenaba todo y hasta que se vertia por una especie de hervor; y como entonces tomaba un color mas obscuro, suponia que se habia convertido en sangre. Hacia que unas mujeres obrasen este prodigio fingido para persuadirles que les comunicaba un poder sobrenatural: despues con algunas pociones capaces de perturbar los sentidos, á que añadia invocaciones y ademanes extravagantes, exaltaba la imaginacion de las mujeres que se creian capaces de profetizar. Asi logró seducir á muchas, abusando de ellas para satisfacer sus pasiones; porque á ejemplo de los otros gnósticos ponia entre las cosas indiferentes las acciones mas infames. Los sectarios de Marcos iniciaban á sus discípulos, ya por invocaciones pronunciadas sobre un tálamo nupcial, ya por fórmulas hebráicas, á veces por la administracion del bautismo en nombre del ser desconocido, padre de todas las cosas, en nombre

de la verdad madre de todo y en nombre del poder que bajó á Jesus. Sin embargo algunos miraban como inútiles todas estas ceremonias, afirmando que el conocimiento de su doctrina obraba la verdadera redencion, y que no se podia figurar con signos exteriores el misterio de las cosas espirituales é invisibles. Admitieron con especialidad este principio aquellos á quienes se dió el nombre de arcónticos á fines del siglo II, porque establecian un principado ó un arconte particular para presidir cada uno de los siete cielos planetarios. Desechaban el bautismo y los otros sacramentos como símbolos materiales, que no podian convenir sino á los espíritus ignorantes y sensuales. Todo esto, así como la ley, habia tenido por autor al arconte ó al Dios Sabaoth, que reinaba en los cielos inferiores, y no se podia hacer caso de ello luego que se llegaba á adquirir el conocimiento del Dios inefable. El Dios Sabaoth era el que habia engendrado al diablo, y este habia producido á la mujer, por la que entró el mal en el mundo.

Otras sectas de gnósticos, originarias de la escuela de Valentin, fueron señaladas tambien con nombres relativos á algunos de sus dogmas particulares. Los ofites ó serpentinos fueron asi llamados á causa del culto que tributaban á la serpiente, porque se figuraban que Cristo ó la sabiduría habia tomado la forma de dicho animal para ilustrar á los primeros hombres, enseñándolos á despreciar las leyes del *demiourgos* criador del mundo. Mantenian en una especie de jaula una serpiente domesticada, á la que abrian la puerta mientras la celebracion de sus misterios, y subiendo entonces el animal sobre una mesa y enroscándose al rededor de los panes que habia en ella, se acercaban los asistentes á besar y adorar á la serpiente, y luego se repartian los panes consagrados con su contacto. Esta secta parece que tuvo su origen entre los judios, y se dividió despues en

dos ramas distintas, la de que acabamos de hablar, y otra que no queriendo admitir ninguna mezcla de cristianismo, hacia por el contrario profesion de maldecir á Jesucristo. Los sethinos honraban particularmente á Seth, hijo de Adan, como que habia sido producido por la gran virtud de Dios, es decir, por el primero de los *eones* emanados del Ser Supremo, mientras que los otros hombres eran obra de los ángeles subalternos. Añadian que su alma habia pasado á Jesus, de modo que este no era diferente del mismo Seth. Los cainitas recibieron este nombre por la veneracion que daban á Cain y á todos los que la Escritura condena, como Esau, Coré, los sodomitas y el traidor Judas. Afirmaban que todos estos impíos habian conocido la suprema sabiduría ó el Dios verdadero, y que habian merecido la gloria celestial combatiendo la potestad inferior ó el *demiourgos*, autor del mundo y de la ley dada á los judios. Todas estas sectas admitian ademas, como hemos dicho ya, los otros principios que constituian el fondo y el carácter general de la herejía de los gnósticos. Algunas duraron muy poco tiempo, y las otras fueron desapareciendo sucesivamente antes de concluir el siglo IV; de suerte que la secta de los valentinianos se redujo entonces á tan corto número de miembros, que pudo considerarsela como extinguida.

En el tiempo mismo en que Valentin propalaba sus fábulas, Cerdon y Marcion esparcian tambien en Roma otra herejía, análoga algun tanto á la de los gnósticos; pero que se diferenciaba de ella en puntos esenciales. Estos dos heresiarcas eran originarios del Asia, y se adhirieron al sistema de los dos principios, segun la doctrina ya enseñada por Saturnino y ampliada mas adelante por los maniqueos. Todo lo que se sabe de Cerdon, es que habiendo venido de la Siria á Roma bajo el pontificado del papa Higinio, residió allí algun tiempo

propagando secretamente sus errores, y abjurándolos despues para volverlos á abrazar de nuevo; y que separado dos veces de la comunion de los fieles, solicitó una nueva reconciliacion y murió antes de haberla conseguido. Marcion hábia nacido en la provincia de Ponto, y era hijo de un obispo católico, que le expulsó de la iglesia por haber mantenido un trato criminal con una vírgen. Movido mas del castigo que del crímen, y avergonzado de las humillaciones que tenia que sufrir, hizo las mas vivas instancias á su padre para alcanzar el perdon; pero no habiendo podido vencerle, ni reunirse á la iglesia tan pronto como lo deseaba, tomó el partido de ir á Roma, donde esperaba encontrar mas facilidad é indulgencia. Llegó allá despues de muerto el papa Higinio, y se dirigió á los mas antiguos del clero, que no quisieron admitirle en su comunion sin el consentimiento de su padre. Arrebatado entonces de despecho les dijo colérico: «Yo despedazaré vuestra iglesia, é introduciré en ella una division eterna.» Unióse pues con el heresiarca Cerdon, adoptó sus errores, y los enseñó abiertamente en varios puntos, dando nombre á su secta. Se cree que recorrió sucesivamente el Egipto, la Siria y el Asia menor; pero residió mas tiempo en Roma, donde dogmatizó con particularidad bajo el pontificado de S. Aniceto.

Consistia el punto fundamental de su sistema, como acabamos de decirlo, en admitir dos principios de todas las cosas, uno bueno y otro malo. Sin embargo atribuia al primero mayor poder, y le hacia autor de un mundo invisible y producido por emanaciones diversas; de modo que bajo este respeto se adheria á todos los desvarios de los gnósticos sobre la generacion de los *eones*; pero se desviaba de ellos en no referir á estos el origen de su Dios criador, de quien hacia un principio existente por su naturaleza. Este segundo

principio era el autor del mundo visible, que habia formado disponiendo la materia eterna como él; y para sujetar las almas á su imperio, habia hallado medio de aprisionarlas en los cuerpos, que debian arrastrarlos al mal por la violencia de las 'pasiones. En consecuencia Marcion se declaraba enemigo de la carne, y obligaba á sus sectarios á combatirla con la abstinencia del vino y de las carnes, á buscar la muerte corriendo por sí mismos al martirio, y á ayunar el dia del sábado en odio al Criador. Condenaba tambien el matrimonio por el mismo motivo, é imponia la continencia como un deber rigoroso, no dando el bautismo sino á los que prometian guardarla. Finalmente negaba la resurreccion de los cuerpos y admitia la metempsícosis para las almas que no habian sabido hacerse superiores á los sentidos. Como Marcion atribuia al principio malo la ley dada á Moises, la desechaba con todo el antiguo testamento, y afirmaba que Jesucristo habia sido enviado para combatir el poder del Criador oponiéndose á todo lo que venia de él, y que habia bajado á los infiernos no para salvar á los justos que habian observado la ley, sino á Cain y á todos los pecadores condenados por la Escritura como enemigos del Dios de los judios. Inferia de ahí que no debiendo participar nada del Criador, Jesucristo no habia tenido cuerpo real, y que su nacimiento, su pasion y todas las circunstancias de su vida habian sido aparentes. Marcion procuraba probar todos estos errores con algunos pasajes del Evangelio, y habia compuesto una obra con el título de *Antítesis* para mostrar las oposiciones que decia existian entre el antiguo y el nuevo testamento.

La secta de los marcionitas hizo rápidos progresos y duró por espacio de algunos siglos; pero como todas las otras se dividió muy pronto á resultas de las variaciones que introdujeron los discípulos de Marcion en

su doctrina. Apeles, el mas célebre de éntre ellos, fue expulsado por un pecado de incontinencia, y huyendo de la vista de su maestro se retiró á Egipto, y se hizo jefe de una secta particular que llevó su nombre. No admitia mas que un primer principio, del cual habian emanado varias potencias y una entre otras que habia formado el mundo visible por el modelo de un mundo superior, cuya perfeccion sin embargo no habia podido alcanzar. Daba el nombre de Dios á esta potencia creadora como tambien al primer principio, y la consideraba como la verdadera causa del mal, aunque la suponia mas bien imperfecta que mala. En cuanto á Jesucristo no le daba simplemente la apariencia de un cuerpo como Marcion, sino que decia que al bajar á la tierra el hijo de Dios se habia formado un cuerpo aereo, cuyos elementos habia tomado en los diferentes cielos; y que despues de su resurreccion habia restituido á cada cielo los elementos que de él provenian; de modo que el espíritu solo habia vuelto al seno de la divinidad. Referia al principio bueno el origen de las almas, y creia que el criador las habia encerrado en cuerpos de diferente sexo, porque ellas mismas presentaban una diferencia semejante. Para autorizar estas aberraciones publicaba revelaciones fingidas de una doncella llamada Filumene, que se decia inspirada, y que habia grangeado la fama de profetisa con el auxilio de ciertos prestigios. Ademas aparentaba en su vejez gran severidad de costumbres; pero aunque conocia muy bien el poco fundamento de sus errores, el orgullo no le permitió volver á abrazar la doctrina del Evangelio. Un dia que Rodon, doctor católico, le había estrechado fuertemente en la disputa hasta el punto de hacerle confesar que se adheria á sus principios antes por instinto que por razon; se vió reducido á decir que era menester no examinar la religion: que cada uno debia permanecer fir-

me en la creencia que una vez habia abrazado; y que todos los que hubieran puesto su confianza en Jesucristo, se salvarian con tal que hubiesen hecho buenas obras.

Otros discípulos de Marcion agregaron á los dos principios admitidos por él otro tercero que no era ni enteramente bueno, ni enteramente malo, y que miraban como el criador del mundo y el autor de la ley mosaica. Suponianle en guerra perpetua con el principio malo, añadiendo que uno y otro eran sin embargo opuestos al principio bueno, cuyo nombre y gloria querian usurpar igualmente. Para librar á los hombres del imperio tiránico de estas dos potestades, el Dios supremo habia enviado á su hijo revestido de un cuerpo aparente á fin de hacerle visible; pero aquellas se habian reunido para perseguir á Jesucristo, aunque sin lograr hacerle daño por lo mismo que su cuerpo no era real. Segun estos herejes, las almas que habian abrazado la doctrina de Jesucristo, formaban el imperio del principio bueno, mientras que el criador mandaba á los judios, y el principio malo á los gentiles. S. Justino, S. Ireneo y algunos autores, cuyas obras se han perdido, impugnaron estos errores extravagantes. Tertuliano sobre todo los refutó con mucha extension en su tratado contra Marcion.

Aunque bajo el reinado de Antonino no se nota persecucion general; los cristianos no dejaron de ser perseguidos en diferentes parajes só pretexto de ateismo; porque los pontífices paganos y la multitud de ministros subalternos, cuya suerte estaba ligada al sostenimiento de la idolatría, empleaban ordinariamente esta acusacion para excitar sublevaciones contra ellos, representando su impiedad como la verdadera causa de todas las calamidades públicas. Para justificarlos pues escribió San Justino una célebre apología que ha llegado hasta noso-

tros. Este filósofo cristiano habia nacido á principios del siglo II en Siquem, llamada tambien Flavia Neapolis, en la Samaria; sin embargo era pagano y griego de origen, y se cree que tenia unos treinta años cuando abrazó la religion cristiana. Antes de su conversion se habia entregado con ardor al estudio de la filosofía, y experimentando sucesivamente todas las sectas al cabo se adhirió á la de Platon que le satisfacia mas, porque parecia que desprendia el alma de las cosas sensibles, y le daba la esperanza de llegar pronto á la contemplacion inmediata de la divinidad. Un dia que se paseaba á la orilla del mar buscando la soledad para meditar mas tranquilamente, encontró á un anciano venerable que le dirigió la palabra é hizo recaer insensiblemente la conversacion sobre las cuestiones mas serias: dióle á conocer la vanidad de los conocimientos fundados únicamente en las especulaciones filosóficas y la necesidad de buscar la verdad en origen mas elevado; porque le manifestó que la ciencia verdadera no debe limitarse á discursos, sino dirigirse á las obras y á la práctica: que Pitágoras, Platon y los demas sabios del paganismo no habian conocido bien ni la naturaleza de Dios, ni la del alma, ni el destino del hombre, añadiendo que los profetas inspirados de Dios eran los únicos que habian anunciado al mundo todas las verdades necesarias, y que las habian probado con predicciones cumplidas y con milagros visibles, de modo que las apoyaban con una autoridad manifiesta y no con una serie de razonamientos que se ocultan á la penetracion del pueblo. Este discurso despertó en S. Justino los deseos mas vivos de estudiar las divinas escrituras, y abriéndole los ojos la luz de la gracia á medida que meditaba los libros santos, no tardó en conocer lo absurdo del paganismo y la verdad de la religion cristiana. La constancia de los mártires fue tambien otro motivo poderoso que determinó su conver-

sion; y el desprecio que hacian de la muerte y de los suplicios mas crueles, sirvió de hacerle entender la falsedad de las calumnias divulgadas contra los cristianos, porque le pareció imposible que unos hombres que consentian así perder la vida en vez de rescatarla con una retractacion, estuviesen sumergidos en el vicio ó en la voluptuosidad.

Hecho cristiano S. Justino conservó la capa de filósofo que llevaban la mayor parte de los que profesaban las ciencias ú observaban una vida mas austera; y con este traje enseñó las verdades del cristianismo sin temer ni las violencias de los perseguidores, ni el odio ó el desprecio de los paganos. Recorrió la Italia, el Egipto y algunas provincias del Asia para propagar la doctrina evangélica y atraer los pueblos al conocimiento de la religion verdadera. En Roma donde parece que hizo su residencia ordinaria, abrió una escuela de filosofía cristiana para instruir á cuantos iban á escucharle; aprovechando con alegría todas las ocasiones de conferenciar con los judios ó los gentiles, y responder á las diversas cuestiones que le proponian. A los primeros oponia el testimonio de los profetas, y combatia á los otros con la autoridad de sus filósofos y de sus poetas, porque era tan hábil en las ciencias profanas como en el conocimiento de las Escrituras, segun se ve por la erudicion de toda especie que se observa en sus obras.

Hácia el año 150 compuso su gran apología en favor de los cristianos, y la dirigió al emperador Antonino y á sus dos hijos adoptivos. En ella declara su nombre, el de su padre y el lugar de su naturaleza, despues de lo cual empieza así con una firmeza noble y animosa: « La razon nos enseña que los que son verdaderamente piadosos y filósofos, no estiman ni buscan mas que la verdad sin arredrarse por las opiniones de los antiguos cuando de ella se desvian. Por todas partes

os llaman piadosos y filósofos: se dice que observais la justicia y que amais la ciencia: por los efectos se verá lo que ha de crerse de esto; porque no tratamos de disimularos nada en este escrito, sino pediros una justicia exacta y rigorosa, fundada en las reglas de la equidad y no en las preocupaciones, las pasiones, las calumnias ó las prevenciones supersticiosas de los que nos acusan. Haganse informaciones contra nosotros; y si se prueban los crimenes que se nos imputan, castiguesenos como ellos merecen y aun mas severamente, pero si no se descubre nada criminal en nuestra conducta, la razon os prohibe condenar á inocentes por acusaciones vagas y por cómplacer á una multitud ciega.»

S. Justino, examinando y combatiendo los diversos pretextos de que se valian para acusar á los cristianos, demuestra primero cuán injusto es perseguirlos por su nombre solo, que no pueden confesar sin ser castigados, aunque baste negarle para ser absuelto; de modo que se librarian del suplicio si tuvieran menos virtud y no prefirieran la muerte á una vida comprada con la mentira. Pasa despues á destruir las sospechas que propendian á pintarlos como enemigos del imperio. «Cuando se os cuenta, dice que nosotros esperamos un reino, creeis sin discernimiento que se trata de un reino terreno, aunque sea fácil de entender que hablamos del del cielo: porque el sacrificio que hacemos de nuestra vida perseverando en declararnos cristianos, muestra bien claramente que nuestras esperanzas se extienden mas allá de este mundo. Si os dignarais de examinar nuestros principios y nuestra conducta; os convenceriais de que no hay ciudadanos mejor dispuestos que nosotros á conservar la tranquilidad pública, supuesto que creemos expresamente que nadie puede ocultarse á los ojos de Dios, ni el malvado, ni el avaro, ni el traidor, ni el hombre de bien, y que debe juzgarnos un dia y castigarnos ó recom-

pensarnos segun el mérito de nuestras acciones.»

Para responder á la acusacion de ateismo expone la fé de los cristianos, que reconocen por Dios verdadero el ser eterno é infinito, Criador de todas las cosas, con Jesucristo su hijo, crucificado bajo el poder de Poncio Pilato, y el Espíritu Santo que habló por los profetas. Despues ensalza la gloria y prueba la divinidad de Jesucristo por la sublimidad de su doctrina, por los efectos de su gracia, por sus milagros, por su resurreccion y finalmente por el cumplimiento de las profecías. «No puede, dice, tratarse á los cristianos de locos porque adoran á un hombre crucificado, pues que es al mismo tiempo la sabiduría suprema que muda enteramente á los que se llegan á él. En otro tiempo no buscabamos mas que el deleite y la disolucion: ahora solo amamos la pureza: no buscabamos mas que los medios de enriquecernos: ahora hacemos nuestros bienes comunes, ó si los conservamos es para hacer participantes de ellos á los que lo necesitan. El espíritu de venganza y de odio que reinaba entre nosotros, se ha extinguido para dar lugar á una caridad universal que se extiende hasta nuestros enemigos: pedimos por ellos para que participen como nosotros de las promesas divinas: ejercemos la hospitalidad con todo el mundo, cuando antes se limitaba á nuestros parientes y compatriotas.» Despues de referir los preceptos de la moral de Jesucristo sobre el amor á los enemigos, sobre el perdon de las injurias, la limosna y la castidad, que reprueba aun los pensamientos, añade: «Esta admirable doctrina ha producido tales efectos, que entre las personas de ambos sexos imbuidas en ella desde su niñez hay muchas de 60 y mas años que han guardado toda su vida la pureza del celibato, y puedo señalar algunas en todos estados y condiciones. En cuanto á los que han pasado de la disolucion á una vida ordenada, es infinito el número.»

S. Justino no teme invocar la autoridad de los filósofos para dar á conocer mejor la verdad de los dogmas cristianos sobre la inmortalidad del alma, las penas y las recompensas de la vida futura. Manifiesta tambien que las fábulas de los paganos acerca del nacimiento de sus dioses, de los trabajos de algunos y de las pasiones de todos eran demasiado absurdas y ridículas, para que se atrevieran los que las admitian, á despreciar la fé de los cristianos. Enseña que Jesucristo es verdaderamente el hijo de Dios: que ha sido engendrado como su Verbo, su primogénito y su virtud omnipotente; y que si ha consentido en encarnarse segun la voluntad del Padre por salvar á los que creyeran en él; si ha padecido humillaciones y la muerte; no ha sido por necesidad, sino voluntariamente, y á fin de vencer la muerte con su resurreccion. Explicando despues las profecías que conciernen á Jesucristo, remite á las actas de Pilato para probar su cumplimiento, asi como la realidad de los milagros obrados por el hijo de Dios. Insiste sobre las profecías que miran á la ruina de Jerusalen, á la reprobacion de los judios y á la conversion de los gentiles, porque su cumplimiento visible y reciente ofrecia una prueba manifiesta en favor de la religion. «Pero no sucede asi, dice, con las fábulas de vuestros poetas, de que no se puede dar ninguna prueba; al contrario es fácil demostrar su falsedad. Dice tambien que los demonios habian hecho que se prohibiera só pena de la vida la lectura de los libros de las Sibilas ó de los profetas, para que el temor de la muerte estorbase á los hombres conocer la verdad; lo que no nos impide, añade, leer osadamente los profetas y hasta alegaros su autoridad.»

Despues de esta exposicion de la doctrina cristiana y de las pruebas que la establecen, se queja S. Justino de que los cristianos son los únicos á quienes se persi-

gue, mientras que se consienten todas las demas religiones: «Es permitido, dice, adorar árboles, rios, gatos, cocodrilos ú otros animales: cada nacion tiene sus dioses diferentes, y los honra con culto propio; de modo que las víctimas y los sacrificios varian segun los lugares, y todos los pueblos son impíos unos con respecto á otros. Sin embargo el gran cargo que nos haceis, es que no adoramos los mismos dioses que vosotros, y que no ofrecemos á los muertos ni libaciones, ni coronas, ni sacrificios.» Añade que se tolera igualmente á los sectarios de Simon Mago, á quien se ha honrado con una estatua, á los de Menandro, de Marcion y otros herejes acusados de las infamias mas vergonzosas. En cuanto á los verdaderos cristianos demuestra con la santidad de sus máximas y con su conducta exterior que no pueden ser culpables de tales abominaciones, y hace notar al mismo tiempo cuán distantes estan de los vicios monstruosos tolerados públicamente entre los paganos.

Faltaba justificar á los cristianos tocante á sus reuniones que servian de pretexto segun se ha visto para odiosas calumnias; por este motivo no vacila S. Justino en revelar su secreto, aunque ordinariamente no era permitido hablar de ellas delante de los que no eran cristianos: «Debo ahora, dice, exponeros de qué manera somos renovados en Jesucristo y consagrados despues á Dios, para que no se sospeche que disimulamos de intento estos misterios como criminales y sacrílegos. Cuando alguno, persuadido de nuestra doctrina, promete llevar una vida conforme á ella, le obligamos primero á ayunar, á orar para conseguir el perdon de sus culpas pasadas, y nosotros ayunamos y oramos tambien con él: despues le conducimos á un paraje donde hay agua, á fin de regenerarle del mismo modo que lo hemos sido. Le lavamos en el agua en nombre de Dios pa-

dre, criador y dueño del universo, en nombre de Jesucristo, nuestro Salvador, y del Espíritu Santo: llamamos este bautismo *iluminacion*, porque las almas reciben en él la luz de la fé.

«Despues de esta ablucion llevamos al nuevo fiel al lugar donde estan congregados los hermanos, y hacemos en comunidad fervientes oraciones tanto por nosotros mismos y por el recien bautizado, cuanto por todos los hombres en general. Acabadas las oraciones nos saludamos con el beso de paz. En seguida se presenta al que preside, pan y un caliz con vino y agua mezclados. Luego que toma uno y otro, glorifica al padre en nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y le da largamente las gracias por los dones que recibimos de su bondad. Cuando se terminan las oraciones y la accion de gracias, todos los asistentes responden en alta voz *amen*, palabra hebrea que quiere decir asi sea, manifestando con esta aclamacion que toman parte en los votos y en las bendiciones del pastor: despues los que llamamos diáconos ó ministros distribuyen á cada uno de los fieles el pan y el vino consagrados, que llevan tambien á los ausentes. Este alimento ha recibido el nombre de *Eucaristía*, y solo se permite participar de él á los que creen la verdad de nuestra doctrina, que han sido regenerados por el bautismo, y viven conforme á los preceptos de Jesucristo, porque no le tomamos como un pan comun y una bebida ordinaria, sino que sabemos que habiendo sido consagrados por las palabras que el Verbo de Dios nos enseñó, se han convertido en la carne y la sangre de Jesucristo que se hizo hombre por amor nuestro.

«El domingo que se llama el dia del sol, todos los que viven en la ciudad ó en el campo, se congregan en un mismo lugar. Allí se leen los escritos de los apóstoles ó los libros de los profetas; y despues el que presi-

de pronuncia un discurso exhortando á los fieles á que practiquen las verdades que acaban de oir. Nos levantamos en seguida todos juntos, y hacemos nuestras oraciones: ofrecese el pan y el vino para consagrarlos y distribuirlos como he dicho; y los mas ricos dan libremente y segun sus facultades una limosna que se deposita en manos del presidente. Este atiende con aquel dinero á las necesidades de las viudas, de los huérfanos, de los enfermos, de los presos y de todos los pobres en general. Nos juntamos el domingo, porque es el primer dia en que Dios hizo el mundo, y porque en él mismo resucitó Jesucristo de entre los muertos.»

S. Justino concluye su apología con estas palabras: «Si la doctrina que acabamos de exponer os parece razonable, respetadla como merece: si la juzgais impertinente, despreciadla; pero no por eso condeneis á muerte á unos hombres que no han hecho ningun mal, porque no titubeamos en declararos que si perseverais en esta injusticia, no evitareis el juicio de Dios. Nosotros que hemos cumplido nuestro deber, continuaremos diciendo á Dios: «Cúmplase su voluntad en todas las cosas.» Podiamos invocar las disposiciones contenidas en la carta del ilustre Adriano vuestro padre; pero confiados en vuestra equidad hemos preferido fundar nuestra defensa en la justicia de nuestra causa.» En seguida pone el rescripto de Adriano á Minucio Fundano.

Puede creerse segun el testimonio de Orosio que esta apología causó impresion á Antonino, y le hizo propicio á los cristianos (1). A lo menos es cierto que escribió á algunas ciudades, entre otras á Larisa, Tesalónica y Atenas y generalmente á todos los griegos, pro-

(1) Orosio, *Hist.* lib. VII, cap. XIV.

hibiéndoles que excitáran disturbios y sublevaciones contra aquellos (1). Consultado tambien por diferentes gobernadores les mandó conformarse con el rescripto de Adriano. Finalmente habiéndosele quejado los fieles del Asia de las vejaciones de toda clase que tenian que sufrir de sus conciudadanos, envió órdenes terminantes á los estados de esta provincia por medio de una carta, que Eusebio ha conservado, y que contiene un testimonio tan honroso para los cristianos, que creemos debe insertarse aquí toda entera.

«Estoy bien convencido que los dioses mismos tendrán cuidado que esa clase de personas no eludan el castigo, porque á ellos mas que á vosotros toca castigar á los que rehusan adorarlos. Sublevándoos contra esos hombres á quienes acusais de impiedad, los haceis aun mas obstinados en su opinion, supuesto que no tanto desean vivir, como ser sentenciados á muerte y padecerla por su Dios; de modo que triunfan sacrificando su vida antes que consentir en lo que exigís de ellos. Con respecto á los temblores de tierra pasados ó presentes no es inútil exhortaros á que compareis vuestro abatimiento con las disposiciones de esas gentes, porque entonces tienen mas confianza en su Dios, cuando vosotros que en los tiempos comunes despreciais igualmente el culto de los dioses y el del inmortal, perseguís hasta la muerte á los cristianos que le honran. Algunos gobernadores de provincia habian consultado ya á mi padre acerca de este punto, y les respondió que no habia que perseguirlos si no intentaban alguna empresa contra el imperio. A varios que me han escrito tambien les he dado la misma respuesta. Si en lo sucesivo se continúa denunciando á alguno de ellos como cristiano, que no deje de ser absuelto

(1) Eusebio, *Hist. ecles.*, lib. IV, c. XXVI.

aun cuando se le convenza de serlo en efecto, y que el acusador sea castigado segun las leyes.»

Este rescripto se envió el año 152, y se publicó en Efeso en la asamblea de los estados del Asia. Por algun tiempo contuvo las persecuciones en dicha provincia; pero no hízo ley general, y despues de la muerte de Antonino, aunque no se abrogó formalmente, no faltaron pretextos para eludir sus disposiciones; de manera que cesó de observarse y cayó en desuso como otros rescriptos particulares que no sobrevivian al príncipe de quien emanaban. Por lo demas ofrece una nueva prueba de las persecuciones provocadas por los tumultos populares, al mismo tiempo que nos descubre su causa en la acusacion de impiedad que se repetia sin cesar, y principalmente cuando sobrevenian calamidades en el imperio, que no dejaban de atribuirse á la cólera de los dioses irritados con los cristianos. Esta preocupacion subsistia aun entre los paganos al principio del siglo v; y S. Agustin se vió obligado á refutarla en su libro de la *Ciudad de Dios.*

En el reinado de Antonino y primer año del pontificado de S. Aniceto que fue elevado á la silla apostólica el año 157, fue á Roma S. Policarpo, obispo de Smirna, á conferenciar con aquel papa sobre diferentes puntos de disciplina, y particularmente sobre la celebracion de la Pascua. Las iglesias del Asia menor y de algunas provincias inmédiatas celebraban esta fiesta al mismo tiempo que los judios, es decir, el dia décimocuarto de la luna del primer mes, en cualquiera dia de la semana que cayese, queriendo en esto conformarse con la tradicion de los apóstoles S. Juan y San Felipe. La costumbre de Roma, de Alejandría y de todo occidente era esperar al domingo siguiente á fin de celebrarla el dia en que Jesucristo resucitara. No pudiendo S. Policarpo y S. Aniceto ponerse de acuerdo

en este punto, despues de haber concordado en todo lo demas, convinieron en atenerse cada uno á su costumbre sin romper la paz y la comunion por esta disidencia. S. Aniceto por respeto á la edad y á las virtudes de S. Policarpo, discípulo de S. Juan y dotado del don de profecía, le concedió el honor de celebrar en lugar suyo los santos misterios en la congregacion general de los fieles. No se alteró la paz entre todas las iglesias á pesar de la diferencia de su uso en esta cuestion de disciplina. S. Policarpo durante su mansion en Roma empleó su zelo contra las herejías, y las impugnó con eficacia, oponiéndoles la autoridad del apóstol S. Juan, cuyas instrucciones habia oido: restituyó al seno de la iglesia á algunos de los que Valentin y Marcion habian pervertido. Suponen tambien diversos autores con mucha verosimilitud que entonces fue cuando envió á algunos discípulos suyos para propagar la fé.

S. Hegesipo, el primero que escribió la historia de la iglesia, fue tambien á Roma por el mismo tiempo con corta diferencia: era judio de nacimiento, y se agregó desde luego á la iglesia de Jerusalen. Desde el tiempo de Adriano se distinguia entre los que combatian á los herejes de viva voz ó por escrito. Para probar mejor la verdad de la doctrina católica quiso recorrer las diferentes iglesias y recoger en todas partes las tradiciones apostólicas, comprobar su antigüedad, y manifestar por su misma uniformidad que se habian conservado inalterables. En sus viajes conferenció con varios obispos, y daba testimonio que habia oido de la boca de todos una sola y misma doctrina, y que no habia ninguna silla episcopal, contando la sucesion desde los apóstoles, en que no se guardase fielmente lo que los profetas y Jesucristo mismo habian enseñado. Durante su residencia en Roma escribió con el objeto que acabamos de decir, los principales aconte-

cimientos ocurridos en la iglesia desde la pasion de Jesucristo hasta su tiempo. Dividiase la obra en cinco libros, y estaba escrita con mucha sencillez, porque el autor quiso imitar el estilo de los apóstoles asi como su vida. Desgraciadamente se ha perdido esta obra, y no quedan mas que unos fragmentos conservados por Eusebio. Llegado á Roma Hegesipo residió alli por mucho tiempo, y todavía permanecia en el pontificado de Eleuterio, que reemplazó en el año 177 á S. Sotero, sucesor de S. Aniceto. Se cree que murió hácia el año 180. Con el nombre de Hegesipo se han publicado cinco libros sobre la ruina de Jerusalen; pero evidentemente son de un autor mucho mas moderno.

El emperador Antonino murió el año 161 á los 74 de edad, sentido igualmente del pueblo y del senado. Su clemencia y sus demas virtudes le habian grangeado el renombre de piadoso y el título de padre de la patria. Dejó el imperio á sus dos hijos adoptivos Marco Aurelio y Lucio Vero, que llevaron tambien el nombre de Antonino. Marco Aurelio que era al mismo tiempo su yerno, fue declarado desde luego único emperador; pero al punto dividió el mando con Lucio Vero á quien declaró su colega; y fue la primera vez que se vió reinar á dos emperadores juntos. El segundo, entregado enteramente á la molicie y dominado por sus libertos, casi no retuvo de la autoridad sino lo que necesitaba para satisfacer con mas facilidad sus vicios y su inclinacion á los placeres. Ademas solo reinó ocho años, y por su muerte dejó á Marco Aurelio único señor del imperio. Debia este á la naturaleza excelentes calidades que su esmerada educacion aumentó tambien; pero tuvo asimismo los defectos inherentes al cáracter de aquella educacion y de la filosofía que habia abrazado. Desde la edad de ocho años el emperador Adriano le habia puesto en compañía de los salios consagrados á Marte. Pasó

por todos los cargos, desempeñó todas las funciones, aprendió de memoria todas las palabras que debia pronunciar en las ceremonias solemnes, y se atribuyó un mérito tan grande á su habilidad, que pronto se acostumbró á dar precio y valor á estas prácticas minuciosas. Suponia traer su origen del rey Numa, y afectaba asemejarsele por su adhesion y zelo á la religion de los romanos. A la edad de doce años escasos profesó abiertamente la filosofía, y se dedicó á ella con tanta pasion, que vistió el traje y recibió á veces el renombre de filósofo. Adoptó los principios de los estóicos que á la verdad se distinguian por una moral mas austera; pero que tambien eran los mas supersticiosos, y que se jactaban sobre todo de ser inflexibles en sus resoluciones é inexorables por las menores faltas, porque tenian por máxima que todas las faltas son iguales, y que el sabio no se equivoca ni varia jamás.

Con tales disposiciones no es extraño que Marco Aurelio haya mostrado rigor y hasta crueldad con los cristianos, que despreciaban todas las supersticiones paganas. Tambien le instigaban contra ellos los filósofos, cuya influencia era omnipotente en su ánimo, y que no cesaban de combatir con sus calumnias la pureza de las virtudes evangélicas, tan evidentemente superiores á todos los esfuerzos de su ostentacion. Sin embargo no parece que haya publicado nuevos edictos para decretar una persecucion general; pero consintió y aun estimuló todas las persecuciones particulares, que se multiplicaron mas que nunca en las provincias, porque los pueblos no temian ya abandonarse á todas las inspiraciones de su odio ciego, y los mismos gobernadores fomentaban este fanatismo, sea de resultas de sus prevenciones personales, ó para conformarse con las disposiciones del jefe del estado. Las acusaciones de ateismo, las leyes contra las sociedades ó contra las religiones no autorizadas, la prohibicion de leer los

libros proféticos y aun en algunos lugares las órdenes de los magistrados ó los decretos de las juntas populares servian de pretexto á la persecucion, cuya consecuencia infalible era la muerte, conforme al edicto de Trajano, para todo cristiano que una vez acusado no consentia en renegar su fé. Algunos ejemplos que referiremos en seguida, harán ver con qué furor pedia el pueblo la sangre de los cristianos. Para justificar este encarnizamiento se procuraba acreditar las calumnias esparcidas contra ellos, y se hacian sufrir los mas duros tormentos á esclavos, mujeres y niños, á fin de que declarasen que los cristianos cometian en secreto todo género de abominaciones y de crímenes.

La persecucion fue sobre todo violenta en Asia, donde los paganos y los judios ostentaban en todas las ocasiones los arrebatos de un fanatismo cruel: entonces fue cuando S. Policarpo, obispo de Smirna, padeció el martirio con otros varios cristianos. Habia llegado á una edad muy avanzada, y gobernaba aquella iglesia hacia cerca de 70 años: en ella le colocó antes de concluir el segundo siglo el apostol S. Juan, de quien era díscipulo al mismo tiempo que S. Ignacio. Parece tambien que habia conversado con otros apóstoles ó á lo menos con algunos de los discípulos que habian visto á Jesucristo; y la ventaja de haber sido instruido por tales maestros, unida á su edad y al brillo de sus virtudes, le daba grande autoridad, que empleaba en conservar la pureza de la verdadera doctrina en todas las iglesias de Asia. En tiempo del proconsul Cuadrato, gobernador de aquella provincia, doce cristianos de Filadelfia fueron conducidos á Smirna, y sentenciados á muerte en diferente género de suplicios. Algunos fueron desgarrados con varas en tales términos, que de todas sus venas corrian rau-

dales de sangre, y se descubrian hasta sus entrañas: á otros los estiraban en caballetes, y les hacian sufrir tormentos horrorosos: para apurar su paciencia los echaban cubiertos de llagas sobre conchas ó piedras agudas; pero la esperanza de una recompensa próxima mitigaba la violencia del dolor, y no pudo arrancarseles ni una queja, ni un suspiro. Algunos fueron expuestos á las fieras, entre otros un jóven llamado Germánico, cuya generosa firmeza sirvió para fortificar el valor de sus compañeros. Como el procónsul le exhortase á compadecerse de sí mismo, y á no sacrificar así una juventud floreciente; el santo mártir en vez de escucharle se adelantó al punto hácia un leon feroz, que le despedazó y le devoró. Esta constancia inflexible excitó la admiracion de los mismos paganos, algunos de los cuales no pudieron contener las lágrimas á vista de tantas crueldades; pero la multitud no por eso aplacó su furor, y el anfiteatro resonó con estos gritos tumultuosos: «Quitad á los impíos: que busquen á Policarpo.»

Advertido el santo obispo que pedian su muerte no se turbó; pero á instancias de los fieles consintió en retirarse á una casa de campo, donde se ejercitaba dia y noche en orar por las necesidades de la iglesia. Tres dias antes que le prendiesen, tuvo una vision en que Dios le hizo conocer el género de suplicio que le esperaba, y él anunció á los discípulos que le acompañaban, que debia ser quemado vivo. Como continuaban buscándole se retiró á otra casa, donde llegaron casi al punto unos hombres armados que se apoderaron de dos esclavos jóvenes, y á fuerza de tormentos los obligaron á descubrir el lugar donde Policarpo se habia retirado. Condujolos uno de los esclavos, y hallaron al santo viejo acostado ya; sin embargo tuvo aviso á tiempo para escaparse; pero no quiso, y se contentó con decir: «Ha-

gase la voluntad de Dios. » Despues se presentó á aquellos emisarios, mandó que les dieran de comer, pidió algun tiempo para hacer oracion, y concluida le montaron en un asno y le condujeron á la ciudad, adonde llegaron el dia siguiente. Un magistrado de Smirna, llamado Herodes, que habia dado órden de prenderle, le salió al encuentro, le hizo subir en su carro, y le instó eficazmente á que salvara su vida sacrificando á los ídolos; pero Policarpo permaneció firme. Furioso entonces el magistrado le hizo bajar del carro con tanta precipitacion, que el santo obispo se cayó é hirió gravemente en una pierna, sin dejar por eso de seguir con alegría á sus guardias que le llevaron al anfiteatro.

Cuando entró una voz celestial que varios cristianos oyeron, le gritó: « Animo, Policarpo, no te desmientas.» El proconsul sentado en su tribunal le preguntó su nombre, y le mandó jurar por la fortuna de César y clamar con el pueblo: «Que quiten á los impíos;» que era el clamor ordinario contra los cristianos. Entonces Policarpo dirigiendo sus miradas á la multitud infiel que llenaba el anfiteatro, y señalándola con la mano, exclamó dando un suspiro: «Quitad á esos impíos. » El consul le instó á que jurara y maldijera á Cristo; pero él respondió: «Ochenta y seis años há que le sirvo, y no he recibido mas que favores: ¿cómo podria yo consentir en blasfemar de este Señor que se entregó por mi salvacion?» Y como el proconsul insistia en que jurase por la fortuna de César, es decir, por su divinidad ó su genio protector; « ¿Ignorais, dijo el santo, cuál es mi religion? Pues os declaro que soy cristiano; y si quereis saber en qué consiste esta religion, dadme un dia y os la enseñaré.» «Al pueblo es á quien hay que satisfacer,» replicó el proconsul. «Os he respondido, dijo Policarpo, porque nos está mandado tributar

á los magistrados y á las potestades establecidas todos los honores que no ofenden nuestra conciencia; pero en cuanto á ese pueblo furioso no es digno de que yo me justifique ante él.» El proconsul le amenazó en seguida con exponerle á las fieras ó mandarle quemar vivo; y no habiendo podido vencer su constancia dió órden al pregonero de proclamar tres veces en el anfiteatro que Policarpo se habia declarado cristiano. Inmediatamente la multitud de judios y de paganos gritó alborotada: «Ese es el jefe de los cristianos, el doctor del Asia y el enemigo de nuestros dioses: que le entreguen á las fieras.» Pero el asiarca, es decir, el que era elegido por el consejo comun de las ciudades del Asia para tener la intendencia de la religion, de que los espectáculos formaban parte, respondió que ya no se podia hacer eso, porque los juegos estaban concluidos. Entonces pidieron todos á una voz que fuese quemado vivo, y corrieron de tropel á buscar leña para la hoguera: los judios se mostraron como siempre los mas furiosos.

Dispuesta ya la hoguera acercóse S. Policarpo, y se quitó el ceñidor y sus principales vestiduras. Segun el uso iban á atarle con cadenas; pero pidió que prescindieran de esta precaucion, añadiendo que Dios le daria fuerza para soportar el ardor del fuego: contentaronse pues con atarle las manos á la espalda. Levantó entonces el santo los ojos al cielo, y dijo en alta voz: «Dios todopoderoso, señor de todas las cosas, os doy gracias porque me habeis juzgado digno de padecer por vos, y de tomar parte en el cáliz de vuestro hijo, á fin de resucitar á la vida eterna. Sed pues bendito y alabado para siempre, y seaos tributada toda gloria en Jesucristo y con él en la unidad del Espíritu Santo ahora y por todos los siglos de los siglos.» Apenas habia concluido esta oracion cuando se levantaron las llamas en grandes torbellinos; pero doblándose en forma de

arco hicieron una especie de bóveda al rededor del santo mártir, cuyo cuerpo exhalaba el olor de los perfumes mas exquisitos. Admirados los paganos de este prodigio dispusieron que se llegase el verdugo, y luego que se cercioró de que el cuerpo no ardia, recibió órden de atravesarle con una espada: saltó la sangre con tanta abundancia que se apagó el fuego. Los cristianos se acercaron en seguida para sacar de la hoguera el cuerpo del santo mártir; pero los judios hicieron todos sus esfuerzos para impedirselo, y su oposicion fue tan tenaz, que el centurion encargado de presenciar el suplicio se resolvió á mandar quemar el cadáver; de manera que los fieles recogieron solamente los huesos, que depositaron en un lugar digno de tan santas reliquias. El martirio de S. Policarpo ocurrió en la primavera del año 166, probablemente el 23 de febrero.

Todas las circunstancias de este martirio estan sacadas de una carta que la iglesia de Smirna escribió á la de Filadelfia, la cual habia pedido una relacion de aquel. Se ve en esta carta, copiada casi toda entera por Eusebio en su *Historia*, una prueba muy auténtica del culto tributado á los santos y á sus reliquias desde los primeros siglos. Despues de referir que Nicetas, padre de Herodes, fue á buscar al proconsul por instigacion de los judios para pedir que no se permitiese á los cristianos llevarse el cuerpo del santo mártir, no fuera que llegasen á adorarle en lugar del crucificado, los fieles de Smirna añaden: « Parecia que ignoraban que nosotros no podremos nunca abandonar á Jesucristo, y que le adoramos porque es hijo de Dios, sin que nos sea permitido adorar á otro. En cuanto á los mártires que son sus discípulos é imitadores, justo es honrarlos con nuestro amor á causa de su invencible fidelidad hácia su señor y rey » Hablando de los huesos que hábian recogido, se expresan asi: « Hemos encerrado en un lugar

decente estas reliquias mas preciosas que el oro y las piedras finas; y esperamos que Dios nos conceda la gracia de poder juntarnos allí para celebrar con alegría la fiesta del bienaventurado mártir, á fin de honrar la memoria de los que han peleado generosamente, y de animar con su ejemplo á los que vengan en lo sucesivo.»

Nos queda una carta de S. Policarpo escrita á los cristianos de Filipos con motivo, segun se ha visto, del martirio de S. Ignacio. Contiene, como todos los escritos de aquellos tiempos apostólicos, instrucciones generales para todos los fieles con una exposicion de los principales deberes anejos á las diferentes condiciones. El santo obispo traza en particular reglas de conducta para las mujeres casadas, para las viudas, para los presbíteros y para los diáconos. Exhorta á todos los cristianos á ayunar, á orar, á alejarse de los escandalosos y de los herejes, y á desconfiar de los vanos sistemas para adherirse á la doctrina enseñada desde el principio. Condena sobre todo fuertemente los principios de los gnósticos, que negaban la realidad de la Encarnacion y de la pasion de Jesucristo. En fin puede observarse que al hablar de los mártires dice expresamente que estan al lado del Señor en el lugar de la recompensa; lo que suministra una nueva prueba de la tradicion antigua de la iglesia sobre los dogmas opuestos al error de los milenarios. Se tuvo tanto respeto á esta carta de San Policarpo, que se leia públicamente en las iglesias del Asia trescientos años despues: habia escrito otras varias ya á iglesias, ya á particulares; pero no han llegado hasta nosotros.

Ponese en los primeros años de la persecucion de Marco Aurelio el martirio de Santa Felicidad, que fue sacrificada en Roma con sus siete hijos Genaro, Felix, Felipe, Silano, Alejandro, Vital y Marcial. Era aquella una viuda ilustre por sus virtudes aun mas que por su

nacimiento, únicamente ocupada en la oracion ó en el cuidado de su familia, y que edificaba á todo el mundo con la santidad de su vida. Los pontífices paganos la delataron al emperador, y dijeron que aquella viuda con sus hijos no cesaba de ultrajar á los dioses, y de atraer la cólera de estos con su impiedad. Inmediatamente ordenó el emperador á Publio, prefecto de Roma, que la obligase á sacrificar á los dioses para aplacarlos. El prefecto la mandó presentarsele privadamente, y empleó la dulzura y las amenazas para ganarla; pero ella estuvo inflexible. Al dia siguiente Publio sentado en su tribunal en la plaza de Marte hizo comparecer á Felicidad con sus hijos, y la exhortó á que se compadeciera de ellos y no los perdiese por una obstinacion insensata. «La compasion que me aconsejas, respondió la viuda, seria una verdadera crueldad;» y volviéndose despues á sus hijos les dijo: «Levantad los ojos al cielo, hijos mios: allí nos espera Jesucristo con sus santos para coronarnos. Permaneced firmes en su amor, y combatid generosamente por la salvacion de vuestras almas.» El prefecto mandó abofetearla diciéndole en tono furioso: «Es mucho tu atrevimiento en darles á mi presencia tales consejos con desprecio de las órdenes de nuestros emperadores.» Entonces llamó uno tras de otro á los siete hijos, y habiendo confesado todos la fé con animosa firmeza, los hizo conducir á la cárcel y transmitió el testimonio de su declaracion al emperador, que decretó la muerte de aquellos en diferentes suplicios. El mayor fue azotado hasta espirar con corregüelas guarnecidas de balas de plomo: otros dos fueron muertos á palos: al cuarto le precipitaron de un lugar elevado: á los otros les cortaron la cabeza, y tambien á su madre que pereció la última.

De allí á pocos años, es decir hácia el de 166, fue martirizado en Roma S. Tolomeo con otros dos cristianos. Habia convertido á una mujer cuyo marido vivia

encenagado en las mas infames liviandades: tambien ella habia tenido por mucho tiempo una vida desarreglada. Mas habiéndose hecho cristiana no se contentó con dar de mano á los desórdenes, sino que quiso separar á su esposo de ellos, y se esforzó en persuadirle con la consideracion de las penas eternas á que dejara sus criminales costumbres. No sirvieron las exhortaciones mas que para irritarle; por lo que resolvió ella separarse de su marido; y despues de sufrir con paciencia algun tiempo, viendo que de dia en dia se entregaba mas á sus pasiones brutales, le anunció el divorcio conforme á las leyes romanas. Furioso el marido acusó á su mujer como cristiana ante el emperador; pero ella por su parte pidió y obtuvo permiso para arreglar primero sus negocios domésticos, prometiendo contestar despues á la acusacion. Como el marido no podia ya perseguirla, convirtió su despecho contra Tolomeo, y le acusó ante Urbico, prefecto de Roma, que consintió su prision, encargando á un centurion que la ejecutara, y preguntase simplemente al acusado si era cristiano. Tolomeo lo declaró sin vacilar; y al punto fue metido en una cárcel rigorosa donde padeció mucho antes de comparecer en el tribunal del prefecto. Este se limitó á hacerle la misma pregunta, y en vista de su confesion pronunció contra él la pena de muerte. Al conducirle al suplicio se acercó al prefecto otro cristiano llamado Lucio, y le hizo este cargo: «¿Por qué motivo condenas á un hombre que no está convicto ni de adulterio, ni de homicidio, ni de robo, ni de ningun otro crímen, sino solo de ser cristiano y declararse tal?» Urbico le respondió: «Me parece que tú tambien lo eres;» y como Lucio lo confesase, fue en el acto condenado á muerte. Llegó otro cristiano que hizo al juez el mismo cargo, y que tambien fue enviado al suplicio sin otra forma de proeeso.

Estas condenaciones injustas determinaron á San

Justino á componer una segunda apología, dirigida á los emperadores y al senado. Tomando primero ocasion del martirio de S. Tolomeo para demostrar la iniquidad repugnante de las sentencias pronunciadas contra los cristianos, trata de destruir las preocupaciones de los paganos que imputaban á crimen la constancia de aquellos, porque ya se ha visto que Plinio la consideraba como una razon suficiente para condenarlos; y Marco Aurelio en una coleccion de sentencias morales que tenemos, descubre la misma preocupacion diciendo que es menester estar siempre dispuesto para morir; pero por un juicio propio y no por una obstinacion irreflexiva como hacen los cristianos. Fingiase creer que no buscaban mas que la muerte con aquella firmeza que despreciaba todas las amenazas, y se les preguntaba en tono insultante: «¿Por qué no os matais sin incomodarnos mas?» A lo que responde S. Justino que la fé que tienen en la Providencia, no les permite hacerlo; pero que siendo preguntados acerca de su religion no pueden tampoco negarla, teniendo como tienen en todo por un crímen ocultar la verdad. Dice despues que los demonios son los autores de la idolatría: qué ellos excitan persecuciones contra los cristianos, como han hecho siempre contra los que han seguido la recta razon; pero que Dios vengará un dia la sangre de sus siervos con suplicios eternos, cuya realidad prueba el santo apologista en pocas palabras. Por lo demas no teme apelar á la experiencia de los mismos paganos para manifestar el poder de Jesucristo sobre los demonios. «Pruebas teneis, dice, en lo que pasa á vuestra vista, en vuestra ciudad y en todo el resto del mundo, porque sabeis que muchos poseidos que vuestros mágicos y encantadores no habian podido libertar, lo han sido por los cristianos exorcizándolos en nombre de Jesucristo.» Llega al punto de las calumnias de los

paganos, y acusa á los magistrados de poner en el tormento á esclavos, mujeres y niños para arrancarles la declaracion de las abominaciones que imputaban á los cristianos. «Los que nos acusan, continúa, de estos crímenes, los cometen ellos mismos y los atribuyen á sus dioses: nosotros que no tenemos ninguna parte en ellos, sufrimos con paciencia sabiendo que Dios es testigo de nuestra inocencia.» Concluye pidiendo que esta defensa se haga pública á fin de que sepa todo el mundo lo que son los cristianos, y puedan verse libres de las sospechas injustas que los exponen á los suplicios. «Nuestra doctrina, dice S. Justino, no tiene nada de vergonzoso: no se parece en nada á las lecciones de los epicúreos, á los escritos de Filenis, de Sotades y otros semejantes, cuya lectura se permite á todo el mundo.» (1) Por estas palabras parece que los emperadores habian prohibido la publicacion y la lectura de todos los escritos de los cristianos en favor de su religion. No se ve que esta apología produjese ningun resultado.

El mismo S. Justino no tardó en ser víctima de su zelo por la defensa de la religion. Se habia grangeado el odio de Crescente, filósofo cínico, cuyas costumbres correspondian completamente á los principios de su secta: hombre lleno de orgullo, ávido de aplausos, de codicia insaciable y entregado á los amores mas infames; pero que al propio tiempo gozaba un gran favor, hasta el punto de haberle señalado el emperador una pension de seiscientos escudos de oro. Este sofista á quien el deseo de ser aplaudido impelia á denigrar á los cristianos con las calumnias mas odiosas, habia sido confundido en una conferencia pública por S. Justino, que

(1) Se atribuia á Filenis una obra llena de los pormenores mas repugnantes acerca de las deshonestidades que pueden cometer las mujeres. Sotades era un poeta jónico, cuyos escritos eran una coleccion de infamias de otro género.



acababa tambien de quitarle la máscara; y ardiendo en deseos de venganza no quedó satisfecho hasta conseguir la condenacion de su enemigo á muerte. Pero el santo doctor con algunos discípulos suyos fue presentado en el tribunal de Rústico, prefecto de Roma, que le tomó declaracion acerca de su profesion, residencia, doctrina de los cristianos y lugar de sus reuniones. S. Justino respondió que despues de haber experimentado todas las sectas de filosofía, y buscando la verdad por todas partes, se habia fijado al fin en la filosofía de los cristianos sin cuidarse de las preocupaciones: que su doctrina consistia en creer un solo Dios, criador de todas las cosas, y en reconocer á Jesucristo su hijo que ha esparcido por la tierra la luz y la gracia de la salvacion, y que debe venir algun dia á juzgar al género humano. Declaró que vivia y tenia su escuela en los baños de Timoteo; pero en cuanto á los lugares donde se reunian los cristianos, se resistió á indicarlos y se contentó con decir: «¿Creeis que acostumbramos á reunirnos todos en el mismo sitio? No está encerrado nuestro Dios en un lugar particular. Invisible igualmente que inmenso llena el cielo y la tierra, y los fieles le adoran y glorifican por todas partes. El prefecto preguntó despues á cada uno de los compañeros del santo doctor, y todos respondieron con la misma firmeza que eran cristianos. Dirigiéndose despues á San Justino le dijo: «Pero tú que te jactas de poseer la verdadera ciencia, cuando tengas desgarrado el cuerpo á azotes desde los pies á la cabeza, ¿crees que subirás al cielo?» «No solamente lo creo, respondió Justino, sino que lo sé, y estoy tan seguro que no me queda la menor duda.» «Concluyamos, repuso el prefecto: preparaos todos á sacrificar á los dioses, ú os mandaré atormentar á todos sin compasion.» Todos respondieron: «Apresuraos á hacer lo que querais: no-

sotros somos cristianos, y no sacrificamos á los ídolos. Al punto pronunció el prefecto esta sentencia: « Los que se han resistido á sacrificar á los dioses conforme á las órdenes del emperador, sean azotados con varas, y conducidos al suplicio como ordenan las leyes.» Ejecutóse en el acto la sentencia, y despues de muertos los santos mártires algunos fieles se llevaron secretamente sus cadáveres y los encerraron en un lugar decente. Los compañeros del santo doctor eran Cariton, Hieras, Peon, Evelpisto, Liberiano y una mujer llamada Caritina. Su martirio ocurrió el año 167.

S. Justino es á un tiempo uno de los mas antiguos y de los mas ilustres padres de la iglesia. Habia compuesto gran número de obras, que no han llegado todas hasta nuestros dias: las que nos quedan ademas de las dos apologías, son dos discursos dirigidos á los gentiles, donde explica los motivos que le determinaron y que deben obligar tambien á todos los paganos á dejar la idolatría para abrazar el cristianismo; una parte de su tratado de la *Monarquía* ó de la unidad de Dios, que se dirige á probar la antigüedad y la verdad de este dogma por el testimonio de los autores paganos; finalmente su diálogo con Trifon que es un tratado de controversia contra los judios, en que S. Justino demuestra la divinidad de Jesucristo y la verdad de su doctrina, explicando todas las profecías que se refieren al Mesias, y demostrando que se han cumplido enteramente en la persona de Jesucristo. Insiste con particularidad en la conversion de los gentiles, predicha tantas veces en los libros santos, y prueba la abolicion de la antigua ley no solo por la imposibilidad de practicarla, sino por diversos pasajes de la Escritura donde Dios promete una nueva ley y una nueva alianza. Con todo confiesa que algunos cristianos continuaban sujetándose todavía á las observancias legales, y no se atreve á condenarlos.

Responde despues á las objeciones de los judios, y cita las profecías que habian anunciado las humillaciones y la muerte de Jesucristo: manifiesta con diversos ejemplos que aquellos alteran la Escritura y que corrompen su sentido con las interpretaciones mas groseras: les echa en cara tambien las maldiciones que pronunciaban en sus sinagogas contra los cristianos, y la malignidad que los inducia á propagar las calumnias difundidas por sus padres. A las pruebas sacadas de la Escritura para demostrar la divinidad del cristianismo, añade tambien las que resultan de los progresos del Evangelio en todas las naciones, de la constancia de los mártires á quienes los suplicios mas horrendos no pueden intimidar, y finalmente de los milagros que los cristianos obraban todos los dias en nombre de Jesucristo. Se observa en general en este diálogo, como en todos los escritos de S. Justino, un conocimiento profundo de la santa escritura y de los dogmas principales del cristianismo; sin embargo se hallan algunos errores sobre puntos que no se definieron hasta mas adelante. Así á ejemplo de Papias admite la opinion de los milenarios, aunque confesando que multitud de cristianos la desechaban. Creia tambien que los ángeles no eran de naturaleza enteramente espiritual, sino que estaban revestidos de un cuerpo sutil, lo que le conduce á algunas ideas singulares tocante á la naturaleza y las obras de los demonios.

La persecucion de Marco Aurelio hizo otros mártires, cuyos nombres son menos conócidos. En las ciudades de Asia los magistrados ó las juntas populares dieron decretos que exponian á los cristianos á las vejaciones mas odiosas, y aunque hubiese poco que esperar de un recurso al emperador, S. Meliton, obispo de Sardes, le dirigió una apología en forma de memorial, de que no quedan mas que algunos fragmentos insertos en la *Historia* de

Eusebio: compusose el año 170 ó quizá algunos mas adelante. Despues de representar que se persigue á los cristianos en toda el Asia por medio de nuevos decretos, y que de ahí toman ocasion ciertos calumniadores codiciosos para robar y saquear á los inocentes, dice S. Meliton: «Si eso se hace por órden tuya, á lo menos te pediremos que conozcas por tí mismo á los que son acusados de obstinacion para juzgar despues si merecen sufrir la muerte y los suplicios, ó si es justo dejarlos tranquilos y protegerlos contra la violencia. Si se ejecuta sin tu anuencia esta persecucion que no convendria ejecutarla contra enemigos bárbaros, te pedimos con muchas mas instancias que no nos abandoneis á estas exacciones populares.» Dice en seguida que Neron y Domiciano fueron los únicos que condenaron el cristianismo, sin duda porque ellos solos publicaron leyes generales para prohibir abrazarle, y añade: «Por ellos se han esparcido las mentiras y las calumnias con que se nos persigue. Pero la justicia de tus padres dió órdenes para reprimir á los que osaron intentar nuevas persecuciones contra nosotros. Adriano tu abuelo escribió entre otros á Fundano, gobernador del Asia: tu padre escribió tambien por la misma causa á las ciudades de la Grecia. Tú que no tienes menos humanidad y que muestras sentimientos mas dignos aun de la filosofía, esperámos que nos otorgues lo que te pedimos.» Se ignora qué resultado tuvo esta apología.

S. Meliton habia compuesto algunas otras obras que se han perdido igualmente; pero Eusebio nos ha conservado un catálogo de los libros del antiguo testamento que el santo doctor habia unido á una coleccion de sentencias morales sacadas de la Escritura; y es el primero que se encuentra en los escritores eclesiásticos. Este catálogo no contiene mas que los libros incluidos en el cánon de los judios, y aun omite el libro de Esther reci-

bidó por ellos; de modo que no es completo ni con mucho, aunque el autor hizo el viaje de la Palestina para adquirir mayores luces. Todas las iglesias no estaban instruidas igualmente en esta parte; y no debe causar admiracion que algunas no hayan tenido noticia exacta de todos los libros canónicos, porque no habiéndose manifestado la tradicion general por medio de un juicio solemne, podia ser á veces dificil comprobarla, hasta que las relaciones entre las diferentes iglesias fueron mas frecuentes, y se llegó á conocer cuáles eran los libros admitidos constantemente por el mayor número.

Por el mismo tiempo ó poco despues S. Apolinario, obispo de Hierápolis en Frigia, dirigió igualmente una apología á Marco Aurelio que dice S. Gerónimo haber sido muy notable; pero no se conserva nada. Compuso tambien otras varias obras contra los paganos y contra los herejes de que carecemos. Escribió en particular contra los montanistas, cuya herejía comenzaba á propagarse entonces, y se dice que congregó en Hierápolis un concilio de 26 obispos, que separó á Montano y á sus principales sectarios del gremio de la iglesia. Sabemos por el testimonio de Eusebio (1) que en uno de sus escritos hacia mencion de un suceso maravilloso que salvó entonces al ejército romano enmedio de un peligro inminente, y que se atribuyó á las oraciones de una legion compuesta casi toda de cristianos.

El año 174 haciendo Marco Aurelio la guerra á los cuados y á los marcomanos, pueblos de la Germania, le atrajeron los enemigos por medio de una estratagema á las montañas de la Bohemia, donde su ejército, molestado de una sed ardiente á causa del excesivo cansancio y del calor, no tenia ni valor, ni fuerza para pelear, y estaba expuesto á perecer, embestido

(1) Hist. lib. v. c. v.

y como bloqueado por innumerables tropas que cerraban el paso por todas partes. Entonces unos soldados cristianos, que eran numerosos en la legion melitina, se pusieron de rodillas é hicieron á Dios fervientes súplicas á vista de los enemigos, los cuales aprovecharon la ocasion para acometerlos. De repente se cubrió el cielo de nubes, y cayó al punto una lluvia abundante del lado de los romanos, que la recibieron en sus cascos ó en sus escudos, mientras que los bárbaros eran incomodados por una piedra mortíferá ó abrasados por el rayo, pereciendo así batallones enteros. Para evitar la muerte muchos se rindieron á los romanos, y se disipó de este modo el ejército enemigo casi sin pelear. Las tropas dieron á Marco Aurelio el título de *imperator* por la séptima vez; aceptóle como si viniera del cielo, porque todo el mundo miró el acontecimiento como milagroso. Algunos paganos le atribuyeron á los magos que seguian el ejército, y otros á la piedad y á las oraciones del mismo emperador (1). Todavía se ve en Roma en un bajo relieve de la columna Antonia, que se erigió entonces, un monumento de aquel prodigio, y los sabios creen que se quiso representar á Jupiter *Pluvius* en un personaje que se descubre en el cielo, con los brazos extendidos y una barba larga que parece resolverse en lluvia. Pero el emperador confesó que debia este favor á los soldados cristianos, y dió á la legion melitina el título de legion fulminante, aunque otra llevase ya este nombre. Tertuliano atestigua en su apología que Marco Aurelio habia expresado formalmente su opinion respecto de esto en una carta que escribió al senado, y que se poseia todavía en su tiempo. Añade que el emperador habia prohibido pena de la vida

(1) Capitol. *In vita M. Aurel.* — Dion, *Epist. de Marc. Aurel.*

acusar á los cristianos; pero esta prohibicion no abrogaba el rescripto de Trajano que mandaba castigarlos cuando eran acusados; de manera que podian ser condenados siempre por este motivo persiguiéndolos bajo otros pretextos, y veremos que en efecto comenzó de nuevo la persecucion, y la autorizó el mismo emperador.

Hácia esta época, es decir, en el año 171, se fija el principio de la herejía de los montanistas, llamados tambien catafrigios, porque esta secta nació y se propagó sobre todo en Frigia. Montano, su autor, era natural de un pueblo de esta provincia, y deseando ardientemente las primeras dignidades de la iglesia, aunque por su calidad de neófito y de eunuco no debia aspirar á ellas, dió entrada al demonio por esta ambicion inmoderada; de modo que realmente vino á ser un poseido, y se vió de repente agitado como un furioso, y fuera de sí de resultas de unos accesos que le privaban del uso de la razon. En este estado profirió con una especie de entusiasmo discursos ininteligibles que se miraron como efecto de una inspiracion, haciéndole pasar por un profeta á los ojos del populacho ignorante. No tardó en lograr seducir á Priscila y Maximila, dos mujeres nobles y ricas, que se vendian tambien por profetisas, y cuya fortuna sirvió para los progresos de la secta, proporcionando medios de ganar con dádivas cierto número de prosélitos. Poseidas lo mismo que Montano, y hablando como él sin orden y sin juicio, pero con una exaltacion fanática, se hacian admirar de sus sectarios halagándolos con magníficas promesas, felicitándolos como á los únicos cristianos verdaderos, y sobre todo dirigiendo á algunos en ciertas ocasiones cargos mas ó menos fundados que les persuadian á que ellas tenian noticia de sus culpas por una revelacion particular. Desde luego abandonaron á sus maridos para poder entregarse con mas li-

bertad á las extravagantes ilusiones de su entusiasmo.

Los montanistas presumian enseñar y practicar una religion mas perfecta que la de Jesucristo y de los apóstoles: vanagloriabanse de haber recibido la plenitud del espíritu de Dios, que antes no se habia comunicado sino parcialmente; de modo que la perfeccion de la verdad existia solo en su secta, y eso por efecto de una revelacion nueva, que servia de complemento á la revelacion cristiana. Dios segun ellos habia acomodado hasta entonces sus preceptos á las circunstancias y á la debilidad de los hombres; pero no habiendo podido salvar el mundo ni por Moises y los profetas, ni aun por la Encarnacion de Jesucristo, habia descendido al fin por el Espíritu Santo á los autores de la nueva doctrina, á fin de consumar su obra esparciendo por su medio la plenitud de la gracia y de la luz. Así Montano no se vendia solamente por profeta, sino que se fingia el Paraclito, que Jesucristo habia prometido y que debia enseñar toda verdad. Sus sectarios le daban tambien este nombre, y recibian como oráculos todas las palabras que salian de su boca. Abusando de aquellas que dice S. Pablo, relativas á las luces de la vida presente comparadas con las de la futura: *Nosotros no conocemos sino en parte*; no titubeaba el impostor en hacerse superior á los profetas y á los apóstoles, como si él mismo poseyera la ciencia completa, y enseñara á los hombres la perfeccion. Condenaba las segundas nupcias como efecto de incontinencia, y se arrogaba tambien el de recho de disolver los matrimonios. Aparentando una austeridad excesiva prescribia nuevos ayunos, establecia tres cuaresmas en vez de una, imponia una porcion de abstinencias rigorosas, y no permitia á los cristianos dedicarse al estudio de las ciencias profanas. Prohibia huir ó esconderse durante la persecucion, y hasta queria que se presentase uno espontáneamente al martirio.

En fin desechaba casi enteramente la penitencia, negando la reconciliacion á todos los que habian cometido pecados considerables despues del bautismo.

Este heresiarca habia fijado su residencia, asi como Priscila y Maximila, en Pepuzo, villa de Frigia, que se consideró como un lugar sagrado, porque allí suponían las dos profetisas haber recibido el Espíritu Santo, y varios discípulos de Montano iban á aquel paraje á participar del mismo favor. Habiale dado el heresiarca el nombre de Jerusalen, como si fuera una imágen de la nueva Jerusalen, que segun los milenarios, cuyos delirios admitia, debia bajar del cielo al fin del mundo cuando Jesucristo viniese á fundar su reinado de mil años sobre la tierra. Queria que sus discípulos acudiesen allí á celebrar sus juntas, y habia puesto recaudadores que percibian un tributo bajo el nombre de oblaciones, destinado á la manutencion suntuosa de los predicadores de la secta, porque sus costumbres distaban mucho de la severidad de sus principios, y los supuestos profetas no se abstenian ni del regalo, ni del lujo, ni de los juegos de azar, ni aun de la usura. Themison, uno de sus doctores, se habia librado de la prision á fuerza de dinero, y no por eso dejaba de vanagloriarse del título de mártir, aunque estuviese prohibido con arreglo á sus máximas huir de la persecucion. Un tal Alejandro que vivia en íntimo trato con una de las profetisas, y á quien el populacho reverenciaba tambien como un mártir, habia sido condenado en Efeso por el proconsul del Asia como reo de robos y otros crímenes: las pruebas existian aun en los archivos públicos.

La herejía de los montanistas fue ocasion de que se congregaran algunos concilios en la Frigia y en las provincias vecinas. Primero habian tratado ciertos obispos de atraer á los sectarios haciéndoles ver la ilusion y la impostura de sus profetisas. Juliano de Apa-

mea y Zotico de Comano quisieron emplear los exorcismos para arrojar al demonio de que Maximila estaba poseida; pero no lo consintieron sus partidarios interesados. Sotas de Anquialo en la Tracia propuso emplear el mismo medio respecto de Priscila, y tambien se lo estorbaron. Despues se trató de convencer á estos fanáticos manifestándoles que aquella agitacion y aquel furor que turbaban la razon, no podian provenir del espíritu de Dios, y que en efecto nunca se habia visto nada semejante en los cristianos que habian recibido verdaderamente el don de profecía. Todos estos medios de persuasion fueron inútiles, y hubo precision de recurrir á una condenacion solemne. Montano fue declarado culpable de herejía, y arrojado de la iglesia con todos sus sectarios. Se ha visto antes que S. Apolinario, obispo de Hierápolis, le mandó condenar y excomulgar en un concilio de veinte y seis obispos. S. Serapion que fue obispo de Antioquía hácia el año 190, da en una carta testimonio de la unanimidad de las sentencias que habian proscrito la nueva secta, y él mismo la condenó en una asamblea de los obispos de Siria. Los montanistas, aunque separados de la iglesia, no dejaron de buscar despues la comunion del papa Victor, probablemente cuando le vieron desavenido con los asiáticos por la celebracion de la Pascua, segun diremos mas adelante: aun lograron sorprenderle con sus artificios y mentiras, y parecia que aprobaba sus profecías, cuando llegó Praxeas de Asia á Roma, le hizo conocer los errores de aquellos, y le determinó así á revocar las cartas de paz que ya les habia enviado.

Montano y sus profetisas vivieron hasta el reinado de Caracalla, es decir, cuarenta años por lo menos despues del principio de su secta; y se tuvo por cierto que aquel heresiarca se habia ahorcado, así como Maximila, impelidos ambos por el demonio, que los agita-

ba. Deciase tambien que Teodoto, uno de sus doctores, quiso elevarse á la region del aire; pero cayó y murió de resultas. Estos fanáticos publicaban predicciones siniestras sobre el imperio romano, y Maximila habia anunciado próximamente guerras y sediciones que habian de acarrear la ruina de aquel y al mismo tiempo el fin del mundo. Pero aunque los sucesos desmintieron las profecías, los sectarios seducidos con ellas no volvieron de su error. La austeridad aparente de los montanistas bastaba para retener en su partido ó atraer á él á una multitud de ignorantes, que se vanagloriaban de llegar así á mayor perfeccion. Esta herejía contaminó algunas iglesias de la Frigia, y subsistia aun en el siglo v. Extendióse tambien á otras provincias y no tardó en dividirse en varias ramas. Aun en vida de Montano se distinguia á los proclios, que siguiendo en todo la doctrina de dicho heresiarca, recibieron su nombre de un cierto Proculo ó Proco, uno de sus principales doctores, y los esquinitas llamados así de su jefe Esquines, que á los errores de Montano añadia el de desechar la distincion de las tres personas divinas. Otros se denominaron artotírites, porque ofrecian en sus misterios pan y queso: tambien se les daba el nombre de quintilios por una cierta Quintila á quien honraban como profetisa: no ponian dificultad en admitir á las mujeres al sacerdocio y al episcopado. En fin algunos se llamaron en griego *passalorinquites*, porque al orar ponian el dedo en la nariz ó en la boca para denotar su atencion. Entre los que abrazaron la herejía de Montano, debe señalarse con especialidad á Tertuliano, que la defendió en algunos escritos, y se dejó seducir en términos que alegó las visiones de una mujer montanista para demostrar que el alma es corporal.

A esta misma época se refiere tambien el origen de otras dos herejías, derivadas en parte del sistema de

los gnósticos: la de los encratitas, cuyo jefe fue Taciano, y la de Bardesanes. Taciano era natural de la Mesopotamia, y se habia educado en el paganismo. Habiendo estudiado con cuidado todas las ciencias profanas, y en particular la filosofía de Platon, viajó ademas para instruirse: convertido despues al cristianismo por la lectura de los profetas se hizo discípulo de S. Justino, y mientras vivió su maestro, dió muestras de una fé sólida y de una gran piedad. Muerto S. Justino todavía perseveró aquel por algun tiempo en la verdadera doctrina, y continuó las conferencias y las lecciones que el ilustre mártir daba en Roma. Entonces publicó un discurso que tenemos de él, contra los griegos ó los paganos, en que hace ver la insuficiencia y la vanidad de su filosofía, lo absurdo de su religion, la crueldad ó la infamia de sus espectáculos, la santidad de las costumbres cristianas y en fin la antigüedad de Moises, que prueba con el testimonio unánime de un gran número de escritores profanos. De allí á poco tiempo se volvió de Roma á la Mesopotamia, donde se hizo jefe de una nueva secta que se extendió por las diversas provincias del Asia y hasta al Occidente. Admitia como Valentin varias potencias invisibles emanadas del Dios supremo, y como Marcion suponia otro principio que habia criado el mundo, á escepcion de la luz producida por el principio bueno. Miraba la materia como esencialmente mala, queriendo explicar así el origen del mal; y conforme á esta idea hacia profesion de aborrecer el cuerpo, prescribia la abstinencia del vino y de la carne de los animales, y condenaba el matrimonio como una incontinencia introducida por el demonio; lo que hizo dar á sus secuaces el nombre de encratitas ó continentes. Tambien eran llamados acuarios; porque no empleaban mas que agua sin vino en la celebracion de la Eucaristía. Taciano sostenia como los otros gnós-

ticos que Jesucristo solo habia tenido un cuerpo aparente: no admitia sino parte del antiguo testamento, y es el primero que enseñó contra la creencia general de la iglesia que Adan no se habia salvado. Un discípulo de Taciano llamado Severo contribuyó mucho á propagar los errores de su maestro, y añadió ó alteró ciertos puntos: sus sectarios tomaron el nombre de severianos. Julio Casiano que seguia el sistema de Valentin, adoptó las máximas de Taciano sobre la continencia; y afirmó que el fruto prohibido en el paraiso terrenal no era otra cosa que el matrimonio. Hízose célebre á fines del siglo II por varias obras, en virtud de las cuales fue considerado como el jefe de los gnósticos (1). Algunos de los encratitas recibieron el nombre de *apatactitas ó renunciantes*, porque aparentaban renunciarlo todo condenando hasta como privados de la salvacion á todos los que poseian algo. Igualmente se denominaban apostólicos, porque se jactaban de imitar la vida de los apóstoles.

Bardesanes nació como Taciano en la Mesopotamia, y al principio se mostró fuertemente adicto á la doctrina católica. Instado con eficacia por Apolonio, un confidente de Marco Aurelio, para que abandonara la religion cristiana se resistió denodadamente, y respondió que no temia la muerte, pues que tampoco podia evitarla aun cuando obedeciera las órdenes del emperador. Compuso algunas obras en defensa de la fé contra los herejes de su tiempo y particularmente contra los errores de Marcion. Tambien escribió contra los delirios de la astrología un diálogo sobre el destino, tan estimado que se tra-

(1) Fleury, Berault-Bercastel y otros hacen á este Casiano jefe de la herejía de los docetes, llamados así porque sostenian que Jesucristo no habia encarnado sino en apariencia: el modo con que se explican aquellos autores, parece que da á entender que Casiano enseñó el primero este error, pero ya ha debido verse anteriormente que los gnósticos la admitian hacia mucho tiempo.

dujo en griego, como tambien la mayor parte de sus escritos. Pero al cabo Bardesanes se dejó llevar de los errores de los gnósticos, y se hizo autor de una secta que subsistió mucho tiempo en la Siria. Admitia dos principios de todas las cosas, uno que era origen de todo bien, y otro esencialmente malo y causa de todo el mal que existe en el mundo. El principio bueno habia criado las almas puras y las habia unido á un cuerpo sutil y aereo: despues el principio malo habia logrado seducirlas y las habia encerrado en un cuerpo material y corruptible, lo que producia la pugna de las pasiones y de la razon. Bardesanes pues suponia malo el cuerpo por su naturaleza, y por eso negaba la resurreccion de la carne, y no queria admitir en Jesucristo sino un cuerpo aereo ó celeste. Se cree que se retractó de sus errores; pero es dudoso.

Entre los filósofos que vivieron bajo el reinado de Marco Aurelio, se nota un tal Alejandro de Paflagonia, mágico y charlatan por el estilo de Apolonio de Tiana. Despues de recorrer el mundo con una vieja, á quien se aficionó nada mas que por sus riquezas y abandonó luego que la vió arruinada, volvió á su provincia y comenzó á profetizar, suponiendo que habia recogido los oráculos de las Sibilas y que conocia lo porvenir por este medio así como por su trato con los dioses. Con algunos prestigios hábiles, con talento, audacia y una figura imponente consiguió sin trabajo seducir á la multitud. Anunció el advenimiento próximo de Esculapio, y á los pocos dias enseñó una serpiente pequeñita que tenia dentro de un huevo, y al dia siguiente otra mucho mayor que fingió ser la misma y que habia adiestrado en dar mil vueltas para entretener. No se necesitó mas para persuadir que en efecto era un Dios, y el vulgo no vaciló en honrarle con ofrendas y sacrificios: el mismo Marco Aurelio fue engañado por este charlatan. Consultado el nuevo oráculo sobre la suerte de una batalla,

prometió la victoria con la condicion de que se arrojase al Danubio un leon. Cumplióse la condicion; pero se perdió la batalla: el profeta afirmó que se habia entendido mal su prediccion. Por fin su muerte acaecida á poco tiempo destruyó la supersticion, porque habia asegurado qne viviria mas de 100 años y murió de una úlcera á la edad de 70.

Otro filósofo llamado Peregrin ó Peregrino adquirió tambien fama al principio del reinado de Marco Aurelio con un ejemplo de ostentacion, que manifiesta á qué exceso puede llegar la extravagancia del orgullo en un sofista. Era natural de Pario en la Troade, de donde habia sido desterrado por causa de adulterio y por otros crímenes mas infames todavía. Se le acusó de haber ahogado á su padre por gozar antes de sus bienes. Buscando un lugar dónde no fuesen conocidas sus maldades, fue á Filadelfia, se hizo cristiano, y disimuló de tal modo que fue elevado á las primeras dignidades de la iglesia. Durante la persecucion de Adriano fue encarcelado, y los cristianos se apresuraron á enviarle todos los socorros imaginables, de modo que reunió mucho dinero. El gobernador de Siria que estimaba las costumbres filosóficas, y que creyó hallarlas en Peregrino porque despreciaba la muerte, le dió libertad, y regresando este á su pais cedió á la ciudad lo que le quedaba de sus bienes, y se puso á viajar con el traje de filósofo: contaba siempre con la liberalidad de los cristianos, que engañados le proporcionaban todo lo necesario en abundancia; pero habiendo descubierto al cabo su hipocresía, rompieron todo trato con él. Entonces dirigió una súplica al emperador para entrar otra vez en el goce de sus bienes; y como no pudo conseguirlo buscó otro camino de hacer fortuna en sus viajes. En Egipto se habituó á las costumbres mas impudentes y descaradas de los cínicos: de allí pasó á Roma y empezó á

desatarse en injurias contra todo el mundo y hasta contra el emperador: expulsóle el prefecto y esto sirvió para su abono en el ánimo de algunos ilusos. Se retiró despues á Grecia, donde sus invectivas le granjearon funestos disgustos en diferentes ocasiones; sin embargo tuvo algunos discípulos y admiradores en Atenas, fuera de la cual habitaba en una mala choza. Por fin viéndose viejo y olvidado discurrió un medio extraordinario de hacerse célebre. En la reunion de los juegos olímpicos declaró que de allí á cuatro años se quemaria públicamente en la misma solemnidad. Como el plazo estaba distante se lisongeaba sin duda que sobrevendria algun incidente que le libertase de su promesa; sin embargo escribió á las ciudades de Grecia dándoles como por via de testamento instrucciones, que sirvieron á lo menos para que se hablara de él. Llegada la fatal circunstancia los discipulos del filósofo se dividieron, opinando unos que el honor del maestro estaba interesado en despreciar la muerte, mientras que los otros le exhortaban á prolongar una vida tan preciosa. El pronunció un discurso sobre la muerte á presencia de una multitud inmensa, con la esperanza que convendrian en disuadirle de su intento; y en efecto algunos le conjuraron para que se conservara por el bien de Grecia; pero otros gritaron que en lugar de vanas palabras esperaban la ejecucion del sacrificio; lo que le hizo ponerse pálido y temblar hasta el punto de no poder acabar su arenga. Con todo iba dilatándolo de dia en dia bajo diferentes pretextos, y tuvo cuidado de divulgar que por medio de sueños manifestaba Júpiter que no aprobaba aquel intento. Pero al fin triunfó la vanidad, y el dia último de los juegos anunció que se quemaria la noche siguiente. Agolpóse un gentio grandísimo á ver aquel espectáculo extraño; y como á media noche apareció Peregrino con una antorcha en la mano y seguido de sus

discípulos para prender fuego á la hoguera que habia hecho disponer: dejó en seguida su alforja, su capa y su báculo, pidió á los dioses le fueran propicios, y despues de haber echado incienso al fuego se precipitó y en un instante pereció sofocado. Esta trajedia se representó en la olimpiada 237, el año 165 de Jesucristo.

Si las cartas de Marco Aurelio en favor de los cristianos despues de la victoria alcanzada á los cuados habian suspendido ó mitigado las persecuciones; es cierto á lo menos que esta tranquilidad no duró mucho tiempo; y desde el año 177 estallaron de nuevo las sublevaciones populares contra ellos con mas violencia que antes. Con esta ocasion compuso Atenagoras una apología que dirigió á aquel príncipe y á su hijo Cómodo, el cual acababa de ser asociado al imperio. Quejase primero de que los cristianos son los únicos á quienes se persigue por su nombre, mientras que se toleran las persecuciones mas absurdas, y solicita la proteccion de las leyes contra unas acusaciones vagas de que no se ha podido jamás encontrar ninguna prueba. «Tres crímenes, añade, son los que se nos imputan ordinariamente: el ateismo, los banquetes de carne humana y los incestos. Si de ellos somos culpables, castigadnos sin consideracion á edad ni sexo; pero si son calumnias sin otro fundamento que la aversion del vicio á la virtud, á vosotros toca examinar nuestra vida, nuestra doctrina, nuestro zelo por vuestro servicio, y hacernos la misma justicia que hariais á nuestros enemigos.» Se dedica en seguida á combatir aquellas odiosas acusaciones, exponiendo la doctrina del Evangelio sobre la naturaleza y la unidad de Dios, sobre las reglas de la castidad, sobre los deberes con respecto al prójimo; y para mostrar cuánto distan las costumbres de los cristianos de las abominaciones que se les imputan, hace notar la santidad de su vida, la caridad que los une, su paciencia y su dulzura para con los que los

maltratan, el horror que manifiestan hácia los espectáculos de los gladiadores y todos los castigos sangrientos. Finalmente demuestra la falsedad de la idolatría, y refuta tambien las fábulas de los poetas sobre el origen de los dioses y las alegorías imaginadas por los filósofos para encubrir lo absurdo de ellas. Esta apología en que rebosa una elocuencia noble, ha llegado hasta nosotros con un tratado del mismo autor sobre la resurreccion. Por lo demas nada se sabe de la vida de Atenágoras: solo se ve por el título de sus obras que era de Atenas, y que habia cultivado la filosofía antes de abrazar el cristianismo. Algunos creen tambien, pero sin pruebas sólidas, que fue el jefe de la célebre escuela cristiana de Alejandría. Milciades, otro filósofo cristiano, cuya vida no sabemos mejor, compuso por el mismo tiempo una apología que se ha perdido, como tambien otras varias obras escritas contra los paganos y los herejes.

Aunque la apología de Atenágoras era una prueba de haberse renovado la persecucion en Oriente; no nos quedan pormenores en esta parte; pero poseemos una amplia relacion de los padecimientos y de la muerte de un gran número de mártires en Leon, en las Galias; y por ahí se puede juzgar, dice Eusebio, de lo que ocurrió en las otras provincias. Ya se ha visto antes que los discípulos de los apóstoles habian traido la fé á las Galias. S. Epifanio, Eusebio y Teodoreto aseguran expresamente que S. Crescente, discípulo de S. Pablo, predicó allí el Evangelio, y lo mismo dice de S. Lucas el primero de aquellos autores. S. Trófimo fue enviado tambien por S. Pedro, segun consta por testimonio de los obispos de la provincia de Arles, los cuales escribiendo al papa San Leon hácia mediados del siglo v recuerdan este hecho como una cosa sabida en toda la Galia, y que no podia ignorarse en Roma. Es probable que no tardaron otros predicadores en llevar despues el cristianismo á

las ciudades principales de aquella region. Pero los progresos fueron casi imperceptibles por mucho tiempo, y debemos observar que en general se propagó mas tarde y con mas lentitud en las provincias del Occidente, que en el Asia, la Grecia y la Italia, donde los apóstoles se habian detenido mas y habian fundado por sí multitud de iglesias. Como á la mitad del segundo siglo pasó una muchedumbre de operarios evangélicos del Asia á las Galias, á donde segun toda probabilidad los enviaron S. Aniceto y S. Policarpo cuando este último hizo el viaje á Roma. S. Potino que era el jefe de dichos operarios, se detuvo en Leon, y fundó una iglesia floreciente cuyo primer obispo fue. Otros predicaron en Viena y en las ciudades inmediatas. Hasta entonces habian estado seguros por el corto número de fieles; pero cuando se vió que se multiplicaban de dia en dia, se exasperó lentamente el odio de los paganos, y al fin se levantó una violenta persecucion el año 177.

Se habia empezado por hacer odiosos á los cristianos imputándoles los incestos y los banquetes de carne humana, inventados por la calumnia, y á poco tiempo fueron objeto de los ultrajes mas sangrientos, y quedaron aislados, por decirlo asi, como hombres abominables á quienes no era lícito acercarse. Fueron excluidos de todas las casas particulares, y se les prohibió la entrada de los baños, del foro y de todos los parajes públicos. El populacho irritado los insultaba en cualquiera parte donde se atrevian á presentarse: perseguialos á pedradas, robaba sus bienes, y saqueaba sus casas, y cometia todos los excesos de una bárbara ferocidad. Los mas débiles huyeron; pero los mas animosos resolvieron exponerse al martirio: muchos fueron aprehendídos y presentados ante el tribuno y los jueces; y habiendo confesado generosamente que eran cristianos se los condujo á la cárcel hasta la llegada del

gobernador. De allí á unos dias este magistrado los hizo comparecer en su tribunal, y como los trataba con una crueldad repugnante, un cristiano jóven llamado Vecio Epagato, lleno de zelo y de virtud, pidió permiso para hablar en su defensa, y manifestar que no eran reos de impiedad ni de ningun otro crímen. Al instante la multitud comenzó á gritar contra él; y preguntándole el gobernador ofendido de su solicitud si era cristiano, Vecio lo confesó en alta voz, y al instante fue puesto en el número de los mártires con el título de abogado de los cristianos. Hubo unos diez que se rindieron á estas primeras pruebas, y su caida vino á ser para los otros un motivo de afliccion y de continua zozobra, porque temian que la violencia de los tormentos ocasionase alguna nueva apostasía. Entretanto no se cesaba de buscar á los cristianos, y tanto en Viena como en Leon se prendió á los que eran los apoyos mas firmes y distinguidos de las dos iglesias: tambien fueron cogidos algunos de sus esclavos paganos, y puestos en el tormento para obligarlos á declarar contra sus amos. Los infelices cediendo al temor de los tormentos imputaron á los cristianos todo género de crímenes, y sus declaraciones divulgadas entre el pueblo irritaron en términos á los paganos, que los que antes manifestaban alguna moderacion, ya no ponian límites á su rabia.

Es imposible expresar los tormentos que se hicieron sufrir á los santos mártires para forzarlos á renegar la fé y arrancarles la confesion de los crímenes que se les imputaban. El furor del pueblo y del gobernador se desencadenó sobre todo contra Sancto, diácono de Viena, Attalo, originario de Pérgamo en el Asia, Maturo, neófito, y una esclava jóven llamada Blandiná. Esta era tan delicada y tan débil, que los fieles temian sobremanera se dejase vencer de los suplicios; pe-

ro mostró una firmeza y un valor superiores á su naturaleza. Los verdugos se relevaron desde la mañana hasta la noche para hacerle sufrir todos los tormentos imaginables; y despues de agotar todos los recursos de la crueldad mas ingeniosa se vieron precisados á darse por vencidos no concibiendo cómo podia Blandina vivir en un cuerpo dislocado y desgarrado por todas partes. Ella repetia constantemente estas palabras: «Yo soy cristiana: entre nosotros no se cometen crímenes;» y esta generosa confesion parecia que la hacia insensible á todos los dolores. El diácono Sancto enmedio de los tormentos mas horrorosos no quiso decir su nombre, ni su patria, ni si era libre ó esclavo, contentándose con responder á todas las preguntas: «Soy cristiano.» Su firmeza irritó tanto al gobernador y á los verdugos, que despues de emplear todos los demas suplicios le aplicaron planchas de cobre hechas ascua en las partes mas sensibles de su cuerpo. El santo martir no se movia aunque le quemaban las carnes, y permanecia firme en la confesion de la fé. A pocos dias los paganos le pusieron de nuevo en la tortura, esperando vencerle si le abrian las llagas cuando la inflamacion hacia insoportable el menor contacto, ó creyendo á lo menos que moriria en los tormentos, y que una muerte tan cruel amedrentaria á los otros. Pero por un milagro inesperado su cuerpo enteramente desfigurado recobró su primera forma, y pareció curado del todo.

El gobernador no dudó que se conseguiria fácilmente arrancar un testimonio cual se deseaba á los que habian renunciado la fé; y Biblis que era de ellos, fue puesta en el tormento para hacerle confesar los crímenes de que se acusaba á los cristianos. Pero enmedio de los suplicios volvió ella en sí, y recordándole aquellos dolores pasajeros las penas eternas exclamó: «¿Cómo habiamos de comer á los niños, cuando ni siquiera nos

es lícito comer la sangre de los animales?» Porque en este punto todavía observaban los fieles la prohibicion de la antigua ley confirmada por los apóstoles. Habiendo declarado al mismo tiempo que no cesaba de ser cristiana, fue colocada otra vez en el número de los mártires. En seguida fueron sepultados todos en horribles calabozos con los pies estirados y violentamente separados por maniotas de madera, y se los trató con tanta barbarie, que algunos murieron en pocos dias, víctimas de la infeccion y demas incomodidades de la prision.

Entretanto fue descubierto S. Potino, á quien el odio del pueblo perseguia particularmente como jefe de los cristianos. Tenia mas de 90 años, y estaba tan debilitado de las enfermedades que apenas podia respirar: hubo pues que llevarle al tribunal; pero el ardor de su ánimo sostenia al venerable anciano; y á pesar de los gritos y del encolerizamiento de la multitud no dejó de dar un testimonio glorioso á la verdad. Habiéndole preguntado el gobernador cuál era el Dios de los cristianos, respondió: «Tú le conocerás si eres digno.» Inmediatamente le arrancó el pueblo con violencia, y le llenó de injurias y le golpeó. Los que estaban cerca, le daban puñadas ó puntapies sin respeto á su mucha edad: los que estaban lejos le arrojaban cuanto podian haber á la mano, y todos se hubiesen creido culpables si no le hubieran insultado para vengar el honor de sus dioses. No le quedaba mas que un soplo de vida cuando le condujeron á la cárcel, donde expiró á los dos dias.

Primeramente fueron condenados cuatro mártires, Sancto, Maturo, Attalo y Blandina, á ser expuestos á las fieras, y se dió expresamente un espectáculo extraordinario para su suplicio. Sancto y Maturo sufrieron de nuevo todo género de tormentos en el anfiteatro: fueron azotados con varas segun costumbre, arrastrados

y despedazados por las fieras, quemados en una silla de hierro echa ascua; y despues de haber servido todo un dia á la bárbara diversion de la multitud, como respiraban todavía, fueron rematados á estocadas. A Blandina la ataron á un pilar en forma de cruz porque era esclava; pero no la tocaron las fieras y volvió á la prision reservándola para otro dia. Con respecto á Attalo sabiendo elgobernador que era ciudadano romano no hizo mas que mandarle pasear al rededor del anfiteatro para mostrarle al pueblo, y luego dió órden de que le condujesen á la cárcel con los otros confesores, mientras llegaba la respuesta del emperador á quien habia consultado.

Los mártires se aprovecharon de este término para reanimar el valor y trabajar en la reconciliacion de los que habian renegado la fé, porque aun estaban presos estos apóstatas á causa de las imputaciones odiosas que se hacian á todos los cristianos: agobiabanlos ademas los remordimientos y la vergüenza; de modo que tenian que sufrir las acusaciones de su conciencia y las injurias de los paganos. Los mas detestaron su apostasía, y persuadidos por las exhortaciones y el ejemplo de los que habian permanecido constantes, recibieron una nueva vida en la penitencia, y desde entonces se resolvieron á combatir generosamente por el nombre de Jesucristo que acababan de renunciar con tanta cobardia. No paró ahí el zelo de los mártires: escribieron cartas á los cristianos del Asia menor para precaverlos dela seduccion de los montanistas, y rogaron al mismo tiempo al papa Eleuterio que pacificara con su autoridad las iglesias de aquella provincia, objeto de una tierna solicitud para ellos, porque algunos traian de allí su origen. Enviaron esta carta por conducto de S. Ireneo, que era presbítero de la iglesia de Leon, y le recomendaban en los términos mas honoríficos.

Pronto recibió el gobernador la respuesta del emperador, reducida á que fueran sentenciados á muerte los que perseverasen en confesar á Jesucristo, y puestos en libertad los que renegasen de él. Ejecutóse esta órden durante los juegos solemnes que se celebraban en Leon en honor de Augusto, y que atraian un gentio innumerable. El gobernador mandó á los mártires comparecer ante su tribunal, y habiéndoles preguntado de nuevo pronunció la sentencia, condenando á los ciudadanos romanos á ser decapitados, y á los otros á ser expuestos á las fieras: tambien hizo que se presentaran los que habian caido antes, y les preguntó por mera forma, pues creia que no tendria mas que ponerlos en libertad; pero contra sus esperanzas protestaron de su adhesion al cristianismo, y se reunieron así voluntariamente á los otros mártires, excepto algunos que solo en apariencia habian sido cristianos.

Durante el interrogatorio Alejandro, cristiano de la Frigia y médico de profesion, se mantenia cerca del tribunal, y no cesaba de animar á los confesores con los signos y ademanes mas enérgicos: el pueblo lo echó de ver, y empezó á gritar contra él. Inmediatamente le tomó declaracion el gobernador, y viendo que era cristiano le condenó á las fieras. Al dia siguiente le condujeron al anfiteatro con Attalo, que fue condenado tambien á este suplicio, aunque ciudadano romano, por complacer á la multitud. Uno y otro sufrieron todos los tormentos que se empleaban en tan crueles espectáculos, y por último fueron degollados, porque se acostumbraba á rematar así á los que no morian á manos de las fieras. Alejandro no soltó ni una palabra, ni una queja. Attalo, cuando le hubieron puesto en la silla de hierro, y se difundia lejos el olor de sus miembros quemados, se dirigió al pueblo, y dijo: «¿No podria llamarse esto comer carne humana? Por nuestra

parte no hacemos nada que se parezca á los crímenes que nos imputais.»

Blandina y Pontico, jóven de unos quince años, habian sido conducidos todos los dias al anfiteatro, á fin de intimidarlos con la vista de los suplicios: el último dia los instaron á que jurasen por los falsos dioses, y como se resistiesen, el pueblo furioso pidió que se les diese todo género de tormentos; pero su constancia fue invencible. Pontico expiró el primero: Blandina que no habia cesado de animarle, tuvo que sufrir los azotes con varas, las mordeduras de las fieras, la silla ardiente: despues la metieron en una red, la expusieron á un toro que la sacudió mucho tiempo sin dar ella la menor señal de dolor. Al fin fue degollada, y hasta los paganos confesaban que no se habia visto jamás mujer que sufriese tanto y con tanto valor.

La sangre de los mártires no aplacó el encono de los perseguidores. Dejaron expuestos los cuerpos de aquellos en el muladar para que los devoraran los perros, y pusieron guardias de dia y de noche para que los cristianos no se llevasen los cadáveres y los enterrasen. En fin al cabo de seis dias los quemaron y arrojaron las cenizas al Ródano, figurándose que quitarian así á los cristianos la esperanza de la resurreccion, y que tendrian menos valor para arrostrar la muerte cuando supiesen que sus restos habian de ser destruidos: estos mártires eran cuarenta y ocho. Los pormenores de sus padecimientos estan sacados de la relacion que enviaron á las iglesias de Asia los cristianos de Leon y de Viena, y que Eusebio ha conservado. Se cree que la escribió S. Ireneo, que fue el sucesor de S. Potino.

Marcelo y Valeriano se habian escapado como por milagro de las cárceles de Leon, y estuvieron ocultos por algun tiempo fuera de la ciudad, sin dejar de ejercitar su zelo y de predicar secretamente la fé en el lugar

de su retiro. Despues la violencia de la persecucion los determinó á alejarse mas. Marcelo encontró cerca de Chalons-sur-Saone al gobernador Prisco: fue preso y se declaró cristiano. Hicieronle sufrir diferentes suplicios para forzarle á adorar los ídolos; pero como se resistiese valerosamente, le enterraron vivo hasta la mitad del cuerpo, y murió en este estado al tercer dia. Su sepulcro y su culto se hicieron célebres en Chalons por frecuentes milagros, y el rey Gontran mandó mas adelante edificar allí un monasterio en honor del santo. Valeriano fue cogido en Tournus, y preguntado por el mismo gobernador, que le mandó desgarrar con garfios de hierro, y viéndole invencible hizo que le decapitaran.

Otros dos mártires, Epipodio y Alejandro, padecieron tambien en Leon casi por el mismo tiempo. Eran de familia distinguida, estaban en la flor de la edad y ligados con estrecha amistad que se habia formado desde la niñez, y mantenido por la conformidad de sus costumbres y la práctica de las mismas virtudes. Trabajaban de acuerdo en propagar el cristianismo y sostener á los fieles durante la persecucion, cuando fueron delatados por traicion de un criado suyo. Sabiendo que los buscaban huyeron secretamente y se refugiaron en la choza de una pobre viuda cerca del lugar llamado Pierre Encise, donde la obscuridad de su retiro los tuvo algun tiempo seguros. Sin embargo llegaron á descubrirlos, y los pusieron presos antes de tomarles declaracion; lo cual era contrario á lo prescrito en la legislacion romana; pero tratándose de cristianos, cuyo nombre solo se miraba como un crímen notorio, se creia que podia infringirse la ley. A los tres dias les mandaron comparecer con las manos atadas á la espalda, y tomada la declaracion, el gobernador se encolerizó con ellos y prorrumpió en amenazas terribles:

despues dió órden de separarlos y de conducir otra vez á Alejandro á la cárcel: esperaba que Epipodio, que era el mas jóven, se dejaria ganar con mas facilidad cuando estuviera solo. Primero le tentó con la seduccion, representándole la dulzura de los placeres y de los goces de que se privaba por seguir una religion que condenaba todos los deleites; pero el jóven dió una respuesta tan noble, y vituperó con tanta energía los goces groseros y transitorios con que se le halagaba, que el juez confuso é irritado mandó darle brutales tapabocas; y como continuase Epipodio confesando la gloria de Jesucristo le pusieron en el caballete para desgarrarle con los garfios de hierro. Al populacho enfurecido pareció demasiado lenta la crueldad de los verdugos, y pidió á gritos que le entregasen el santo mártir para hacerle pedazos: el gobernador dispuso que le quitaran al punto del caballete y le cortaran la cabeza. Despues de un dia de intervalo compareció á su presencia Alejandro, á quien trató en vano de intimidar con el recuerdo de los suplicios que los otros cristianos habian sufrido: despues mandó que le golpearan mucho tiempo tres verdugos que se relevaban sin intermision, y al fin le hizo crucificar. No tardó en expirar el generoso mártir; porque tenia el cuerpo tan lacerado que se le veian las entrañas por entre las costillas. Los cristianos arrebataron secretamente los cuerpos de estos dos mártires, y los sepultaron cerca de la ciudad en un bosque algo apartado, que despues fue célebre por la piedad de los fieles y por una multitud de milagros.

Una de las víctimas mas ilustres de esta persecucion en las Galias fue un jóven llamado Sinforiano, que padeció el martirio en Autun. Era de una familia noble y cristiana, que le habia dado una educacion digna de su nacimiento. Un dia que se celebraba una fiesta,

de Cibeles, y se llevaba con pompa en un carro la estatua de la madre de los dioses, Sinforiano no pudo ver sin lástima la ceguedad del pueblo que corria en tropel á prosternarse ante el ídolo; y como manifestara públicamente su desprecio, fue preso en el acto, y conducido á presencia del consular Heraclio que hacia buscar á los cristianos. Preguntado acerca de su nombre y condicion respondió: « Me llamo Sinforiano y soy cristiano. » «¿Eres cristiano? replicó el juez: pues ¿cómo te has escapado de nuestras pesquisas? porque apenas quedan entre nosotros de esos enemigos de los dioses.» Sabiendo que era de un nacimiento ilustre, Heraclio le instó vivamente á sacrificar, y de resultas de su negativa mandó que los lictores le golpearan y le llevaran á la cárcel. De allí le sacaron á los pocos dias, y trataron de ganarle con ofertas seductoras y de intimidarle con la amenaza de los tormentos mas horribles. Pero Sinforiano manifestó en sus respuestas que despreciaba igualmente las promesas y las amenazas, y no temió ridiculizar las extravagancias y crueles supersticiones del culto de Cibeles. Por fin el juez furioso le condenó á morir decapitado. Cuando le sacaban de la ciudad para el suplicio, corrió su madre hácia la muralla y le gritó al paso; « Animo, hijo mio, levanta los ojos al cielo, y acuérdate del Dios vivo: creen que te arrancan la vida; pero al contrario te la aseguran por una eternidad.» Despues que le cortaron la cabeza, los fieles se apoderaron con sigilo de su cuerpo y le enterraron cerca del lugar del suplicio. Los muchos milagros que se obraron en su sepulcro, le atrajeron la veneracion hasta de los paganos, y no tardó en hacerse célebre su culto en todas las Galias.

No es dudable que una persecucion tan cruel dió á la iglesia galicana mayor número de mártires que los que han llegado hasta nosotros en las actas que se conocen.

Entre los mas notorios citaremos á S. Benigno y S. Andocho, sacerdotes, y S. Tirso, diácono, enviados por San Policarpo á predicar la fé en las Galias: estos fueron los primeros apóstoles de Autun. Pasó despues á Langres S. Benigno, y de allí á Dijon, donde sufrió el martirio. S. Andocho y S. Tirso fueron arrestados y sacrificados en el lugar de Saulieu, con un mercader llamado Felix, en cuya casa se hospedaron.

El emperador Marco Aurelio no sobrevivió mucho á estos gloriosos mártires. Hallándose en la campaña de Germania, le acometió una fiebre maligna y sucumbió á los pocos dias en el año de 180, despues de un reinado de diez y nueve años. Su hijo Cómodo que le sucedió, no tardó mucho en hacerse despreciable y odioso por sus vicios y extravagancias: todos los historiadores le pintan como un monstruo de desenfreno y de crueldad con particularidad hácia los senadores. Pero no persiguió á los cristianos, y se dice que este favor se debió á una concubina llamada Marcia, que se creia aficionada á los cristianos, y tenia grande dominio sobre su amo, porque tal era su pasion por ella, que le concedió casi todos los honores de emperatriz. Como la paz de que gozaba la iglesia, favorecia la predicacion del Evangelio; se multiplicaron diariamente las conversiones, y en Roma sobre todo se vió un gran número de familias distinguidas por su nacimiento ó sus riquezas, que abrazaron la fé y pedian con ansia el bautismo. Sin embargo en muchos parajes se advertia el odio popular en sus efectos al principio del nuevo reinado; y muchos años despues, hácia el año 186, un senador romano, llamado Apolonio, sufrió el martirio por la fé que igualmente abrazó. Acusóle un esclavo, y comparecido delante de Perennis, prefecto del pretorio, mandó este crucificar al denunciador, segun la ley de Marco Aurelio, que prohibió con pena de la vida que

nadie hiciese esta clase de acusaciones: pero como las antiguas leyes establecian tambien la pena de muerte para los cristianos que no abjurasen su culto despues de ser denunciados, Perennis instó con viveza á Apolonio á que renegase, y no habiéndolo podido conseguir, le mandó que diese cuenta al senado de su profesion de fé. Este ilustre confesor pronunció delante de los jueces una brillante apología del cristianismo; pero le costó perder la cabeza.

El papa S. Sotero, que habia sucedido á S. Aniceto, murió en el año de 177 despues de haber ocupado la silla apostólica ocho años. Sucedióle S. Eleuterio que gobernó la iglesia hasta el año de 192. Recibió al principio de su pontificado una carta de un rey de la Gran Bretaña llamado Lucio, súbdito ó aliado de los romanos, en que le manifestaba la intencion de abrazar la religion cristiana y le pedia un ministro que le instruyese en ella. El papa Eleuterio se apresuró á corresponder á sus instancias, y por este medio fueron convertidos los bretones, y conservaron su fé en profunda paz hasta la persecucion de Diocleciano.

Ademas de los apologistas de que hablamos anteriormente, contaba entonces la iglesia con muchos doctores tan ilustres por sus escritos como por sus virtudes. S. Dionisio, obispo de Corinto, fue uno de los mas célebres; pero se ignoran las circunstancias de su vida: solo se sabe que no contento con los deberes que le ligaban á su grey, extendió su zelo á las demas iglesias dirigiendo sus instrucciones á los que las reclamaban. Eusebio refiere ocho cartas que aquel santo obispo escribió, y de que no quedan mas que fragmentos. En la que dirigió á los atenienses, los reprendia porque casi habian abandonado la práctica del Evangelio, desde que su obispo Publio habia sufrido el martirio. Daba testimonio de las virtudes de Cuadrato, sucesor de Publio, y en

particular le alababa del cuidado que tuvo de reunir á los fieles dispersos, y reanimarlos en su ardor por la fé que principiaba á extinguirse. Recordábales igualmente á S. Dionisio Areopagita, convertido por S. Pablo, y que fue el primer obispo de Atenas. En otra dirigida á los fieles de Gortina, en la isla de Creta, les prevenia que tuviesen cuidado de no dejarse seducir por los herejes, y elogiaba á Filipo su obispo, que se hizo célebre en el reinado de Marco Aurelio, por la excelente obra que compuso contra Marcion. Escribiendo á los romanos y al papa Sotero para darles gracias por las limosnas que habian enviado á los fieles de Corinto, se expresaba así respecto de una instruccion pontificia que este santo papa habia unido á ella: «Hemos celebrado hoy el santo dia del domingo y hemos leido vuestra epístola, como continuaremos haciéndolo constantemente, lo mismo que la del bienaventurado Clemente, para sacar de ellas saludables lecciones.» Quejabase de que los herejes habian corrompido sus epístolas para acreditar sus errores, en lo que se acredita la reputacion que gozaba este santo doctor y la autoridad de sus escritos.

S. Teófilo, obispo de Alejandría, habia compuesto muchas obras, ya para instruccion de los fieles, ya para combatir las herejías: mas no han quedado de ellas otra cosa que los tres libros dirigidos á Autólico, sabio pagano, muy opuesto al cristianismo. El santo doctor, que tambien habia sido idólatra y se habia convertido con la lectura de los libros santos, trató de instruirle ó desvanecer sus prevenciones en este escrito, donde establece los principios de la religion y hace ver la extravagancia del paganismo. En el primer libro responde á las preguntas que Autólico le hizo tocante á la naturaleza de Dios, y manifiesta como con el auxilio de la fé y un corazon puro se puede llegar al conocimiento de Dios, sin mas que considerar sus obras.

«Como el alma del hombre es invisible, y se deja comprender por el movimiento del cuerpo; así, dice el santo padre, no podemos nosotros ver á Dios con nuestros ojos; pero le conocemos por los efectos de su poder. ¿Por qué nos hemos de negar á creer lo que no vemos? Claro es que en todas cosas hay que principiar por creer. ¿Qué segaria el labrador, si no confiase sus granos á la tierra? ¿Quién se atreveria á recorrer los mares si no confiase en la habilidad del piloto? ¿Qué arte, qué ciencia se aprende, si no se principia por creer en el maestro que la enseña?» En el segundo libro refuta las opiniones de los poetas y filósofos sobre los dioses del paganismo, explica en seguida la creacion del mundo, y hace notar, como resto y prueba de la primitiva creencia en este artículo, la conformidad de todas las naciones en contar la semana como los judios. Hablando con distincion de las divinas personas usa la voz de Trinidad, y es la primera vez que se lee esta expresion para designar el misterio de este nombre. En el tercer libro refuta elocuentemente las calumnias de los paganos, y despues de haber demostrado que los libros de sus poetas, historiadores y filósofos contienen infinidad de cosas contrarias á la razon y á las buenas costumbres; expone la sublime moral de los libros santos, y hace ver por la conducta y las virtudes de los cristianos, por el odio que manifiestan á los espectáculos sangrientos ó infames, autorizados por el paganismo, cuán distantes estan de los crímenes que se les imputan. Ultimamente refiere cronológicamente todos los sucesos notables ocurridos desde el principio del mundo hasta la muerte de Marco Aurelio, y prueba con el testimonio de los mismos autores profanos la antigüedad de Moises y la autenticidad de sus escritos. Fue este santo doctor electo obispo de Antioquía en el año 168, y ocupó esta silla hasta el de 181 ó 182.

S. Ireneo que entonces gobernaba la iglesia de Leon (de Francia); habia nacido en el año de 120 ó poco antes. Desde su tierna edad fue entregado á la direccion de S. Policarpo, obispo de Smirna, y en tan santa escuela adquirió aquella profunda ciencia de la religion y el zelo ardiente por la fé, que le hicieron en adelante el terror de los herejes. Tambien fue discípulo de San Papías, y ademas de las lecciones que recibió de estos hombres apostólicos, cultivó su ingenio leyendo autores profanos para poder combatir á los paganos con sus propias armas, y confundir mas facilmente á los sectarios, patentizando el origen de sus errores en los diferentes sistemas de la filosofía. Enviado á las Galias con otros varios discípulos de S. Policarpo, le ordenó de sacerdote S. Potino, á quien sucedió en el obispado que duró treinta años, sin cesar en todo este tiempo de desplegar tanto zelo y lograr tanto fruto de su predicacion, que casi toda aquella ciudad se convirtió al cristianismo. Procuraban diferentes sectas de los gnósticos esparcir sus errores por las Galias, donde los sectarios de Marcos sobre todo habian llegado á seducir cierto número de mujeres: S. Ireneo pues creyó que debia aplicarse particularmente á precaver á los fieles de los artificios de aquellos novadores. Despues de haberse instruido á fondo en sus doctrinas, ya conferenciando con ellos, ya leyendo sus escritos, emprendió refutarlos en una excelente obra que escribió en griego, y de que nos queda una version latina con algunos fragmentos del original.

En el primer libro comienza S. Ireneo exponiendo los desvarios de los valentinianos, y forma la historia de todas las herejías que se habian levantado sucesivamente desde Simon el Mago hasta el tiempo en que escribia. Opone á las perpetuas variantes de todas las sectas la uniformidad siempre inmutable de la fé cató-

lica, de la cual hace una sucinta exposicion refiriendo casi todos los artículos del símbolo de los apóstoles, y añade que en todas partes convienen los cristianos en esta fé, y que las iglesias que hay en las Germanias, entre los celtas, en España, en Oriente, en el Egipto, en Africa, todas tienen la misma creencia y las mismas tradiciones. En el segundo libro empieza á refutar las invenciones extravagantes de los gnósticos, explanando las ideas que la misma razon nos da de la naturaleza de Dios y de sus infinitas perfecciones, á fin de manifestar que todo lo que existe ha sido criado por su poder, y que es absurdo suponer fuera de él seres independientes que hubiesen hecho el mundo sin su conocimiento. Se dedica á hacer resaltar las contradicciones de los principios de dichos sectarios, á probar que han tomado sus errores de las fábulas de los poetas ó de los sistemas de los filósofos, aunque con diferentes expresiones, é impugna la supersticion que les hacia encontrar misterio en los números y en las letras del alfabeto. Como los herejes explicaban á su antojo las parábolas y otros pasajes del Evangelio; S. Ireneo establece ciertas reglas para la inteligencia de la Escritura, é insiste principalmente en la necesidad de explicarle siempre conforme á la tradicion. Hace ver en seguida lo que se debe juzgar de los supuestos milagros de que se vanagloriaban, y dice: «Los discípulos de Simon, de Menandro y los otros sectarios no pueden restituir la vista á los ciegos, el oido á los sordos, ni curar á los enfermos, á los cojos y á los paralíticos, ni mucho menos resucitar á un muerto, supuesto que ni aun creen posible la resurreccion. Se dirigen á mujeres ó á niños, y no hacen mas que engañar la vista con apariencias que duran un momento, cuando los discípulos verdaderos de Jesucristo obran milagros en su nombre para utilidad de los hombres, unos arrojando á los de-

monios ó prediciendo lo porvenir, otros sanando á los enfermos por la imposicion de las manos, y hasta han resucitado algunos muertos que han vivido años entre nosotros.

Despues de haber destruido así los fundamentos en que los herejes apoyaban sus errores, S. Ireneo los combate en el libro tercero con la autoridad de la Escritura y de la tradicion. Los mas suponian que los apóstoles solo habian conocido imperfectamente la verdad, y la habian alterado con una mezcla de judaísmo: por otra parte se jactaban de haber recibido ellos su doctrina por tradiciones secretas que Jesucristo habia comunicado á algunos discípulos suyos mas inteligentes: pues el santo doctor asienta lo primero que los apóstoles no escribieron ni predicaron hasta haber sido instruidos plenamente por el Espíritu Santo, y muestra cuán absurdo es suponer que Jesucristo confiase su verdadera doctrina á otros que á los que habia encargado especialmente de propagarla y de anunciar el Evangelio en todo el universo. Hace ver tambien que los apóstoles no reservaron el conocimiento de esta doctrina para algunos díscipulos privilegiados, y que sobre todo debieron comunicarla á los pastores que elegian para sucederles y para gobernar las iglesias despues de ellos; de modo que la enseñanza unánime y constante de las iglesias fundadas por los apóstoles debe ser el mejor medio de conocer ciertamente lo que ellos han enseñado. « Pues ya se sabe, dice, los que los apóstoles eligieron para obispos, y podemos contar sus sucesores hasta nosotros: todos concuerdan en una misma fé que no tiene nada de comun con la de los herejes. Pero como seria demasiado largo referir las sucesiones de todas las iglesias, nos contentaremos con señalar la tradicion de la iglesia mas grande y mas antigua, la que fue fundada en Roma por los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo, y

es conocida de todo el mundo. Por esta tradicion que recibió de los apóstoles, por esta fé que publica por todas partes, y que la sucesion de sus obispos nos ha transmitido, confundimos á todos los que establecen nuevas sectas y predican nuevas doctrinas; porque con esta iglesia deben unirse y concordar todas las demas á causa de su autoridad y supremacia.» S. Ireneo enumera despues los obispos que han gobernado la iglesia romana desde S. Pedro hasta el papa Eleuterio que ocupaba entonces la cátedra apostólica. Invoca igualmente contra los herejes la autoridad de S. Policarpo, discípulo de los apóstoles; y para manifestar que la tradicion puede bastar para conocer la verdadera doctrina, añade que algunos pueblos bárbaros creen en Jesucristo sin el auxilio de las Escrituras, teniendo la doctrina de la salvacion escrita en su corazon por el Espíritu Santo, y conservando cuidadosamente la tradicion antigua. Demuestra despues que todos los herejes pueden ser convencidos de innovacion y confirma con la Escritura la fé de la iglesia sobre la unidad de un Dios criador de todas las cosas, sobre la divinidad de Jesucristo, sobre la realidad de la Encarnacion y sobre los demas puntos negados por los gnósticos.

En el cuarto libro continúa probando la unidad de Dios, y demuestra en particular que el mismo Dios es el autor del antiguo y del nuevo testamento. Enseña en varios parajes el libre albedrio del hombre, y hace ver que la causa del mal se halla en el abuso de la libertad. Se expresa del modo mas formal sobre el sacrificio de la nueva ley, y nos da pruebas incontestables de la antigua creencia y de la tradicion apostólica tocante á la presencia real del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, porque se apoya en esta misma creencia para refutar á los gnósticos. «¿Cómo se han de persuadir, dice, á que el pan es el cuerpo del Señor, y el cáliz su sangre, si no

reconocen que es el hijo y el Verbo del Criador? ¿Y cómo afirman que una carne alimentada con el cuerpo y la sangre del Señor permanece en la corrupcion y no recobra la vida?» Finalmente en el libro quinto prueba S. Ireneo con la Escritura el dogma del pecado original y de la redencion: trata de la resurreccion de los cuerpos, del Antecristo, del juicio final, y se vale tambien de la fé de los cristianos sobre la Eucaristía para asentar la realidad de la Encarnacion. Pero la aversion que tenia á las explicaciones alegóricas usadas por los herejes, hizo que tomara demasiado á la letra algunas expresiones de los profetas ó del Apocalipsis acerca de la felicidad de los justos en esta vida; y enseña como San Papías y S. Justino el error de los milenarios, que no habia sido condenado aun expresamente por la iglesia.

S. Ireneo habia compuesto otras varias obras que no poseemos: entre otras dos tratados intitulados uno de la *Monarquía* y otro *de la Ogdoade* contra Florino, presbítero de la iglesia romana, que habia abrazado los errores de los gnósticos, y que hacia autor del mal á Dios; y una carta intitulada *Del cisma* contra Blasto, otro presbítero de la misma iglesia, que habia adoptado en parte los errores de Valentin, y que queria ademas como los montanistas obligar á todos los fieles á celebrar la Pascua el dia catorce de la luna. Esta cuestion fue tambien motivo para que S. Ireneo escribiese una carta al papa Victor como diremos mas adelante. Terminó este ilustre doctor su vida con el martirio durante la persecucion de Severo.

Por el mismo tiempo hubo tambien algunos otros escritores católicos, cuyas obras no han llegado hasta nuestros dias. Musano escribió hácia el fin del reinado de Marco Aurelio un excelente tratado contra la herejía de los encratitas que acababa de nacer. Rhodon que habia estudiado en Roma con Taciano, todavía ca-

tólico, es decir hácia el año 170, refutó los errores de Marcion y de sus discípulos. Modesto escribió contra los mismos una obra de que Eusebio hace los mayores elogios. Máximo habia tratado la famosa cuestion del origen del mal, y probado el dogma de la creacion demostrando que la materia no puede ser eterna. Candido y Apion compusieron tratados sobre la obra de los seis dias. Sexto escribió sobre la resurreccion. En fin un poco mas adelante S. Serapion que fue obispo de Antioquía desde el año 190 hasta el 219, manifestó su zelo y sus luces en varias cartas á favor de la fé católica. Ya hemos hablado de la que escribió contra los montanistas: en tiempo de S. Gerónimo existian aun otras varias sobre diferentes asuntos, y Eusebio hace mencion de un fragmento de un tratado que habia enviado este santo obispo á la iglesia de Rhosso, en Cilicia, con motivo de un Evangelio atribuido falsamente á S. Pedro, y que contenia algunos errores de los docetes, probablemente autores de aquel Evangelio apócrifo.

Tambien en los primeros años del reinado de Cómodo empezó á brillar la escuela cristiana de Alejandría con aquel vivo resplandor que le dió tanta celebridad. Fundada esta escuela desde el tiempo de S. Marcos se habia destinado á la instruccion de los catecúmenos para disponerlos á recibir el bautismo; pero creciendo al punto su importancia, gracias al mérito y al zelo de los hábiles maestros llamados á dirigirla, se hizo una especie de academia religiosa, de donde salieron sucesivamente un gran número de santos obispos y de ilustres doctores que sirvieron igualmente á la iglesia con sus virtudes y su ilustracion. Hacia mucho tiempo que la ciudad de Alejandría era como el centro de las ciencias y particularmente de la filosofía: el museo que los Tolomeos habian fundado, y conservado los emperadores romanos, ofrecia recursos de toda clase á los estudios profanos, y

los diferentes maestros escogidos para dar lecciones no perdonaban ningun medio para mantener la institucion en el estado de crédito y gloria que debia á los afanes y vigilias de los sabios que la habian ilustrado por algunos siglos. Por otra parte los judios que eran muchos en aquella ciudad, habian tenido tambien doctores de un mérito eminente, y sin duda los escritos del célebre Filon habian formado algunos discípulos capaces de sucederle y de perpetuar su enseñanza. Finalmente se ha visto que Basilides, Carpócrates; Valentin y otros heresiarcas habian enseñado sus errores en Alejandría, y las escuelas que habian fundado, subsistieron mucho tiempo á pesar de las desavenencias que tuvieron entre sí. Enmedio de tales circunstancias no se limitó el zelo de los doctores católicos á la instruccion comun y ordinaria de los simples fieles, sino que juzgaron importante establecer tambien una escuela particular y una enseñanza mas elevada para los que quisiesen estudiar las santas Escrituras con profundidad y enfrente de las escuelas enemigas de la fé despues de exponer y explanar la doctrina cristiana se aplicaron á defenderla y á combatir con sus discursos y escritos los errores propagados por la enseñanza pública de los herejes y de los paganos.

Algunos autores han creido que Atenágoras, de quien nos queda una apolojía de los cristianos, habia dirigido la escuela de Alejandría bajo el imperio de Marco Aurelio: aunque este hecho no sea absolutamente cierto, parece bastante verosimil. Pero el jefe de dicha escuela era S. Pantenes desde el año 179 lo mas tarde. Era este originario de Sicilia, y habia abrazado la filosofía estoíca antes de ser cristiano. Fue instruido en las divinas escrituras por algunos discípulos de los apóstoles, y habiendo sido llamado por su mérito á dirigir la escuela de Alejandría, unió al estudio de la

religion el de las ciencias profanas y quiso conocer los escritos de los filósofos y de los herejes á fin de impugnarlos mejor. En diez años que estuvo al frente de aquella escuela, tuvo varios discípulos célebres, entre otros Clemente de Alejandría que le sucedió, y S. Alejandro que luego fue obispo de Jerusalen. La fama de S. Pantenes se extendió hasta las Indias. Los pueblos de aquellos paises á quienes el comercio atraia á Alejandría, le rogaron que fuese á instruirlos, y el obispo Demetrio le envió á predicarles la fé hácia el año 190. Se ignoran las circunstancias de sus peregrinaciones á los paises donde introdujo el Evangelio: solo se sabe que encontró algunos cristianos antiguos en las Indias, y que tenian en sus manos un Evangelio de S. Mateo escrito en hebreo y dejado por el apóstol S. Bartolomé en aquella provincia. Cuando S. Pantenes volvió á Egipto, se le trajo consigo. Despues de su regreso á Alejandría continuó siendo útil á la iglesia con las lecciones que daba en particular á los que la fama de su saber atraia. Murió en el reinado de Caracalla, y dejó algunos comentarios sobre la Escritura que no han llegado á nosotros.

Clemente de Alejandría que reemplazó á S. Pantenes cuando este partió para las Indias, habia estudiado como él la filosofía pagana antes de abrazar el cristianismo. Era de Atenas segun algunos autores: otros le hacen originario de Alejandría por el sobrenombre que se le da comunmente. Luego que fue cristiano, no pensó ya sino en hacerse tan hábil en la doctrina de la salvacion como lo era en las otras ciencias. Con este objeto recorrió la Grecia, la Italia, la Palestina y el Oriente para conferenciar con los doctores mas célebres, y aprender de ellos la ciencia de la iglesia y de la tradicion. Por fin se agregó á S. Pantenes, y no tardó en ser ascendido al sacerdocio en la iglesia de

Alejandría: despues fue elegido por Demetrio, obispo de esta ciudad, para presidir la escuela de los catecúmenos. Entre los muchos discípulos que su reputacion le atrajo, debe notarse especialmente al célebre Orígenes que fue su sucesor. Clemente quedó encargado de la escuela de Alejandría hasta el año 202; pero entonces se vió obligado á dejarla y huir para librarse de la persecucion que era éntonces violentísima en aquella ciudad. Como él estaba expuesto con particularidad, porque su mérito y su empleo le señalaban tiempo habia al odio de los paganos; creyó que la prudencia no le permitia arrostrar sin motivo un peligro manifiesto, temiendo sobre todo que una temeridad inoportuna autorizase las máximas de los herejes, que imponian como un deber el buscar la persecucion. Retiróse á Capadocia, y se encargó de una iglesia cuyo obispo estaba preso por la fé. Este obispo era S. Alejandro, que habia sido discípulo suyo, y que mas adelante fue llamado á gobernar la iglesia de Jerusalen. Clemente fortaleció á los fieles, y aumentó el número de ellos con sus instrucciones, segun sabemos por los fragmentos de una carta en que S. Alejandro le tributaba este homenaje elogiando su vitud. Se ignora la época precisa de su muerte que ocurrió hácia el año 215 ó 217. Casi todos los autores le han dado el título de santo refiriéndose á la autoridad de algunos martirologios antiguos; pero Benedicto XIV mandó suprimir su nombre en el martirologio romano.

Clemente de Alejandría habia compuesto algunas obras de que se han perdido varias; pero nos queda la Exhortacion á los gentiles, el Pedagogo, los Estromas y un tratadito cuyo título es: *¿Qué rico se salvará?* El objeto de la exhortacion á los gentiles es persuadir á los paganos á que dejen sus supersticiones para abrazar la fé. Despues de mostrar el origen de la idolatria, la ex-

travagancia de las ficciones mitológicas y la infamia de los misterios que eran su consecuencia; Clemente prueba la unidad de Dios con el testimonio de los filósofos y sobre todo con la autoridad de los libros santos, y despues insta vivamente á los paganos á que se adhieran á la doctrina de Jesucristo, exponiéndoles brevemente los motivos que deben determinarlos á ello; esto es, la rapidez con que el Evangelio se ha extendido por todo el universo, la excelencia de las máximas que Jesucristo ha enseñado, el esplendor de sus milagros y la gloria eterna que destina á los que le sean fieles.

El Pedagogo es un compendio de la moral cristiana, compuesto principalmente para los catecúmenos y dividido en tres libros. En el primero explica el autor lo que entiende por maestro ó pedagogo, y muestra que no conviene propiamente mas que al Verbo encarnado, que instruye á los hombres con sus lecciones así como con sus ejemplos, y que los sana con su poder perdonándoles los pecados cuando son culpables. Hace ver que este divino maestro ha guiado é ilustrado á los hombres en todos tiempos, aunque por medios diversos; lo que explana muy latamente para combatir á los herejes que desechaban el antiguo testamento. En el segundo y tercero libros desciende á las circunstancias de las acciones humanas para trazar las reglas de ellas y exponer los deberes de la templanza, de la modestia y de las otras virtudes cristianas. Manifiesta lo que debe observarse ó evitarse en las comidas, en las conversaciones, en el vestir, en los recreos, en el sueño y en las otras circunstancias de la vida. Recomienda la mayor sobriedad en el alimento que debe graduarse no por el placer sino por la necesidad, y aunque permite el uso del vino, condenado por algunos herejes, le prohibe sin embargo á los jóvenes como incompatible con el fuego de su edad. Prohibe el lujo en los muebles y en

los trajes, vitupera el uso de los perfumes y de las guirnaldas de flores, y destierra de los banquetes los discursos frívolos, las chanzas indecentes, las canciones profanas y sobre todo las palabras que ofendan el pudor ó la castidad. Trata con .extension de todo lo que mira á la caridad, y demostrando en seguida que la verdadera belleza consiste en los adornos de la virtud, condena severamente las galas inútiles y mucho mas las que se resienten de molicie y voluptuosidad. Por último clama con fuerza contra el abuso de las riquezas, contra los juegos de azar, contra los espectáculos del circo ó del teatro, y despues de dar algunas reglas sobre el porte que se ha de tener en la iglesia ó al ir á ella, completa su instruccion con una coleccion de máximas sacadas de la Escritura sobre los deberes de la vida cristiana.

Los Estromas ó tapicerías son llamados así, como lo dice el mismo Clemente, porque es un tejido de la filosofía cristiana, donde el autor pasa de una materia á otra, y trata una multitud de asuntos diversos sin seguir ningun órden. Los habia compuesto así de intento para no descubrir claramente los misterios del cristianismo á la curiosidad de los lectores profanos. Esta obra se divide en ocho libros. El objeto principal del primero es manifestar la utilidad de la filosofía, y probar la antigüedad de la doctrina de los hebreos con una exposicion de toda la cronología y con investigaciones sobre el origen de las ciencias y de las artes entre los paganos. En el libro segundo asienta Clemente la necesidad y las ventajas de la fé, explica los efectos de la penitencia, y trata despues del matrimonio sobre el cual vuelve á hablar en el libro tercero, para combatir los errores de los herejes: algunos de estos le condenaban absolutamente, mientras que otros admitian la comunidad de mujeres, y no se avergonza-

ban de las acciones mas indecentes. En el cuarto libro patentiza la excelencia del martirio y explica el precépto del amor de Dios y del prójimo. En el quinto expone los caracteres de la fé, y despues de probar la imposibilidad de comprender la naturaleza divina, demuestra que de los libros de los hebreos ó de entre los bárbaros es donde los griegos sacaron casi todas las verdades que se encuentran en las obras de sus poetas ó de sus filósofos. En el sexto y en el séptimo expone principalmente las reglas de la verdadera sabiduría, y se dedica á dar á conocer la perfeccion de las virtudes cristianas, de las cuales dice que su Pedagogo no contiene mas que los primeros elementos. Por último en el libro octavo da un compendio de dialéctica para demostrar contra los pirrónicos que hay conocimientos ciertos, y por qué medios pueden adquirirse.

Todos los críticos estan de acuerdo para alabar la elocuencia y la erudicion que brillan en las obras de Clemente de Alejandría. En efecto ostenta en todas ellas una variedad prodijiosa de conocimientos tanto en las ciencias humanas, como en la de la Escritura, y pocos santos padres hay de los antiguos, cuyos escritos contengan mas cosas interesantes. Ademas de una multitud de hechos relativos á la historia profana y pasajes sacados de los autores paganos, se encuentran en sus libros los monumentos mas preciosos para la historia de la religion, y da sobre todo testimonios auténticos de la tradicion tocante á la mayor parte de los dogmas controvertidos por los herejes de los últimos tiempos. Enseña que los escritores sagrados, tanto del antiguo como del nuevo testamento, no escribieron nada sin inspiracion del Espíritu Santo; pero que á veces no deja de ser difícil de comprender la verdad enmedio de las obscuridades que la rodean, y que se llega á descubrirla por la tradicion y la enseñanza de la iglesia.

«Los herejes, dice, se sirven de las escrituras; pero suprimen libros enteros, y mutilan los otros alterando su contexto. Escogen algunos pasajes que cotejan é interpretan á su modo, unas veces fijándose en la letra sin penetrar su espíritu, otras dándole un sentido nuevo, y gloriándose de sutilizar mas que los antiguos, cuando deberian tenerse por dichosos de conservar la tradicion que habian recibido. Como todas las herejías han salido de la iglesia mas antigua y la única verdadera; como siempre puede indicarse su principio; con esto solo se los convence de haber innovado y no conservar la verdadera doctrina.» Reconoce expresamente que el hombre goza del libre albedrío; pero que necesita del auxilio de la gracia para obrar el bien, para tener buenos pensamientos, para conocer á Dios, para vencer las tentaciones, para abrazar la fé, y para vivir en la continencia. No es menos categórico acerca de la Eucaristía, porque dice que es la carne y la sangre del Verbo encarnado, que nos da la una y la otra por alimento. Se expresa claramente acerca del purgatorio, y enseña en varios lugares que los fieles que mueren sin haber expiado del todo sus pecados en este mundo, deben expiarlos en el otro antes de entrar en el cielo. Finalmente declara que todos los hombres nacen con el pecado original, y expone con mucha claridad el beneficio de la redencion, subiendo hasta la caida del primer hombre. Con respecto á la disciplina, dice que los cristianos ayunaban dos veces á la semana, el miércoles y el viernes: que celebraban los divinos misterios de noche; pero que no dejaban de tener horas determinadas pora orar de dia; á saber, tercia, sexta y nona; y que se habia establecido este uso en honor de la Trinidad, como el de volverse hácia el Oriente servia para recordar la revelacion cristiana que habia sacado á los hombres de las tinieblas con la luz del Evangelio.

Réstannos algunos fragmentos de una obra que Clemente alejandrino habia compuesto con el título de *Hipòtiposes*, y que era una explicacion compendiada de toda la Escritura. Si se ha de juzgar por ellos y por la idea que nos da Focio; dicha obra estaba plagada de errores y de fábulas tomadas de la filosofía pagana ó de las herejías de los gnósticos; lo que ha hecho creer á algunos críticos que el autor la compuso antes de estar bien instruido en las verdades de la fé y con el objeto de conciliar la doctrina cristiana con las ideas de Platon. Pero como ni Eusebio, ni S. Gerónimo que han bablado de las *Hipotiposes*, dicen nada de los errores graves que Focio menciona; es mas probable que estos hayan sido ingeridos mas adelante por los herejes, que tomaban á empeño corromper los escritos de los mas ilustres doctores. Hay que convenir sin embargo que Clemente de Alejandría parece que dió demasiada importancia á la filosofía, y que echa mano de ella con muchísima frecuencia, particularmente en sus Estromas. Déjase llevar sobre todo de su aficion á las alegorías y á los sistemas, y puede creerse que la transmitió á sus discípulos, y contribuyó á lo menos con su ejemplo á aumentar una disposicion análoga que se observa en Orígenes. En general se ha imputado á la escuela de Alejandría una inclinacion muy declarada á la filosofía de Platon; y aunque la pasion y el espíritu de secta han solido exajerar este cargo, es cierto que los jefes principales de dicha escuela no siempre han hecho bastante caso de la sencillez de la fé, y que se han preocupado demasiado con ciertas teorías sistemáticas, inventando explicaciones fundadas en la metafísica só pretexto de resolver las dificultades que los filósofos paganos les proponian. Estas preocupaciones que extraviaron á veces á Clemente y sobre todo á Orígenes, deben atribuirse tal vez á la influencia de las doctrinas filosó-

ficas enseñadas entonces en la escuela pagana de Alejandría. Mucho tiempo hacia que esta habia admitido un sistema de eclectismo, que permitia conciliar hasta cierto punto la filosofía con el cristianismo. Su profesion era no apegarse á ninguna secta en particular, sino escoger de todas lo que enseñaban de cierto, para formar un nuevo cuerpo de doctrina con estos elementos sacados de manantiales diferentes. Conforme á esta idea, dice Clemente en el libro primero de sus Estromas, hablando de la filosofía cuyo elojio hace, que no da este nombre á la de los estoicos, ni á la de Platon, ni á la de Epicuro ó Aristóteles, sino á la eleccion de lo que hay de cierto en la doctrina de dichas sectas. Si manifiesta despues, como Orígenes, alguna preferencia á la filosofía de Platon, es porque parecia acercarse mas á los principios del cristianismo en cuanto á la existencia de un solo Dios, la naturaleza del alma, los castigos y las recompensas de la vida futura. Por lo demas afirma que aquel filósofo habia sacado una parte de su doctrina de los libros de los hebreos; pero que al apropiarse sus dogmas los habia alterado por no comprenderlos ó por aparentar que enseñaba algo de su invencion. Por su parte hace profesion de conformarse con la tradicion, y de reproducir las lecciones de los maestros que le habian instruido en la doctrina de los apóstoles; lo que manifiesta que la filosofía adoptada por estos doctores cristianos tenia su regla necesaria en la autoridad de la revelacion y en la enseñanza de la iglesia: que no era la eleccion de una doctrina hecha por cada uno segun sus luces; y que si han discurrido sistemas poco conformes á la fé cristiana, es por no haber sido fieles á su propio principio. Volveremos á hablar mas adelante de la escuela pagana de Alejandría, de donde salieron una multitud de sofistas, que se señalaron entre los enemigos mas peligrosos y encarniza-

dos que el cristianismo tuvo que combatir en los primeros siglos.

Mientras que tantos doctores católicos explicaban ó defendian la doctrina de la iglesia; los herejes no cesaban de combatirla, y en el reinado de Cómodo se ven nacer varias sectas nuevas, cuyos errores tenian mas ó menos conexion con la filosofía pagana ó con las herejías ya existentes. Hermógenes enseñó que la materia era eterna, y que Dios no la habia sacado de la nada, sino que la habia dispuesto al criar el mundo; de modo que todas las imperfecciones de las criaturas y el mal que es su consecuencia, debian atribuirse á la naturaleza viciosa y rebelde de los elementos increados de que Dios habia tenido que valerse, porque esta cuestion del origen del mal y la presuncion de explicarla daban casi siempre márgen á las herejías de los primeros tiempos. Las mismas almas, segun Hermógenes, eran materiales, así como los demonios, y debian disolverse un dia para volver al seno de la materia primera. Como los elementos de que se han formado los astros, son lo mas perfecto que hay en la materia; suponia tambien que el cuerpo de Jesucristo habia sido sacado del sol, y que había vuelto á él despues de la Ascension. Este heresiarca era pintor y filósofo, y habia tomado sus errores de la secta de los estóicos. Parece que habia empezado á propagarlos á la conclusion del reinado de Marco Aurelio: porque se cree que S. Teófilo de Antioquía le habia refutado en un libro que no existe. Aun estaba dogmatizando en Africa despues del año 200, cuando Tertuliano escribió contra él. Tambien hubo en Galacia un Seleuco y un Hermias que enseñaron errores análogos afirmando igualmente que la materia era eterna como Dios: que las almas de los hombres eran formadas de elementos terrenos; y que el cuerpo de Jesucristo estaba en el sol. Creian ademas que el mismo Dios

era corporal: que las almas habian sido criadas por los ángeles; y que no hay otro infierno que este mundo, ni otra resurreccion que la generacion ordinaria. Desechaban el bautismo de agua, esperando un bautismo de fuego y de aire sutil que debia purificar ó sustituir á los elementos corrompidos de que se componian las almas.

La secta de los teodocianos comenzó algun tiempo despues de la de Hermógenes, y tuvo por jefe á Teodoto, de Bizanzo, de oficio simple curtidor; pero muy instruido en las bellas letras y en la filosofía. Habiendo sido preso de órden del gobernador con otros varios cristianos que padecieron el martirio, apostató y huyó á Roma donde esperaba ocultar su falta. Pero no tardó en saberse; y como no pudo soportar la confusion y las acusaciones que le atrajo, discurrió sostener para justificarse que no habia renegado sino de un simple hombre, suponiendo con los cerintianos y los ebionitas que Jesucristo no era superior á la humanidad mas que en la mayor santidad y virtud. Por el mismo tiempo enseñó tambien en Roma este error un tal Artemas ó Artemon, que formó una secta particular denominada de los artemonitas. Todos los que adoptaron esta doctrina impía, recibieron en general el nombre de *aloges*, como que desechaban el Verbo y al mismo tiempo el Evangelio de S. Juan, donde se prueba claramente la divinidad del Verbo. Teodoto de Bizanzo fue excomulgado por el papa Victor como tambien Artemas; pero no por eso dejaron sus discípulos de sostener con una osadía inconcebible que todos los antiguos y aun los apóstoles habian enseñado la doctrina de dichos heresiarcas: que se habia conservado hasta el tiempo del papa Victor, el décimo tercero de los soberanos pontífices despues de S. Pedro; y que Zeferino, sucesor de aquel, era el primero que habia hecho innovacion en este punto, y alterado la verdad. Esta ridícula aseveracion de

los artemonitas y de los teodocianos se refiere en los fragmentos que Eusebio ha citado de un autor antiguo que habia escrito contra ellos, y que se cree sea Cayo, presbítero de Roma, muy célebre al principio del siglo tercero. « Lo que dicen, añade este autor, podria ser creible si no estuviesen en contra de su dicho las divinas escrituras y las obras de varios escritores católicos anteriores á Victor, tales como Justino, Milciades, Taciano, Clemente y otros muchos, todos los cuales enseñan expresamente la divinidad de Jesucristo. ¿Quién no tiene tambien noticia de los libros de Ireneo, de Meliton y de los demas que asientan que Jesucristo es Dios y hombre todo á un tiempo? ¡Cuántos himnos y cánticos tenemos compuestos desde el principio por los fieles, en donde se canta que Jesucristo es el Verbo de Dios y Dios tambien! Supuesto que la doctrina de la iglesia se ha enseñado así públicamente tantos años hace; ¿cómo puede sostenerse que se predicó hasta el tiempo de Victor lo que suponen estos herejes? ¿Cómo no se avergüenzan de proferir semejante calumnia contra el mismo Victor, sabiendo que este pontífice excomulgó á Teodoto el curtidor, autor y jefe de aquella secta de apóstatas que niegan la divinidad de Jesucristo? Si Victor admitia su impiedad como se atreven á decirlo, ¿por qué echó de la iglesia á Teodoto, que introducia dicha herejía? » Esto debe entenderse en el sentido de que Teodoto fue el primero que la introdujo en Roma.

El mismo autor añadia hablando de estos herejes: « Han tenido la audaz temeridad de alterar las santas escrituras, y han desechado al mismo tiempo la regla de la antigua fé. Por último desconocen al mismo Jesucristo, y despreciando lo que dicen los libros santos, no piensan mas que en estudiar á Euclides, á Aristóteles, á Teofrasto ó á Galeno. Aficionándose á una dialéctica frí-

vola, y queriendo decidirlo todo por silogismos se valen del arte de los paganos para probar sus opiniones, y de la sutileza de los impíos para corromper la sencillez de las escrituras só pretexto de corregirlas. Todo el mundo puede fácilmente convencerlos de esto, y basta cotejar sus ejemplares para ver la diferencia. Los de Asclepiodoto no concuerdan con los de Teodoto y es fácil hacerse con copias de ellos, porque los discípulos de uno y otro han tenido cuidado de sacarlas en gran número para proporcionarse las supuestas correcciones de sus maestros. Los ejemplares de Hermófilo no estan conformes con los de que acabo de hablar, y los de Apolonio no estan de acuerdo ni aun entre sí, porque las primeras copias que publicó son muy diferentes de las últimas. Es imposible que no conozcan ellos mismos cuán criminal es su temeridad. En efecto ó no tienen fé si no creen que el Espíritu Santo dictó las santas escrituras; ó se parecen al demonio si se tienen por mas hábiles que el Espíritu Santo. No pueden negar que estas alteraciones provienen de ellos, pues que los ejemplares en que se hallan estan escritos de su propio puño, y no pueden manifestar ningun ejemplar mas antiguo de donde hayan sacado aquellas copias, porque no han recibido así las escrituras de mano de los que les dieron las primeros instrucciones. Algunos de entre ellos ni aun han querido tomarse el trabajo de alterar las escrituras; sino que pasando de pronto al último grado de ceguedad han desechado absolutamente la ley y los profetas só pretexto que debia bastar la gracia del Evangelio.»

Por este pasaje se ve cuáles fueron los principales discípulos de Teodoto el curtidor. El mas célebre fue otro Teodoto, por sobrenombre el banquero ó el cambiante. Enseñaba igualmente que Jesucristo no era mas que un simple hombre, aunque concebido por obra del

Espíritu Santo; y le hacia ademas inferior á Melquisedech, afirmando que este era un ángel ó una virtud celestial, porque está escrito de él que no tiene padre, ni madre, ni genealogía. Añadia que Melquisedech era el intercesor y el mediador de los ángeles como Jesucristo lo era de los hombres; de modo que el primero era superior por la dignidad de su ministerio tanto como por la excelencia de su naturaleza. Este error particular hizo dar el nombre de melquisedecianos á los sectarios de Teodoto el banquero. Parece, segun el testimonio de S. Gerónimo, que Orígenes y algunos discípulos suyos creian tambien contra el sentir comun de la iglesia que Melquisedech era un ángel y no un hombre; pero estaban lejos de hacerle superior á Jesucristo.

Refierese tambien hácia el fin del segundo siglo, y con corta diferencia cuando empezó la secta de los melquisedecianos, el origen de otra herejía cuyo autor fue un tal Praxeas, de quien hablaremos mas adelante con motivo del libro que Tertuliano escribió contra él. Negaba la distincion de las personas divinas, y enseñaba que el padre era el que habia tomado cuerpo en el seno de la Virgen; de modo que fue el precursor de Sabelio, que renovó esta herejía á mediados del siglo tercero (1)

El papa S. Victor que condenó los errores de los teodocianos, habia sucedido á S. Eleuterio el año 192. Lo que hizo célebre su pontificado fue la disputa que se

(1) Debemos mencionar aquí dos versiones griegas de la Biblia que aparecieron en el reinado de Cómodo. La primera fue la de Simmaco, samaritano de nacion y de religion, y que se hizo despues judio, abrazando luego la secta de los ebionitas para la cual hizo probablemente su version; porque los ebionitas recibieron á veces el nombre de aquel. No concuerdan los autores acerca del año en que se publicó dicha Biblia. La segunda fue la de Teodocion, natural de Efeso, que despues de haber sido discipulo de Taciano se hizo marcionita y luego abrazó el judaismo: publicóse hácia el año 185. S. Ireneo acusa á Teodocion de haber debilitado algunas profecías relativas á Jesucristo. No quedan sino algunos fragmentos de estas dos versiones.

suscitó, y los concilios que se congregaron en diversos parajes con motivo de la Pascua. Ya se ha visto antes que las iglesias del Asia mènor celebraban esta fiesta el dia catorce de la luna del primer mes, mientras que las demas iglesias, y particularmente la de Roma, diferian la celebracion hasta el domingo siguiente al dia catorce, observando en esto el uso que habian recibido de los apóstoles. Despues de haber conferenciado S. Policarpo y S. Aniceto sobre este punto de disciplina, y no habiendo podido concordar, convinieron en que cada iglesia guardase su costumbre. Parece solamente que S. Sotero y S. Eleuterio obligaron á los asiáticos que iban á Roma durante la Pascua, á seguir el uso de esta iglesia, segun la regla general de conformarse en materia de disciplina con la costumbre de los lugares donde uno se encuentra. Pero como los montanistas no contentos con seguir la práctica del Asia, querian hacerla obligatoria por la autoridad de su Paraclito; se ventiló de nuevo la cuestion bajo el pontificado de Victor, que tenia nuevas razones para no guardar los mismos miramientos que sus predecesores; porque Blasto, presbítero de la iglesia romana, que habia promovido un cisma y seducido á algunas personas, defendia entre otros errores que no se podia celebrar la Pascua otro dia que el décimocuarto de la luna; de manera que haciéndose peligrosa la disidencia parecia que ya no debia tolerarse.

El papa congregó un concilio en Roma por el año 196 para tratar de este asunto, y escribió al mismo tiempo á los principales obispos de Oriente convidándolos á reunir á los de su provincia. Eusebio trae un fragmento de la carta sinodal que se compuso en el concilio de la Palestina, donde presidian S. Teófilo de Cesarea y S. Narciso de Jerusalen, y al que asistieron algunos obispos de Siria. Despues de apoyar sólidamente la costumbre de celebrar la Pascua el domingo conforme á la tra-

dicion que decian haber recibido de los apóstoles, los obispos concluian así su carta dirigiéndose al papa: «Os pedimos que envieis copias de nuestra carta á todas las iglesias, no sea que se nos impute la culpa de los que se enredan temerariamente en el error: os hacemos saber tambien que la iglesia de Alejandría celebra la Pascua el mismo dia que nosotros.» Eusebio cita tambien los concilios de la Grecia, de las Galias, del Ponto y de la Mesopotamia, todos los cuales de comun acuerdo pronunciaron un fallo semejante y decidieron que la Pascua no debia celebrarse sino el domingo.

Polícrato, obispo de Efeso, reunió tambien á los obispos del Asia conforme á la exhortacion del papa; pero no concordaron con la decision general, y Polícrato escribió una carta al papa, en la que declara que á pesar de todas las amenazas está resuelto á no mudar de parecer. Ensalza primero la tradicion de su iglesia, que refiere á S. Policarpo, á S. Felipe el diácono y hasta á S. Juan evangelista, y añade despues: «Yo que sirvo al Señor hace sesenta y cinco años, que he estado en comunicacion con los hermanos de todas las partes del mundo, y que he estudiado cuidadosamente la santa escritura, no me asusto de las amenazas que se nos hacen, porque he aprendido que era menester obedecer á Dios antes que á los hombres. Podria poner aquí los nombres de los obispos que he congregado conforme á vuestras órdenes: os admirariais de su número; pues todos han aprobado esta carta, sabiendo que no en vano llevo estas canas y que me he conducido siempre segun Jesucristo.»

Polícrato olvidaba al parecer que la costumbre de los asiáticos, fundada en una condescendencia que habia tenido sus motivos como la tolerancia de algunas otras prácticas legales, no podia considerarse como una regla permanente: que si algunos hombres apostólicos

la habian observado por miramiento á los judios, que eran muchos en el Asia menor, no lo habian hecho ley; y que no existiendo ya las mismas causas, era por el contrario justo que una sola provincia no se resistiese por mas tiempo á conformarse con el uso general de la iglesia sobre un punto de tanta importancia. Así el papa Victor, viendo esta obstinacion y temiendo sin duda que proviniese de un error contra la fé, creyó que no debia tolerar mas este apego inexplicable de los asiáticos á su costumbre particular. Manifestó intencion de separarlos de la comunion de la iglesia, y aun creen algunos autores que en efecto los excomulgó. Pero no todos los obispos miraron como oportuna esta severidad. Algunos escribieron al papa exhortándole á que no excomulgara iglesias enteras por simples cuestiones de disciplina. De ellos fue S. Ireneo, y nos quedan aun fragmentos de su carta. Aunque no aprobaba la costumbre de los asiáticos, hizo notar sin embargo que esta diversidad duraba hacia mucho tiempo sin haberse alterado la paz, y recordó lo que habia pasado entre S. Policarpo y S. Aniceto. Añadió que la diferencia de las costumbres recaia tambien sobre el ayuno, creyendo unos que no debian ayunar sino un dia, otros dos ó mas, y que sin embargo de estas prácticas diversas no se habia roto la unidad. S. Ireneo habla aquí únicamente de los ayunos de la semana santa, que eran los mas rigorosos de todos, de modo que se pasaba un dia ó mas sin tomar ningun alimento. Se cree que esta carta al papa Victor es la sinodal del concilio de las Galias, celebrado con este motivo por S. Ireneo: tambien escribió á varios obispos sobre esta cuestion exhortándolos á mantener la paz. Estas representaciones determinaron sin duda al papa á no ejecutar sus amenazas, ó á suspender el efecto de su excomunion si ya estaba decretada, porque parece cierto segun testimonios antiguos que no se rompió la

unidad por esta diversidad de costumbres, que subsistió en algunas iglesias de Oriente hasta el concilio de Nicea. El papa S. Victor murió el año de 202: sucedióle S. Zeferino.

El emperador Cómodo, despues de reinar 12 años y nueve meses, fue muerto el último dia del 192 por algunos oficiales de su palacio á quienes habia resuelto quitar la vida al dia siguiente: instruidos del intento de aquel príncipe por haber caido en sus manos una lista de proscriptos en que estaban sus nombres con el de Marcia su cuncubina, se anticiparon al emperador y le dieron veneno é hicieron que un atleta le ahogase en el baño. Fue elevado al trono Helvio Pertinax, anciano venerable que habia pasado por todos los empleos; mas de allí á tres meses le asesinaron los soldados pretorianos, cuyos desórdenes queria reprimir. Despues de su muerte estos sacaron el imperio á subasta, y habiéndoles ofrecido mayor suma Didio Juliano, jurisconsulto muy rico, fue reconocido por los pretorianos á pesar del pueblo y sin el beneplácito del senado, que no dejó de confirmar la eleccion. Pero á muy poco tiempo el ejército de Oriente declaró emperador á Pescennio Niger, que mandaba en Siria, y casi á la misma sazon fueron proclamados otros dos generales en las provincias, Septimio Severo en Pannonia, y Claudio Albino en la Gran Bretaña. Severo se adelantó inmediatamente hácia Roma, y Juliano abandonado de sus soldados fue condenado á muerte por el senado, que se apresuró á reconocer á Severo el 2 de Junio del año 173.

Este al principio fingió componerse con Albino, le dió el titulo de Cesar, y partió á los pocos dias para el Oriente, donde derrotó el ejército de Niger, y redujo á algunos príncipes que habian tomado el partido de este competidor. Volvió despues á combatir á Albino

que fue destruido en campal batalla cerca de Leon, á principio del año 197. Severo, dueño único del imperio, volvió á Oriente á hacer la guerra á los partos, y en 198 dió el título de Augusto á Caracalla, su hijo primogénito, y el de Cesar á Geta que era el segundo. Señaló los primeros años de su reinado con horribles crueldades contra los partidarios de Niger y de Albino; pero manifesto al pronto alguna benevolencia á los cristianos, contra quienes suscitó luego una dilatada y violenta persecucion.

TABLA

de las principales materias.

LIBRO I.

Desde la Ascension de Jesucristo hasta la muerte de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo.

LIBRO II.

Desde la muerte de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo hasta la destruccion de la nacion judaica en 137.

LIBRO III.

Desde la destruccion de la nacion judaica hasta el fin del siglo segundo.

